RETALES DEL PASADO

ANTOLOGÍA DE RELATOS HISTÓRICOS

FRANCISCO NARLA · JAVIER NEGRETE · NEREA RIESCO
CARLOS AURENSANZ · MARÍA PILAR QUERALT DEL HIERRO
MAGDALENA LASALA · CARLA MONTERO · OLALLA GARCÍA
TEO PALACIOS · SEBASTIÁN ROA · JOSÉ DE CORA
MADO MARTÍNEZ · RICARD IBÁÑEZ · RAMÓN MUÑOZ
MANUEL SÁNCHEZ-SEVILLA · MIGUEL ACEYTUNO
JAVIER PELLICER · CAROLINA MOLINA · CONCEPCIÓN PEREA

Lectulandia

Diecinueve relatos históricos que abarcan diversos momentos y lugares. Un recorrido de miles de años de la mano de novelistas con reconocida trayectoria en el género.

Pedazos de historia y de ficción que, unidos en el presente, conforman un telar multicolor en el que rigor y dramatismo se combinan para recordarnos lo que fuimos. Lo que somos. Lo que podemos ser.

Líderes imbatidos que pretenden domar la naturaleza, marinos mercantes en tiempos de guerra, frailes rebeldes que buscan la luz en la oscuridad, caudillos íberos en lucha contra el invasor, víctimas del terror revolucionario, usureros medievales que encuentran la horma de su zapato, archiveros al rescate del pasado, genios renacentistas, aristócratas persas, pilotos de caza, califas cordobeses, titanes asiáticos, judíos sevillanos, poetisas de Lesbos, princesas egipcias, esclavas capaces de atemorizar a los poderosos, damas que luchan por el voto femenino, que conquistan territorios exóticos o se alzan contra los viejos cánones.

AA. VV.

Retales del pasado

Antología de relatos históricos

ePub r1.0
Titivillus 10-03-2020

Título original: *Retales del pasado*
AA. VV., 2015
Relatos compilados por Sebastián Roa & Teo Palacios
Diseño de cubierta: Javier Perea Unceta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

César y la nereida. Javier Negrete

La hermosa hembra. Teo Palacios

El hachib. Carlos Aurensanz

De ser capitán. Miguel Aceytuno Comas

Tardes de café vienés. Nerea Riesco

El camino del sol. Carolina Molina

María de Estrada, la conquistadora de México. Ricard Ibáñez

El retrato del general. María Pilar Queralt del Hierro

Régulo. Javier Pellicer

El sótano del avaro judío. Manuel Sánchez-Sevilla

La sombra de nadie. Mado Martínez

La Tempestad. Carla Montero

Partida de caza. Olalla García

El hombre más fuerte del mundo. Ramón Muñoz

Los muros de la reforma. Concepción Perea

Dos nombres de mujer. Sebastián Roa

El acantilado de la luz. Magdalena Lasala

Los húmedos infiernos de Bicètre. José de Cora

El legajo. Francisco Narla

Autores

Notas

César y la nereida

Javier Negrete

«*Unos pocos días antes, [Julio César] supo que los caballos que había consagrado a los dioses antes de pasar el Rubicán, y que pastaban sin amo, se negaban a comer y derramaban lágrimas. Después, mientras hacía un sacrificio, el arúspice Espurina le advirtió de que tuviese cuidado con el peligro que le amenazaba para los idus de marzo. […] Llevado por estos presagios, César decidió no asistir a la reunión del senado. Dos días después, debido a la indiscreción de la mujer de Tulio Cimber, se descubrió la conjura contra su vida […].*

Tras salvarse de la conspiración, César sintió que ya no había límites a lo que podía hacer y se embarcó en la mayor conquista emprendida por ningún general. Pues no se propuso someter a adversarios humanos, sino a la misma naturaleza. En aquel proyecto utilizó a más de dos millones de hombres, que levantaron enormes diques en las columnas de Hércules y también entre Sicilia y la costa de Cartago. De esta manera convirtió el Mediterráneo en un vasto lago interior y unió Europa y África. Combinando los nombres del titán Atlas, cuyas montañas se alzan en el occidente de África, y de Europa, César siguió la sugerencia de su jefe de ingenieros, Tito Sorgelio, y llamó al nuevo continente "Atlantropa"».

Extracto de la *Vida de julio César*, de Cayo Suetonio Tranquilo

Llevaron a la mujer-pez ante el dictador cuando sus quince legiones acababan de acampar en la isla Cesarina, construida sobre la vía Julia, a medio camino entre Sicilia y la costa de Cartago. El sol empezaba a declinar camino de su lecho, más allá de las columnas de Hércules, el estrecho que antaño había separado Europa de África.

Como dictador perpetuo, César tenía derecho a veinticuatro guardaespaldas, los lictores. Doce de ellos venían empujando una enorme bañera de terracota que rodaba sobre una plataforma de madera. César había dispuesto que la entrevista se celebrara en su tienda, por lo que solo se

encontraban con él cuatro guardias germanos, su sobrino-nieto Octavio y Espurina, el anciano arúspice que veinte años antes le había advertido del peligro de los idus de marzo.

Los lictores detuvieron la plataforma sobre la alfombra púrpura que cubría el suelo de la tienda. César se levantó de la silla curul con cierto esfuerzo. Antes, cuando gobernaba la Galia, podía incorporarse usando tan solo las piernas. Ahora necesitaba impulsarse también con los brazos, aunque su movimiento parecía mucho más flexible de lo que cualquiera habría esperado de un hombre de setenta y seis años.

Dentro de la gran bañera, la mujer-pez estaba enroscada sobre sí misma con los ojos cerrados y cubriéndose el pecho con los brazos. Pero debió de captar la sombra de César, porque se enderezó y, agarrándose a los bordes de la bañera, sacó del agua el torso desnudo sin pudor.

—¿Qué eres? —preguntó César en griego. Según el capitán de la galera a la que se había acercado aquella criatura, la mujer-pez únicamente respondía a la lengua helena.

—*Quién* soy —contestó ella—. Soy Ifianasa, hija del Anciano del Mar.

«Hija de Nereo», pensó César. Una nereida, por tanto. Pese a su cargo de pontífice máximo, César siempre había sido escéptico sobre la existencia de seres sobrenaturales. Pero desde que su vasto proyecto empezó a desecar el Mediterráneo, en las lagunas que quedaban aisladas del resto del mar y que poco a poco se convertían en charcas habían aparecido, entre peces, pulpos y cetáceos, otras criaturas que los filósofos consideraban imposibles y relegaban al país de los mitos.

Como aquella nereida. Su piel relucía con el frío brillo interior del alabastro, sus ojos eran de un color violeta imposible, sus cabellos verdes como algas. Resultaba difícil apartar la mirada de sus pechos perfectos, que no se molestaba en cubrir. Pero lo que más llamaba la atención era la larga cola rematada por una gran aleta caudal. Las escamas que la cubrían destellaban talladas en nácar.

—¿Qué tienes que decirme, Ifianasa? —preguntó César.

—Traigo un mensaje del gran rey —respondió ella. Su voz sonaba extraña, metálica, quizá porque parte del aire brotaba por las agallas que se abrían bajo sus puntiagudas orejas.

—¿A qué gran rey te refieres?

—A Poseidón, señor de las aguas saladas. ¿A quién si no?

Aunque César aceptaba la existencia de lo numinoso, de poderes abstractos que velaban por las leyes de la naturaleza, le costaba creer que en

el fondo del mar morara realmente un dios barbudo armado con un tridente. Sin embargo, ahora, al verse ante aquella criatura imposible, no le quedaba más remedio que pensar de otra forma.

—¿Cuál es el mensaje de tu rey? —preguntó a la nereida.

—Que abandones esta locura.

—¿Cómo te atreves a dirigirte así al dictador? —dijo Octavio con voz engolada.

César le hizo un gesto para que se callara y preguntó:

—¿A qué te refieres, Ifianasa?

—Tú lo sabes bien. Estás matando el mar —dijo ella, clavándole aquellos ojos de amatista.

César miró a su izquierda. El faldón de la tienda estaba abierto para que corriera la brisa. Por el hueco se podía ver el pretil del gigantesco dique que partía el Mediterráneo en dos y sobre el que discurría la vía Julia, uniendo las ciudades de Roma y Cartago, antaño enemigas. Al igual que las cinco presas que cerraban las columnas de Hércules, era una obra ciclópea, o más bien propia de los Titanes que gobernaron el mundo en el albor de los tiempos.

—No lo estoy matando —respondió César, volviendo a mirar a la nereida —. Solo lo estoy volviendo más manejable, y conquistando nuevos terrenos para alimentar millones de bocas.

Al represar el mar, el nivel de las aguas había bajado trescientos pies en el Mediterráneo occidental y casi setecientos en el oriental. Gracias a eso, las Baleares se habían fundido en una sola isla, igual que Córcega y Cerdeña. En cuanto al Adriático, había desaparecido, y ahora Italia y Grecia estaban unidas por la vasta región del *Picenum Novum*, en la que César había instalado a dos millones de colonos. Sí, los habitantes de antiguos puertos como Masilia, Ostia, Siracusa, Atenas, Tiro o Alejandría estaban resentidos, pues ahora vivían tierra adentro y se habían empobrecido. Pero con el tiempo serían muchos más los beneficiados que los damnificados.

—Por esos millones de bocas humanas estás aniquilando a miles de millones de criaturas marinas —dijo la nereida.

—No se obtienen beneficios sin hacer sacrificios —replicó César—. Además, ahora viajo con mis hombres para excavar un gran canal que irá del Mediterráneo al interior del desierto líbico y creará un nuevo mar en sus arenas.

—¡Un nuevo mar! —repitió Ifianasa en tono de desdén.

—Sí, un mar interior en cuyas orillas las dunas flameantes se convertirán en un vergel. Allí, donde ahora no moran más que serpientes, podrán nadar

las criaturas marinas que tanto te preocupan.

—Ni los Titanes eran tan soberbios como tú, mortal.

Los ojos de la nereida tenían fascinado a César. Era la suya una belleza inhumana, tan remota e inalcanzable como el sol al amanecer, que nunca se acerca ni un ápice por más que uno viaje hacia el este. Él lo sabía bien, porque en su campaña contra los partos había llegado tan lejos como Alejandro. El país del sol, como la isla de los sueños, siempre se encontraba más allá, detrás del próximo horizonte.

Por un instante le invadieron deseos de someter a esa criatura, de rendirla entre sus brazos del mismo modo que había rendido a los elementos. Pero, aunque ella debía de haber nacido cientos o miles de años antes que él, la idea hizo que de pronto César se sintiera tan viejo y cansado como Titono, el infortunado al que la aurora Eos concedió la inmortalidad olvidando añadirle el don de la eterna juventud.

—Estás loco, humano. Apenas te debe de quedar una década de vida y te atreves a cambiar lo que tardó millones de años en formarse. ¿Pretendes ser un dios?

César sonrió.

—Como tal me rinden culto en decenas de santuarios en Hispania y la Galia, en Grecia y Asia Menor, en Siria e incluso en Egipto.

—No eres más que un mortal.

—Pero dejaré una huella que perdurará eras.

—¡Una huella de devastación! Ni siquiera alcanzas a comprender las fuerzas que has desencadenado.

—Claro que las comprendo.

—¡Iluso! Las aguas del mar que has encerrado se envenenan día a día con la sal. Los peces y las plantas perecen en masa. Pronto navegarás por un gigantesco mar muerto, una vasta salmuera estéril.

—Si así ha de ser, que sea. Traeremos el pescado a Roma desde el Atlántico y del Indico. Los nuevos campos de cereales compensarán por el alimento perdido.

—¿Es así como ves nuestro reino? ¿Solo como alimento?

César se encogió de hombros.

—¿Te niegas a abrir el mar de nuevo, así pues? —preguntó la nereida.

—No he construido algo mayor que las siete maravillas del mundo juntas para destruirlo ahora.

—Así sea, mortal. Devuélveme al mar para que lleve mi mensaje.

César hizo un gesto a sus lictores. Estos sacaron de la tienda la bañera y la empujaron hasta el borde del dique. César los siguió con la intención de ordenarles que la bajaran con cuerdas, pues había una caída de treinta metros hasta el agua.

Pero la nereida dio un fortísimo coletazo y saltó fuera de la bañera. Su cabello verde se sacudió como un látigo y durante un instante las escamas de su cola brillaron como bronce líquido contra el sol del atardecer. Después juntó los brazos, giró en el aire y cayó, recta como una flecha, hasta hundirse en el agua.

El cuerpo de Ifianasa se iluminó bajo la superficie como una gran luciérnaga marina. Junto a ella no tardaron en aparecer cinco, diez, veinte luces más, todas ellas buceando veloces hacia aguas abiertas. Tal vez a una milla de distancia, allí donde confluían las nereidas, las aguas se abrieron y de ellas surgió una gigantesca cabeza semihumana, rodeada por una barba verde que flotaba a su alrededor como una gran masa de algas. La criatura se llevó a la boca una caracola que debía de ser tan grande como un caballo y sopló.

—¡El cuerno de Proteo! —exclamó el arúspice.

La nota sonó profunda y larga, y despertó ecos en la lejanía, como si decenas de caracolas más soplaran sobre las olas.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó Octavio.

—Nada bueno —respondió el arúspice.

—Tranquilos. —César apoyó las manos sobre el pretil de granito que delimitaba la vía Julia para evitar que nadie cayera por el borde del dique—. Esta obra está hecha para resistir cualquier cosa. ¡Ni los mismos dioses pueden derribarla!

Mientras tanto, Ifianasa, coleando bajo el agua, murmuró:

—Te lo advertí, César, y no has querido escucharme.

»En el pasado, el padre Urano y la madre Gea dejaron su lugar a los Titanes, y cuando estos decayeron los sucedieron los Olímpicos. Pero incluso el tiempo de los grandes dioses se agota. Aunque no mueren como las criaturas normales, su vitalidad se consume poco a poco, hasta que sus pensamientos y movimientos se vuelven tan lentos que no se distinguen del pausado palpitar de la Tierra, y ellos mismos se funden con ella y se convierten en piedra.

»Sin embargo, tú has conseguido lo impensable, César. Tu temeridad y tu soberbia han conseguido despertar de su letargo al mismísimo Poseidón, el que sacude la tierra.

»¿Crees que ni las divinidades pueden derribar tus murallas de hormigón? En este mismo momento, el dios del mar se está desperezando y estira su mano pétrea para aferrar el tridente que forjaron para él los Cíclopes usando el metal caído del cielo y templándolo con la sangre de Urano.

»Y ahora Poseidón golpea.

»¡Ah, ya veo cómo las púas del tridente se hunden en el lecho marino! El impacto es tan fuerte que la propia Gea se estremece. El fondo marino vibra como un tambor. Su vibración pone en marcha inmensas masas líquidas y levanta muros de agua que se dirigen a velocidades inconcebibles hacia el este y el oeste. Esa ola gigantesca y letal, sólida como hierro fundido, llegará a las columnas de Hércules en menos de una hora. Pero, incluso antes de eso, su hermana gemela alcanzará el dique de tu vía Julia.

»Tu tiempo se acaba, mortal. Y el de tu obra también.

Aunque eso significara, pensó con tristeza la nereida, el fin de su propia y larga existencia.

Las manos de César se engarfiaron sobre el pretil. Si su cuerpo hubiese tenido tanto poder como su mente, sus dedos habrían desmenuzado el granito como si fuera un terrón.

—¿Qué es eso que viene por ahí, César? —preguntó Octavio.

Teñida de oro por el crepúsculo, una pared líquida que abarcaba de horizonte a horizonte se precipitaba hacia ellos cabalgando las olas.

—¡Es la furia de Neptuno! —exclamó el arúspice.

Los lictores, olvidando su deber sagrado de proteger al dictador, corrieron hacia el otro extremo del dique. No fueron los únicos. Todos los demás huyeron, como si eso pudiera salvarlos en caso de que la estructura cediera.

Todos salvo César. Con los nudillos blancos y los labios apretados, el hombre que había cruzado los Alpes en invierno, que había uncido el Rin y el canal de la Mancha y trepado a las cumbres nevadas del Paropamiso siguiendo las huellas de Alejandro, el mismo que había unido Europa y Libia en aquel sueño de Atlantropa, murmuró:

—Aguantará. El dique aguantará.

«Mientras el ejército de Julio César atravesaba la vía Julia, un gran terremoto se hizo sentir en el mar. El seísmo fue tan violento y provocó olas tan colosales que destrocó los diques que el dictador había hecho construir con tanto esfuerzo en las columnas de Hércules y entre Sicilia y Cartago. Las aguas del océano volvieron a penetrar entre Hispania y África con tal ímpetu que no solo alcanzaron de nuevo ciudades que habían quedado alejadas de la costa como Cartago,

Masilla, Neápolis o Siracusa, sino que las arrasaron. Millones de personas murieron ahogadas en ellas y también en Picenum Novum, aquel país que solo había existido durante cinco años.

»Por supuesto, las legiones de César desaparecieron engullidas por el agua junto con él y su heredero, Octavio. Muerto el dictador, el senado de Roma decidió borrar su nombre de todos los monumentos de Italia y las provincias y abolir su culto, ya que se había atrevido a blasfemar contra la propia naturaleza. Para congraciarse de nuevo con los dioses, se decretó un año entero de sacrificios y rituales de expiación. El único recuerdo que quedó del sueño enloquecido del dictador fue un peñasco entre Sicilia y Cartago, los restos de la isla Cesarina».

Extracto de la *Vida de Julio César*, de Cayo Suetonio Tranquilo

La hermosa hembra

Teo Palacios

—Miguel, aseguraos de que se inspeccionen de nuevo los servicios de agua, las últimas lluvias han hecho estragos. ¡Y por Dios!, haced que entren en razón los vendedores de pescado que vienen de Galicia. Hace años que mi padre estableció que debían colocar sus puestos en la plaza de San Francisco, no en la calle de Gallegos, ni en ningún otro lugar. Haced uso de la fuerza… pero solo en última instancia —señaló con un dedo, sabiendo la facilidad con la que el alguacil tiraba de hierros.

—Así se hará, donjuán.

Miguel inclinó la cabeza y dio unos pasos hacia atrás. A punto estaba de darse la vuelta y salir de la estancia cuando el señor volvió a hablar.

—Una cosa más… —La frase murió en los labios de don Juan, que pareció tragar saliva con dificultad—. Hay algo… ¿Os habéis enterado de la muerte de la *Hermosa Hembra*?

Miguel pensó un instante y al momento asintió al tiempo que fruncía el ceño.

—Así es. Aunque hace mucho que nadie la llamaba así, si es que os referís a quien pienso.

—No ha habido otra mujer en toda Sevilla a la que hubieran puesto ese nombre. Sabéis, pues, que murió hace un par de días. —Miguel asintió de nuevo—. ¿Y sabéis también cuál fue su última voluntad? —Un nuevo asentimiento por parte del alguacil, que parecía haber perdido el habla—. Bien. Quiero que os acerquéis a la judería y comprobéis que se hizo todo tal como ella deseaba.

Miguel inclinó la cabeza en señal de conformidad, ocultando su extrañeza, y un momento después las gruesas botas arrancaban ecos en las paredes del alcázar mientras se alejaba. Hacía años que el palacio estaba bajo el mando de un Merlo, igual que el castillo de Triana. Diego, el padre de donjuán, fue el

primero en gobernarlos. Tras su muerte, esa potestad pasó a su hijo, así como el puesto de asistente de Sevilla, la tenencia de las atarazanas y otros muchos cargos. Los Merlo eran sinónimo de poder en la ciudad del Guadalquivir, que comenzaba a ver cómo el comercio con las Indias la hacía florecer.

Cuando los pasos del alguacil y sus acompañantes enmudecieron, don Juan regresó a su asiento y se frotó la frente pensando en pedir un remedio a los físicos para aliviar su dolor de cabeza. Cerró los ojos y debió de quedarse dormido, pues se sobresaltó al notar un repentino tirón de la manga. Junto a él estaba su nieto de poco más de diez años, con la cabeza cubierta de rizos ambarinos y los ojos negros; la mirada más limpia que don Juan había visto nunca. Los labios se le curvaron en una mueca de felicidad, como siempre que lo veía.

—Hola, Pedro. ¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar con Manuela?

El niño negó con vehemencia y habló con una vocecilla aguda.

—Quería que la acompañara al mercado, pero yo prefería venir a veros. Cuando sale a comprar siempre se pone a mirar telas y a perder el tiempo visitando todos los puestos. ¡Es aburrido!

Lejos de lloriquear, el chiquillo tenía una expresión de honroso enojo, con el mentón adelantado y los labios apretados.

—Ya veo —contestó su abuelo ahogando una sonrisa—. ¿Y por qué has venido a buscarme?

Pedro lo miró sin mover la cabeza, alzando los ojos para observarlo desde la sombra de sus pestañas.

—¿Me contaríais una historia?

Donjuán había acostumbrado a su nieto a contarle anécdotas de la familia; las batallas que libró Diego de Merlo durante la guerra con los moros granadinos, o incluso del padre de este, Juan de Merlo, al que llamaban *El Bravo* y que había llegado a ser Guarda Mayor de Enrique IV.

—Una historia… Muy bien, te contaré una historia. Pero no será una de luchas y batallas. —Pedro hizo un pequeño mohín, aunque no se atrevió a rezongar demasiado—. Siéntate aquí, a mi lado, y escúchala con atención, porque es una historia sobre lo más importante: la familia y la lealtad.

—¿Más importante aún que aprender a escribir y a leer? Madre siempre dice que eso es muy importante…

—Es importante que aprendas a leer y a escribir —explicó, sabiendo lo poco que le agradaban al niño sus estudios— porque cuando seas mayor tendrás que escribir a los reyes, y a muchos nobles. Pero sí, la lealtad y la familia son mucho, mucho más importantes, hijo.

»¿Recuerdas que te he contado otras veces cómo mi padre luchó contra los granadinos cuando estos tomaron Zahara? Pues bien —continuó tras el asentimiento del pequeño—, la historia que voy a contarte es algo anterior; ocurrió más o menos un año antes. Puedo oler aún el intenso aroma de los jazmines de aquel año. Y el de las damas de noche… Durante aquella primavera me moví mucho durante las noches. Era aún joven, y apuesto. El hijo de uno de los hombres más importantes de la ciudad. No había mujer que no posara sus ojos en mí. Pero, de entre todas ellas, sobresalía una… Una a la que llamaban la *Hermosa Hembra*: Susona Ben Susón, la hija de uno de los mayores banqueros de toda Sevilla, lo que es decir de todos los reinos de nuestros reyes Isabel y Fernando.

»Ah, hijo… Tú no puedes saber a qué me refiero si te hablara del almíbar de su cuello, de la alegría de sus ojos, la sedosa caricia de su negro pelo. No, no puedes saberlo; tiempo llegará en que comprendas de qué te hablo, pero aún queda para eso. Susona era la mujer más deseada de toda la ciudad; la que arrancaba todas las miradas, por la que se giraban los caballeros más recios; la que más peleas de taberna provocaba. A nadie le importaba que fuera judía; todos soñaban con ser los que recibieran sus caricias.

»Porque aún quedaban muchos judíos en Sevilla por entonces, Pedro. A pesar de que cien años antes se levantó una turba y mató a muchos, y le quitó los dineros a muchos más, los judíos habían vuelto a prosperar entre nuestras calles. Se les tenía controlados, claro; pero, al fin y al cabo, los judíos siempre han manejado mucho oro, ¿y qué es lo primero que te digo siempre sobre las guerras?

—Que cuestan mucho dinero y que tendré que conseguirlo para poder pagar a los mejores hombres —respondió con la lección bien aprendida.

—Así es. Muy bien dicho. Para los reyes sigue valiendo la misma regla, hijo: ellos también necesitan dinero, y por eso los judíos siempre florecen como la mala hierba, pues son ellos los banqueros, los que prestan y cobran intereses.

»Muchos de aquellos judíos de los que te hablo lograron huir, y consiguieron que el propio rey les asegurara algún tiempo más tarde que podrían regresar sin temores a sus casas. Los abuelos de Diego Ben Susón fueron unos de aquellos que regresaron. Ahora bien, los judíos se quejaron desde entonces de que los cristianos les poníamos las cosas difíciles, que vivían sufriendo agravios permanentes por parte de sus vecinos. No importaba que aquello hubiera ocurrido mucho antes; ellos se quejaban.

»En ese tiempo nació Susona, una chiquilla que creció y se convirtió en el deseo de los hombres y la envidia de las mujeres. Se acostumbró a escuchar requiebros y piropos desde que tenía poco más de doce veranos. Aprendió a inflamar ilusiones o romperlas con un simple parpadeo, así era el poder que terna entre los hombres. Y fue entonces cuando nos cruzamos por primera vez.

»Yo había ido con mi padre a ver al suyo; para pagarle parte de una deuda, claro está. Por entonces mi padre ya era el Asistente de Sevilla. Estábamos sentados cuando Ben Susón ordenó que nos sirvieran un vaso de vino. Su hija fue la encargada de servirlo. No presté atención a nada más de lo que se dijo en aquella habitación. Mis pensamientos no me pertenecieron desde el momento en el que ella llegó con la jarra; me dediqué a observar sus pómulos, sus ojos, los bucles del cabello sobre los hombros, el talle, que se intuía estrecho y firme bajo las ropas… Y todo eso a pesar de que ella no estuvo más que el tiempo de servir los vasos y desapareció tal como había llegado.

»Los siguientes días los dediqué a averiguar quién era. Estaba dispuesto a comprársela a su dueño a cualquier precio, pues pensaba que era una esclava y no la hija del banquero. Pero me equivoqué. A partir de entonces me ofrecí a ser yo quien se encargara de los tratos con el judío, algo que siempre había evitado antes. Mi padre aceptó sin sospechar nada; demasiadas cosas tenía por las que preocuparse. Y de ese modo fue como, poco a poco, Susona se fue prendando de mí. Vivían, además, muy cerca de aquí, en una callejuela que se abre desde uno de los paños de la muralla.

»Fue una intensa primavera, sí… Una primavera de besos robados bajo la protección de la noche, de gemidos y caricias prohibidos, como prohibido estaba que un hombre cristiano se casara con una judía. Cierto es que Diego Ben Susón aseguraba haber recibido el bautismo y ser un fiel cristiano. Cierto era también que Susona pretendía, con esas afirmaciones y su belleza, dejar atrás el pasado de los de su raza y convertirse por derecho en una de las mujeres más importantes de la ciudad. Muchas fueron las veces en las que me suspiró sus anhelos al oído; y todas esas veces yo quedaba en silencio. Por entonces no sabía si lo que sentía por ella era amor o simple deseo. Lo que sí sabía era que quería tenerla cerca, sentir sus pechos apretarse contra mi cuerpo. Sabía también que de haber querido tomarla por esposa habría tenido muchos problemas. Por eso me mantenía en silencio ante sus requiebros, mordiéndome la lengua para no prometerle nada y dejando que fuera solo mi cuerpo el que contestara a sus deseos.

»Nos veíamos a menudo, al menos dos o tres veces por semana, siempre de madrugada, cuando la ciudad entera dormía y apenas unos pocos guardias triscaban las calles. Nunca fue un problema evitarlos, pues yo sabía con antelación qué rutas iban a seguir. Solíamos ser ambos muy puntuales, ya que cualquier retraso podía hacer que la ronda nos sorprendiera.

»Una noche, sin embargo, no apareció a la cita.

—¡Así que estás aquí! ¡Doy gracias por encontrarte!

Pedro saltó en la silla, golpeando sin querer el pie de su abuelo y arrancándole un gesto de dolor. Don Juan alzó la vista y contempló la llegada de su nuera, que caminaba a toda prisa en un revuelo de telas.

—¿Ocurre algo?

—Manuela ha regresado algo alterada —respondió la mujer mientras se acercaba a ellos. Le tendió los brazos a su hijo para abrazarlo, pero este no se movió. Al fin, la mujer cruzó ambas manos mientras continuaba su explicación—. Según cuenta, se ha topado con una multitud que caminaba hacia la judería —no advirtió que don Juan entrecerraba los ojos al escuchar eso—, así que ha decidido volver antes que verse en problemas. —En ese instante se fijó en la expresión de su suegro y en que había perdido algo de color en el rostro—. ¿Os sucede algo? —preguntó solícita.

Don Juan, sin embargo, no respondió, sino que se dedicó a su vez a interrogar.

—Decidme… ¿Manuela os ha contado algo más? ¿Sabe por qué se ha levantado el tumulto? ¿Ha visto si se producían desmanes?

—No, no… Simplemente ha preferido volver para evitar verse en una situación comprometida. ¿Ocurre algo, donjuán?

El Asistente sevillano soltó un bufido antes de contestar.

—Ocurre lo que tiene que ocurrir, hija mía. Algunas historias no pueden acabar bien; pero, sin duda, la Susona ha logrado lo que quería…

—¿La Susona? ¿No es aquella judía que durante un tiempo estuvo en un convento?

—No estuvo en un convento. El abuelo me estaba contando que durante un tiempo se vio con ella, ¿verdad, abuelo?

La mujer se llevó la mano a la boca acallando un gemido. Su suegro la miró con una sonrisa entre divertida y triste, acarició el cabello de Pedro y se adelantó a las palabras de su nuera.

—Siéntate, mujer, y escucha. También tú podrás sacar algún beneficio de hacerlo. —Ella obedeció sin atreverse a decir nada. Se sentó frente al escritorio, tendió de nuevo los brazos hacia su hijo, más por tener las manos

ocupadas que otra cosa, y en esa ocasión sí obtuvo la respuesta deseada: Pedro acercó su asiento hasta ella y permitió que le pasara un brazo por los hombros y le acariciara la cabeza mientras escuchaban el resto de la historia —. Sí, me vi con la Susona durante toda una primavera, cuando mi padre aún vivía. Precisamente le explicaba a Miguel que, una noche, no apareció a nuestra cita.

»Me preocupé, claro que sí. Esperé durante horas. Debíamos vernos a medianoche, pero aquel día no llegaba. Tuve que esconderme de las guardias nocturnas, cada vez más inquieto. No sabía muy bien qué hacer: si me quedaba esperando, ella podría haber sido asaltada en algún rincón del enramado de callejuelas y necesitar ayuda; si me movía para buscarla, tal vez llegara al lugar de nuestra cita y no me encontrara allí. Al fin me decidí y comencé a caminar, mirando atrás a cada paso por si aparecía por alguna otra calleja, en dirección a su casa. Apenas había avanzado un centenar de pasos cuando un murmullo me alertó, el ruido de unas pisadas rápidas que intentaban pasar desapercibidas. Me pegué a la pared en la revuelta de una esquina; nunca debes fiarte de quien camine de madrugada intentando no ser visto, hijo —le aseguró a Pedro con una mirada seria—, nunca olvides eso. Te puede ir la vida en ello.

—Lo que debes hacer es no andar en correrías nocturnas —aleccionó la madre.

—Mujer, no se puede evitar que el lobo ataque a los rebaños. El muchacho buscará aventuras, lo queráis o no. Más vale ser prácticos; hay cosas que ocurrirán de todos modos. Pero me desvío de mi historia…

—¿Quién se os acercaba? ¿Era la guardia?

—No, no era la guardia, hijo. Los soldados no procuran suavizar sus pasos, más bien al contrario: el traqueteo de sus botas y sus armas anuncia su llegada sin posibilidad de error. No. Los pasos eran de la Susona, que se presentaba por fin a la cita.

»Venía arrebolada, nerviosa como el cabritillo que ha perdido a su madre, jadeando entre dientes en un intento de no llamar la atención. Cuando pude ver que se trataba de ella, salí de mi escondrijo con tanta brusquedad que a punto estuve de hacerla gritar. Por fortuna no llegó a hacerlo; a saber a qué gente podría haber atraído con el alarido. Se contuvo, pero tuve que apresurarme a socorrerla, porque, no sé si de la impresión o de los mismos nervios que la atenazaban, perdió el sentido allí mismo, desmadejándose en mis brazos, que la sujetaron justo antes de que golpeara el suelo.

»Me llevó un tiempo hacer que recuperara el juicio. Le pellizqué la cara, le di palmadas en las manos y, en definitiva, hice todo cuanto se me ocurrió para que volviera en sí. Al final creo que fue el frío suelo el que la despertó, más que mis esfuerzos. Cuando abrió los ojos y me vio ante ella, su primera reacción fue abrazarse a mí con toda la fuerza que le dieron los brazos. Cuando me di cuenta, lloraba sin consuelo, incapaz de contenerse.

»Cada vez me preocupaba más. No sabía si había ocurrido alguna tragedia en su casa, si su padre había llegado a conocer nuestras andanzas, si acaso se había producido un incendio… Un millar de situaciones, todas funestas, cruzaron por mi pensamiento. La urgí a hablar, pero ella seguía en silencio. Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que se tranquilizara y comenzara a contarme su historia.

»—¡Temía no encontraros, Juan! Temí que… ¡Oh, Dios! ¿Por qué?

»—Intentad tranquilizaros, Susona. Es claro como el día que algo os ocurre, pero debéis contármelo con calma para que pueda ayudaros.

»—Es demasiado terrible, Juan. Es… ¡Tantas vidas! ¡Tantos que pueden morir!

»—Me preocupáis. Por lo que más améis en este mundo, contadme, por favor, qué está ocurriendo.

»Así estuvimos mucho tiempo: ella incapaz de poner en palabras sus temores, yo intentando que lo hiciera. Cuando estaba a punto de perder la paciencia y llamar a la guardia para comprobar que no había ocurrido nada grave, ella empezó a contarme lo sucedido.

»Resultó que, como cada una de las noches en las que nos citábamos, Susona se había ido pronto a su cama, invitando así a su padre a hacer lo propio. Era algo que soba darle resultado. De este modo, Diego Ben Susón se encontraba ya en un sueño profundo cuando llegaba la hora para que su hija saliera a buscarme. Aquella noche todo pareció seguir el rumbo habitual: Diego se acostó después que su hija y la casa quedó al poco en silencio. No tardó la Susona en descubrir que nada sería como había esperado.

»Se dedicó a dejar pasar el tiempo hasta que llegara la hora de salir. Imagino que se dedicaría a soñar con su nueva vida: la de una dama sevillana y no la de la hija de un banquero judío, por muy converso y rico que fuera. Quizá sus ensoñaciones evitaron que se diera cuenta antes; o tal vez incluso se quedó dormida por un momento. Lo cierto es que, de pronto, un crujido la sobresaltó. Alguien caminaba por la casa procurando que sus pasos no despertaran a nadie. Aguzó el oído y, junto a los crujidos, escuchó unos bisbiseos, unas palabras dichas en voz queda y una puerta que se cerraba: la

puerta del sótano, la puerta oculta de una amplia sala en la que su padre guardaba los dineros.

»Intrigada por aquello, bajó con mucho cuidado los escalones. No sabía si había alguien más allí, ni si podría tratarse de ladrones. Encontró la sala desierta, como había esperado, de manera que fue hasta el lugar en el que se ocultaba la puerta del sótano y abrió una rendija para saber qué estaba ocurriendo. Debía de haber allí abajo un buen número de personas, no menos de doce o quince. A muchas de ellas las pudo identificar, pues eran amigos de su padre o gentes con las que Diego hacía frecuentes negocios, motivo por el que soban ir a la casa. Así, me dijo, pudo saber que junto a su padre se encontraban algunos hombres importantes de la ciudad: Pedro Fernández de Venedera, mayordomo de la Catedral; Juan Fernández, al que llamaban *El Perfumado*, letrado y alcalde de justicia; unos hermanos de Triana, y algunos otros; todos ellos judíos conversos que hablaban de levantarse en armas contra los reyes.

»Parecía que era una conspiración que llevaba largo tiempo en marcha. Así, Pedro Fernández aseguraba que había logrado ya armas para más de cien hombres. Había allí reunidos judíos de varias localidades: Alcalá de Guadaira, Utrera y otras muchas. El levantamiento iba a ser a gran escala; no solo en Sevilla, sino en todos los reinos, y tenían ya un acuerdo con los moros granadinos, y hasta, según parecía, con los franceses.

—Pero ¿por qué? ¿Acaso no tenían dinero, que es lo mismo que tener poder?

—Hija mía, los judíos no están contentos con nada, siempre se quejan por todo. Esgrimían, según me contó la Susona, y según ellos mismos se defendieron en los juicios que vendrían, que el Tribunal de la Santa Inquisición se había creado para buscar su ruina, que ninguno saldría con vida de permitir sus investigaciones. Porque, solo un par de años antes, los reyes lograron la bula papal para poner en sus reinos inquisidores de la fe. La entrada de fray Miguel de Morillo y fray Juan de San Martin en el otoño de 1480 levantó grandes alborotos entre los conversos, en especial entre los más ricos.

»Quizá fuera esto solo una excusa; o quizá temieran en realidad por sus caudales, y hasta por sus vidas. Del modo que fuera, lo cierto y verdad es que llevaban meses preparando el levantamiento, que estaba ya cerca de producirse. Fue la casualidad la que llevó a la Susona a escuchar lo que ocurría. Y fue su amor por mí lo que la llevó a contármelo todo.

»—Vuestro nombre fue de los primeros en salir, Juan —me dijo, el rostro húmedo de lágrimas y relente—. Quieren daros muerte, a vos y a vuestro padre, y a muchos principales de la ciudad. Lo mismo sucederá en otros lugares. ¡A7 no podía permitirlo! No podía dejar que muráis, no cuando es tanto lo que os amo…

»Así fue como se destapó uno de los más grandes contubernios acaecidos en los últimos años: por el amor de una mujer que no fue capaz de medir el calado de sus actos.

—¿Qué queréis decir?

—Espera a que termine la historia, Pedro, y lo entenderás.

»Como podéis imaginar, se produjeron los arrestos de inmediato; aquella misma noche, de hecho. En la casa de Diego Ben Susón se apresó a poco más de una decena, pues muchos ya habían vuelto a sus hogares cuando llegaron los guardias y solo quedaban en ella los que eran de otros pueblos o ciudades, pero en los siguientes días se dio caza a muchos otros, a quienes se encarceló en espera de juicio.

»Todo eso sucedió a las puertas del verano. A finales del invierno siguiente, en febrero, se ejecutó tras el juicio a todos los cabecillas. Sus cuerpos quedaron expuestos en el quemadero de San Diego durante mucho tiempo para que nadie olvidara lo que les ocurre a aquellos que se levantan contra los reyes cristianos.

—¿También se ejecutó a la Susona?

—No, ella quedó a salvo por haber sido la que destapara todo el asunto —respondió a su nuera—. Día tras día visitó a su padre, que lloraba nada más verla sin que nadie supiera si era por vergüenza, por haberse metido en una empresa tan descabellada o por haber sido traicionado por su propia hija. Lo cierto es que no volvió a hablarle en vida. Ella, por su parte, rogó piedad y clemencia a cuantos le prestaron oído, intentó salvarlo, pero todos aquellos que meses antes suspiraban por un simple roce de su mano se negaron a socorrerla.

»Cuando se ajustició a su padre, la Susona, en lugar de rasgarse las vestiduras como hacen los judíos, se dirigió a la Catedral. Allí se confesó ante el arcipreste con mucho dolor, y este le aconsejó que entrara en un convento para reflexionar sobre lo que había hecho. Porque estaba corroída por el arrepentimiento. Decía a voz en grito que no había denunciado la conjura por justicia, sino por algo tan liviano como proteger a su amante con el fin de lograr el puesto que creía merecer.

»Y esa es la lección de esta historia, Miguel: La familia debe estar por encima de cualquier otra cosa; por encima de amores, de mujeres, de pactos y de compromisos. La familia de un hombre es lo primero que se ha de cuidar, junto con la palabra dada y el honor. No lo olvides nunca.

Tanto Miguel como su madre quisieron interrogar a donjuán, preguntarle por muchas cosas que quedaban ocultas en el relato que les había narrado. ¿Se había seguido viendo con la conversa? ¿Intentó salvar al padre de la judía? Pero ni a esas ni a las demás preguntas que le hicieron quiso responder donjuán, que les dijo con aire grave que debía salir, pues se había entretenido más de lo conveniente contándoles todo aquello.

Lo dejaron, pues, sabiendo que ni una palabra más saldría de su boca, y tan pronto como quedó solo se apresuró a bajar a las caballerizas. Allí ordenó que le entregaran su alazán de inmediato y salió del alcázar al trote, sin importarle demasiado las gentes que se le cruzaban; si el animal les pasaba por encima, bien empleado les estaría.

Avanzó, no con poca dificultad, hacia la calle que se había convertido en la curiosidad de lo que parecía ser media Sevilla, más despacio a medida que se acercaba, con el animal empujando y abriéndose camino casi por la fuerza. Pasó bajo la arcada que daba acceso a la pequeña plazuela donde Diego Ben Susón había tenido su casa y donde la propia Susona había vivido los últimos años tras abandonar el monasterio, una vez dejada atrás su belleza y dedicada a una vida de cristiana ejemplar.

Allí, sobre un gancho sobre la puerta, pendía, mecida por el viento y plagada de moscas, la cabeza de la que había sido la mujer más bella de cuantas pisaran la ciudad del Guadalquivir. Ese había sido su último deseo, según se pudo encontrar entre los papeles que sostenía en el momento de su muerte: que la cabeza quedara expuesta sin que se retirara jamás de aquel hierro. Rogaba que se hiciera así para que sirviera de ejemplo a otras jóvenes y como testimonio de su desdicha.

En los siguientes días no quedó habitante de la ciudad que no pasara por la calleja a contemplar la cabeza. Donjuán se aseguró de que quedara expuesta para siempre, tal como había sido el deseo de la mujer. Mucho pensó en ella, antes y después de aquello. Siempre que lo hacía era para preguntarse qué habría ocurrido si, tal como le rogaba aquella joven judía, se hubiera casado con ella y hubiera mediado por su padre en lugar de traicionar al amor que le salvó la vida.

El *hachib*

Carlos Aurensanz

Mukhtar atravesó la pesada puerta de madera repujada. Las finas láminas de oro que la cubrían reflejaban los rayos del sol del atardecer y proyectaban su luz sobre la superficie del estanque, de manera que los destellos producidos por el agua ondulante transmitían su movimiento a los elevados muros que rodeaban el jardín situado en el corazón del alcázar. El califa se encontraba recostado sobre un hermoso diván, rodeado por varias esclavas que permanecían atentas a cualquier gesto de su señor, dispuestas a satisfacer al instante cada uno de sus deseos. El rumor del agua, el trino de los pájaros que poblaban los tilos y las palmeras y las suaves notas que un músico arrancaba a su laúd en uno de los rincones más alejados del jardín proporcionaban una agradable sensación de aislamiento y quietud. Por algo aquel oasis de tranquilidad situado en medio del bullicio de la ciudad era el lugar preferido por el soberano, que acababa de reparar en su presencia y mostraba ya una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Ah, mi buen Mukhtar! —exclamó al tiempo que se incorporaba y despachaba con un gesto al pequeño ejército de sirvientes—. Siempre tan presto para acudir a mi llamada.

El *hachib* caminó hacia la glorieta sombreada por los arrayanes respirando el agradable aroma de sus flores que inundaba el lugar. Esperó a encontrarse a una decena de pasos para saludar.

—Mi señor… —dijo con una contenida reverencia, deteniéndose un instante.

—Acércate —respondió con cierta impaciencia, señalando el diván que se encontraba ante sí.

Mukhtar tomó asiento frente al califa, cuyo sitial se encontraba encaramado en una tarima cubierta por hermosas alfombras de tonos encarnados. Sonrió al recordar que aquella había sido una de las sugerencias

que él mismo había aportado con el fin de proporcionar al soberano un signo más de preeminencia, aun en aquel lugar donde solo recibía a sus servidores más cercanos. Si para un hombre de talla normal tal precaución resultaba adecuada, para Sulaymán, con sus piernas breves y arqueadas, se hacía indispensable.

—¿Qué novedades me traes? —preguntó—. No serán muchas, teniendo en cuenta que esta misma mañana hemos celebrado consejo con los visires…

—Hay asuntos, mi señor, que ni siquiera en presencia de tus ministros pueden tratarse con libertad…

El califa esbozó una sonrisa.

—Sé también que gozas con la intimidad y la cercanía a tu soberano —dejó caer.

—Mi señor sabe leer el alma de los hombres, y quizá por ello Allah el Todopoderoso te ha elegido para conducir a su pueblo.

Esta vez el califa lanzó una sonora carcajada.

—Has de saber que mil veces mi padre me previno contra las lisonjas y las palabras grandilocuentes de mis súbditos.

—Mi señor me conoce demasiado bien, y sabe que no son lisonjas mis palabras.

—Aunque a veces lo parezcan… —atajó el califa sin abandonar la sonrisa —. Pero no te he llamado para eso, sino para saber qué has averiguado sobre esa sentencia de nuestro *qadí* principal.

—Me temo que solo os puedo confirmar nuestros temores. El veredicto fue tajante y daba la razón a ese comerciante cuya finca habíamos confiscado. Me temo que habrás de dar marcha atrás, y esta vez tu concubina tendrá que abandonar la almunia con la que pretendías obsequiarla. Y no solo eso —continuó tras escrutar su gesto de contrariedad—, también se permitió verter una crítica poco velada contra los excesos en el ejercicio del poder.

—¿Cómo se atreve a enfrentarse a su soberano? ¡Ocupa ese cargo por mi voluntad! —exclamó, con el rubor asaltando sus mejillas—. ¿Qué he de hacer ahora? ¿Removerlo del cargo? ¿Confiscar sus propios bienes como escarmiento?

—No os lo recomiendo, *sahib*. Una vez nombrado, el *qadí* ostenta una autoridad casi equiparable a la del califa, al menos en el ejercicio de sus funciones. Y es bueno que así sea; de otra forma, sus sentencias no tendrían el carácter inapelable del que ahora gozan. Su cese socavaría tu propia autoridad, en cuanto que minaría tu prestigio como hombre recto y temeroso de Allah.

—¿Qué sugieres entonces?

—Hay otras maneras de conseguir la lealtad de un servidor, lo sabes bien. El *qadí* tiene tres hijos varones, tres jóvenes despiertos que quizá pudieran desempeñar un papel útil en tu administración. A veces un hombre está dispuesto a hacer por sus hijos lo que no haría por sí mismo.

El califa, cuya mirada estaba clavada en su *hachib*, fue mutando su expresión airada hasta que de nuevo una sonrisa se asomó a sus labios. Un instante después había estallado en una carcajada.

—No termino de aprender de ti —reconoció—. Una y otra vez me propongo pensar qué harías tú antes de reaccionar, pero me sigo dejando llevar por las emociones.

—Sin embargo, vuestros progresos han sido rápidos.

—Me temo que todavía no puedo prescindir de tus servicios. —Un gesto de irónica resignación pareció dibujarse ahora en el semblante de Sulaymán —. Si estoy donde estoy es gracias a ti. Pero en ocasiones me infundes temor.

—Me honráis con vuestras palabras, *sahib* —sonrió—, pero me atrevo a juzgarlas exageradas.

El califa se acomodó en el diván, pensativo.

—No, Mukhtar. Nos conocemos desde que era un niño, cuando la situación en el emirato era agónica. Recuerdo a mi padre derrotado, siempre cabizbajo, convencido de que él sería el último emir de nuestra dinastía. Las arcas estaban vacías, las hambrunas se cebaban en el pueblo y nuestros enemigos llegaban en sus razias hasta las murallas de la capital sin que apenas pudiéramos oponer resistencia. Nuestro reducido ejército, compuesto por hombres obligados a alistarse en levas forzosas, no luchaba con moral de victoria, y las derrotas y las cesiones de ciudades y de territorio se sucedían. ¡Si hasta el barco que habría de llevarnos al exilio estaba amarrado en el muelle real, dispuesto para zarpar en cualquier momento! Recuerdo aquellos días con angustia. Yo era tan solo un niño, pero mi infancia estuvo marcada por los golpes sucesivos que tuvimos que sufrir: los dos intentos de deponer a mi padre que terminaron en otros tantos baños de sangre entre los miembros de la *jassa* y del ejército implicados, algunos de ellos miembros de nuestra propia familia. Y mientras el ruido de los sables resonaba en el alcázar, yo me escondía atemorizado entre los pliegues de la túnica de mi madre.

—Parece que os veo en aquella época —dijo con semblante evocador—. Ya erais un muchacho despierto que enseguida llamó mi atención.

—La primera vez que te vi en palacio no tendría más de doce años. Mi padre nos presentó y tú no me trataste como a un niño, sino que mantuvimos

una prolongada conversación que aún no se ha borrado de mi memoria.

Esta vez fue el *hachib* el que sonrió.

—Estaría valorando vuestras capacidades.

—¿Y pasé la prueba?

—Con excelente calificación. De hecho, yo mismo recomendé a vuestro padre que se apresurara a nombraros heredero, a apartaros de vuestros hermanastros y a procuraros un preceptor de confianza que se ocupara de vuestra formación.

—Ah, de forma que a ti te debo aquellas largas y tediosas jornadas en compañía de Khalel y de aquel ejército de eruditos que se prolongaron durante años…

—Su labor pronto dio los resultados apetecidos. Según él mismo me confiaba, aprendíais rápido.

—De manera que siempre estuviste al tanto de mis progresos…

—Erais la pieza clave en los planes que había pergeñado para hacer resurgir la dinastía con fuerzas renovadas. Quizá en vuestra primera juventud no fuerais consciente de ello, pero vuestra actividad diaria era observada con permanente atención por más ojos de los que podéis imaginar.

—Y así te hiciste insustituible a los ojos de mi padre, hasta el punto de ser nombrado *hachib*, con plenos poderes; hasta el punto —repitió— de eclipsar su propia figura.

—Vuestro padre dio el visto bueno a mi estrategia desde el primer instante. Y eso incluía la necesidad de retirarse de la escena en el momento adecuado.

El califa asintió, cabeceando.

—Lo que nunca he comprendido es cómo podías estar entonces tan seguro de que los acontecimientos se iban a suceder de acuerdo a tus previsiones.

—Cuando se parte de una posición desesperada es menos complicado hacer apuestas fuertes, hay menos que perder. Pero reconozco que, en todos estos años, mis planes parecen haber sido bendecidos por el Todopoderoso; a Él y a nadie más puede atribuirse su éxito.

—A Él… a través de su brazo ejecutor —dijo, señalándole con la palma abierta antes de hacer una prolongada pausa—. Nunca hemos hablado de esto con franqueza. Quizá este sea un buen momento para que me expliques cómo conseguiste dar la vuelta a una situación que parecía abocada al desastre. La tarde es excelente, puedo pedir incluso que nos sirvan la cena aquí.

El *hachib* asintió, aunque a Sulaymán no le pasó desapercibido que comenzara a estrujar su barba entre los dedos pulgar e índice. A lo largo de

los años había aprendido que aquel gesto de Mukhtar indicaba que su cabeza se ponía a funcionar, alerta.

—Para empezar… ¿cómo pudiste revertir la situación militar, con un ejército a punto de claudicar, incapaz de enfrentarse a lo que parecía una sublevación generalizada en todo el emirato, por no hablar del acoso a nuestras fronteras?

—*Sahib*, me lo habéis oído muchas veces… La espada no es el arma más poderosa en manos de un soberano.

—La información lo es, lo sé.

El *hachib* sonrió.

—Como decís, nuestras mermadas fuerzas no eran suficientes a la hora de apagar los múltiples fuegos que a cada momento se encendían en las provincias. Nuestros generales acudían a contener los focos de rebelión con hombres escasos y mal preparados, lo que nos había causado sonoras derrotas. No existía confianza en la victoria, no había esperanza de botín, y eso llevaba a nuevas deserciones. Los mercenarios se ponían a las órdenes de los cabecillas rebeldes, seguros de su triunfo. Mientras, grandes contingentes eran enviados a la frontera con la idea de poner freno al avance de los infieles, una tarea que entonces parecía perentoria.

—¿Acaso no lo era?

—Hasta entonces sí, lo había sido. Hasta que los informadores enviados a la corte de Alfuns regresaron con la noticia de que los hijos del rey habían alzado a su muerte las armas entre sí, en lucha abierta por el trono, hasta el punto de que la situación acabó desembocando en una auténtica guerra civil. Vuestro padre tenía dos opciones: aprovechar la circunstancia para atacar a un enemigo exterior débil, o replegar todo el ejército hasta entonces empleado en la frontera y tratar de aplastar las revueltas internas que cercaban la capital.

—Y con tu consejo, optó por lo segundo.

—Con la oposición de todos sus generales, que a sus espaldas le llamaban loco, hasta el punto de que aquello le costó el intento de rebelión que conocéis bien. Tuvimos que ejecutar a una veintena de los más altos oficiales del ejército y luchar contra la desconfianza del resto.

—Pero la apuesta dio sus frutos…

—Allah quiso que la guerra civil entre los cristianos se prolongara e impidiera un avance decidido hacia el sur. Ocuparon, es cierto, lo que hasta entonces se consideraba tierra de nadie.

—Tierras y fortalezas que ahora acabamos de recuperar —recordó, satisfecho, el califa.

—Sin embargo, nuestras fuerzas seguían siendo insuficientes. Necesitábamos más efectivos, y ni siquiera las levas forzosas los proporcionaban. Era preciso que más hombres se sumaran a nuestras filas, a ser posible de forma voluntaria, y de nuevo el Todopoderoso vino en nuestra ayuda.

—Te refieres a lo ocurrido con Ibn Gazal…

—Que el más recalcitrante de los rebeldes que ponían en jaque al emirato, un hombre que dominaba más territorio que vuestro propio padre, decidiera abrazar el cristianismo en aquel preciso instante fue poco menos que un milagro. De inmediato pusimos en marcha la maquinaria de la propaganda acusando a los rebeldes de impiedad, el pecado más nefando para un musulmán.

—Y eso os permitió declarar la *yihad* contra los rebeldes, ahora infieles en vez de buenos creyentes.

—Esta vez las deserciones se produjeron en sus propias filas, y los voluntarios de la guerra santa comenzaron a acudir a las casas de reclutamiento.

—Pero muchos otros rebeldes se mantuvieron fieles al Islam —opuso el califa.

—Con ellos utilizamos otra estrategia. Las arcas estaban vacías, pero empleamos lo poco que quedaba en el pago a sicarios que descabezaron algunos de los focos de rebelión. La toma de rehenes entre los cabecillas, incluso el pago de sobornos, también ayudó. Además, pronto se produjeron las primeras victorias, que nos ocupamos de magnificar de forma conveniente. Hicimos correr historias sobre fabulosos botines en las primeras ciudades recuperadas, botines que nosotros habíamos colocado allí. Pudimos empezar a pagar las soldadas de forma puntual, y en un año teníamos dificultades para equipar a los nuevos reclutas que acudían a la capital, por no mencionar los miles de mercenarios que de nuevo acamparon junto a nuestras murallas en los alardes previos a las expediciones.

—Sin embargo, recuerdo que la sequía seguía asolando el país en aquella época. Fueron años de hambre y penurias para nuestro pueblo.

—Cierto, pero la obediencia de las ciudades y las aldeas recién recuperadas hizo que los impuestos comenzaran a entrar en las arcas. Y pudimos importar grano del otro lado del mar y aliviar así la escasez.

—Ese fue el momento en que solicitaste de mí que me hiciera visible para el pueblo.

—Acababais de cumplir veinte años y vuestro padre se encontraba ya enfermo. De acuerdo con él, decidimos avanzar hacia la segunda etapa de nuestro plan.

—De tu plan… —corrigió Sulaymán.

—De nada habrían servido mis ideas si vuestro padre no les hubiera prestado oídos, si no me hubiera otorgado el poder para ponerlas en práctica…

—Siempre me he preguntado cómo lo hiciste.

—¿A qué os referís, mi señor?

—A la manera en que conseguiste que en la primera de mis apariciones públicas, en lo alto de la muralla del alcázar, fuera aclamado de aquel modo —dijo el califa al tiempo que extendía su brazo para tomar su copa y tendía otra para su *hachib*.

Mukhtar se levantó de forma apresurada para tomarla en sus manos, murmurando un agradecimiento. Humedeció la boca con el delicado jugo de naranjas que contenía y se dispuso a responder, esta vez sin tomar asiento.

—Quizá no conozcáis aún todos los detalles, pero sí los principales. Sabéis que las circunstancias se aliaron con nosotros en aquel año en que cumplisteis los veintiuno… precisamente el año 300 de la Hégira. Un año redondo, el inicio del tercer siglo desde el viaje del Profeta, sin duda apropiado para el advenimiento de un nuevo soberano, aquel que las profecías venían anunciando para esa misma fecha.

—Profecías que una vez más tú te encargaste de propagar —cabeceó el califa, sonriente.

—De la forma más conveniente para nuestros intereses. Recuerdo que, cada mañana, los narradores, supuestamente procedentes de lejanos países, salían del alcázar bien aleccionados y dispuestos a congregar a la multitud en el zoco.

—Reconozco que te esmeraste en la tarea.

—Y no solo lo hice con aquellos oportunos vaticinios de los predicadores, sino con el resto de señales que pudieran hacer pensar que el nuevo emir era el elegido, el Mesías del que hablaban los profetas. A veces, la búsqueda en los libros, las conversaciones con los eruditos, nos deparan sorpresas que pueden ser utilizadas con provecho.

—¿Te refieres a las coincidencias en la numerología, que acabaron de boca en boca por toda la ciudad?

—Precisamente… La feliz casualidad de que el número sagrado se repitiera una y otra vez en vuestra genealogía, que fueras el primer soberano

después de un ciclo de siete emires de tu estirpe, que a su vez sucedían a los siete califas que gobernaron en Damasco. Y que tu nombre, Sulaymán, coincidiera con el primero de esos emires, el que instauró hace generaciones vuestra dinastía en estas tierras. Sí, aquel año se produjo un cúmulo de coincidencias que facilitaron sobremanera tu acceso al trono. Simplemente tuvimos la habilidad de aprovecharlas.

—Unido al cambio de signo en la marcha de la guerra. Precisamente entonces comenzaron a hacerse visibles los resultados de tu política. Las victorias militares en las expediciones que yo mismo encabezaba comenzaron a sucederse.

—Tuvimos buen cuidado de que vos, el entonces heredero, encabezarais los desfiles triunfales en el regreso a la capital. Asociamos vuestra presencia a cualquier situación de alborozo; no solo con motivo de tus victorias militares, sino también en los repartos de alimentos, en las solemnidades religiosas en la mezquita mayor y en los actos de acción de gracias.

—¡Incluso con la lluvia nos bendijo Allah aquel año! —sonrió Sulaymán al recordar.

—¡Y bien que lo aprovechamos haciendo correr la idea de que el fin de la sequía no era sino una señal de que el Todopoderoso estaba satisfecho con vuestro nombramiento! —rio Mukhtar.

El califa cabeceó satisfecho, pero permaneció en silencio y pensativo. Le bastó alzar la mano para que un voluminoso eunuco surgido de entre las columnas de los soportales se inclinara ante él un instante después.

—Haz que nos sirvan un refrigerio en este mismo lugar —ordenó—. Y que no falte una jarra del mejor vino.

El *hachib* alzó la cabeza y esperó a que el sirviente se perdiera en el interior.

—¿Me permitís una observación?

El califa centró de nuevo su atención en él y esbozó un gesto de afirmación.

—No lo toméis como una reconvención, pero si algún riesgo corremos es perder el favor de ulemas y alfaquíes. Debemos ser escrupulosos a la hora de observar los preceptos del Islam, no podemos dar pie a murmuraciones y mucho menos a acusaciones de impiedad. Su apoyo siempre ha resultado fundamental para nuestros intereses; sin la mención constante de vuestro nombre en las mezquitas, el pueblo no os tendría en la consideración que os tiene. Recordad que, como califa, no solo ostentáis el mayor poder político, sino también la autoridad religiosa como enviado de Allah.

—No lo olvido, *hachib* —respondió, esta vez sin una sonrisa—. Jamás daría ocasión a murmuraciones y críticas por actos impíos realizados en público, pero una cosa es la moral que el soberano exhibe ante sus súbditos y otra lo que ocurre tras los muros de sus estancias privadas.

—No insistiré, *sahib*.

—Mi querido Mukhtar… Hace demasiado tiempo que te tengo a mi lado para no saber que en este momento te estás mordiendo la lengua. ¿De verdad te parece tan grave que tomemos un poco de vino durante nuestra cena? ¿O hay algo más? —El *hachib* bajó la cabeza—. Habla, Mukhtar. Te conozco mejor que a mi propio padre, y tú me conoces como si fuera tu hijo. No hay lugar para secretos entre nosotros.

—Me refiero, Sulaymán… a ese gusto que muestras por yacer con efebos. La sodomía es un pecado y está proscrita por nuestras leyes. Si llegara a trascender… Y es fácil que suceda: una concubina despechada, uno de esos mismos muchachos herido en su orgullo…

—Tranquilízate, *hachib*, la discreción se encuentra entre mis muchas virtudes —rio—. ¿Qué crees que ocurriría si llegara a oídos de los ulemas? Conozco bien a muchos de ellos, y te aseguro que si por algo están preocupados es por mantener sus privilegios y prebendas. Todas sus acciones están encaminadas a ello, y nunca harán nada que pueda poner en peligro su posición. Jamás se atreverán a cuestionar al califa.

—Lo sé —reconoció Mukhtar—. Pero era mi obligación como *hachib* y como consejero hablarte de ello.

—Y yo te agradezco que lo hagas; como te acabo de decir, entre nosotros no debe haber secretos. Por eso ahora seré yo quien te haga una pregunta que jamás te había formulado.

El *hachib* se detuvo en su paseo, quizá de manera inconsciente.

—El año 300 era el año señalado para el advenimiento del nuevo Mesías, como anunciaban las profecías. Y ese año, justamente, el Todopoderoso quiso llevarse al emir, mi padre, para permitir que yo ocupara el trono.

El califa hizo una pausa mientras observaba fijamente a su primer ministro.

—Así fue, loado sea Allah en su infinita sabiduría —respondió este, interpelado por la mirada del soberano.

—La pregunta que llevo haciéndome desde aquel día es… si el Todopoderoso tuvo alguna ayuda terrena para llevar a cabo su voluntad.

Las miradas de ambos quedaron enfrentadas, y por un instante ninguno de ellos habló. Fue Mukhtar quien terminó dirigiendo la vista hacia el suelo. El

califa esperó.

—Creo que vuestro padre se quitó la vida —dijo al fin con voz queda.

—¿Lo crees?

—Él mismo me lo había insinuado, aunque yo le hice ver que no era necesario tal sacrificio para llevar adelante nuestros propósitos. Una abdicación hubiera sido suficiente. Sin embargo, cuando aquella mañana su cuerpo fue encontrado sin vida en sus aposentos, supe de inmediato lo que había ocurrido.

—Se dijo que había muerto de forma repentina durante el sueño —objetó el califa con recelo.

—Los médicos de la corte están a nuestro servicio. Junto al cuerpo de vuestro padre había una copa con restos de una potente ponzoña.

El califa asintió, cabizbajo.

—Entonces es cierto… —musitó con pesar—. Mi padre sacrificó su propia vida para asegurar el éxito de mi empresa.

—Quizá os consuele pensar que la historia, a cambio, le recordará como el hombre que consiguió detener el imparable avance del emirato hacia su desaparición.

—Hubiera preferido recorrer este camino junto a él —objetó el califa, observando de soslayo el rostro del *hachib*—. Pero, dime, la idea de mi proclamación como califa… ¿estaba ya en la mente de mi padre?

—Quizá llegara a considerarla, pero en el momento de su muerte era un sueño inalcanzable. Tan solo las circunstancias que concurrieron en vuestros primeros años de reinado convirtieron aquella idea audaz, extravagante incluso, en una posibilidad factible.

—¿Cuándo empezaste a considerarla así?

El *hachib* salvó la distancia que lo separaba del diván y, pensativo, tomó asiento de nuevo. Aún tardó en responder, a pesar de que el califa no había apartado la vista de él.

—La proclamación de Al Mahdi como califa de Ifriqiya, algo que al principio contemplamos como un agravio y un peligro, resultó al fin providencial. Nada une más al pueblo con sus gobernantes que una amenaza exterior, real o ficticia. Los ataques a nuestras caravanas en el Maghrib, el relato que hacían los mercaderes de sus fechorías, nos permitieron alentar el temor y el miedo, y dibujar a Al Mahdi como el enemigo que batir, el hombre que había osado desafiar a los debilitados califas de Oriente y que ponía en riesgo nuestra propia seguridad. No fue complicado convencer a los creyentes

de nuestro mejor derecho a emular a los califas de Damasco, como descendientes directos y miembros de la familia Omeya.

—Ni de la necesidad de conjurar la amenaza de Al Mahdi mediante mi propia proclamación como cabeza de un nuevo califato independiente en Occidente.

—Perdonadme —dijo entonces el hachib con cierto embarazo—, olvido que estas explicaciones no os son necesarias.

—Pero nada hubiera sido posible sin la victoria sobre Ibn Gazal…

—Así es, *sahib*. Y en ello vos tenéis todo el mérito. Vuestro empeño durante todos estos años es lo que permitió plantar la bandera de los Omeyas en lo alto de su inexpugnable fortaleza. Algo que, a ojos del pueblo, solo estaba al alcance del elegido de Allah.

Una carcajada llenó el espacio del jardín porticado.

—¡Por Allah, Mukhtar! —exclamó el califa cuando la risa se lo permitió —. Una vez más, yo no fui sino la imagen sobre la que tú hacías recaer los méritos y las victorias.

—Os recuerdo, señor, que durante las duras campañas contra Ibn Gazal vos estabais al mando, ausente de la capital durante meses… y yo estaba muy lejos de los campos de batalla. Erais vos quien dirigía con acierto a los generales del ejército.

—Estuve al mando de un ejército que no hubiera podido ser reclutado sin el acierto de tu política, tomando decisiones que enviaron a la muerte a miles de nuestros hombres —su rostro se tornó sombrío—, mientras yo gozaba con mis concubinas en una *haymah* que nada tenía que envidiar a los mejores aposentos de este alcázar.

—No os subestiméis, mi señor. Nuestros generales siempre han alabado vuestra capacidad como militar y como estratega.

El califa miró fijamente a su *hachib* y sonrió, asintiendo con la cabeza. Durante un instante entrecerró los ojos.

—Supongo que las enseñanzas de mis preceptores servirían de algo. Y también las largas veladas en la biblioteca; la lectura de los textos de quienes me antecedieron en el ejercicio del poder. De ellos he aprendido que, con habilidad, el pueblo es fácil de manejar. Como con las mulas, a veces es mejor la zanahoria que la vara. No solo fuerza, también inteligencia.

—Esto lo han comprendido los grandes gobernantes de todos los tiempos. Incluso los atenienses, que daban al pueblo un poder aparente sin que este fuera consciente de que también estaba manejado.

—Ah, mi buen Mukhtar… Cada día doy gracias a Allah por haberte traído a mi lado. —De nuevo el califa llenó las copas—. Tú has sido quien ha aportado a mi reinado esa dosis de inteligencia, tan necesaria para pastorear un rebaño tan poco dado a la docilidad.

—Siempre me habéis sobreestimado, *sahib* —respondió Mukhtar con un protocolario gesto de humildad, al tiempo que se inclinaba hacia la mesa para acercar de nuevo el vino a sus labios—. Un pueblo ignorante puede ser difícil de someter, pero es, en cambio, muy manipulable. De ahí que el acceso a la enseñanza deba ser regulado con celo extremo y restringido a las clases que ostentan el poder.

—Ni siquiera cuando conseguí vencer a Ibn Gazal vi el camino despejado hacia mi proclamación como califa. Tú hiciste que, a nuestro regreso, el pueblo me aclamara, y que tal nombramiento se convirtiera en una aparente concesión a sus deseos, y no en una imposición.

—Eso fue lo más fácil de conseguir. El desfile triunfal de tu ejército victorioso, la exhibición al pie de las murallas del cadáver crucificado de nuestro mayor enemigo mientras tú arengabas al populacho desde lo alto… y la ayuda de Allah —rio—, que envió la lluvia en aquel preciso instante, cuando más necesaria nos resultaba. El rumor de que aquella era una señal más de la satisfacción del Todopoderoso con tu persona, con su enviado, se extendió solo, como el fuego sobre la yesca, y los discursos de los imanes en las mezquitas hicieron el resto. Nunca olvidaré aquella imagen vuestra sobre la muralla, bajo la lluvia, alzando los brazos al cielo en señal de gracias mientras los relámpagos rasgaban las nubes y los truenos se confundían con el clamor de la ciudad reunida a nuestros pies.

El califa dejó la copa y se estiró sobre el sitial, sonriente, recreándose en el recuerdo.

—¿Sabes? A veces me pregunto cómo serán los gobernantes que nos sucedan, dentro de, quizá, mil años.

El *hachib* permaneció pensativo.

—Resulta difícil responder a eso, pero poco han cambiado las cosas desde que el mundo es mundo —respondió Mukhtar al fin—, y no creo que lo hagan demasiado en el futuro. Siempre habrá una ciase de elegidos que acaparen los recursos disponibles, y con ello los resortes del poder, sobre una masa sojuzgada. Quizá, en algún momento, gobernantes débiles tengan la tentación de realizar concesiones al populacho, a la manera en que, como recordabas antes, hicieron los atenienses… ¿«Democracia» lo llamaron? Pero, aunque así sea, la gente de la calle seguirá siendo controlada, dirigida, engañada. No hay

otra opción, solo en apariencia el pueblo podría tener la capacidad de decidir sobre los asuntos del gobierno. Alguien como tú, como nosotros, con los recursos y la inteligencia necesarios, seguirá manejando todos los resortes desde la sombra. Así está dispuesto y así seguirá siendo hasta el final de los tiempos, con la ayuda de Allah y con la de sus ministros.

—Brindemos por ello —dijo el califa, satisfecho con la respuesta, al tiempo que alzaba la copa.

De ser capitán

Miguel Aceytuno Comas

Mi familia, desde que existe memoria, se ha dedicado al transporte de coloniales y ultramarinos. Contaba mi abuelo muy serio a quien quisiera escucharle que mientras Colón le decía a la reina Isabel aquello de «hágame caso, majestad, que de esta nos forramos», un lejano antepasado ya andaba ojo avizor, a ver qué se podía sacar de eso. Quién sabe. Cierto es, eso sí, que mi familia conserva viejos títulos de capitán, de aquellos tiempos en que cuando un hombre llegaba a una costa le daba un nombre.

Siempre hemos sido hombres de ley, o todo lo de ley que podía ser un marinero en aquellos tiempos recios. Mi abuelo era armador y capitán de un precioso pailebote que hacía el *tramp*[1] entre la metrópolis y nuestras colonias de Cuba o Filipinas. Eso sí, con los papeles justos y necesarios, que diario de a bordo y manifiesto de carga son nuestro deber y salvación, pero ni uno más.

No desdeñaba, cuando había ocasión, izar la bandera corsaria —siempre la de su rey, por supuesto, ya le he dicho que era hombre de ley— y espumar las bodegas y los bolsillos de todo aquel que osara surcar sus mismas aguas, pero, por descontado, con la patente de corso perfectamente en regla. Un hombre serio era mi abuelo.

Mi padre quiso seguir sus pasos y heredar el pailebote, pero con lo que nos montaron los americanos en el noventa y ocho, muchas rutas se cerraron. *Remember the Maine* y esas cosas, ya sabe. Sin la opción de Cuba o las Filipinas, bien podría haberse dedicado, como tantos otros que así se hincharon a ganar duros, a hacer contrabando de armas con los rebeldes marroquíes, pero ya les he dicho que mi familia siempre ha tenido a mucha honra respetar los usos y costumbres de capitán honrado. Además, aunque fueran la misma industria y el mismo rey los que estaban por un lado provocando la guerra y, por otro, vendiendo máusers a nuestros enemigos,

quedaba poco serio llevar armas a quien luego iba a usarlas para montarnos un cristo como el del Barranco del Lobo.

Afortunadamente, durante dicha guerra contra los americanos, mi padre había servido a las órdenes del marqués de Comillas, gran mecenas, gran patriota… y dueño de la Compañía Transatlántica. Guardo aún como un tesoro el billete que el señor marqués entregó a mi padre tras llenar el viejo pailebote hasta la galleta de munición y explosivos: «Es preciso que haga usted llegar el cargamento a Puerto Rico aunque se pierda el barco». Valiente era mi padre. Con las velas en reliquias y el casco lleno de tapabalazos, la mercancía se entregó sin novedad alguna. En sus tratos con el señor marqués mi padre era un hombre de palabra, y esa palabra era: «Sí, señor marqués». Confianza. Confianza es la clave en los negocios y en la vida, y, como puede ver usted, es una cosa que siempre hemos tenido a gala en nuestra familia. Un buen marino, ante todo, es una persona en quien se puede confiar.

Por ese motivo, la falta de fletes tras perder las colonias no nos afectó en exceso. Mi padre siempre tuvo un barco que mandar. Eso sí, el viejo marinero hubo de pasar por acostumbrarse a ese invento diabólico, el vapor, y pasó el resto de las singladuras que Dios tuvo a bien darle paseando ricos ociosos por las riberas del Mediterráneo. Recuerdo aquellos veranos, de muy niño. Tan pronto acababan las clases, mi madre y yo embarcábamos en su transatlántico, y ahí me di cuenta de que quería ser marino. No, marino no. Capitán.

A los ocho años tuve mi primer mando. No es broma. Don Zenón, *mestre d'aixa*[2] que había servido bajo mi abuelo, me dijo que me ayudaría a reparar un viejo bote que se pudría en la playa de la Barceloneta. Dicho y hecho. Los domingos de primavera y otoño, cuando hacía bueno, salía siguiendo la estela de los grandes vapores, soñando con tierras lejanas. De aquellas salidas, viajes para mí, mantuve un diario de a bordo, que también conservo, pues me parecía muy importante escribirlo. Aún me lo parece. Si usted ha navegado, seguro que me comprende.

Buenos tiempos… hasta un triste día en que el vapor que mandaba mi padre tocó con una laja que velaba, y que no estaba en la carta, y no consintió en abandonar el puente hasta que el último pasajero y marinero hubiera sido puesto perfectamente a salvo. Ser capitán puede parecer muy bonito, pero hacerlo bien lleva consigo esta espada de Damocles. Y qué gran hombre, mi padre. Hasta en el último momento de su vida dejando esta lección de cómo se hacen las cosas. De qué quiere decir tener el mando.

Mi madre y yo nos hubiéramos vistos desamparados de no ser por la mano del señor marqués, que no olvidaba a los suyos. Recuerdo que vino a los

funerales, habló delante de todos de cuan gran *senyor de la nau* había sido mi padre, entre el asentir sombrío de aquellos lobos de mar, y me abrazó. Eran aquellos tiempos cuando un gesto o un apretón de manos tenían fuerza de ley. Nada faltó jamás en nuestra casa.

Pasado el duelo me llamó a su despacho y me preguntó a solas qué quería ser de mayor. Si la Escuela Naval Militar hubiera estado abierta, quizás habría terminado como oficial de la armada. Pero la vieja escuela flotante de la fragata Asturias no admitía aspirantes, y la nueva sede en San Fernando era aún un proyecto. Tal vez hubiera llenado mis ansias de aventura en la academia de Zaragoza y muerto sobre las arenas del Rif; pero, como le he dicho, un bichito había picado mi alma: nos entendimos de hombre a hombre. Con una sonrisa, dijo que becaría mis estudios en la Escuela de Náutica. Sería marino mercante. Sería capitán.

En aquellos tiempos se creía en la experiencia, así que lo primero que se hizo fue enviarme, como dicen los ingleses, «delante del mástil»: es decir, a currar. Me alistó en su compañía con la más baja de las graduaciones. Para que me ganara el pan como un hombre de verdad. Como lo que había sido mi padre. Como lo que era yo.

Es norma obligada que los marineros arranchan a proa y los oficiales a popa, y a proa me fui. Como era demasiado joven para hacer incluso de grumete, comencé como paje de escoba. Qué diferencia de corretear como un niño por cubierta sin más obligación que estar limpio a la hora de la cena que pasar a llevar la sal de Torrevieja o San Fernando en un viejo bergantín. Yo ya no era un niño, ya podía sostener una escoba, ya tenía un puesto, mi puesto. Pero ese es el camino para ser un buen capitán, y quien no lo haya seguido, quien no haya pasado noches a la caña con un ojo en la polar y otro en el compás, que generalmente no señalan el mismo norte, cosa que un buen marinero debe tener muy claro, nunca, nunca podrá mandar un rumbo.

No crean en absoluto que se descuidaba mi educación. Flntre viaje y viaje acudía a la escuela que pagaba el buen marqués, a formarme en trigonometría, idioma inglés, álgebra, literatura, gramática, historia, geografía, buenas maneras… Además, me decían serios y severos los capitanes que habían sido amigos y compañeros de mi padre, yo ahora era el hombre de mi casa y mi madre requería de mi ayuda y protección, sobre todo con la herida tan fresca. Era bueno que pasara temporadas a su lado, ahora que me necesitaba. Ya vendría el momento de los grandes viajes.

De trepar a la jarcia y jalar de los cabos, mi cuerpo se fue haciendo, si no excepcionalmente alto, sí seco y fuerte. Pasé a grumete, marinero, marinero de primera, aprobé el acceso a la Escuela de Náutica… No sabe usted todas las cosas que aprendí, todo lo que obtuve de aquellos tiempos, todo lo que me enseñaron aquellos rudos marineros sobre trabajar en equipo, la disciplina, la amistad, el respeto, el temor a la mar. Mi primer vaso de vino, mi primer amor mercenario, mi primera pelea. El estar baldeando la cubierta arrodillado, frota que te frota la arena y el polvo de gas con la piedra, y escuchar una voz que viene pegando gritos por el muelle que hay bronca en tal o cual burdel, donde sabes que está media tripulación, la mitad que no está de guardia, y salir corriendo todos, todos, sin pensar, sin preguntarnos, que es de pésima educación marinera que ahostien al compañero de sollado solo. Y cuando izan bandera «Papa», azul con su cuadradico blanco, que significa «todos a bordo, que zarpamos», formar toda la marinería con ojos morados, cejas abiertas y narices aplastadas. Y el contramaestre no decir nada, el segundo no oír nada y el capitán no ver nada. Por cierto, ¿sabe usted cómo llaman a la bandera «Papa» los marineros? «La bandera del negro». ¿Sabe por qué? Porque nosotros estaríamos baldados, pero los gigantescos negros que en aquellos tiempos solían hacer las funciones que hoy en día llamamos portería y seguridad en las casas de lenocinio…, no vea cómo quedaban cuando se izaba la bandera «Papa», y claro, como zarpábamos, si te he visto, no me acuerdo.

Aunque parezca no venir muy a cuento, voy a contarle una cosa que todos hacían y tomé como costumbre, y aunque ahora mismo quizá le parezca trivial, verá más adelante que tiene que ver algo con esta historia que le cuento: siempre, desde entonces, cargo sobre mí, día y noche, una navaja. Únicamente para degollar las velas si se rifa el trapo, claro está. Sin ningún otro motivo, por supuesto. «Marinero sin navaja, puta sin liga», dice el refrán de la mar, y es bien verdad.

Como todo mal, la guerra es mala para muchos, pero buena para algunos. Ya para 1916 todos los oficiales mercantes ingleses, franceses, alemanes, americanos, rusos… habían desaparecido de los siete mares, y ahora, o vestían uniforme o se dedicaban a las vitales rutas del Atlántico Norte. Tan crítico era eso para los fletes, que a los alumnos que terminamos el segundo año se nos nombró terceros oficiales, y con la bendición de nuestros maestros y bajo el manto de la Virgen del Carmen —y mi fiel navaja, que también

ayudaría a protegerme de todo mal—, se nos mandó a navegar. «La mar y los oficiales viejos acabarán de formaros», nos dijeron. Y vaya si tenían razón.

Y ahí me vi yo, a popa. Quienes pocos años atrás habían sido mis maestros eran ahora mis subordinados. Tendría que mandar a gentes que con solo sentir el viento en el rostro olían la tempestad. Bien. Ya se lo he dicho: había compartido con ellos peleas, mi primera mujer, mi primer vaso de ron. Les amaba y respetaba, y tenía que hacer que ellos sintieran lo mismo por mí. Pero yo venía bien enseñado, de buena escuela y buenos maestros, y detrás de mí velaba en silencio el viejo capitán, atento a, sin desmerecer mi autoridad de oficial, corregir todos mis errores. Este, señor, es el camino del mando. Propulsar el barco y dibujar una carta lo harán mañana las máquinas, escuche lo que le digo. Pero cuando la tempestad no deja ver las estrellas, la aguja de marear se ha descompensado por los golpes de mar y el viento ruge en las jarcias… siempre, siempre, hasta el final de los tiempos, hará falta un capitán.

¿Recuerda usted su primer beso? ¿Su primer día de trabajo? ¿El primer día de su vida cuando no volvió a dormir a casa fie su madre? Por supuesto que sí. Son momentos en los que se pierde la inocencia y tienes que tomar una decisión que, buena o mala, no importa, va a marcar toda tu vida. Donde no hay un adulto detrás presto a darte un capón si metes la pata.

Era el invierno de 1916 y yo el tercer oficial a bordo del *City of Dublin*. Mi primer puesto a popa. Bueno, la verdad, ni eso. Era un agregado en funciones de oficial. La noche era fría, lluviosa, y la mar dura. El señor capitán y el segundo de a bordo se habían retirado a descansar, el capitán nunca duerme: descansa, y en el puente del viejo vapor solo velábamos el timonel, un negro taciturno y fatalista al que solo revelaba en la penumbra el blanco de los ojos, dos marineros serviolas y quien esto le cuenta. Muy abajo, en su infierno privado, los paleros alimentaban sin descanso las calderas, ajenos a que fuera día o noche, a la calma o la tempestad.

Tradicionalmente, los deberes de un agregado a bordo son dar agua al canario, es decir, cuerda al reloj de a bordo, ejercer de enfermero con la tripulación, básicamente ladillas y gonorrea, y eventualmente algún navajazo de rutina al izar la bandera «Papa», pesar el sol al mediodía, o, lo que es lo mismo: calcular su altura para determinar la latitud en el inverosímil caso de que se pudiera ver el sol en pleno mar del norte en medio del invierno, verlo todo, aprender mucho y no decir nada. Tradicionalmente.

En tiempo de guerra, las cosas son diferentes. Pasas de alumno a oficial en el tiempo que tardas en ponerte una gorra; y ahí estaba yo, en la guardia de perros. Correcto y circunspecto, como me habían enseñado en la escuela, pero con las manos que me sudaban y sin poder evitar echar cada rato una miradilla de reojo a las tirillas de mis bocamangas.

Aproando a las bravas olas, las buenas seis mil toneladas del *City of Dublin* daban unos pantocazos del copón. Los serviolas, bajo los gruesos sobrecapotes forrados de hule, soportaban estoicos los fríos rociones a babor y estribor. El silencioso timonel parecía tallado de la misma madera de caoba de la bitácora y yo paseaba puente arriba y puente abajo, imberbe en mi uniforme de hombre, nervioso como novicia en feria, pero de alguna forma feliz, satisfecho de estar en mi camino.

Era una guardia rutinaria, por lo que los oficiales de verdad se habían retirado tranquilos, sabiendo que nada iba a pasar. De hecho, la guerra se había vuelto rutinaria, y mire lo que le digo, hasta la muerte también. Pero cuando no tienes veinte años y ves cumplido tu sueño, hasta el día a día es una aventura. Creo que cuando muere esta ilusión se llama hacerse viejo.

Y de repente estaban ahí. Transmitiendo por *scott* morse en código internacional la señal de «Pare inmediatamente las máquinas o les enviamos al fondo de un cañonazo», o algo así. El serviola de babor me miró atónito, desencajado. Nada había hacía un momento, y ahora un submarino navegaba paralelo, en conserva a nosotros. Con un cañón del ciento cinco que parecía que me apuntara a mí directamente y la bandera del imperio alemán ondeando en la torre. Lo que se llama una buena guardia.

Conté mentalmente hasta diez. Lo primero, reprimir la imperiosa necesidad de sepultar mi puño en la nariz del serviola, que balbuceaba algo ininteligible. Lo segundo, poner en *stop* el telégrafo de máquinas, el barco era inglés, y saltar hacia la lámpara de señales. Haciendo fuerza para que no me temblaran las manos, intentaba no liarme en las abreviaturas morse: Vapor Ciudad de Dublin, stop. De El Ferrol a Copenhage con un cargo de maquinaria industrial, stop. De hecho, el origen y destino eran incluso ciertos. Lo que obviaba en mi comunicación era la pequeña parada que teníamos programada en Edimburgo, donde desembarcaríamos algunos de los motores que llevábamos a bordo, muy similares a los que suelen llevar las lanchas cañoneras. Nada fuera de lo normal en aquellos tiempos de pillo contra más pillo, pero seguro que a los alemanes no les iba a gustar. Pero nada.

«Prepárese para recibir a dotación de presa», respondió la luz de inmediato. Un bote cargado de hombres armados comenzó a separarse del pez

de hierro. Salté a la batayola. Quien parecía un oficial se puso a la caña, el resto a los remos, y comenzaron a bogar con ritmo entre las enormes olas.

—Rápido, algo para que puedan subir a bordo. —Empujé al serviola. Aturullados, rebuscamos entre la cabullería del nostramo. Finalmente lanzamos una escala de gato justo cuando el bote nos abordaba.

Era un hombre alto, delgado, solemne, cortés, con el uniforme de teniente de navío de la Armada Imperial completamente empapado. No tendría más allá de los treinta, pero a mí me parecía un lobo de mar de leyenda.

—Capitán —me saludó llevándose la mano a la gorra tan pronto como puso el pie en cubierta. Tras él subieron media docena de marineros mal encarados y armados con fusiles que inmediatamente me rodearon.

—Simplemente soy el oficial de guardia. —Me cuadré de un salto. No pareció decepcionado.

—Será usted, pues, tan amable de enseñarme el manifiesto de carga y la documentación del barco —respondió con acento culto, educado. Le hice seña de que me siguiera y subimos al puente. Con un gesto, indicó a sus pretorianos que esperaran en cubierta.

Nos sentamos en la mesa de derrota. Aparté de un manotazo las cartas y triángulos de posición que la cubrían y entregué los documentos al oficial. Los aceptó con una leve inclinación de cabeza, abrió el cartapacio y comenzó a leerlos detalladamente.

En aquella extraña soledad compartida, iluminados solo por la lamparita de la mesa, en el silencio solo quebrado por las olas, pues las máquinas estaban paradas, me preguntaba qué más podría hacer. Qué haría en un momento así un marino de verdad. Un momento… ¡Dios! ¡No había avisado al capitán! Me quedé blanco. El oficial estaba a bordo, le había dado los papeles… ¡sin consultar con el mando del buque! ¿Era lo correcto? Ahora sí que quizás había metido la pata. Quizás no, vamos: seguro. Pero ya era tarde. Miré por la ventana. Lloviznaba.

—Querría… ¿Querría usted un café, mi oficial? —pregunté con voz nerviosa. Levantó la vista, y por primera vez, me pareció ver algo parecido a una sonrisa en sus labios.

—Si no fuera para usted una molestia, mi oficial —respondió, y no había asomo de sorna en su voz, sino una indefinible tristeza—. Comprendo que la situación no es la más agradable para ustedes, y agradecemos su colaboración. Pero la guerra es la guerra, y todos hemos de cumplir con nuestro deber.

Asentí, poniéndome en pie. Busqué al serviola y le ordené que moliera algo de café en el puchero. Total, ¿qué tenía que vigilar ahora? Al poco, dos tazas humeaban en la mesa de derrota.

A su debido tiempo, el oficial se puso en pie.

—¿Me acompaña usted a revisar las bodegas?

Me incorporé también, intentando no temblar demasiado. Bajamos a cubierta. Desplegados, sus muchachos me miraban amenazantes. Encendí una linterna de seguridad y con un gesto le indiqué que pasara primero por la escotilla que bajaba a las bodegas. A su vez, hizo que dos de sus chicos le precedieran con los fusiles terciados. Estaba visto que lo cortés no quitaba lo valiente.

Anduvo un rato contando bultos, leyendo albaranes, trasteando por las cajas, ordenando abrir alguna. Yo empuñaba mi navaja en el bolsillo, preguntándome qué hacer si empezaba a pegar gritos, si descubría algo. ¿Ayudaría que se la clavara, por la espalda si fuera necesario? Por suerte, un motor es un motor, por lo que ni Sherlock Holmes habría descubierto nada fuera de lugar en nuestro cargo. Cuando se dio por satisfecho, subimos a cubierta.

—Muchas gracias, mi oficial. Sus documentos están en regla, pueden ustedes seguir su camino. Les deseo un buen viaje.

No supe qué responder, así que saludé militarmente. Me devolvió el saludo, y sin más ceremonia dio la vuelta, bajó por la escala con sus hombres y se perdió en las sombras. Al poco, el submarino desaparecía bajo las aguas.

Quedé en el puente, con las manos clavadas como garfios en la regala. La sangre me latía en las sienes Al cabo conseguí serenarme y volví la vista al timonel, que no había abandonado su puesto.

—Avante media. Continúe con el rumbo marcado.

Repitió la orden con aquel gracioso acento pausado, como si simplemente hubiera estado todo el rato esperando a que la diera, tiró de la palanca del telégrafo de máquinas y, obediente, la hélice volvió a batir las aguas. Yo intentaba respirar con normalidad. Ahora solo tocaba apuntar aquello como fuera en el cuaderno de bitácora… y ver cómo le explicaba lo ocurrido al capitán. Madre mía. De esta me despellejaba. Suerte que los papeles eran buenos. De hecho lo eran de verdad, la pirula venía en las cajas de maquinaria, que si no a estas horas estábamos flotando en botes, o sin botes, en las aguas congeladas.

De repente, una figura salió de entre las sombras, al fondo del puente, y me miró seria, severa. Me quedé helado. ¿Quién sabe cuánto tiempo había estado ahí, sin decir nada, simplemente mirando? Quizás desde que había aparecido el submarino. Quizás desde mucho antes. Quizás desde el principio de todas mis guardias.

Alargó una mano señalando el cuaderno de bitácora. Se lo entregué como un alumno da el examen, sin poder evitar que me temblara el pulso. Se sentó en la mesa de cartas, en la misma silla que había ocupado yo, abrió la libreta y comenzó a escribir.

«Bueno, este es el fin de tu breve carrera», pensé. Ya me veía como Lord Jim. Una mala anotación para un tercer oficial agregado alumno era quedar fuera. Fuera de las líneas, fuera del respeto de los compañeros de mi padre… Fuera de la amistad del señor marqués. El capitán todo lo había visto, pues todo lo ven los capitanes, aunque mucho lo callan. Nada me quedaba por decirle, ni siquiera «lo siento». Ahora solo pensaba en qué cara pondría al presentarme ante el marqués, mi benefactor… El amigo de mi padre.

Inexpresivo, el capitán me devolvió el cuaderno. Logré abrirlo. Solo había anotado dos líneas, con su letra picuda, elegante:

«*56 grados 42 minutos norte, 5 grados 52 minutos este. Revisados por dotación presa submarino alemán. Sin novedad*».

¡Sin novedad! ¡Sin novedad! ¿Con solo dos palabras despachaba el incidente? ¿Nada había pasado? ¿Le parecía lo más normal del mundo que hubiéramos estado a punto de dormir con los peces? ¿Que todo el buque, nuestras vidas, la suya, hubieran dependido de una mala palabra mía? Le miré atónito, pero ya se había levantado y marchaba con paso cansino hacia su camarote. Solo al llegar a la escotilla se giró hacia mí y reflexionó un instante, como si le quedara un pequeño detalle para dar por cerrado el pequeño incidente.

—Bien —dijo, y tuve que ponerme rojo como un tomate ante semejante discurso. ¡El capitán decía que lo había hecho bien! Un triunfo por las calles de Roma me hubiera parecido menos honor. Pero aun así quedó pensativo, como si no fuera bastante.

—Bien —repitió, y marchó con el aspecto satisfecho de quien ha terminado la faena del día. Y ahí quedé yo, lleno de orgullo, con cara de tonto y el cuaderno en la mano, al lado del impasible timonel que a todo esto no se había separado del rumbo ni media cuarta.

Y este, señor, fue el segundo día de mi vida que entendí, de verdad, qué es ser capitán. ¿Y el primero? Ya se lo he dicho. Aquel día, a los ocho años, cuando icé la vela en aquel bote, que estaba completamente bajo mi responsabilidad. Bajo mi mando. Dueño de tu destino y solo esclavo de tu conciencia, eso es ser capitán. Solo por debajo de Dios, y dicen los viejos nostromos que únicamente porque es más antiguo. Sí, hoy en día llevar el barco a puerto lo hacen las máquinas. Pero para saber el camino que tomar siempre hará falta un capitán.

Tardes de café vienés

Nerea Riesco

Josefina jugueteaba con la cuchara, haciendo circulitos en la nata de su café vienés mientras don Marcelino seguía despotricando sobre la situación del país, el «adónde vamos a llegar» y el «si mi padre levantara la cabeza». Josefina llevaba veinte años pasando los domingos en casa de los padres de su marido y en ninguna de las ocasiones su suegro dejó de protestar por cualquier causa; desde la tela de las cortinas, a la porcelana del juego de café pasando por la mala suerte que había tenido con sus atolondrados hijos, que indudablemente habían salido a la madre, porque en su familia nunca se dio un caso de tal aturdimiento mientras que en la de su esposa se tenía el conocimiento de la existencia de un tío lejano que, al parecer, se marchó a conquistar un hipotético sexto continente y de él nunca más se supo.

De nada servía que el marido de Josefina siempre se hubiese comportado como un hombre respetable, honesto e inteligente. Don Marcelino no le perdonaba que no tuviese descendencia, aunque, por supuesto, estaba seguro de que la culpa era de Josefina, y lo único que le reclamaba a su hijo era haber elegido como esposa a una mujer que a su entender tenía secas las entrañas. Su padre ni siquiera estaba orgulloso de que fuese el único de sus cuatro hijos que había seguido sus pasos profesionales siendo un miembro destacado del partido conservador.

La primera vez que el futuro esposo de Josefina la llevó a casa para que sus padres pudieran conocerla, don Marcelino la miró de arriba abajo con cara de asco, estuvo serio y distante durante la conversación y, cuando se hubo marchado, le murmuró a su mujer que esa chica era una libertina.

—No digas eso, Marcelino. Se la ve una muchacha encantadora, además es de buena familia. Es sobrina de mi amiga Adela Rubirá.

—¿De esa…? La de cosas que he escuchado decir de esa en el casino…

—Pero, Marcelino, si Adela Rubirá era compañera mía en el colegio y se metió a monja con catorce años…

Pero de poco le servía a don Marcelino las buenas referencias con respecto a su nueva nuera, porque siempre la miró con desconfianza. Josefina estaba convencida de que se trataba de algo químico, alguna sustancia invisible que su cuerpo supuraba y que solo su suegro era capaz de percibir provocándole una especie de rechazo. A ella le ocurría lo mismo cuando don Marcelino estaba cerca. Según avanzaban los años, se fue dando cuenta de que era algo mucho más complicado y sutil. Era posible que él pudiese darse cuenta de lo que pensaba en su fuero más íntimo, que se percatara de sus inconformismos internos, que siempre mantenía bien ocultos bajo su aparente gesto dulce. Parecía que su suegro se daba perfecta cuenta de lo agobiante que resultaba para ella tener que acudir cada domingo a aquellas reuniones familiares en casa de los patriarcas.

En ocasiones, don Marcelino invitaba también al padre Cipriano, un cura de provincias acartonado que desprendía un intenso olor a alcanfor y que parecía haber absorbido todos los pecados absueltos en sus confesiones para tomarlos luego como patrón con el que juzgar al resto de los mortales. Así, para él eran igualmente punibles una blasfemia y un asesinato porque todos los humanos eran unos viles pecadores. Don Marcelino y el padre Cipriano formaban una pareja apabullante que les sacudían el polvo semana tras semana a los habitantes de la ciudad y a las circunstancias que les rodeaban.

En un principio, a Josefina le revolvía el estómago escucharlos hablar con desprecio del niño con rasgos achinados que la vecina acababa de parir y que el padre Cipriano certificaba como castigo divino por la ligereza de cascos de la madre antes del matrimonio.

—Más les valdría que el angelito se les ahogase en la bañera —decía don Marcelino con gesto de magnánima caridad cristiana.

O las veces que el suegro le hablaba de sus propias e hipotéticas desgracias, a lo que el cura respondía que el Señor estaba anotando sus padecimientos y que le recompensaría por sus aflicciones terrenales con un mejor lugar en el paraíso.

Josefina se daba cuenta de que, a veces, inconscientemente, se quedaba fijamente observando a don Marcelino con cara de rechazo, y, cuando él percibía la presión de sus ojos, le devolvía la mirada convirtiendo el instante en una pugna insoportable de la que él siempre salía vencedor. Pero Josefina sabía que, cuanto más desagradable se mostrase con su suegro, peor se comportaba él con su marido en represalia. A ella le sacaba de quicio la

actitud pasiva de su esposo frente a los desplantes del padre, pero él se justificaba con razones de respeto y de herencia que ella ni se molestaba en rebatir. Por eso en los últimos años había decidido no inmutarse ante cualquier explosión desafortunada de su familia política. Si a su marido no le molestaban las capciosas indirectas de su padre, no tenían por qué molestarle a ella, que, a fin de cuentas, no llevaba su sangre. Decidió dejar que los improperios y desagradables deducciones de su suegro le entrasen por un oído y le saliesen por el otro con la misma tranquilidad del que oye llover, mientras removía con indiferencia la nata de su café vienés.

La ayudó a tomar esa actitud distante el comienzo de su amistad con Consuelo. En realidad la conocía desde siempre, porque era la hija pequeña de la criada que sus padres tuvieron sirviendo en casa durante toda la vida, pero la diferencia de edad y de estatus social siempre las mantuvo alejadas. Un día, paseando por la calle Mayor, descubrió a Consuelo sentada detrás de una mesa, rodeada de mujeres que entregaban panfletos a los transeúntes con un cartel a sus espaldas en el que se podía leer «sufragistas». Algunos hombres se quedaban mirándolas extrañados, otros las ignoraban, como si fuesen invisibles, incluso algunas mujeres se cruzaban de acera para que esas revolucionarias no les incitasen a firmar cualquier papel que las colocara en evidencia frente a sus esposos. Josefina se acercó a saludarla, más por curiosidad que por otra cosa.

—¿Quiere unirse a la causa, doña Josefina? —le dijo Consuelo sonriendo.

—No lo sé.

—Entonces debería pensárselo. Uno puede quedarse a un lado o al otro, pero nunca en medio. El término medio es pasividad y la pasividad es de cobardes —le dijo mientras le guiñaba un ojo pícaramente—. ¿Es de las que cree que las mujeres estamos lo suficientemente preparadas para elegir a nuestros representantes políticos, o es de las que se mantiene detrás como ciudadana de segunda dejando que sean los hombres los que decidan por usted? Piénselo.

Josefina se sintió avergonzada de lo que Consuelo le había dicho. Era mucho más joven que ella y, sin embargo, le daba mil vueltas en elocuencia. Desde luego, Josefina siempre se había considerado una persona capacitada para saber distinguir lo que era o no más conveniente para ella y para la sociedad en la que vivía. Tenía sus propias ideas políticas, pero no las comentaba con nadie. El problema radicaba en que pertenecía a una familia demasiado atrancada en la línea de «los de siempre», como para llegar a

revolucionar los domingos de su suegro con discursos feministas. Consuelo pareció leer su pensamiento.

—Verá, doña Josefina; no hace falta que enarbole una bandera o que se corte las venas por la causa, basta con que en su interior acepte la idea. ¿Quiere venir a alguna de nuestras reuniones? Nos juntamos los miércoles por la tarde en esta dirección. —Le anotó el nombre de la calle en un papel—. Pásese por allí si quiere. No hay compromisos.

Josefina aprovechó el primer miércoles en el que su marido se marchó a jugar la partida al casino para acercarse a la sede de las sufragistas. Se mantuvo medio escondida en el fondo de la sala, con miedo a que alguien pudiera reconocerla y la tachase de cualquier cosa. Pero se relajó cuando descubrió entre las asistentes a un par de caras conocidas y cuando se aclimató al ambiente distendido de las conversaciones. Aquello le gustó. Regresó a su casa dichosa, con la sensación de pertenecer a algo importante por primera vez en su vida. A esa reunión le siguieron muchas otras. Siempre encontraba una explicación que darle a su marido para poder escabullirse el miércoles por la tarde, hasta que la imaginación le dio lo suficientemente de sí como para inventarse una asociación de mujeres amantes del punto de cruz a la que aseguró que siempre quiso pertenecer. Eso se convirtió en la excusa perfecta para sus escapadas.

Cada día estaba más entregada a la causa, aunque fuese entre las tinieblas. Las mujeres planeaban manifestaciones, charlas con delegados del gobierno, recaudación de fondos para la adquisición de una sede… Pero Josefina se conformaba con ser una militante en la sombra. Preparaba galletas que luego las demás vendían por la calle y bordaba a punto de cruz la palabra «sufragista» en las bandas celestes que se colocaban las activistas en las manifestaciones. En ocasiones hubiera deseado ser como Consuelo, valiente, fuerte, segura de sí misma, y haber podido enfrentarse a cara descubierta por una causa que creía justa.

—No necesitamos mártires, Josefina —le decía esta cuando le planteaba sus dudas—. Cada uno ofrece en la medida de sus posibilidades, y usted ya hace bastante… Ya lo creo que hace.

Su marido jamás se dio cuenta de nada, ni siquiera cuando la veía bordando siempre las mismas bandas, a las que no prestaba atención, o cuando abría la puerta de la casa y el ambiente estaba inundado de un intenso olor a canela por culpa de las docenas de hornadas de galletas.

El día que sonó el teléfono en casa de don Marcelino para anunciarle que el gobierno provisional había decretado que las mujeres y los sacerdotes se

habían convertido en individuos elegibles como diputados, a poco le da un infarto. Se puso a gritarle al auricular como si fuese él el responsable de la decisión hasta que se dio cuenta de que la persona que estaba al otro lado había colgado, cansada de que le chillasen sin razón alguna. Entonces retorció el cable lanzando pestes, como si estuviese ahorcando la noticia; y, en vista de que eso no producía ningún cambio en su estado de ánimo, lanzó el teléfono al suelo y se lio a taconazos, rojo de ira, hasta que creyó haber terminado con el último hálito del aparato. En vista de que, pese a todo, aún se escuchaba una especie de murmullo al final de la línea, de un tirón certero arrancó el cable de la pared.

—Para que este invento del diablo no vuelva a dar malas noticias —le dijo muy serio a su mujer, que se había quedado con la boca abierta viendo el ataque de rabia de su esposo.

El domingo siguiente, la comida no tuvo desperdicio. Al padre Cipriano le parecía estupendo que los sacerdotes hubieran sido declarados elegibles.

—Pero lo único que encuentro mal es que nos hayan metido a sacerdotes y mujeres en el mismo decreto; me parece desacertado, una falta de respeto.

—Pues sepa usted que eso es lo único que a mí me ha tranquilizado, padre —le dijo don Marcelino queriendo parecer relajado—. No se lo tome a mal, pero me parece de mucha ayuda. Es bueno que las mujeres tengan el freno de la iglesia. Más que por eso, yo estoy preocupado por esas voces que andan pidiendo el voto para la mujer. —Hablaba como si las mujeres de la familia se hubieran vuelto invisibles de repente. Josefina lo miró por el rabillo del ojo—. Está demostrado que razones biológicas, históricas, científicas, culturales y religiosas impiden que la mujer pueda votar. ¿A dónde vamos a parar? ¡Si mi padre levantara la cabeza!

—Yo creo que por eso es por lo único que no ha de preocuparse, don Marcelino —añadió el padre Cipriano—. Las mujeres no entienden de política y se dejarán guiar por sus esposos y por sus confesores. No tenga cuidado, querido amigo. Verá cómo en las próximas elecciones, si la mujer acude a las urnas, venceremos a esos republicanos que nos están sacando de nuestras casillas. Ya lo verá, don Marcelino —dijo antes de dar un trago a su *brandy*.

Josefina le comentó a Consuelo la conversación que su suegro mantuvo con el cura. Pero ella le quitó importancia. Al parecer, eso era la de menos, lo realmente valioso era que la mujer pudiera votar. No importaba el resultado de las elecciones. Según le contó, en el parlamento se estaban planteando las mismas dudas y cuestiones, y algunas de las mujeres que allí estaban incluso

habían votado en contra de su propio género pensando que con ello resultaría vencedora la República.

—Algunas legislan, pero no quieren que otras legislen; votan, pero no quieren que las demás voten —le dijo Consuelo—. Algunas se han ayudado del feminismo para elevarse, pero ahora quieren quitar la escalera. Dicen que la mujer no debe votar porque no es republicana, pero no solo los republicanos tienen derecho a votar, ¿entiende, Josefina? No importa el resultado, lo importante es crear un precedente.

El derecho al voto femenino fue por fin aceptado. La asociación de mujeres que Consuelo dirigía celebró el triunfo organizando un evento en homenaje a Clara Campoamor, la gran luchadora. Josefina no pudo asistir; su faceta de militante clandestina exigía ese tipo de sacrificios, pero a escondidas, en la cocina, puso la radio y escuchó cómo aquella mujer la erigía con sus palabras a la categoría de ser relevante.

—¿Qué significan para nosotras, las mujeres, el voto político integral y los demás derechos? —decía entre vítores—. Significa haber salido del mundo insignificante de las cosas para elevarnos al mundo excelso de la personalidad, de la ciudadanía.

Josefina se sintió orgullosa de sí misma, henchida de satisfacción. Estaba convencida de que había formado parte de algo que marcaba un antes y un después en la vida de aquella sociedad.

Las siguientes elecciones llevaban la promesa de ser históricas. La mujer por primera vez podría votar libremente y los ánimos estaban erizados. A Josefina, su marido le entregó la papeleta que debía introducir en la urna y ella aceptó la orden sin palabras. Después, fueron a comer a casa de sus suegros. Don Marcelino daba la impresión de estar relajado, y quizás hubiera podido engañar a otros que no hubieran estado tan acostumbrados a observarlo como lo estaba Josefina, pero ella percibía que en su interior bullía la duda. Se notaba en cada uno de sus movimientos. Al final de la tarde comenzaron a pregonar por la radio los resultados provisionales y su suegro rogó silencio sepulcral para conocer cómo se planteaba el futuro. Al parecer, según los primeros datos, la República había sucumbido. Don Marcelino propuso un brindis y todos los hombres presentes levantaron sus copas para celebrar el triunfo.

—Por las cosas que son como deben ser —sentenció.

—Por las cosas que son como deben ser —repitieron todos al unísono.

Pero tras la aparente alegría de don Marcelino se escondía una sombra de incertidumbre. No quería que se dieran cuenta de que un saborcillo

desagradable había quedado en su boca después de aquellas votaciones a pesar de haber vencido a la República. Tenía la sensación de que los tiempos estaban cambiando, y a él los cambios le sacaban de quicio. No pudo evitar quedarse mirando de soslayo a Josefina, desconfiando como siempre de aquella nuera extraña que se mantenía callada mientras los demás festejaban rebosantes de alegría. Por un instante, mientras brindaban, don Marcelino creyó vislumbrar en ella el gesto de satisfacción del gato que acaba de atrapar al ratón. Le pareció que sonreía de forma enigmática, pero no estaba seguro de haberla visto claramente desde esa perspectiva porque Josefina seguía, como todos los domingos, cabizbaja y silenciosa, haciéndole circuidos con la cucharilla a la nata de su café vienés.

El camino del sol

Carolina Molina

A Teresa Bedman, la apasionada enamorada de Egipto,
por su generosa ayuda.

La princesa Meresanj no era feliz. Muchas, antes que ella, habían llevado ese nombre, MeresAnj, que significa «aquel que vive, la ama». Un bello nombre para un alumbramiento. Era la novena hija del faraón. Y como sus otros hermanos, hombres o mujeres, compartió la dicha de la abundancia y la protección de los dioses.

Momentos antes de nacer, Renenutet, diosa de los partos, quiso obsequiar a su madre con un nacimiento sin dolor. Las esclavas que la atendieron se maravillaron de tal circunstancia, pues jamás en la historia de las mujeres habíase conocido parto sin grito o nacimiento sin llanto. Ambas, madre e hija, se conocieron placenteramente y se miraron unidas en la felicidad de un anhelo común: el de vivir para morir.

Meresanj compartió la educación de sus hermanos varones. Jugaban desnudos, sin pudor de su cuerpo, en un Egipto de calor sofocante. A las orillas del Nilo buscaban la humedad del agua para refrescarse y desde allí veían los barcos de vela, algunos construidos humildemente de papiro y otros, más allá, de potente envergadura, trasladando obeliscos hacia las obras ya iniciadas de un templo para los dioses.

A su hermano Sethy, que contaba la edad de diez años, le cortaron el bucle rizado que caía sobre su oreja derecha. Con esto supo Meresanj que se acercaba el momento de la circuncisión y su reconocimiento como adulto. Ella, que le seguía en edad, estaría muy pronto dispuesta para el casamiento.

Dejó de jugar con su cocodrilo de madera articulada porque se aburría. Las esclavas bailaban para ella o soplaban la zummarach. Luego la

convencían para jugar una partida de senet, que se había puesto de moda entre la realeza por ser un juego equiparable a la vida en donde se sentenciaba la fortuna de unos frente a la desdicha de los otros.

Nada de ello, ni la caza de ánades, ni la dedicación a su cuerpo, ni la lectura de cuentos, le interesaba. Meresanj solo mostraba alegría viendo salir el sol, pues a través de la penetrante luz del desierto comprendía la razón de su existencia, la resurrección del día frente a la agonía de la noche.

Un día, el faraón decidió su casamiento. Se eligió a un fuerte oficial del ejército; era el Primer Conductor del carro del faraón, algo desgarbado y tedioso, que muy pronto la dejó encinta. Y este hecho, tan común entre las mujeres, resultó darle a Meresanj lo que había deseado siempre. Su descubrimiento la dejó sin aliento, la diosa Bastet la había bendecido con su poder. En agradecimiento, llenó la casa de gatos, tal y como se la representa en Egipto, y, a pesar de que aquello molestó en demasía a las criadas, muchas se alegraron del gran cambio que sufrió Meresanj.

—Mi señora —dijo Nefer, que la había cuidado desde niña—, ¡es asombroso cómo has cambiado desde el momento de conocer que portas una nueva vida! ¿Tanto deseabas ser madre?

Meresanj, con arrogante firmeza, contestó:

—No es mi deseo de ser madre lo que me hace feliz. No hay persona mejor que un hijo para que ordene tu embalsamamiento y tu entierro. Ahora ya tengo una razón de vivir.

—Pero, mi señora… —le reprendía Nefer, que era recelosa por naturaleza —, ¿no disfrutas de la vida por sí misma? No has conocido el hambre, ni la soledad, ni el trabajo… ¿Y, con todo, no eres feliz?

—Yo solo pienso en la muerte y en el día en que me encuentre con Osiris, dios del Universo, mi querida Nefer, pues, ¿no hubo quien sentenció: «Un hombre que no tiene ningún hijo es como si no hubiera existido, como si no hubiera nacido. Su nombre no será recordado, su nombre no será pronunciado, como el de alguien que no ha vivido»?

Nefer asentía, no quería contradecirle. Para una mujer nacida en casa de adobe y que sufrió las iras de las crecidas del río en la estación de Akit resultaba incomprensible el desdén con el que hablaba su señora.

Así las cosas, sacó de entre sus ropas el ankn, amuleto de la vida, la cruz que todo buen egipcio debe llevar junto a su pecho, y suspiró.

Los días pasaron deprisa. Su vientre se abultó como la luna. Desde hacía algunos meses, Meresanj mostraba síntomas de cansancio. Su padre, el faraón, mandó que sus médicos personales la observaran en todo momento. No hubo pócima ni ritual que no se contemplaran, ni remedio que las viejas no aconsejaran. Se le trenzó el cabello para que el alumbramiento no fuera prematuro, pero, con todo, se adelantó, y Meresanj acudió a la sala de partos emitiendo lamentos desgarradores.

—¡Renenutet! —imploraba Nefer—. No te lleves a mi señora, aunque ella quiera conocer el otro mundo. Dile a Anubis, dios de los muertos, que no es momento aún, que yo misma la arrancaré de su sombrío territorio si es necesario.

Los médicos perdieron toda esperanza de salvarla y uno de ellos acudió a la fórmula mágica: «O sana o muere».

Las lágrimas de la compungida Nefer hicieron su efecto. La diosa de la maternidad respondió dándole un hálito de vida y, a la jornada siguiente, con la resurrección de Osiris en el firmamento, la bella Meresanj, resurgiendo como una flor de loto, dio a luz un varón.

Debido a la gran nueva, el faraón ordenó tres días de fiesta. Paralizó la construcción del templo y de su propia pirámide funeraria, y dio ración doble de cerveza a cada uno de los obreros para que también ellos celebraran la felicidad que lo embargaba.

En cuanto el niño abrió los ojos, Meresanj recobró el color de las mejillas. Sus ganas de vivir fueron tan fuertes que a Nefer se le hacía imposible cumplir todas sus órdenes.

—¡Nefer! —la llamaba—. Píntame los párpados, que no quiero que el sol me hiera cuando salga a pasear a mi pequeño Akil. ¡Nefer! Enjuágame la boca y trae la leche de burra para el baño, que no quiero que mi hijo se incomode con mi aliento ni con mi piel. ¿Has visto que sus bracitos son tan tiernos como las plumas de un ibis? ¡Nefer! ¡Nefer!

La sirvienta protestaba, pero todo cuanto ordenaba su señora lo cumplía con celeridad, ya que sus órdenes eran reflejo de un milagro.

Pasado ya el mes de Peret, cuando el Nilo volvió a su cauce, Meresanj pensó que era el momento de ordenar la construcción de su féretro mortuorio.

Nefer enfureció, lo que resultó incomprensible a su señora. No se concebía una criada tan arisca.

—No te enfades —le decía Meresanj—, que si quieres también te haré un sitio en mi tumba para que podamos ir juntas al Otro Mundo.

Nefer se crispaba aún más.

—Solo los locos emiten tamañas barbaridades. ¿Acaso has hablado con los sacerdotes? ¿Sabes con seguridad que morirás pronto?

—Es parte de nuestra existencia, querida Nefer —aseguraba con dulzura la princesa—. Es el Maat, el orden cósmico. Todo estará en su sitio cuando consigamos pesar en la balanza nuestras acciones de la vida. Quiero que Anubis me visite sin sobresaltos.

Nefer, incapaz de contener la terquedad, guardaba sus réplicas y esperaba el momento adecuado para expresarlas.

El faraón, a instancias de Meresanj, ordenó a sus mejores artesanos acudir a la casa de la princesa. Se requería mucho tiempo para diseñar, construir e inaugurar una tumba funeraria. Por suerte para ella, desde niña poseía una pequeña tumba excavada en la arena del desierto.

Para un egipcio, cruzar la delgada línea de la muerte resultaba un hecho trascendental. Por necesidad, su cuerpo debía estar incorrupto, razón por la cual se embalsamaba, convirtiéndose en el soporte material del espíritu, esa fuerza vital que se denomina Ka.

—Tengo una tumba en el desierto, cerca de la que construyen para mi padre, el faraón —explicó Meresanj a los escribas de los contornos—. Iréis cada mañana con los ojos vendados y dibujaréis en sus paredes. Lo haréis con delicadeza y entusiasmo, pues vuestra actitud también ha de valorarla Anubis, que estará presente en mi tumba. Y si me agradáis se os recompensará.

Desde aquel momento no hubo jornada en que la princesa no se interesara por la evolución de las obras. Tenía especial inclinación por las pinturas y osaba dar consejos sin que supiera de colores y contornos. Observó cómo se extendía el estuco y se sobreponían los cordeles en cuadrícula, cuyas proporciones determinarían el equilibrio de las figuras.

Cuando el Jefe de los escribas de los contornos le enseñó su diseño, Meresanj protestó al ver al faraón convertido en tan poca cosa.

—Quiero que mi padre, portando el ureo y el nemes, tenga la cabeza más grande que el cuerpo. ¿Cómo si no sabrán en el más allá que es el hombre más inteligente de la tierra?

—Mi señora —protestaba el artesano—, eso no es posible, cada dibujo lleva una proporción. En total dieciocho cuadrículas, contadas desde la parte

inferior del pie hasta la línea inferior del cabello. Dos corresponden a la cara, cinco al torso, cinco a las piernas y seis desde las rodillas hasta los pies.

—Pues esa regla es muy tonta —se lamentaba Meresanj—. Porque si el faraón tuviera la cabeza más grande, más temido sería entre sus enemigos…

—Señora, deja que yo me encargue de los dibujos. Ya verás que cuando mezcle el verde de la malaquita molida, el rojo del óxido y el negro del carbón, el dibujo parecerá más natural y creerás que el propio faraón te hace compañía.

Finalmente, Meresanj dejó la responsabilidad a los artesanos. Y como se propuso no acudir más a la tumba, los días se volvieron aburridos y sintió tristeza.

—Nefer… ¿Qué ha de hacer una mujer para no aburrirse?

—Mi señora…, muchas son las cosas que puedes hacer en palacio. Acompañar al esposo cuando va de caza del hipopótamo, organizar una fiesta, observar a los carpinteros de la ribera cómo realizan sus barcos en la orilla del Nilo, acudir al mercado en litera y disfrutar de sus olores…

—Para, para ya, Nefer, que solo de oírte me agotas. No es ese mi cometido, sino ver terminada mi tumba. Y creo saber qué podría hacer por avanzar sus obras. He de mandar diseñar el féretro y los ushebtis; estas figurillas son siempre importantes, no en vano trabajarán para nosotros en la otra vida. Además, deseo llevarme al Otro Mundo dos libros.

—¿Dos Libros de los Muertos? —preguntó extrañada Nefer.

—«Las Fórmulas del Salir durante el Día», que es como los llaman los sacerdotes, son la garantía para neutralizar los peligros. Pero yo me refiero a otro libro, uno que sea solamente mío, que indique al gran Osiris, cuando me reciba, que he sido una buena egipcia y que lo he respetado en todo momento. Quiero que me conozca, así que escribiré sobre mí y sobre mi vida.

—¿Quieres escribir tus memorias? —preguntó Nefer algo irónica—. ¿Tú, que no has hecho nada en la vida?

—Hay veces en que los sentimientos pueden más que las acciones, Nefer —sentenció Meresanj categóricamente—. Con mi pasividad no habré hecho grandes cosas, pero al menos una sí, y es que, por no hacer, tampoco dañé a nadie con mis actos.

Nefer recapacitó y dijo:

—Tienes razón, mi señora. ¿Cuándo deseas que haga llamar al escriba?

Al caer la tarde, el escriba se presentó ante Meresanj. No la miró directamente a sus ojos, aunque hubiera podido. Sabía muy bien su cometido, los escribas tenían una gran reputación en la sociedad egipcia al ser los que daban fe de los acuerdos legales.

Era un muchacho joven y escuálido, lo que a la princesa le resultó extraño. Al menos todos los que conoció en la corte tenían las carnes rebosantes, su oficio sedentario propiciaba la obesidad. También era sabido el amor a la ostentación de estos funcionarios, que se creían con más poder que el propio faraón al sentenciar con palabras todo cuanto él ordenaba.

—¿Eres tú el escriba? —preguntó incrédula. Fin sus palabras había algo de ironía.

—Lo soy, princesa. Mi nombre es Jufu.

Meresanj lo miró provocativamente.

—Eres delgado, demasiado para ser un escriba.

Jufu se encorvó aún más ante su señora.

—Es bien cierto que el dios de las palabras, el gran Tot, quiso velar por mi elocuencia, sin embargo, ninguno de los nueve dioses de la enéada veló por mi cuerpo. Y así he sido desde mi nacimiento, enjuto y ágil como un junco, lo cual me facilita mi postura a la hora de escribir. No es fácil sujetar el papiro y los pinceles con una tripa demasiado voluminosa.

A Meresanj le hizo gracia ese comentario.

—¿Y tu cabeza? ¿Eres calvo? ¿Has probado la mezcla de miel y diente de asno? ¿Y la de grasa de león, hipopótamo, cocodrilo, serpiente e íbex?

—Siento desilusionarte, princesa. Pero no sufro de alopecia, sino que me afeito la cabeza con una hoja de sílex cada mañana. Así no tengo que cubrirla con ningún tocado.

—¡Qué pena! Me hubiera gustado hablar contigo de ungüentos de belleza. Sin embargo, me agrada tu sinceridad. Deseo que empieces cuanto antes a servirme como escriba. Y creo que tu función sabrás desempeñarla con desenvoltura.

—Bien, traeré mis instrumentos en cuanto me lo ordenes.

—¿Te parece muy precipitado ahora mismo?

Jufu observó la tarde que se perdía a través del desierto. Podía haberse negado debido a la falta de luz, pero Meresanj irradiaba optimismo y no quiso contradecirla.

—Tus órdenes serán obedecidas con sumo gusto.

Y saliendo del palacio ordenó a su sirviente que le trajera su caja de pinturas y pinceles, su tablero y sus papiros.

Jufu, el escriba, se sentó frente a Meresanj con sus piernas cruzadas y no se avergonzó de ser observado por la princesa. Conocía bien su oficio y sus movimientos eran firmes y seguros. A su lado puso la paleta, cuyos dos orificios contenían ya la tinta roja y la tinta negra. Cogió el pincel hecho del tallo de un papiro; primero lo mordisqueó por un extremo hasta deshilacharlo, y luego lo humedeció para conseguir una textura flexible y adecuada para su escritura.

Su criado le acercó el papiro ya hecho papel y sus finas láminas se apoyaron sobre sus piernas. Con una pequeña navaja cortó al tamaño que deseaba.

—Tienes una gran destreza, escriba —exclamó Meresanj—. Me estás haciendo esperar y con todo me divierto.

—El escribir no es solo garabatear en un papel, mi señora —explicó Jufu —. Todo en la vida necesita de una preparación. Hasta el nacimiento se espera tras nueve meses.

—Una elocuente observación. Dime, ¿quién te ha enseñado lo que sabes?

—Ingresé muy joven en La Casa de la Vida, princesa Meresanj… —contestó con una reverencia—. Mi padre, que también fue escriba, me llevó a estudiar con cuatro años. Desde entonces no he parado de leer y escribir.

—¡Qué vida tan apasionante la tuya! Hubiera querido ser como tú en vez de nacer entre estas paredes principescas.

—¿Te lamentas de tu estirpe?

—No, estimado Jufu, nunca me lamentaré de lo que soy, pero sí de mi vida, que es la más triste de cuantas he conocido. Por eso deseo disfrutar esa que nos han prometido, la otra que nos espera. ¿No ves? Como tú bien dijiste, yo también me preparo para algo: me preparo para morir.

Jufu miró a la princesa directamente a la cara, lo que a Meresanj no parecía importarle. Puso su pincel en una oreja y de su boca salieron las palabras como si no fueran suyas propias.

—Cuéntame en qué puedo servirte, abre tu corazón y yo lo plasmaré en el papiro.

Meresanj así lo hizo. Toda la noche la pasó hablando, describiendo su vida vacía y sin sentido. Jufu no replicó. Con movimientos diestros cambiaba los colores y sobre el papiro dibujaba símbolos incomprensibles.

Así transcurrió la noche, y como Meresanj se sintió aliviada, consintió en que el escriba durmiera hasta media tarde para que recuperara fuerzas y volviera rápidamente a sus aposentos.

Pasados varios días, la princesa pareció agotar todas sus palabras. Suspiró con alivio y preguntó al escriba:

—¿Cómo es que nunca te equivocas? Tus rasgos son firmes como el zarpazo de un león.

—Muchos años antes tuve que practicar sobre un trozo de óstraka.

—¿Sirve eso para no equivocarse? ¿Por qué no tiene uno el faraón?

Jufu omitió una sonrisa.

—Los trozos de óstraka se hacen de cerámicas rotas, fragmentos de caliza que nos sirven para practicar antes de escribir sobre el papiro, que es un material muy caro y escaso.

—¿No lo ves, escriba? Soy tan ignorante que no merezco vivir.

—Tu ignorancia es fruto de tu inocencia. Deberías conocer todas las cosas antes de morir.

—¿Y por qué cosa empezarías tú, petulante escriba Jufu?

El joven miró su pincel. Y, como ensimismado, contestó:

—Yo empezaría por la más importante: el amor.

Meresanj fingió ignorar el comentario, pero la semilla de Jufu se había plantado y arraigó en el interior de la princesa.

Mientras los artesanos y obreros terminaban la decoración de su tumba, la hija del faraón veía al escriba diariamente. Desde que el joven nombrara la palabra «amor», Meresanj no podía pensar en otra cosa. Hasta el enjuto cuerpo de Jufu le parecía más apuesto y atractivo.

De forma paulatina, dejó de hablar de sí misma y comenzó a preguntar. Y él, elocuente, le contaba anécdotas de su trabajo, cuando el faraón le ordenaba visitar las cosechas para calcular los impuestos que se exigirían a los campesinos fellahs. Muchos de ellos, por miedo a desprenderse de sus escasos bienes, eran capaces de aguzar el ingenio hasta situaciones grotescas. Meresanj rio con sus ocurrencias, pero también lloró cuando Jufu hizo alusión a la miseria a la que se enfrentaban. A Jufu le suplicaban en su calidad de escriba, confiando en que su informe les convirtiera en insignificantes a los ojos del faraón y este considerara estéril exigirles impuestos.

—¡Eso que me cuentas es tan diferente a cuanto he vivido en palacio! ¿Te apetecería venir conmigo a recorrer el Nilo? Podríamos ver dónde crecen el papiro y el lino, cómo vuelan los ánades entre las marismas. ¡Podrías explicarme la vida!

—La vida no se explica, mi señora, sino que se vive. Pero estaré gustoso de servirte. Espero que el dios del Nilo, Hapi, nos ilumine a lo largo de nuestro viaje.

Al día siguiente encabezaron una marcha por el río. Desde su barca, ricamente decorada, Meresanj observaba la vida y su transcurrir. Las aguas del Nilo, en su fluir constante, le permitieron enriquecerse de un paisaje desconocido.

Las pirámides y los templos asomaban entre las dunas, y los fellahs, preocupados por la última sequía, ingeniaban formas de regar sus campos. Algunos habían construidos un shaduf, un tronco a cuyo extremo se colocaba una bolsa de cuero con la que se recogía agua del río por medio de un contrapeso. Con él saciaban sus campos fértiles.

—¿Qué es ese artilugio de allí? —preguntaba curiosa Meresanj.

—Es el nilómetro —contestaba Jufu—. Nos permite predecir las crecidas del río.

—¡Oh, qué invento fascinante! Nunca lo hubiera imaginado.

—El río fluye como el sentimiento de un hombre enamorado. Cuando se desborda puede causar mucho daño. Pero es ese exceso el que, en definitiva, produce vida. El shebak, el limo que el río genera en su crecida, se convierte más tarde en abono para los campos. Es el semen de la procreación.

Meresanj sintió agolparse la sangre en sus mejillas.

—Escriba, hablas como un poeta o, mejor aún, como un enamorado.

Jufu bajó la mirada dulcemente.

—Será entonces que lo estoy.

Ra, que todo lo puede, excitó, sin proponérselo, sus corazones.

Poco a poco, Jufu, el escriba, había dejado de escribir, y Meresanj la princesa, había dejado de ordenar. La mano de él buscó la caricia, y la voz de ella la dulzura del susurro. Muchos en la corte les vieron juntos y nadie lo criticó, porque en palacio eran frecuentes los amores de las mujeres ricas con los funcionarios.

No hubo «fiesta del cielo» a la que no asistieran juntos. Combate de boxeo o deporte al aire libre que no visitaran. Muy contentos observaban los rituales que los sacerdotes empleaban en las puertas de los templos y disfrutaban de la recreación de la muerte del hipopótamo, que representaba a las fuerzas del caos del mal en el Lago Sagrado.

Un día, mucho más animada que de costumbre, Meresanj dijo a su esclava Nefer que tomara el cesto de mimbre y lo llenara de agua, que la duchara para entonar sus músculos y que le pintara los párpados con mesdemet, el khol que hace de los ojos la representación del ojo de Horus. Esta vez, al ser anochecido, no buscaba prevenirse de los rayos punzantes del sol, sino protegerse de los malos espíritus.

—Perfuma mis axilas con mirra, mi querida Nefer, que no quiero transpirar demasiado en esta noche tan calurosa. Lava mi pelo con huevo de cuervo para que se torne atezado y luego pon sobre él un cono de perfume que se disuelva rápidamente y despida grato aroma. Hazlo rápido, Nefer, que hoy voy a encontrarme con mi enamorado. Y dame una flor de loto, que quiero verla abrirse cuando amanezca, como me abriré yo al amor de Jufu.

Así lo hizo Nefer, con soltura y rapidez. Cumplió cuanto le ordenó y luego ayudó a su señora a atravesar el patio del palacio para que saltara la tapia que habría de llevarla hacia el escriba.

Ama y criada repitieron lo mismo al final de cada jornada hasta que un halcón atravesó el cielo estrellado.

Nefer creyó ver en ello un mal presagio, dado que el halcón significaba el dios Horus, y Horus, en definitiva, es el faraón, que enfurecería de saber de los amores de su hija con un hombre de baja estirpe.

—¡Señora, no vayas con Jufu! —suplicaba Nefer—. No saltes la tapia, que el halcón está volando en el cielo.

—Son fantasías tuyas. Desde que conozco a Jufu a nada le temo, salvo a la ausencia de verlo.

—No tientes a los dioses… —amenazó la esclava.

Meresanj, ignorante, se alborozaba.

—Ahora verás cómo salto la tapia y nada malo me ocurrirá.

Diciendo esto, trepó como un felino a lo alto de la cerca y quedó sobre ella, victoriosa.

Momentos después aullaría el chacal.

La encontraron tumbada en el suelo, con el cuerpo inerte y su mano derecha aferrada a la flor de loto. Tenía los ojos abiertos y aún balbuceaba. La llevaron a una cama y allí la colocaron, pues no tenía dominio de sí misma. Con una mueca de dolor, indicó a Nefer que se acercara.

—¡Oh! —susurró—. ¡Qué despropósito! Tantas ganas que tenía de morir y ahora, que estoy tan cerca de ver a Anubis, mi único deseo es estar con Jufu.

—No te preocupes —gimió la esclava—, que lo verás en el Otro Mundo.

Meresanj murió al poco de salir el sol. Entre sus dedos rígidos, la flor de loto se abrió al notar la luz del amanecer.

En cuanto se conoció la noticia, Jufu, se estremeció. Cogió sus papiros y todo cuanto había escrito en presencia de Meresanj y los metió en una vasija que selló para que los sacerdotes tuvieran a bien introducirla en el féretro de la princesa.

El periodo de luto fue demasiado largo para él. No podía dejar de pensar en que el cuerpo de su amada, que fue tan suave y flexible como una hoja de papiro, iba a ser violado por los sacerdotes, desmembrado y corrompido por sus fórmulas mágicas.

El cadáver de Meresanj se depositó en el interior de «La casa de la Muerte». La desnudaron. Su placidez muy pronto desaparecería, pues un sacerdote con la máscara del chacal Anubis iniciaría el ritual de las fórmulas mágicas inundando con su voz la sagrada Casa. Mientras, los otros sacerdotes introducirían un gancho por la nariz de Meresanj y, después de oír el crujido de un hueso, extraerían con destreza su cerebro. Sobre su piel, el sacerdote pintaría con un pincel. Era la señal para realizar la incisión a través de la cual extraerían el corazón y los riñones, vísceras que serían introducidas en las cuatro jarras, o vasos canopos, que representaban a las divinidades.

Una de las jarras era el chacal en cuyo interior se guardaría el estómago de Meresanj. La segunda, Amset, con cabeza humana, ocultaría el hígado. Los pulmones serían para Hapi, el mono, y los intestinos ocuparían el interior del vaso con cabeza de gran halcón.

De la orilla del río que daba la vida se recogió el lino con el que tejerían las vendas para cubrir su cuerpo. Anubis, el sacerdote momificador, rodearía sus dedos, luego sus brazos y piernas, más tarde su cabeza y finalmente el resto, mientras pronunciaba las palabras mágicas que facilitarían la continuidad en la ceremonia.

Seguidamente, habría de esconder los amuletos entre las vendas y colocar en lugar de su corazón un escarabajo.

El olor de los aceites inundaba la «Casa de la Muerte». Ahora solo quedaba esparcir el natrón por encima del cuerpo y esperar treinta y seis días

hasta que Meresanj se desecara, convirtiéndose en algo más liviano que un papiro.

Cuando Anubis terminara todo el proceso nadie podría decir que sus ojos eran de cristal y el interior de su cuerpo albergaba serrín o cebollas.

La tumba de Meresanj se terminó precipitadamente. Con la clausura oficial de las obras, la princesa estaría dispuesta para realizar el último y más preciado viaje para un egipcio, el del viaje de Ra por el mundo subterráneo de Osiris.

Desde su entrada en la tumba, Meresanj realizaría el mismo recorrido que el sol, y por eso al primer pasillo se le llamaría «Primer camino del sol» y al segundo, «Segundo camino del sol», hasta ir completando el camino último y definitivo.

A la ceremonia no asistió Jufu. Sabía que de hacerlo tropezaría con el faraón y con el Primer Conductor del carro del faraón, que fue el insípido esposo de su amada. También evitaría ver a su pequeño hijo Akil, con su bucle reluciente, de quien ahora cuidaba la fiel Nefer.

Pasó toda la noche a la intemperie, observando el horizonte limpio y solitario que servía de morada eterna para todos los ricos egipcios. No tuvo miedo a los chacales que dicen aúllan en las puertas de las tumbas.

Allí se lo encontró Nefer, volviendo del sepulcro junto a la comitiva real que clausuraba todos los rituales. La arena embadurnaba su cuerpo y apenas se le reconocía. Se acercó a él y ordenó que los dejaran solos.

—¿Por qué no has venido a la celebración? Meresanj te habrá echado de menos.

—Un hombre enamorado no puede creer en una religión que encuentra su máxima trascendencia en la separación física de dos seres.

—¿No crees en la reencarnación? —preguntó asustada Nefer, pues sus palabras le parecieron crueles y sin sentido.

—Y aun si creyera… ¿Podría la reencarnación dejarme palpar la suave piel de Meresanj en la otra vida?

Nefer no comprendía.

—Es la locura la que habla por ti.

La esclava miró a los ojos de Jufu, esos ojos varoniles a los que hubiera deseado amar de pertenecer a los de su estirpe.

—No sé si serán eternas las pirámides, señor escriba, pero estoy segura de que dentro de tres mil años, o tal vez de tres veces tres mil años, habrá aquí mismo otro hombre tan confundido como tú. La existencia no es más que una

gran rueca en la que se suceden la vida y la muerte de forma ininterrumpida. En cualquier momento te verás con Meresanj, no te impacientes. Pero ahora, perdóname —continuó Nefer—, no puedo quedarme a llorar contigo. Tengo una cita con mi pequeño Akil.

El carro en el que se alejó la esclava levantó un pequeño remolino de arena.

Fue entonces cuando Jufu sorprendió a un escorpión, brillante como la cornalina, dirigiéndose hacia él.

María de Estrada, la conquistadora de México

Ricard Ibáñez

En la ciudad de Los Ángeles de Puebla hay epidemia de fiebres, matlazahuatl, que la llaman los nativos. Es la primera que tiene la ciudad desde su fundación. Estamos en el año de Nuestro Señor de 1545, y, como muchos otros en la provincia, me muero. No me quejo. Curvan mi osamenta sesenta años, y saturan mis sesos suficientes recuerdos como para llenar varias vidas. Que yo soy María, la vieja Estrada, tal como decía mi compadre Bernal Díaz del Castillo, la única castellana que conoció Tenochtitlán. María, la que se atrevió a llamar asesino a Hernán Cortés ante un juez. María de Estrada. La que no será recordada.

Estoy macerada en mis propios sudores, amortajada en los empapados lienzos de mis sábanas. Mis ancianas carnes se cuecen despacio, noto cómo se desprenden de los huesos, cómo mil agujas me laceran a traición. Sé que es mi mente, que hierve junto con la calentura. Ello no hace al dolor menos real.

Pero no estoy sola: los recuerdos brotan de mi maltrecha cabeza, y ellos atraen a los fantasmas de los que conocí, de los que amé y me amaron, de los que odié… y que me odiaron. Los veo ante mí, moverse y hablar, como los vi en su día. «Es normal», pienso con esa extraña lucidez que dan las fiebres y la locura; que vengan los muertos a acompañarme en mis últimos momentos. Así ha de ser, pues pocos amigos y enemigos me quedan entre los vivos. El más cercano, Alonso Martín, mi segundo marido, está haciendo antesala, frotándose las manos, pues por fin podrá llamar suya a la encomienda de Tetela. La que tomamos mi Pedro y yo a punta de lanza y cuajo.

—¿Quién eres, mujer? —me dice el juez Luis Ponce de León. Está frente a mí, con sus rizos blancos enmarcando su rostro sanguíneo, la mirada de hastío, el cuerpo demasiado obeso y poco acostumbrado a las alturas y los malos aires del Valle. Pero no es tiempo de dejarle salir. No, aún no. Lo

aparto de mis pensamientos. En este delirio final hay muchos de los que despedirme, muchos a los que recordar.

Guayucayex. Él debería ser el primero. Y allí te veo, indio mío. Eras un cacique, un príncipe entre los yucayos, no por ascendencia sino por méritos. Tenías los ojos grandes, tez aceitunada, torso poderoso, mente ágil, un desafío en la voz y dos amenazas en las manos. Nos encontraste en la bahía de Guanima, junto al río Caimar. Éramos una treintena de españoles, supervivientes del naufragio de la nao *Buenaventura*, que en mala hora se le puso el nombre. Nuestro destino había de ser La Española, donde tenía que encontrarme con mi marido, Pedro Sánchez Farfán, Tú también estás aquí, mi Pedro. Espera un poco, amor mío. Pronto te llegará el turno.

Yo tenía entonces quince años y era una niña ya mujer, casada por poderes y enviada a las Indias a reunirme con mi esposo para que pariera una nueva generación de conquistadores, pues andaban los frailes muy quejosos de los ayuntamientos entre indias y españoles y querían remediarlo antes de que les surgiera una generación mestiza, como así sucedió… Pero me aparto de mi relato. Tened paciencia con esta pobre vieja, fantasmas míos.

Decía que tus yucayos, Guayucayex, nos encontraron junto al río, y por señas nos dijeron que nos ayudarían a cruzar al otro lado, que no estábamos lejos de un asentamiento de los nuestros. No sabíamos que estábamos en Juana, o Fernandina, o Cuba, o como quiera que la llamaras tú, mi indio. Pensamos que habíamos llegado a La Española, aunque de mal modo, así que los hombres bajaron las armas y confiamos en los tuyos. En tu palabra, que demostró ser tan fiable como la nuestra. Pues fue una trampa. Habías escuchado a los que huían de La Española, los que hablaban del sometimiento que hacíamos a los nativos a sangre y fuego, y decidiste no tener piedad, ya que no la teníamos nosotros Nos embarcasteis en frágiles canoas, y en mitad del río las hicisteis volcar para que se nos mojara la pólvora, perdiéramos las espadas y se nos confundiera el entendimiento. Luego caísteis sobre nosotros y empezó la carnicería. Solo dejasteis vivas a dos mujeres, para vuestra diversión, y a un hombre, para su escarnio. Yo, mal está decirlo, era hermosa, te encaprichaste de mí, y por ello fui una de tus esposas. Malparí un retoño tuyo y se me secó la madre, y desde entonces nunca más pude engendrar hijos.

Con tus yucayos aprendí a orientarme por los bosques y a no lamentarme por grande que fuera mi infortunio; a que casi todo lo que se mueve o crece se puede comer de un modo u otro y a que la crueldad no es solo cosa de los españoles, sino patrimonio de todos los hombres y todas las mujeres, sea cual

sea su raza y condición; a curar las enfermedades de tu mundo, que no son pocas, y a saber guardarme la ira y el rencor para cuando correspondieran ser recordados. Que dicen los sabios, y dicen bien, que es la venganza plato que ha de servirse frío. También aprendí a amarte, y a que a tu modo me amaras, indio mío.

Dos años estuve con tus yucayos. En el 1511 de nuestro calendario, los españoles desembarcaron en tu isla, protegidos con hierro y arrojando fuego con sus armas. *Matanzas* llaman a esa bahía desde entonces, pues dos matanzas hubo, una por tu pueblo, otra por el mío. Y yo lloré por las dos. No lograste que te mataran honorablemente en combate, indio amado, aunque mucho lo intentaste; finalmente desfalleciste por tus heridas y te capturaron. Pasaste por la humillación del cautiverio, por la farsa de un juicio como asesino de españoles en el que se te declaró indio salvaje, es decir, indio caribe; y sufriste el martirio de una muerte lenta. Aun así no te rendiste nunca, y aun te reíste en la cara del buen sacerdote que, mediante intérpretes, quiso convencerte para que te bautizaras. Le argumentaste con no poca razón que no querías ir al mismo Cielo que los españoles. El Infierno con que te amenazaban no podría ser peor. Y por orden de Diego Velázquez, el nuevo gobernador de la isla, te ejecutó el mismo capitán que orquestó la matanza. Alguien que me era a la vez cercano y ajeno.

—¿Me decís que esta india es mi mujer?

Sí, amor mío; eras tú, Pedro. Don Pedro Sánchez Farfán, capitán del rey. Un sevillano más bien alto, de pelo negro y barba rizada, cuerpo delgado y ágil y ojos en los que podía bailar la risa con la misma facilidad que la ira o la determinación. Mi esposo a los ojos de Dios y de los hombres. Y bien sabe El que no empezamos bien, ni nos dejaron que lo hiciéramos. No había conventos en los que hacerme entrar, pese a ser mujer mancillada, y los buenos misioneros que a las Indias habían venido te dijeron, una y mil veces, que lo que Dios ha unido nada puede separar, salvo la muerte. Y una y mil veces repetiste que ojalá me hubieras matado la primera vez que me viste, llorando acurrucada en el fondo de una choza. Años más tarde me confesarías que no lo hiciste porque pensaste que era una india hermosa… O quizá porque no tuvieras tanta sed de sangre como otros, o porque el calentón de la batalla ya se te había pasado, o porque no lo quiso Dios. Qué sabré yo.

Pasaron ocho años. Vivíamos en la misma ciudad, Trinidad, capital de la isla, pero no compartíamos casa, ni mucho menos cama. Ni siquiera tú sabes, Pedro mío, cuántas indias tomaste, de grado o a la fuerza, rabioso porque uno de su raza hubiera poseído lo que era legítimamente tuyo. Yo, esos años,

nunca te dije lo que hice. Los maledicientes y envidiosos dicen que fui puta, que vendí mi cuerpo a los que, cansados de carne india, ansiaban volver a catar un poco de española. Nada te dije en vida, nada te diré ahora que me muero. Si no lo sabes, tú que ya te has ido con la parca, es que nunca mereciste saberlo.

Y un día llamaste a mi puerta. Apenas te reconocí, después de tantos años, y me consta que te costó reconocerme por el modo en que me miraste, que siempre fuiste malo a la hora de disimular. Y fue grande mi regocijo cuando me contaste a qué venías:

—Vengo a reclamaros, señora, como esposa mía que sois, para solicitaros formalmente que me acompañéis a colonizar tierra nueva, que llaman del Yucatán. Que así me lo ha ordenado el capitán de la expedición, que los casados hemos de llevar a nuestras mujeres, pues es voluntad del rey fundar ciudades, y para ello no pueden hacerlo hombres solos.

Esperabas que me negara. Y yo, solo por fastidiarte, Pedro mío, te dije que sí. Para tu turbación y enojo. Y también para satisfacción de ese badajo inquieto que era Cortés.

—¡Malhaya tengáis, señora! —grita el fantasma del mentado, que presto acuden los muertos cuando de ellos se habla. Lo veo ante mí como era en aquellos años: de mediana estatura, tirando más a bajo que a alto, con la barba clara y el pelo largo, de color tirando a rojizo, que no podía ser de otro modo, pues pelirrojo y zurdo era Judas, y así nos salió el apóstol…

—¡Señora! ¿Cómo osáis?

—¡Oh, callaos, cuevachuelista entintado, que ni militar erais! Algunos estudios de bachiller en Salamanca teníais, con lo que mucho presumíais de letrado, y con ellos labrasteis vuestra fortuna, junto con cierto don de la palabra y de la sonrisa, que lo mismo encandilabais riéndoles las gracias a los hombres de poder que os encamabais con las mujeres de las que os encaprichabais. Con tales méritos, por secretario y escribano de Diego Velázquez ejercisteis en Cuba y os convertisteis en su favorito en la pequeña corte de correveidiles y lindicos con que se rodeó, y aún ahí seguiríais, si como muchos hombres no pensarais con la punta del badajo en lugar de con la cabeza, que es cosa bien sabida que, harto de encamaros con todas las indias de vuestra encomienda y adornar con sendos cuernos las frentes de muchos esposos de la isla, que por cobardía, ignorancia o vergüenza nada dijeron, os fijasteis en la hermana menor de la amante de Velázquez, en Catalina Juárez… Y con ella tuvisteis que casaros cuando vuestro valedor os sorprendió en pecaminoso ayuntamiento. Fue unión para salvar la honra de la

dama, pero no fue del agrado de nadie. Ni para vos, que siempre despreciasteis a vuestra primera esposa, ni para Catalina, pues aunque tonta era evidente hasta para alguien con tan pocas luces que poco era el caso que le hacíais. Y mucho menos fue del agrado de la familia de Catalina, que antes preferían verla viuda que casada con simple escribano. Y tal cúmulo de circunstancias labró vuestra fortuna, cuando tenía que haber sido vuestro descalabro. En el lecho, la hermana de vuestra legítima vertía veneno sobre vos en los oídos del gobernador, que al fin y al cabo vuestra encomienda era de las más ricas de Cuba, y daba regularmente su cosecha de oro a costa de que se quebrasen el espinazo los indios. Y Diego Velázquez nunca os tuvo en consideración. Os llamaba a vuestras espaldas, pero lo bastante fuerte para que lo oyerais, «Cortesillo», o simplemente «mi criado», y los demás le reían la gracia. A nadie, quizá ni siquiera a Catalina, le molestaba que siguierais acumulando mestizos y rencor.

Fue entonces cuando llegaron las nuevas de la expedición de Hernández de Córdoba a la dos veces mal llamada «isla de Yucatán»… que luego supimos que ni era isla, ni se llamaba así, que los nativos dijeron a los castellanos, cuando les preguntaron por el nombre de esa tierra, «Uh tectán», que significa en maya «no entiendo». Pero dejémoslo, que otras cosas hay más importantes que tampoco tienen remedio…

La cosa es que Hernández y sus hombres trajeron buenas noticias: en la «isla» (que ya digo que no es tal, sino península) encontró ciudad amurallada, indios organizados que atacaron a los españoles con la misma ferocidad que luego otros (o quizá los mismos) los agasajaban con cortesía; trajeron adornos y objetos de oro y plata, pocos, pero muy bien trabajados. Vieron templos donde se adoraba al demonio, lo que daba excusa para traer la buena nueva de la fe verdadera a esas gentes extraviadas. Y, lo más importante, dijeron que les habían dicho que había hacia el oeste civilización muy avanzada, sin duda la Katay que tanto buscara Cristóbal Colón. De tres naves volvieron dos, y aun maltrechas, y solo la mitad de los miembros de la expedición, en su mayoría heridos de poca o mucha gravedad. Velázquez dijo que enviaría una segunda expedición, pero no pondría a Hernández al frente. Este quiso ir a España para protestar, pero murió (muy oportunamente) de sus heridas. Algo que pasa mucho aquí, en las Indias.

La segunda expedición estuvo al cargo de un sobrino de Velázquez, Juan de Grijalva, hombre fiel en exceso a su tío, pues siguió sus órdenes sin permitirse ninguna alteración, para desesperación de sus capitanes, que no dudaron en llamarlo prudente en demasía, cuando no abiertamente lerdo. Uno

de los que más rezongó fue Juan de Alvarado (no os apuréis, que ya os invocaré cuando sea oportuno, que mucho y no todo bueno fue lo que hicisteis). Decía que Alvarado volvió con muchas prisas, adelantándose al regreso de Grijalva. No dudó en tildarlo de incompetente, por lo que, antes incluso de que este volviera para dar su propia versión de la expedición, Velázquez encargó una tercera, esta vez a un hombre de su confianza pero a la vez con un poco más de iniciativa que el paniaguado de su sobrino. Y ese otro no fue sino su fiel Cortesillo. Tú, Hernán Cortés, perro traidor y asesino.

—¡Por mi fe que más desafueros no he de soportar de esa mujer!

—Es hidalga y cristiana vieja, y tiene derecho a hablar —tercia el juez. El mismo juez que muy oportunamente murió en vuestra mesa, Cortés, por algo que, sin duda, le sentó mal. Lo mismo sucedió con su sustituto, Marcos de Aguilar. El juicio por el que arriesgué mi reputación y mi fortuna nunca tuvo sentencia y se suspendió… Logré que en vuestra honra se sembrara la duda a costa de perder la mía, tan duramente ganada.

Pero mi mente va y viene, me alejo de mi relato, mezclo pasado con otros recuerdos más recientes… Decía que os entregasteis, señor capitán Cortés, en cuerpo y alma a la expedición. Hay quien dice que para huir de vuestra esposa, de la que estabais más que harto. Reclutasteis gente, empeñasteis lo que teníais y lo que no, pedisteis crédito, robasteis… Incluso mandasteis asesinar a un correo de Velázquez cuando, alarmado por vuestros preparativos, quiso retiraros el nombramiento.

Y demostrasteis ser hombre de leyes, y por tanto astuto. De ahí lo de mandar traer mujeres. Nunca pretendisteis seguirle el juego a Velázquez, sino hacer el vuestro propio. Una vez seguro de que las noticias de un imperio rico y poderoso al oeste eran ciertas, surgió el letrado que había en vos, manipulasteis, comprasteis o silenciasteis a los que os eran contrarios y, apoyándoos en una vieja ley medieval, las siete partidas de Alfonso X, fundasteis una ciudad, la Villa Rica de la Vera Cruz. Por ello, desde el inicio, había sido tanto vuestro afán en traeros mujeres, y mujeres castellanas, que indias había de sobra. Las voces que osaron ponerse en vuestra contra fueron calladas, se nombró regidores y alcaldes de la nueva población a vuestros más fieles seguidores y renunciasteis con fingida humildad a vuestros cargos como jefe de la expedición de Velázquez. En el acto, las nuevas autoridades os encargaron la empresa de ir en busca de ese emperador, emprender con él relaciones amistosas si era posible y llevar el evangelio a los pobres paganos sin dios.

—¿Se os han derretido los sesos, mujer, que queréis acompañar a vuestro marido? —me preguntasteis entonces.

—Hasta aquí me he venido, ¿y acaso no nos habéis hecho venir a las mujeres diciendo que una esposa debe estar con su hombre? Pues a vuestras palabras me acojo, y por ellas lo sigo.

¿Por qué fui? ¿Para humillar a mi Pedro? No sabría responder, pero no lo creo. Me parece más bien que, tras mis años de trabajos con los yucayos, había perdido el miedo a la muerte. O quizá la visión de la selva, de los bosques vírgenes cuajados de misterio de esta nueva tierra, hizo renacer en mí las viejas magias paganas que los yucayos habían incrustado en mi joven alma, y olfateé una aventura tan grande que mis ojos no quisieron perderse las maravillas que encerraba.

—¡Apártate de mí, mujer pecadora, sucio saco de carne e inmundicia!

Aquí estáis, don Gerónimo de Aguilar, pobre loco desgraciado. Os encontramos en la isla por nosotros bautizada como Santa Cruz, que los naturales llamaban Cozumel, digo yo que con algo más de razón que nosotros, pues desde siempre habían vivido en ella. Nos salisteis al encuentro en una canoa, y entre muchos lloros, y con un castellano vacilante, nos contasteis cómo llevabais ocho años entre salvajes, que fue en 1511 cuando con veinte compañeros naufragasteis en estas costas. Nos alertasteis de los indios: que los había caníbales y habían devorado a la mayoría de vuestros compañeros, y que de los veinte solo quedabais ya vos y un tal Gonzalo Guerrero, por quien mucho se interesó un tal Mateo Sagasta. Pero a diferencia de Gonzalo, que casó con hija de cacique, lucía el rostro tatuado y en nada se diferenciaban sus costumbres de las de los salvajes, vos, Gerónimo, habíais resistido las tentaciones lujuriosas de las indias gracias a vuestra mucha beatería. Erais un mentecato bastante loco, pero hablabais el maya, idioma de los indios, y Cortés os necesitaba.

Y aquí estáis vos, mi señora, princesa india de rostro sereno y gran belleza. No habláis, me miráis con ojos tristes cuajados de lágrimas. Nacida como Malinali. Bautizada como Marina por nosotros cuando os ofrecieron como regalo. Criada libre y privilegiada en la nobleza azteca, convertida en esclava por vuestro padrastro, que al hacerle un hijo a vuestra madre ambicionó para su sangre toda la herencia. De mercader a mercader, pasasteis por la vergüenza de diferentes compras y diferentes amos hasta que el destino os llevó hasta Cortés. ¿Fuisteis consciente entonces de lo que significaba nuestra expedición? A ratos pienso que sí, que ansiabais venganza de una sociedad que os arrojó desde lo más alto a lo más bajo. Otras pienso que,

como todos los de los vuestros que apoyaron a los españoles, pensasteis que nada podía ser peor que los aztecas. Solo el sabio Moctezuma, el huey tlatoani de los aztecas-mexicas, alcanzó a comprenderlo. Y nada pudo hacer para evitarlo. Nada, salvo morir.

—Ni hual choca in, ni hual icnotlamati, zan ca anicnihuan, azo toxochiuh on.

¿Ma ye ic ninapantiuh can on Ximohuayan? Nihuallaocoya.[3]

Aquí venís, fiel a mi llamado. Me dijeron que vuestro nombre significa «el encolerizado», y nunca un mote se aplicó de peor modo. Erais de cuerpo menudo y bien proporcionado, tez oscura, pelo largo y ondulado, nariz aguileña y cabeza ligeramente grande. Teníais fama de ser astuto, sagaz y prudente, y aunque habíais sido guerrero en vuestra juventud, señor Moctezuma, nada pudisteis hacer frente a Cortés. Bien que sabíais por vuestros espías de su llegada. Bien que tratasteis de impedir que entrara en vuestra amada ciudad. Y bien que fracasasteis.

Pues emprendimos la marcha hacia el interior. A vuestro encuentro. Marina traducía del azteca al maya, y el pobre beato y loco de Gerónimo del maya al castellano, aunque con mucho tropiezo, así que me fue encomendada la tarea de irle enseñando a Marina nuestro idioma. Otras cosas le enseñó Cortés por las noches, pese a que originalmente se la había cedido a otro de sus hombres. Ya dije que Marina siempre fue hermosa. Hasta le dio un hijo a Cortés, Martín, que este reconoció…, pero me aparto de mi relato. Desvaríos de anciana senil y moribunda…

¿Qué he de decir del camino? Que fue un infierno. Dicen que no llega a cien leguas la distancia que separa la costa de Tenochticlán. A vuelo de pájaro, claro está. Pero aunque nos tuvieran por dioses, teules, que nos llamaban, no teníamos alas. Cruzamos selvas primero, bajo un sol sofocante y abrasador, hasta que la ruta nos hizo subir por entre dos montañas altísimas, como si fueran columnas que sustentan el cielo. Fue el inicio de una llanura desolada, con un lago salado y vegetación tan escasa como abundante había sido la etapa anterior. Además, pasamos por varias cordilleras, y algunas montañas debían de ser respiraderos del infierno, pues soltaban humo en sus cumbres, que bien que lo vimos. Lo bueno es que no íbamos solos: varios cientos de mayas de Cempoallan nos hacían de porteadores, por lo que hasta el más humilde de los soldados tenía paje para cumplir sus necesidades. Además, nos aseguró el caudillo de los cempoalas, pasaríamos en nuestra ruta por territorio de los tlaxcaltecas, enemigos jurados de los aztecas, y Cortés se las prometió muy felices pensando que, de no avenirse este emperador de los

aztecas por las buenas, contaría con aliados para quitarle a la fuerza lo que no quisiera darle de buen grado.

Pero si uno juega a ser dios, ha de demostrarlo.

—*Tihui!*

Con este grito nos atacaron. Porque así era su costumbre; los tlaxcaltecas nos recibieron con las armas en la mano y sus caras pintadas en forma de una horrible mueca, gritando como si fueran demonios y dando brincos como soban. Los veo ya, en los rincones de mi habitación, en la fiebre de mi delirio, burlándose de mí y mostrando las heridas mortales que les hicimos con nuestras espadas y lanzas. Dicen que nos atacaron cien mil. No lo sé, no me paré a contarlos. Fueron muchos, pero no creo yo que fueran tantos. Sea como fuere, mucho griterío, pero nada: Los caballos y la artillería los amedrentaron y huyeron enseguida. Luego, como hicieran otros pueblos, nos recibieron con grandes señales de amistad. De hecho, los de Tlaxcala sustituyeron a los de Cempoallan en su tarea de porteadores. Nos explicaron que vivían en perpetua guerra con los aztecas, pues adoraban a un feroz dios, Huitzilopochtli, que se alimentaba de corazones de guerreros capturados en combate, por lo que cada año habían de realizarse ciertas batallas que llamaban las «guerras floridas» o así tradujo Marina, que empezaba a chapurrear el castellano. También fue entonces cuando les dijeron, con toda naturalidad, que se comían a sus víctimas. ¡Demasiado se horrorizaron mis compañeros, los muy paniaguados! Y más teniendo en cuenta que, a la hora de hacer emplastos para curar las heridas de la batalla, y no teniendo grasa ni aceite, usé para darles alivio a sus llagas la grasa de algunos indios muertos, y nadie me preguntó de dónde había salido el ungüento, que si lo sospechaban no lo quisieron saber… Ya me llamaban bruja a mis espaldas, aunque nunca delante de mi Pedro, que por mucho que seguía sin hablarme no me quitaba ojo de encima, y dicen que hasta le plantó cara a Cortés cuando este habló de ponerme a su servicio…, que ya sabíamos todos los servicios que el capitán requería de las mujeres.

Habíamos salido de territorio maya en agosto y en octubre entramos en tierra de aztecas propiamente dicha: Cholula. Le dijeron a Cortés que era una trampa, que allí los aztecas los iban a matar a todos: que las calles estaban bloqueadas y había proyectiles dispuestos en los tejados planos de las casas, y que los no combatientes habían evacuado la ciudad. Eso dijeron los nuevos aliados, los tlaxcaltecas, y eso afirmó Alvarado, diciendo que se lo había dicho una india bautizada como doña María Luisa en la intimidad de la cama… Como si Alvarado hablara con las mujeres… Pero tenía mucho éxito

con ellas, lo llamaban «Tonatiu» por su pelo rubio. Todos los españoles que querían tenían hembra por las noches… y ninguno era ahembrado, salvo por beatería, como Gerónimo. Algunos cogieron mujer fija; otros, como el hermano del paje de Cortés, José Manuel de Cáceres y Guzmán, tenían una y aún dos por noche… ¡Pobre don José, con su cara de niño! Lo cogieron vivo en la Noche Triste, para su desgracia: le arrancaron el corazón y se comieron sus carnes… Pero mi mente divaga de nuevo… ¿Era cierta la encerrona? Posiblemente sí, aunque Cortés no lo sabía con certeza. Pero no quiso correr riesgos: mandó reunir a los principales de la ciudad en el patio del templo y los asesinó a todos. Luego, con sus aliados tlaxcaltecas, saqueó la ciudad durante dos días con sus noches. El Dios cristiano podía ser tanto o más sanguinario que los de los aztecas.

—¡Tal parece una ciudad maravillosa como se narran en el Amadís! —dice mi compadre Bernal Díaz del Castillo. Y en verdad era una ciudad hermosa, Tenochtitlán, a la que llegamos el ocho de noviembre, tras tres meses de trabajos, batallas y fatigosas jornadas. Estaba la ciudad en mitad de un gran lago y se llegaba por una gran calzada, horadada por puentes para que, por debajo, pudieran pasar las canoas y barcos. La ciudad les recordó, a algunos que habían servido en Italia, a la ciudad de Venecia, pero mucho más hermosa y más exótica, plagada de maravillas… y de horrores. Las calles principales eran rectas y anchas y conducían a la zona central de la ciudad, amurallada, recinto sagrado donde se encontraban los palacios del emperador y los templos. En ellos, que tenían forma de pirámide, encontramos auténticos horrores propios de adoradores del Diablo: los templos apestaban a sangre, que manchaba el tabernáculo interior, y los sacerdotes tenían el pelo enmarañado y negruzco de tanto frotarse la cabellera con sangre humana. Horribles eran las figuras de sus falsos dioses, mitad hombres, mitad lagartos, a los que aplacaban con sacrificios humanos, como ya se ha dicho:

«¡Lugar diabólico es este! ¡No os dejéis engañar por las riquezas, las maravillas y las mujeres, que el diablo está detrás!». Eso decías, mi buen don Andrés de Tapia, que aunque eras muy exagerado algo de razón tendrías. Dijiste haber contado ciento treinta y seis millares de cráneos que se encontraban dentro de un edificio y que pertenecían a los sacrificados cuando se inauguró el templo, apenas treinta años atrás. Me cuesta creer, pobre Andrés mío, que supieras contar tanto… Aunque no dudo que vieras cráneos, ni dudo que hubiera muchos.

Nos alojaron con gran pompa en uno de sus palacios, el que llamaban Axayacad, y Cortés, con gran audacia, medio secuestró medio convenció a

Moctezuma para que fuera a vivir allí, con sus principales cortesanos, convirtiéndolo de hecho en nuestro prisionero. Se había conquistado un imperio sin lucha, agarrando la cabeza de la serpiente.

Entonces el demonio metió el rabo, como suele hacer cuando las cosas les van demasiado bien a los hombres. Negaron noticias de Veracruz. Velásquez había enviado otra expedición a las órdenes de uno de sus hombres de confianza, Pánfilo de Narváez, con la misión de traerse preso a Cortés y encargarse de la conquista y colonización de las nuevas tierras. Y este barruntó que sería un nuevo Balboa: Lo ejecutarían por desobediencia mientras que otros se llevaban honras y fama a costa de su sudor y sus esfuerzos.

—¡Por mi fe que no me van a quitar lo que tan duramente me he ganado! —dijiste airado, señor Hernán Cortés. Eras colérico y despiadado, muy capaz de matar. Pero por aquel entonces aún no se habían enfrentado en batalla españoles contra españoles. Había habido rencillas, emboscadas, traiciones…, pero nunca una batalla.

Evidentemente, como en tantas otras cosas, tuviste que ser el primero, Cortesillo…

Pánfilo llevaba consigo más de novecientos españoles, muchos de los cuales habían aprovechado la expedición para huir de la epidemia de viruela que estaba azotando Cuba. Eso fue la perdición de los aztecas… pero no dejéis, fantasmas míos, que mi mente divague…

Cortés le salió al encuentro cerca de Cempoallán, con unos trescientos cincuenta hombres. Pidió ayuda a los tlaxcaltecas, pero estos, con mucha prudencia, no quisieron meterse entre los asuntos de los teules, del mismo modo que un hombre sensato antes mete la mano bajo una piedra de molino que se interpone entre las riñas de un hombre con su mujer. Pero ya dije que nunca españoles habían luchado contra españoles en las Indias, y Pánfilo confió demasiado en ello… Cortés atacó el campamento de Narváez de noche, entre griterío y confusión, cuando los confiados seguidores de aquel dormían. Dicen algunos insensatos que fue mi Pedro el que cegó con su espada uno de los ojos de Pánfilo en el ardor de la lucha. No es tal, que fue un piquero llamado Pedro de Sandoval el que realizó tal hazaña. Pero como si lo hubiera hecho, que ganas le tenía.

—¡Os he de quemar el culo si no os rendís! —gritaste, Pedro mío, prendiendo fuego a la techumbre de paja sobre la que se habían hecho fuertes el pobre Pánfilo con apenas una treintena de seguidores. A ti se rindieron. A mi Pedro Sánchez Farfán, capitán de Cortés.

Yo quedé en Tenochtitlán, con los ciento veinte hombres que Pedro de Alvarado comandaba.

—¡Hice lo que debía hacer, y no me arrepiento de nada, que esos indios arteros querían devorarnos!

Aquí estás, alegre, encantador, guapo y cruel. Ya he dicho que los aztecas te llamaban Tonatiu («el Sol») por tu barba y pelo claros. En verdad debías ser un dios azteca, pues te bañaste en su sangre.

En Tenochtitlán se preparaba la celebración de Toxcatl. Moctezuma había pedido permiso para que se hiciera la fiesta, una de las más importantes entre su gente, y tanto Cortés primero, como Alvarado después, accedieron a condición de que no se hiciera ningún sacrificio humano. ¿Qué se te pasó por la cabeza, Tonatiu? ¿Tanto miedo tuviste al ver cómo preparaban la imagen de Huitzilopochtli, con grano mezclado con sangre de los sacrificios? ¿Tanto te asustaron las imágenes, embadurnadas de sangre fresca, de Tlácoc y Tezcatlipoca? ¿Se te helaron los huesos al ver a la muchedumbre cantar y bailar, presa de un frenesí a tus ojos diabólico? Dijiste luego que los tlaxcaltecas te contaron que habían oído que nos iban a sacrificar a todos al finalizar el baile. Prestaste oídos a tu miedo y a los enemigos tradicionales de los aztecas. Y, al igual que hizo Cortés en Cholula, decidiste anticiparte a los hechos y atacar. Al igual que había hecho tu capitán, bloqueaste el recinto con los españoles y los aliados de Tlaxcala, llegaste armado con hierro en las manos y furia en los ojos, y sin más iniciaste una matanza que hizo que la sangre corriera como si fuera agua…

—¡Mueran! —gritaste, y a tu llamado la muerte llegó para todos. El castigo ejemplar no surtió el efecto que esperabas. Los orgullosos aztecas empuñaron las armas y te obligaron a refugiarte de nuevo en tu palacio, ahora tu prisión. Lo conseguiste, Tonatiu. Provocaste la revuelta.

—¿Qué has hecho, Alvarado? —gritó Cortés al regresar, pues los aztecas dejaron que el capitán, con las filas engrosadas por la mayoría de los miembros de la expedición de Pánfilo (solo diecisiete se quedaron con él) entrara en la ciudad, silenciosa y vacía como una tumba… O, mejor dicho, como una trampa, pues como tal se cerró. Los españoles, sitiados, hicieron varias salidas tratando de imponerse por la fuerza de su disciplina y superioridad armamentística: fueron rechazados siempre, por pura fuerza de número, sufriendo un lento goteo de soldados muertos y heridos imposibles de reemplazar. Se pidió a Moctezuma (o se obligó, nunca me quedó muy claro) que tratara de calmar a su gente: se asomó al balcón del palacio y lo apedrearon. Murió dos días más tarde, creo yo que porque ya no quería vivir.

El 1 de julio, la situación era tan insostenible que se decidió la retirada. La Noche Triste, la llamamos los españoles. La noche en la que los aztecas nos echaron de su ciudad… y casi nos exterminan. Se cargó el oro con la parte del rey en una yegua, y luego Cortés, señalando con gesto de hastío la montaña de tesoros recogida, dijo a los suyos que quien quisiera cogiera lo que le apeteciese. Y aquellos que pecaron de avaricia lo pagaron caro, como luego se verá.

Se sabía que los aztecas habían cortado en varios puntos las calles, para mejor dejar encerrados a los españoles: se ideó para ello una plataforma que haría de puente y que se iría transportando para ir salvando los diferentes «ojos» de la calzada. Algunos pasaron la noche rezando. Otros, como Cortés, le dieron al fornicio, que se ayuntó con una de las hijas de Moctezuma, bautizada cristiana, o eso creo. Yo, y ya tengo una edad en la que no me avergüenza decirlo, me entregué por vez primera a mi marido con la seguridad de que sería la última, pues íbamos a morir.

A medianoche salimos, y al principio todo fue bien. Hasta que un grito de mujer rasgó el aire y los Teponachte empezaron a sonar dando la alarma. Los aztecas salieron de todas partes y procedieron a masacrarnos, golpeándonos en la nuca, que era para ello la muerte reservada a los peores criminales. Ya ni para hacer sacrificios a sus dioses les valíamos.

La vanguardia pudo pasar. Cortés y los que iban detrás, también. Luego fue simplemente una matanza. Seiscientos de los nuestros, todos los cañones y la mayor parte del oro se perdieron. Incluida, como no, la parte del rey, que maldito lo que importaba ahora la riqueza cuando uno se jugaba la propia vida. La mayoría de los que murieron iban cargados con oro o con las pesadas corazas con las que salieron de Cuba. Los que nos salvamos apenas si llevábamos una camisa de algodón grueso, calzas y poco más.

Aulláis y me aturdís, fantasmas míos, y bien que hacéis, pues todo fue confusión y horror, y así lo recuerdo. Le pedí a mi Pedro una espada y una rodela, y como tantos otros me abrí paso a cuchilladas y estocadas, llevando a mi vera a doña Leonor, una hija de Moctezuma, amante, como tantas otras, de Cortés. Doña Ana y Chimalpopoca, también hijos del emperador, no tuvieron tanta suerte: perecieron bajo la ira de los suyos, todo y que el chico iba prisionero y nunca quiso bautizarse. Tampoco se salvaron los tlaxcaltecas, que de mil apenas quedaron ciento. Recuerdo un tramo que se hundió por el peso de tanta gente y para cruzar al otro lado hubo que hacerlo sobre los cuerpos amontonados de los muertos y agonizantes. Una pesadilla que me

sigue acompañando hasta hoy, y que quizá me siga tras mi muerte, que el Infierno no puede ser peor.

Alvarado era el encargado de la retaguardia. Cortés volvió atrás y lo encontró encaramándose tras un salto imposible, con solo aullidos y gritos a su espalda.

—Capitán, ¿dónde está la gente que os dejé? —preguntó Cortés.

—Mi señor, todos los que han pasado están acá ya, y si alguno queda al otro lado no vendrá…

Dijeron sus enemigos que Alvarado abandonó a los suyos para salvarse. No lo creo. Era muchas cosas, pero no un cobarde. Simplemente, hay que vivir una situación desesperada para darse cuenta de que, a la hora de la verdad, cada perro se lame su pijo. Y no hay más que hablar.

Los aztecas no nos dieron tregua. Siete días más tarde, en la llanura de Otumba, un enorme ejército acudió a rematarnos. Éramos unos trescientos cuarenta. El resto de nosotros no había salido de la ciudad, o había muerto de sus heridas. Pero los aztecas ya no estaban furiosos. Querían cogernos vivos, sacrificarnos a sus dioses, purificar con nuestra sangre impura su preciada ciudad. Eso fue su perdición. Atacaron por escuadrones, tratando de capturar más que de matar. Y, como lobos heridos, los españoles nos revolvimos. Se lanzaron contra nosotros, adornados con los trajes rituales del Águila y del Jaguar, con sus tocados de plumas de Quetzal. Se arrojaron sobre nuestras espadas y lanzas y murieron. Y una vez más tomé mi sitio y peleé como un hombre, y nadie lo cuestionó, pues si algo faltaba aquel día eran brazos que empuñaran armas. Luché junto a mi Pedro, resueltos ambos a morir juntos, cosa que no quiso Dios. Se me cansaron los brazos de tanto matar, y no fui la única, que muchos hombres más recios que yo me confesaron luego haber estado a punto de desfallecer. Dijeron que había casi cien mil aztecas contra nosotros. No los conté, pero eran en verdad muchos. Y no teníamos pólvora, ni siquiera las ballestas, que las cuerdas estaban mojadas. Solo espadas, escudos, lanzas y cuajo. Y la firme resolución de no morir aquel día, pues nada podía ser peor que la Noche Triste.

—¿Y quién os salvó, mujer?

Es de bien nacido ser agradecido, y lo que es… es. Habríamos muerto todos si en un acto tan absurdo como desesperado Hernán Cortés no se hubiera lanzado con los pocos caballos que nos quedaban contra su general, el ciuacoatl, que lo llamaban, y su estandarte sagrado. Cinco jinetes lo siguieron: Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid, Rodrigo de Sandoval y Juan de Salamanca. Los dardos rebotaban en sus rodelas de metal, las

espadas de filo de obsidiana se mellaban en los quijotes que guarecían sus piernas. Dicen que fue Juan de Salamanca el que mató al general enemigo y se hizo con el estandarte. Si eso dicen, eso será. Yo estaba demasiado ocupada para saber qué pasaba, restañándome el sudor y la sangre que me cegaban los ojos. Vimos que cedía la presión, nos cogió el ansia de matar y algo les perseguimos, no mucho, pues estábamos agotados tras haber luchado sin parar durante horas. Luego nos fuimos a Tlascala, donde nos recibieron con los brazos abiertos, nos dieron cobijo…, y preparamos nuestra venganza…

Sin saber que ya la habíamos realizado.

Pues los hombres de Pánfilo de Narváez habían traído consigo la viruela, y esta se cebó en los aztecas mientras se disponían a reconstruir su amada ciudad. Los diezmó y debilitó.

Entonces volvimos los españoles… con diez mil tlaxcaltecas …

Ochenta días duraron la conquista y destrucción de la hermosa y terrible Tenochtidán. Yo no la vi, pues me quedé junto a mi Pedro en Tlaxcala, organizando la intendencia, asegurándome de que el ejército conquistador estuviera bien alimentado, que un soldado con el estómago vacío mal pelea y bien que se muere.

Y Cortés mandó desecar la llanura para que todo rastro de la capital de los aztecas desapareciera para siempre. Él creó su pequeña corte en Coyoacán, al sur del lago.

Y allí llegó, en 1522, su mujer legítima, Catalina Juárez.

Y tres meses después murió.

—… no queréis sino ocupar a mis indios en otras cosas de lo que yo les mando, y no se hace lo que yo quiero, y os prometo que antes de muchos días haré yo de manera que nadie tenga que entender en lo mío… —Eso dijo durante su última comida.

Y fríamente su marido le respondió:

—¿Con lo vuestro, señora? ¡Yo no quiero nada de lo vuestro!

Catalina se sintió ofendida, se levantó y se fue. Lo siguiente solo lo saben los muertos, Dios y el Diablo. Dicen que se les oyó discutir. En verdad se oyeron gritos. Llegaron criados y amigos y vieron a Catalina muerta en brazos de Cortés. Este mostró gran dolor, y daba puñetazos en las paredes, pero se apresuró a cerrar la tapa del ataúd con clavos para que nadie viese el cuerpo y a enterrarla al día siguiente. Por el calor, se dijo…

Ocho años más tarde se realizó el juicio de residencia de Cortés, tras finalizar su mandato en el valle de México. Puro formalismo que compliqué,

pues fue entonces, y solo entonces, cuando me levanté y hablé:

—Que fui de las que amortajaron a la dicha doña Catalina, y tenía moratones en el cuello, como si hubiera sido estrangulada. Y estando sola con su marido, nadie pudo hacerlo sino él.

Y se me cierran los ojos, pues ya está cumplido el relato de la deshonra de Cortés y de la mía. Se van los fantasmas y queda la oscuridad, y la última en irse es Marina, que por fin abre los labios para hablar:

—Te borraron de la Historia por decir esto, María.

Y yo, apenas en un susurro, le contesto:

—Mejor no aparecer que figurar como lo haces tú.

Y me traga la oscuridad, callan los fantasmas, y no hay más.

El retrato del general

María Pilar Queralt del Hierro

I

Doña Matilde Ruiz del Castillo y Gándara gustaba de comer con manteles de hilo blanco, cubertería de plata y copas de cristal de La Granja. A pesar de que su tensión ya no lo hacía recomendable, regaba la comida con una prudente dosis de Rioja y nunca daba por terminado el yantar si no lo remataba con un buen café. Así esperaba hacerlo aquel día en que, sentada en el mismo sillón en el que tiempo atrás reposaran las nobles posaderas de su padre y de su abuelo, dejaba pasar el tiempo contemplando las vetustas paredes recubiertas de óleos y acuarelas de firma más o menos reconocida. Entre ellos destacaba el retrato que de su bisabuelo, un condecorado general carlista, hiciera el pincel ilustre de Leonardo Alenza.

Militares de raza, doña Matilde aseguraba que los primeros Ruiz del Castillo se habían ganado sus nobles blasones batallando por las armas de aquel Felipe de Anjou que se coronó como digno sucesor de los Austrias y entronizó así una nueva dinastía, los Borbones, en el trono hispano. Otros decían que su único mérito era haber dado alojamiento al futuro rey en su casona de Cazalla de la Sierra, donde el entonces aspirante a monarca distraía sus tempranas melancolías con la caza y el sosiego campestre. Lo curioso es que, firmes como eran en sus convicciones, pese a tan ilustre (o no) antecesor, llegado el siglo XIX los Ruiz del Castillo no habían dudado en ponerse de parte de don Carlos y pasar a engrosar las tropas carlistas ante el dislate de que una mujer, la futura Isabel II, pudiera ostentar la corona de España. Y es que así eran ellos: conservadores, gentes de bien, como se repetía una y otra vez doña Matilde. Una familia cabal en la que los hombres y las mujeres

sabían cuál era su sitio y, si lo olvidaban y cometían algún desliz, pues se callaba y quedaba en el limbo de los secretos familiares.

Mientras Matilde se perdía en sus recuerdos, la fiel Herminia, criada en años felices y compañera en soledades actuales, disponía renqueante la mesa mientras se lamentaba de la ciática que ya no le dejaba moverse con soltura. Por los balcones, amable invasor en aquel gélido febrero madrileño, se filtraba un tibio sol invernal, pero también el insoportable ruido del tráfico que llegaba desde la calle del Arenal y, sobre todo, desde la vecina Puerta del Sol.

Hacía más de ciento cincuenta años que la familia Ruiz del Castillo ocupaba aquel destartalado caserón de la calle de las Fuentes. El padre de doña Matilde estuvo tentado, allá por 1920, de trasladarse a un moderno edificio del barrio de Salamanca más acorde con su alcurnia y sus blasones, pero supo resistirse al canto de sirena de los nuevos tiempos y continuó en la céntrica mansión que inauguraron sus abuelos y donde disfrutaban de la vecindad ilustre de don Armando Palacio Valdés.

Aquellas paredes encerraban, sin duda, la historia más reciente de la familia. Dieron amparo a viejos carlistas, las agitaron vientos de conspiración durante la «Gloriosa» y disfrutaron días de esplendor durante el efímero reinado del de Aosta. Emocionadas, recibieron la novedad de la luz eléctrica y de los avances con que el progreso anunciaba el siglo XX. Claro que también lloraron lágrimas de sangre cuando la guerra de África se llevó al único hermano varón de doña Matilde y se estremecieron de miedo durante la guerra civil, tanto cuando temblaban bajo el fuego de la aviación franquista como cuando sirvieron de escondite a los capellanes de la vecina iglesia de San Ginés.

Doña Matilde siempre recordó con temor aquellos tiempos. Aún ahora solía tener pesadillas en las que revivía el sobresalto ante un registro domiciliario o el sonar agudo de la sirena avisando de la urgencia de acudir al refugio. En sus sueños aparecía, muy de tarde en tarde, aquel miliciano moreno y cie ojos verdes que, en pleno asedio de Madrid, llegó hasta el piso con la pretensión de incautarse de las escasas viandas que aún quedaban en la despensa. Doña Matilde, entonces Matildita, tenía veinticuatro años recién cumplidos, un señorial atractivo y una buena dosis de romanticismo a cuestas. Por tanto, pese a que por entonces lloraba la ausencia de Fernando, un prometedor abogado del que andaba enamorada, no pudo evitar ser más cariñosa con el intruso de lo que su educación y principios hacían recomendable.

El estallido bélico sorprendió al novio en ciernes mientras veraneaba en Zarautz y, por tanto, había resuelto, muy convenientemente para los intereses económicos de la familia, como veremos más adelante, luchar en el bando de los insurrectos. Acabada la contienda, el avispado joven regresó como triunfador a Madrid y Matildita decidió olvidar sus democráticas veleidades amorosas para, apenas un año después, subir la escalinata de Santa Bárbara a los compases de la marcha nupcial.

Empezó entonces una época gloriosa para el caserón de la calle de las Fuentes. El flamante marido de doña Matilde supo aprovechar las buenas relaciones de los Ruiz del Castillo y en poco más de una década se consagró como uno de los abogados de más prestigio de Madrid. Pronto llegaron, uno tras otro, los cuatro vástagos de la familia: Fernando, Matilde, María Isabel y Luis José, a los que la buena cocina de Herminia y el cuidado atento de su madre convirtieron sin esfuerzo en cuatro magníficos retoños de la biempensante sociedad madrileña de los años sesenta.

La familia aumentó cuando, allá por 1957, la tardía exaltación amorosa de una noche de verano dio como resultado la imprevista llegada de una nueva niña a la familia. Alejada como estaba por edad de sus hermanos, su madre no tuvo mejor ocurrencia que bautizarla como María de la Soledad. Posiblemente se trató de un presagio. Apenas cuatro años después, un infarto dejaba viuda, y con la soledad como única acompañante, a la buena de doña Matilde.

Supo llevar bien la viudedad. Enterró al difunto entre el sentimiento de deudos y parientes, cargado de condecoraciones y con esquela de media página en *ABC*. Luego, debidamente aconsejada por sus cuñados, invirtió en la construcción los ahorros heredados del difunto. Fundó una inmobiliaria y puso al frente de ella a su hijo mayor, un mozalbete de veintidós años con la carrera de Derecho recién acabada que colgó la toga y se dedicó a amasar una respetable fortuna familiar a base de sembrar el extrarradio de Madrid de inmensos mamotretos que dieron a Moratalaz, La Estrella o Aluche un cierto aire de Manhattan casero.

Pasados los primeros lutos, doña Matilde, siempre entre el glamour de sus blasones, se posesionó de su papel de viuda rica y adicta al régimen y comenzó a repartir su tiempo entre tés de caridad, corridas de Beneficencia, Festivales de España y la presidencia de alguna que otra mesa petitoria en la Fiesta de la Banderita. Entretanto, Luis José, el menor de los chicos, ingresó en la Academia Naval de Marín, y las dos niñas mayores, terminados los cursos de Cultura General, eufemismo que solo certificaba una absoluta falta de conocimientos, se ennoviaron con sendos herederos de dos altos cargos del

franquismo. Actuaba como una reina sin corona y sus salones eran sus dominios. Allí, entre falsos Balenciagas y algún que otro Chanel importado, las damas del régimen ejercían la caridad, alternaban con folclóricas, bailarines y alguna que otra niña prodigio y, sobre todo, se movilizaban para que todo continuase inamovible.

El momento cumbre de su ascenso social fue, sin duda, la boda de su hija María Isabel con un joven miembro de la carrera diplomática. Asistieron aristócratas, artistas e incluso algún intelectual proclive al régimen en busca del reconocimiento público, y, como correspondía a tanta pompa y ostentación, estuvo debidamente reseñada en la revista *¡Hola!* Aquel día, mientras recorría el pasillo central de San Francisco el Grande del brazo de su hijo Luis José luciendo galas de capitán de corbeta, se sintió una triunfadora. Había conservado la solera heredada de sus padres, había ampliado el patrimonio, sus hijos eran dos profesionales reconocidos y había conseguido que, por matrimonio, sus dos hijas mayores tuvieran garantizada una vida cómoda y regalada, prácticamente calcada a la suya.

Solo una sombra se cernía en su horizonte: María de la Soledad tenía solo diecisiete años, pero no parecía querer seguir el camino de sus hermanas. De momento se hacía llamar Sol y se había empeñado en ingresar en la universidad para estudiar Historia Contemporánea. Muy a su pesar, doña Matilde acabó por ceder a lo que creía uno más de los caprichos de su hija pequeña. Para conformarse, se dijo que, a fin de cuentas, una carrera de letras siempre daba un cierto bagaje cultural, y el día que la niña se casara podría aumentar el prestigio del presunto marido con su brillante conversación y una cierta pátina intelectual. Cuando se lo insinuaba, Sol sonreía y se encerraba en su habitación a escuchar las canciones de un tal Moustaki que a su madre le resultaba profundamente antipático. Casi tanto como aquel tipo de la boina que aparecía en el póster que decoraba la habitación de la niña y del que su amiga Cuca Fernández-Baños le había explicado que se trataba de un tal Guevara, un guerrillero latinoamericano que «debía de tener origen valenciano, pues le apodaban “el Ché”». Rápidamente, doña Matilde decidió que no sabía de lo que le estaban hablando, y, siguiendo una vieja fórmula aprendida de sus mayores, optó por obviar aquello que no entendía. Por tanto, dejó a su hija con sus manías y continuó con los aperitivos en Rosales, los conciertos en el Real y las meriendas en cualquiera de las muchas cafeterías de la calle Goya.

«¡Ojalá todo hubiese quedado ahí!», se lamentaba ahora. Realmente nadie había preparado a doña Matilde para entender otras formas de vida. Sin

embargo, los nuevos tiempos que siguieron a la muerte del dictador la obligaron a seguir un cursillo acelerado. Día a día hubo de asistir, atónita, a la desarticulación de un mundo que suponía inalterable. Las novedades se sucedieron con tanta rapidez que apenas terna tiempo para asimilarlas, y, en ocasiones, se creyó engullida por una espiral subversiva cuyo único objetivo era el de alterar su plácida vida. Solo le pareció vislumbrar un rayo de sol aquel 23 de febrero de 1981, cuando su hijo Fernando le comunicó por teléfono que un grupo de guardias civiles, unos «patriotas», le dijo, habían tomado por asalto el Congreso. Pero, apenas unas horas después, vio cómo Sol descorchaba satisfecha una botella de cava catalán, lo que le permitió suponer que «aquello» había fracasado.

Poco después, la empresa familiar se vio afectada por la expropiación del grupo Rumasa, y como hijo y yernos dependían de ella, doña Matilde contempló horrorizada cómo bajaba el nivel de vida familiar y cómo sus hijas, en su afán de mejorar el estado de sus cuentas corrientes, ponían su apellido al servicio de marcas de reconocido prestigio ejerciendo como relaciones públicas.

Pese a todo, seguía siendo Sol quien más le preocupaba. Cierto que se la veía feliz, pero apenas si se relacionaba con la familia. Había, efectivamente, acabado la carrera y disfrutaba de una plaza ganada por oposición en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Llevaba ya dos años alejada de la casa familiar y se había instalado en una vieja buhardilla en pleno barrio de Malasaña. Sabía que solía acudir a las tertulias literarias del Gijón y que ejercía como escritora y letrista de canciones entre las gentes de la Movida, término que doña Matilde tampoco sabía muy bien qué era, pero que, por lo que Herminia le contaba, no resultaba en absoluto de su agrado.

Lo que aquel martes de febrero ignoraba doña Matilde es que no habían acabado aún sus tribulaciones. Perdida en sus recuerdos esperaba que, como había anunciado unos días antes, Sol llegase a comer. Aseguraba que terna una buena noticia. Para celebrarlo, doña Matilde había ordenado a Herminia que pusiera el mantel de hilo bordado que tanto gustaba a su hija y que preparara una buena gallina en pepitoria que, desde niña, siempre había sido su comida favorita.

El timbre de la puerta sirvió para devolverla a la realidad. Apenas lo escuchó, Herminia pareció olvidar su ciática y paró de refunfuñar. La anciana doméstica reconocía sin ambages su debilidad por Sol, a la que prácticamente había criado y cuyas pretendidas excentricidades no dejaban de hacerle

gracia. Fue a abrir y, pocos minutos después, madre e hija se sentaron a la mesa.

Pero, apenas recién servida la suculenta pepitoria, Sol empalideció considerablemente y hubo de correr precipitadamente hacia el cuarto de baño. Unos minutos más tarde regresó y, con un risueño gesto de complicidad, se acercó a su madre para, abrazándola, anunciarle pletórica la llegada de un nuevo nieto.

Doña Matilde creyó quedarse sin respiración, pero a medio camino entre la ingenuidad y el desconcierto no se le ocurrió más que preguntar a su hija que cuándo se había casado. La carcajada de Sol evidenció que estaban hablando idiomas diferentes. Su madre, tomando fuerzas del retrato de su bisabuelo, el ilustre general carlista don Salvador Ruiz del Castillo y Villar del Campo, bramó más que ordenó a su hija que desapareciera de su vista precisando que, desde aquel día, podía considerarse huérfana.

En el fondo, Sol respiró aliviada. La explosión iracunda de su madre le ahorraba la parte más difícil de la conversación, porque ¿cómo explicarle que, además de no estar casada, el matrimonio no entraba en sus planes y que el padre de la criatura respondía al exótico nombre de Akiro Moto? ¿Cómo iba a poder decir a su madre que el último depositario de la solera castellana de los Ruiz del Castillo tendría, posiblemente, pelo de seda, ojos oblicuos y la piel del mismo color que los pergaminos que tanto la enorgullecían? Así pues, Sol se levantó y salió a la calle, convencida de que su madre era plenamente feliz recluida entre los restos de aquel mundo periclitado y ajena, como siempre, a la realidad que la rodeaba.

II

En tres años no volvieron a verse. Sol le comunicó el nacimiento de su hija y, pese a su silencio, continuó interesándose por su madre a través de Herminia y de sus hermanos. Por fin, un brumoso día de noviembre, la fiel asistenta la llamó alterada.

—Señorita, venga, por favor, no sé lo que le pasa. Parece que no quiere enterarse. Está sentada a la mesa, me ha hecho desembalar la cristalería y la vajilla y me ha obligado a poner en la mesa el mantel de hilo de Navidad.

Con la voz alterada, Herminia continuó:

—Lleva toda la mañana bebiendo jerez y hablando con el retrato de su abuelo el general.

Apresuradamente, Sol recogió a la niña de la guardería y corrió a casa de su madre. Suponía que sus hermanos no sabrían nada; primero porque Herminia no les tenía ninguna simpatía, y después porque, pese a que los trámites con el Ayuntamiento los habían iniciado ellos, eran ellos los que, pese a haber dispuesto del dinero de la indemnización, ahora aseguraban sentirse terriblemente afectados e incapaces de contemplar *in situ* la debacle del solar familiar.

Cuando llegó, la compañía de mudanzas había vaciado ya casi todo el piso y solo el comedor quedaba parcialmente lleno. El encargado la miró como pidiendo auxilio:

—A ver si usted la convence. *Pá* mí que la vieja está majara. Nos ha dicho no-sé-qué de que no se irá hasta que no la venga a buscar uno que tenga los ojos verdes y de que aún no ha sonado la sirena para bajar al refugio… ¡Ah! ¿Es usted su hija? Perdone, creíamos que era de Asistencia Social, como trae a una chinita…

—Vamos, mamá, he venido a buscarte. ¿Te acuerdas? Tienes que irte a casa de Fernando. Mañana empiezan el derribo.

Doña Matilde miró a su hija con ojos vacuos, buscó en la pared la huella que había dejado el retrato del general y al asomarse a aquel espacio vacío creyó que por él se había escapado toda una época. Recordó a sus abuelos, a sus padres, a su marido e incluso a aquel miliciano de ojos verdes que tan sutilmente pasó por su vida. Se preguntó qué habría sido de ellos si aquel primer Ruiz del Castillo no se hubiera puesto al servicio de Felipe V o, sin ir tan lejos, si a su llorado Fernando le hubiera pillado la Guerra Civil en Madrid.

De repente, la voz de Sol hablando de derribo tomó un desmesurado protagonismo. ¿Qué decían? ¿Derribo? No podían derribar aquella casa. Era suya; lo había sido siempre. Necesitaba seguir viviendo allí. Esta tarde, por ejemplo, iba a dar un té a las esposas de los procuradores en Cortes por Madrid…

Volvió a mirar a Sol y su presencia le recordó que no, que aquello ya no era cierto, que pertenecía a una época que ya no iba a volver. Por un momento, quiso creer que, tal vez, sus nietos de pelo engominado y aperitivos en el Club de Campo devolverían a aquellas paredes el carácter de antaño. Pero, una vez más, la actitud firme y serena de Sol le confirmó que aquella corte de papel perpetuada por el *NO-DO*, de la que había sido reina absoluta,

ya era historia. Sintió una punzada en el pecho y dejó que la figura de su hija se difuminara lentamente. Mientras, el salón comenzó a girar a su alrededor convidándola a bailar un último vals con la nostalgia.

Régulo

Javier Pellicer

1

Campo sedetano, 205 a. C.

Sangre. Propia y ajena. Emana de su carne la primera, le empapa la espalda la segunda. Se mezclan inevitablemente. Por igual.

Ambas son del mismo color.

Gritos y entrechocar de hierros, el crujido de los escudos astillándose, las jabalinas silbando al viento… El caos debería ocuparlo todo, y sin embargo no es confusión, ni siquiera dolor, lo que le embarga. Hay una extraña placidez envolviendo el momento más importante de su vida. El tiempo se detiene. El mundo en torno a él está quieto.

Mandonio le acompaña. Siempre lo ha hecho; el más fiel de los amigos, su hermano. Pero lealtad no es sinónimo de astucia. No sabe qué hacer, cómo actuar. La muerte acaricia al guerrero a través del *pilum* que lo atraviesa, y su pariente no acierta a tomar una decisión. ¿Extraerá el venablo con la estúpida intención de lo imposible, sanarlo? ¿Mantendrá la defensa en torno al ya casi cadáver hasta compartir el mismo destino? ¿O huirá, dejando que aquel que lo vio crecer espire el último aliento rodeado del enemigo?

Poco importa. La historia de Indíbil, rey de los ilergetes, se acaba. Y es ahora, al final de todas las cosas, cuando comprende que ella tenía razón.

Hay enemigos que no pueden ser vencidos.

2

—Es el momento. No habrá otro como este.

Indíbil golpea la palma de su mano con el puño derecho. Crispa el rostro. Es un hombre expresivo, sobre todo cuando se trata de transmitir certeza y necesidad.

Un líder, sí. Está convencido de ello. Tal vez naciera en tiempos de paz, pero ha crecido con la guerra. Su padre, del que heredó la autoridad para guiar a los ilergetes, lo preparó a conciencia. Y a fe de los Antepasados que hizo un buen trabajo. Cuando llegó el cartaginés Amílcar Barca supo de inmediato que la neutralidad se desmoronaría tarde o temprano, que tendría que tomar partido. Hace décadas de eso, ya no puede considerarse un jovencito.

Ahora es rey.

Régulo, le llaman los romanos en tono despectivo. Y bárbaro, y otros desprecios similares. ¿Pero acaso un reyezuelo miserable podría ser pastor de tantos? ¿Acaso la voz de un simple cabecilla congregaría a los distintos pueblos íberos, algunos enfrentados durante generaciones, que han acudido en este día a su llamada? Ausetanos, cossetanos, bergistanos…, incluso los edetanos están presentes, aunque sea solo a través de una pequeña delegación, muestra de su dudoso compromiso.

No. Él es un rey auténtico. Entregado a los suyos, los de sangre ilergete, a quienes pretende legar un futuro de libertad, lejos de cualquier yugo extranjero. Ese es el destino al que aspira, el que le otorgará el inmortal reconocimiento de sus hermanos, de los aliados con los que necesite pactar, de cada enemigo que enfrente.

—Hemos librado infinidad de luchas, Indíbil —dice Amusico, caudillo de los ausetanos; es un hombre de actos cautelosos—. Y tanto Roma como Cartago se han mostrado superiores en todo momento.

—Eso ha cambiado —retoma el rey, sin dar pie a que el desánimo arraigue—. Publio Cornelio Escipión ha regresado a las tierras de libia para conseguir el apoyo de quienes allí habitan. Dicen que allá, cerca de Roma, el cartaginés Aníbal los está poniendo en serios apuros y precisan refuerzos extraordinarios.

Todos los miembros de aquel concilio conocen la figura del general púnico. ¿Cómo puede no ser así? Aquel hombre había recorrido sus tierras hacía no demasiados años, ganándose un bien merecido respeto. Causó honda admiración allá por donde transitó, del mismo modo que su igual romano. Escipión y Aníbal. Dos colosos dignos de ser respetados. De ser emulados.

—Hablas como si hubieran dejado desprotegidas las parcelas que dominan en nuestro territorio, cuando sabes que no es así —argumenta Ultinos, quien lleva las riendas de los bergistanos.

—Las tropas romanas que mantienen las defensas son jóvenes desentrenados, recién incorporados a su ejército. Y en cuanto a los generales que los comandan, no tienen la capacidad de Escipión, el único buen estratega con el que cuentan. No me preocupan.

Es Mandonio quién más énfasis pone a continuación, pues no hay otro con un temperamento tan volátil, brusco y sincero.

—¿Es que acaso nos hemos convertido en ratas asustadizas? ¡Somos ilergetes, bergistanos, indigetes y ausetanos! —El puñetazo impacta en la mesa, donde reposan copas y escudillas; la fuerza de aquel titán es tal que los recipientes saltan, caen, el vino se derrama sin remedio—. Mi hermano tiene razón: las regiones íberas nunca más volverán a tener una oportunidad como esta.

Los caudillos permanecen en silencio largo rato. Indíbil opta esta vez por no presionarlos, pues tomar decisiones que ponen en riesgo la supervivencia de aquellos a los que se representa no resulta tarea baladí. El propio líder ilergete ha tenido que enfrentarse a ello en varias ocasiones. Alianzas y traiciones nacieron de cada dictamen, y por ello ha recibido desprecio tanto de cartagineses y romanos como de sus propios vecinos íberos. Traidor sin honor, le llaman algunos, pues no mostró en su día reparos en darles la espalda una y otra vez. Por idiotas los tiene él. No entienden que su única lealtad es hacia los ilergetes.

Y por ellos toma de nuevo la palabra.

—Hemos estado a la sombra de cartagineses y romanos demasiado tiempo. —Le arde auténtica pasión en la voz—. Pero así debía ser. Porque gracias a ello los romanos nos han quitado de encima a los púnicos, a un alto precio. Los republicanos han quedado debilitados, lo cual nos lleva a nuestra hora: la de sublevarse de nuevo. Y, esta vez, para ganar. Cuando los hayamos expulsado podremos volver a las costumbres que nos son propias, al modo de vida de nuestros antepasados, que todos esos extranjeros tratan de arrebatarnos. Yo, al menos, no pienso permitirlo. ¿Os uniréis a mí? ¿Seremos uno contra el invasor?

La decisión es unánime. La fogosidad que impregna cada una de sus palabras los ha encandilado.

Los íberos partirán de nuevo a la guerra.

Y será el rey ilergete quien los llevará a la victoria.

3

La recorre con los dedos, en un movimiento sin fin por cada región de tan sugerente desnudez. Su piel arde, es una gran y sinuosa ascua entre unas manos que amasan en un vano intento de dar forma a la pasión que comparten. Pero resulta imposible, Indíbil lo sabe a un nivel inconsciente, animal: las caricias, por sí mismas, son incapaces de saciar el hambre que Neitín le hace sentir.

Las embestidas se suceden. Bien que las recibe ella. Un fuerte gemido salta entre sus labios, y entonces cruza las piernas en torno a la cintura de él. Lo atrapa. Se atrapa. Las miradas se cruzan. Es la señal del inminente final.

Dos gritos al unísono se convierten en uno solo si nacen del mismo sentimiento. Y aquel resulta ser intenso, desgarrador, casi podría decirse que hiriente. En el brutal instante donde el todo y la nada se confunden, la simiente se derrama una vez más en el interior creador de vida. Quizás, si los dioses así lo disponen, sea semilla de un nuevo vástago.

Llega entonces el embotamiento. Donde otras mujeres se rinden a la vulnerabilidad, una íbera se mantiene firme, dueña de la situación. Neitín lo abraza con fuerza, recibe el anquilosamiento de Indíbil con besos y roces. Pues ella es su mujer, y conoce qué deberes le corresponden. Con gozo los cumple. Cuidará de su descanso con el mismo esmero que le ha ofrecido el éxtasis.

El gallo todavía no ha cantado, el silencio sigue llenando el mundo. No es el rey el que despierta, sino el hombre. Son tiempos en que, ante la amenaza, tiene más presente que nunca las costumbres, los buenos hábitos. Y existen pocos más agradables que el amanecer de una noche de pasión. Se demora, al igual que siempre hace, en la perfecta belleza de Neitín. Hermosa y joven, pero ya señora de una madurez exquisita a sus veinticinco añadas. Se dice por enésima vez que los Antepasados le han sido propicios al destinarle en la misma carne una confidente leal, una amiga cómplice y una amante fogosa.

Deja el lecho tras arroparla. Saciada su pasión, tiene la cabeza confusa por los asuntos del concilio y necesita aclararla con el frío de la madrugada. Así que abandona la estancia, sale del edificio, se deleita con el frescor que lame su cuerpo desnudo y lo espabila mientras contempla la ciudad.

Ciudad, sí, no un simple poblado. Situada sobre una colina, guardadas sus calles tras una robusta muralla. Las casas de paredes rebozadas honran la

tierra sobre la que se erigen adoptando su color.

—Iltirta mía, tal vez no seas tan esplendorosa como esas urbes que, según cuentan, existen en las regiones de los romanos, los griegos o los cartagineses —barrunta en voz queda, hablándole a esa otra amante a la que llama hogar —. Y qué importa. Tienes tu propio espíritu, mucho más sincero y auténtico.

Iltirta. Qué bella. Qué suya. Siente que es parte de su alma, y que por eso debe salvaguardarla de las interferencias extranjeras.

—Vendrán y lo cambiarán todo. —Se enerva, la sola idea de que manos foráneas le arrebaten lo suyo enciende la llama de la ira—. Trastocarán tu aspecto con sus construcciones ridículamente refinadas; nos impondrán absurdas creencias, apagando las nuestras. Tarde o temprano dejaremos de ser ilergetes para convertirnos en hispanos, luego en romanos. Pervertirán la sangre de nuestra descendencia. Nos contaminarán. Ahora bien, tendrán que hacerlo sobre mi cadáver. —Es su solemne promesa.

Un grito, entonces, apenas marcada la sentencia. Un aullido horadando la oscuridad de su hogar. Indíbil regresa alarmado, el alma más helada que la piel. Y al entrar advierte que Neitín se halla incorporada sobre el tálamo, todavía entre las telas que momentos antes los han cubierto. Respira mediante jadeos, falta de aire, prisionera de la angustia. Tirita de puro espanto.

—No hay enemigos… —dice, arrastrando las palabras como si le dañaran los labios.

La rodea en un abrazo con el que otorgarle seguridad. Jamás la ha visto tan necesitada de consuelo, aunque no lo pida por orgullo.

—Explícate, esposa —le pide—. Cuéntame el motivo de la desazón que te ha arrancado del merecido descanso.

—Es lo que he escuchado en mis sueños, Indíbil. Yo paseaba por Iltirta, solo yo. No había nadie a mi alrededor. De pronto, al llegar al templo de nuestra sacerdotisa, se me apareció una loba. De sus fauces no nació un aullido, ni siquiera un gruñido. No, brotó esa sentencia. «No hay enemigos».

—Una visión…

No hay dudas por parte de ninguno de los dos.

—Si llega ahora, tan cerca de la nueva guerra, no puede ser casualidad —plantea ella; y entonces le agarra el pecho con verdadera desesperación—. Acude a la sacerdotisa. Que ella nos revele el sentido de este enigma.

Indíbil asiente, a pesar de la intranquilidad que le produce tal solución. Los Antepasados son su guía, siempre ha sido así. Pero ¿y si pretenden desvelarle algo que no le conviene? ¿Cómo actuará entonces?

Amanece. El sol tiñe de áureo el toro tallado en bronce sobre el pilón, en el patio del templo. Es el símbolo de la fertilidad entregada por la Gran Madre, a quien todo ilergete se somete para que engrandezca su familia con hijos e hijas sanos.

Pero es en el interior del recinto donde el devoto fiel a los poderes antiguos demanda cualquier don que desea para sí. Al entrar en el vestíbulo, cuyos suelos no son de mármol jaspeado, a Indíbil le nace un sobrecogimiento. Aunque no se alzan grandes estatuas de oro para recibirlo, en el aire aletean poderosas presencias. Se intuyen. Se saborean.

Pues aquel, más que cualquier otro, es el hogar de los Antepasados.

A su espalda queda el primer receptáculo. El rey alcanza la estancia principal, donde los siervos dejan caer en el pozo votivo todas las ofrendas que el caudillo ha llevado para congraciarse con los grandes poderes: cerámica bellamente decorada, algunas piezas adquiridas a un alto precio y cuyo origen es lejano, exótico; telas bordadas con gran devoción por su esposa e hijas; exvotos que le representan y que darán buena cuenta de cuán fiel es su entrega a los espíritus…

La sacerdotisa lo espera, anticipando su llegada. ¿Han hablado los dioses con ella también? Su expresión madura se muestra imperturbable. El oficio sagrado no es fácil de alcanzar, ni corto el camino que lleva a él. Las muchachas que deciden entregarse a los dioses lo hacen en cuerpo y alma, hasta el punto de renunciar a cualquier rastro de su identidad original. Solo si demuestran una entrega total alcanzan el exclusivo don de representar a los seres superiores, de vestir los atuendos religiosos: el manto carmesí, los collares ceremoniales, las tiaras, las grandes ruedas a los lados de la cabeza…

Cruzan las miradas, pero ni toda la regia voluntad de un rey basta para igualar la solemne fuerza de aquella mujer. Una seña basta para que el séquito de Indíbil los deje en soledad. Allí quedan, pues, la sacerdotisa y los esposos. El caudillo se dispone a arrodillarse, pero ella se lo impide tomándole el rostro con brusquedad, utilizando esas manos investidas de autoridad para examinar las facciones desconcertadas del rey. El mismo trato recibe, instantes después, la bella Neitín.

—Los Antepasados te han hablado a través de tu mujer. —No pregunta, afirma—. Revélame el sueño.

Una tras otra, las palabras de la esposa mudan el gesto de la sabia, la turban de preocupación. Rauda, exige a sus acolitas que traigan el cabritillo que Indíbil ha llevado consigo, el más sano y robusto ejemplar de su rebaño.

El animal se deja hacer, incluso al levantarlo sobre la mesa de ofrendas. Su mansedad resulta bien recibida. Un buen signo. ¿Bastará?

El Fuego Sagrado se aviva ante las atenciones de dos de las muchachas. Llamas saltando del pozo situado tras el altar de los sacrificios. Mesa sobre la que la misma sacerdotisa degüella a la criatura. Calmada, recitando el suave canto ceremonial, recoge la sangre en un cuenco. Una vez lleno, bebe del rojo líquido, deja que le empape los labios, el paladar, que baje por su garganta… Luego se lo ofrece al rey. Así se establece el vínculo entre los voceros, los Antepasados, su mensajero en este mundo, la sacerdotisa, y el destinatario del comunicado.

—«No hay enemigos», así lo dicen quienes nos preceden y ahora velan por nosotros —anuncia—. Nuestros antecesores, ahora inmortales, te envían un poderoso pero a la vez doloroso consejo.

—No lo entiendo —admite el caudillo—. Los cartagineses, los romanos… Llevan años hostigándonos. Si ellos no son nuestros enemigos, ¿contra quién debemos luchar?

—Tal vez contra nadie, rey Indíbil. Quizás sea hora de olvidarse de guerrear.

—Eso no puedo aceptarlo. ¡Acabarán con nuestro pueblo! ¡Convertirán en simple memoria todo lo que somos! Y los recuerdos, al igual que una hoguera, desaparecen si no se avivan.

—Acaso eso sea lo que deba depararnos el destino. Las palabras de quienes moran en las Altas Esferas no están claras, ni siquiera para mí.

Indíbil se revuelve ante tal consigna. No es lo que esperaba, y desde luego no es lo que desea. ¿Consentir la extinción de los ilergetes? ¿Arrodillarse ante cónsules y generales mientras les cede las tierras que le pertenecen como rey?

Jamás.

—Me niego. Por el lobo, el toro y la Gran Madre.

La sacerdotisa baja el rostro, cabecea decepcionada, aunque no sorprendida. Cuando levanta la faz de nuevo, sus mejillas aparecen regadas con las lágrimas de unos ojos apenados.

—Ya has decidido tu camino; nuestro camino. Nada de lo que yo diga tendrá relevancia. Así debe ser. —Esta vez su caricia sí es un gesto condescendiente: el de una madre abocada a aceptar los errores de su niño—. Eres bravo, Indíbil, pero has permitido que toda esa valentía entierre la prudencia. Quizá sí exista un rival, aunque no sea el que crees. Uno al que nunca podrás ganar.

—Dime cuál es el nombre de ese guerrero insuperable y te demostraré que sí puede ser derrotado por el rey de los ilergetes.

—Sea pues. Tu enemigo se llama Futuro.

4

Campo sedetano, semanas después

El costado derecho le arde. Se dobla hacia delante, apoyando las manos sobre los muslos mientras resuella cual jamelgo viejo forzado en exceso. Indíbil levanta la mirada a duras penas y contempla a su rival, un Mandonio malditamente risueño. Diez añadas de ventaja se lo permiten. Más joven, fuerte y con la resistencia de un mulo.

Hoy, como no deja de hacer en los últimos años, se pregunta por qué sigue entrenando con él. La respuesta cada vez le sabe más amarga: el caudillo ilergete ha alcanzado ya la vejez. Aunque no es un anciano renqueante incapaz de cargar con caetra y lanza, sus fuerzas ya no son las mismas de antaño. Forzarse junto a Mandonio le permite combatir el óxido que empieza a aposentarse en sus huesos; pues él no puede permitirse decaer como lo haría cualquier otro. Un rey debe dar ejemplo, sobre todo cuando lleva a sus hombres a la guerra.

Sobre todo cuando el enemigo es el mismo paso del tiempo que lo anquilosa. El ejército de los pueblos libres del norte del Iber ha traspasado las fronteras del campo sedetano. Sus primeras incursiones en contra de los íberos aliados de Roma que moran en aquellas tierras han resultado ser todo un éxito. Los romanos acudirán ante tal ultraje, o eso es lo que espera Indíbil. A tal fin ha reunido a treinta mil guerreros de a pie y otros cuatro millares de jinetes. Ausetanos, bergistanos, indigetes… e ilergetes.

Allí, acampados en las cercanías de Kelse, esperan. Los hombres descansan, se entretienen holgazaneando. Y entonces, alcanzado el mediodía, se produce un gran revuelo en el asentamiento. Voces, exclamaciones de aviso, arrancan a los dos hermanos de su entrenamiento. Ambos parten en busca del origen de tanto alboroto caminando entre las tiendas de lona. Y en el gentío amontonado encuentran a los batidores, recién llegados de su misión. Los caudillos Baisebilos, Ultinos y Amusico ya están siendo informados. Sus rostros revelan consternación.

—¡Las tropas romanas han sido avistadas, Indíbil! —dice el ausetano—. Se han asentado a medio día de viaje de aquí.

—¡Al fin! —estalla Mandonio, la viva imagen de la impaciencia.

El ansia es compartida. Una de sus grandes preocupaciones había sido que los romanos no mordieran el anzuelo tendido. «Esos malditos latinos son especialistas en dejar en la estacada a sus aliados», le había dicho Indíbil a su hermano días atrás. Bien que lo saben en la edetana Arse, pues años antes fue asediada por Aníbal y dejada a su suerte por los romanos. Algo así habría resultado un problema para el rey ilergete, después de señalar ante sus hombres a Roma como rival. Prolongar una lucha contra otros íberos hubiese desanimado a las tropas, que guardan la promesa de algo grandioso.

A los ejércitos suelen antecederles los mensajeros. El grupo, formado por veinte legionarios engalanados para la ocasión, es recibido con rostros hoscos y miradas encendidas de odio. Sin embargo, nadie osa alzar una mano contra ellos, así se ha ordenado. Se les permite hablar. Los jefes de las etnias escuchan.

El oficial al mando de la comitiva se presenta como Tito Salomo Longo. Dice contar con el rango de *duplicarius*. Indíbil conoce lo suficiente de la sociedad romana para saber que ese título lo ostentan soldados que, por méritos militares, se ganan una doble paga durante su servicio. También reciben dicho honor algunos veteranos de probada carrera, pero sin duda no es el caso de aquel hombre joven. De todos modos, el ilergete advierte una gran seguridad reflejada en sus ojos…

El rey deja de respirar durante un instante, roto por el desconcierto.

Aquellos orbes del color de la miel le resultan familiares, demasiado para que su corazón no brinque. «Selgiterar», pronuncia mentalmente. Y es aquel un nombre que le reporta amargura, pues nada más puede ofrecer el recuerdo de la muerte del hijo primogénito. Quizás el parecido del romano no es tan profundo como la imaginación del ilergete le hace creer, pero ahí está la sensación, que por un instante le transporta a Baecula. Frente a padre e hijo, Escipión y las espadas de sus legiones.

Una de ellas está destinada a ser la perdición de Selgiterar.

Indíbil se obliga a volver al mundo real. Parpadea para tratar de arrancar tan peligrosa evocación, aunque de pronto las palabras del sueño de Neitín retornan.

«No hay enemigos».

—Roma os saluda, hispanos —dice Salonio en la lengua de los griegos, que el caudillo conoce. Aquel tono prepotente arranca al ilergete de su ensimismamiento—. Los procónsules Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino me envían para poner fin con la palabra a vuestras hostiles maniobras en la región. Encontraréis que la República puede ser muy generosa si se lo permitís. ¿Quién de vosotros tiene potestad para negociar?

Indíbil da un paso al frente, destacándose del resto.

—Varios somos los que tenemos la autoridad, romano, pero yo he sido designado para ser voz de los pueblos aquí reunidos. Soy Indíbil, rey de los ilergetes.

El enojo aumenta al advertir el leve pero claro gesto de rechazo que el oficial dibuja en sus labios al escuchar la palabra «rey». Sin duda, él utilizaría otra: «régulo».

—Eres un hombre directo, «rey de los ilergetes». —El tono con que pronuncia aquel título está cargado de desprecio—. Sea pues, plasmaré lo que se me ha ordenado sin más preámbulos: Las tierras sedetanas están bajo nuestra protección, y por tanto no podemos permitir que sigan siendo saqueadas. Debéis marchar de inmediato. Los procónsules han decidido que, de acatar nuestras premisas, no habrá consecuencias por vuestros recientes actos, por muy salvajes que hayan sido.

La típica condescendencia romana. Arde el ánimo de Mandonio, quien tras removerse abre la boca para protestar, pues también él entiende las palabras del joven altanero. Indíbil levanta el puño. «Todavía no, hermano», le dice con la mirada, aunque siente la misma ira.

«No hay enemigos».

Claro que los hay.

—¡Qué poco ha cambiado vuestra cantinela, romano! —interviene Indíbil —. Seguís creyendo que estáis por encima del mundo. Venís y ordenáis, con ínfulas de grandeza, como si este fuera vuestro país. Tomáis según es vuestro deseo, con la pretensión de decidir el presente y el futuro de aquellos a los que consideráis inferiores.

—Por eso vosotros sois considerados bárbaros y nosotros civilizados, porque no entendéis nada. Roma es grande, y lo será más cada día que pase. Se os ofrece formar parte de ese esplendor, de beneficiaros de todos nuestros avances y riquezas. Y, tozudamente, os negáis.

—Palabras vacuas. Nuestro único deseo es permanecer tal como estamos, viviendo según nuestras costumbres. Eso es lo que nos arrebataréis si os permitimos conquistarnos. Sois una plaga.

La calma de Salonio se rompe, al fin se rompe. El rostro se le congestiona, carmesí, y la voz pausada se torna en grito.

—¡Ni un poco de seso tenéis! Cada pueblo que Roma ha atraído hacia sí se ha visto beneficiado: se ha engrandecido con nuevas artes y formas de ver la vida. Ha prosperado. Así debe ser. Los cambios son necesarios, pues lo que permanece inmutable acaba por consumirse.

—¡No si lo cortamos antes!

La espada ilergete vuela al son del alarido. Busca carne odiada, y la de Salonio está allí para recibir la sentencia. La puñalada en el vientre se desliza suave, ligera cual caricia. El rey aprieta, muestra los dientes, retuerce la expresión de su cara, arrugando la nariz y el entrecejo, marcando líneas de ira en la piel.

Y, al extraer el hierro, llevándose más sangre consigo, conecta su mirada con la del joven oficial. De nuevo vuelve la imagen de Selgiterar, pero esta vez Indíbil rellena la incipiente debilidad, el remordimiento, con ese odio que supura.

—¡Somos emisarios, por Júpiter Optimo Máximo! —exclama uno de los legionarios, la respiración acelerada por el terror de lo que se le avecina—. ¡Las reglas de la guerra nos protegen!

—Las reglas han cambiado —sentencia Indíbil.

A su señal, Mandonio y el resto de guerreros íberos aprietan los dedos en torno a las lanzas.

5

Observa al gigante con el horror del que contempla el inmisericorde veredicto de Marte.

La fortuna les ha dado la espalda. Volvían de sus tareas de aprovisionamiento cuando aquella partida de sucios hispanos los interceptó; espíritus nacidos de la tierra para caer sobre ellos con la muerte cabalgando de su lado.

No hay batalla, no puede haberla. Son pocos y han sido sorprendidos. No están preparados. El resultado nunca podrá ser otro que aquel que el destino aproxima a sus labios.

El legionario sabe que no verá otro amanecer.

La lanza del titán desciende, presta a arrebatarle cuanto es. Debería pensar en esposa e hijos, pero en su cabeza solo hay espacio para una verdad: todo se acaba para él.

El último día de su vida termina cuando el acero le atraviesa la garganta.

6

Desclava la punta de su lanza y observa al cadáver casi decapitado esperando encontrar alguna satisfacción. Nada. La victoria es tan insulsa que a Mandonio en modo alguno le alboroza. Un pequeño grupo de forrajeadores romanos no es suficiente premio para calmar su ímpetu.

Así que cuando se escuchan las trompetas de las *turmae* que, desde los puestos avanzados enemigos, acuden al ya tardío rescate de los suyos, el ilergete sonríe. Sí, habrá más gloria ese día. Se alegra de haber convencido a su hermano para unirse al grupo de exploradores. Estaba harto de permanecer en el campamento sin hacer nada.

—¡Cabalguemos en su busca! —ordena.

Los jinetes asienten, desatado el frenesí guerrero. Sus monturas relinchan, como si el instinto les anunciara lo que está por acontecer. Y se lanzan hacia delante. Fijas las miradas en el enemigo, que a su vez se dirige hacia ellos con el arrojo del que recibe una gran afrenta. Ambas cabalgadas se vuelven más rápidas a cada instante. Los cascos de los caballos hacen saltar la tierra y la hierba de los ondulantes campos sedetanos, elevando el polvo, la tensión y la promesa de la lucha sin cuartel.

Mandonio marcha al frente, ligeramente destacado, capitaneando la carga. Las entrañas se le revuelven por la excitación. De pronto le parece que galopa él solo, que no existe nadie más en el mundo aparte de esos adversarios a los que trata de llegar con desespero. Grita. Aúlla. Una exclamación sin sentido, un estallido de rabia justo antes del choque.

Cuando el primer rival recibe el golpe de su lanza, el ardor llega al punto culminante. Mandonio aguijonea la coraza del *equite* que le enfrenta con un movimiento de atrás hacia delante que perfora la armadura del legionario. De este modo, logra atenuar la inercia de su cabalgada para liberar con más facilidad la lanza al hacer retroceder de nuevo el brazo. Sabe que un impacto directo, con el brazo estático, le haría caer de su montura.

El entrechocar es poderoso, pero se desvanece pronto. Los grupos se frenan el uno al otro, el combate se vuelve estático, un caótico cara a cara en el que ir sobre un jamelgo solo otorga ya la ventaja de la altura contra los que han perdido su bestia. Y así, una vez sin ímpetu, la contienda se estanca. E incluso Mandonio, tan visceral, entiende que la proximidad de los puestos romanos permitirá que otros *equites* se presenten y decanten la batalla.

Y si algo no está dispuesto a llevarle a su hermano es una derrota.

7

Los íberos se mueven de nuevo. Indíbil y los caudillos así lo han acordado. Gracias a Mandonio, conocen la posición del asentamiento romano, así que es la hora de las armas. Las tropas de ausetanos, ilergetes, bergistanos e indigetes marchan, decididos a afrontar el destino que han elegido.

El momento de la gran batalla está cerca.

Y cuando se detienen casi pueden oler al enemigo. Diez estadios los separan de las legiones. Los latinos acudirán, no les cabe ninguna duda, pues muchas han sido las provocaciones durante la última semana.

Así que forman para el combate. Ardua fue la discusión acerca de las posiciones que cada etnia debía ocupar, aunque prevaleció la veteranía de Indíbil. Ahora se sitúan tal cual este ha dispuesto: los ausetanos en el centro, por ser los más numerosos; bergistanos e indigetes, a la izquierda. Para los suyos ha elegido el lugar de honor, la diestra. En la retaguardia, a pesar de las iniciales protestas de los otros jefes, se coloca la caballería. El rey ha visto y luchado en muchas batallas; conoce el modo de actuar de los romanos, y por ello ha ideado una estrategia: entre ambas alas del ejército y el centro, ordena dejar sendos espacios, anchos.

Amusico fue el primero en alabar su sagacidad.

—Una gran idea. Esos espacios permitirán que la caballería cargue cuando sea adecuado a nuestros intereses.

—Así es —asintió el rey ilergete—. Mientras tanto, permanecerán ocultos, lo que hará que los romanos se confíen.

La espera no se prolonga. Cuatro legiones llegan poco después, con su clásica formación en tres líneas: *hastati* al frente, *principes* en la segunda, los veteranos *triarii* en la retaguardia, la caballería a los costados. Cada fila se divide en treinta manípulos de más de cien hombres. Los estandartes se dejan

ver, despuntando hacia arriba los mástiles ornamentados con discos y otras decoraciones. El más importante de todos, el que representa a la legión en conjunto, es el águila, confiada al primer manípulo de los triarios.

—Reconozco que su puesta en escena es impresionante —asiente Mandonio, poniendo voz al sentir del resto de íberos.

Se inicia así la tensa espera, aquella lucha que antecede a la verdadera. Un combate de voluntades para poner a prueba los nervios del rival. De pronto, al observar al enemigo, Indíbil advierte lo inesperado. ¡Las tropas romanas se mueven, se agitan, se posicionan de nuevo! Ponen en juego una vez más su famosa disciplina, reordenándose, demostrando flexibilidad de movimientos y adaptación. Pero ¿cuál es su intención? El caudillo rey lo comprende poco después. ¡Esos malditos romanos les han copiado la estrategia! Ahora, entre cada una de las cuatro legiones, advierte espacios similares a los dispuestos por Indíbil y los suyos.

—¡Están locos estos romanos! —exclama Mandonio—. ¿Pretenden imitarnos, cuando todos sabemos que su caballería es inferior en poder de ataque?

El rey asiente. Por una vez, su hermano argumenta con acierto.

—Sería descortés rechazar semejante invitación, ¿verdad? —ríe el cabecilla—. Vayamos, pues.

Y levanta su lanza. La punta corta el aire, señala al cielo, desde donde los Antepasados observan. Mirada que baña aquel instante, a aquellos hombres, a aquel rey.

—¡Adelante!

8

Avanzan. Los hispanos avanzan. Entre consignas gritadas al viento. Entre proclamas provocadoras, brutales, salvajes. Promesas de muerte.

Lucio Cornelio Léntulo observa la gran masa enemiga. Es como un mosaico, un lienzo hecho de retales multicolor. Es caos, indisciplina, la plaga de toda civilización.

Se acercan. Lenta, inexorablemente.

Léntulo traga saliva. Es un veterano, curtido en muchas batallas en una Hispania todavía por civilizar. Uno de los pocos experimentados en aquel ejército repleto de muchachos. Y a pesar de ello, ante la inminencia de la

lucha, sigue sintiendo la mordedura de los nervios. Entiende que así debe ser, pues le hace sentir vivo.

Y para seguir viviendo, va a tener que matar una vez más.

Las tubas romanas suenan. Los centuriones dan el aviso, las legiones empiezan a moverse en respuesta a la marea rival. Desde la retaguardia, el procónsul observa con satisfacción la ordenada marcha de sus manípulos y los de su igual, Lucio Manlio. Al unísono, se mueven, cual cuerpo indivisible. Un paso, luego otro. Los clavos de las *caligae* marcan el suelo con un ritmo en apariencia monótono.

La distancia con los hispanos se reduce. Es la hora de los *velites*. Advierte desde su posición los cascos con forma de cabeza de lobo de los hostigadores, que se adelantan presurosos entre las líneas. Preparan sus *pila*, descargan la primera andanada. El enjambre de avispas desciende cual lluvia de rayos descargada por el mismísimo Júpiter Máximo. Pero los hispanos son duros, es de justicia reconocerlo. Resisten tras los escudos, la mayoría al menos. Y su cercanía es tal que los *velites* al fin deben retroceder, después de dos salvas.

Se refugian tras los *hastati*, quienes los sustituyen para afrontar el momento crítico, aquel que puede inclinar la balanza de un combate. El instante del choque, del contacto.

¿Resistirán los asteros?

Sí, por supuesto que lo soportan. El golpe es feroz, pero ellos son recios, jóvenes con la sangre ardiente y ganas de agradar. Ahora bien, la fortaleza de los hispanos, su contundencia y agresividad, les frena. La duodécima legión, instalada a la izquierda, se resiente más que ninguna. ¿A quién enfrentan? ¿Cuál de aquellos pueblos hispanos carga con tanta rabia y vigor?

Ah, sí. Quiénes si no. Los ilergetes de Indíbil.

—Avisad a Servio Cornelio, mi tribuno —le ordena Léntulo a uno de sus auxiliares—. Es hora de que envíe la caballería que comanda. Y que la Decimotercera en la reserva se dirija a la izquierda para reforzar a la Decimosegunda.

El asistente cabecea, pero, antes de marcharse, el procónsul posa la mano en su hombro y lo mira a los ojos.

—Quiero la cabeza de ese régulo insensato antes de que acabe la batalla.

9

Los romanos no pueden con la fuerza de los ilergetes. Tratan de seguir avanzando. Las Kneas posteriores empujan a sus compañeros delanteros con los escudos, pero es en vano.

Ceden terreno.

Indíbil desearía estar allí, en primera línea, compartiendo el riesgo y la gloria. Su lugar, sin embargo, está con la caballería, lo suficientemente retrasado para observar la batalla. Advierte desde la distancia cómo los ausetanos permanecen estancados contra la legión que enfrentan. Se suceden las muertes, se amontonan los cadáveres, pero ningún bando cobra ventaja en esa zona. El ala izquierda, la de los bergistanos y los indigetes, parece pasar mayores apuros, aunque aguantan en su posición. Será suficiente, pues los ilergetes, aunque poco a poco, van hendiendo, resquebrajando la línea de asteros romanos. ¡Sí! Pronto romperán la formación enemiga y así podrán envolver las legiones y atacar por el costado.

Entonces le parece que el viento cambia. Lo percibe como algo cortante. Nota que sus cabellos y la túnica se mueven mecidos desde otra dirección. Levanta la cabeza, sondea el cielo y ve las nubes cubriendo el sol. Y las palabras de la sacerdotisa acuden de nuevo a su mente.

«Tu enemigo se llama Futuro».

Le llega el aviso de Mandonio, quien a su lado señala hacia el frente de los ilergetes. ¡Algo ocurre! ¡De nuevo se mueven los romanos! Tropas de refresco acuden en apoyo de quienes perdían ímpetu. Una de las legiones en reserva.

Y así, con una simple decisión, cambia el curso del combate. Los ilergetes se ven de pronto superados. Dos legiones son demasiadas, incluso para guerreros cargados de decisión y fuerza. Empiezan a caer, a recular. A ser aniquilados.

Pero Indíbil no se da por vencido, todavía no. Al advertir la superioridad romana adquirida en el lado derecho se le enciende el ánimo. ¿Dejará a los suyos a merced del azar? ¡No! ¡Jamás!

—Es la hora, Mandonio. Nuestra hora.

Su hermano asiente y, pletórico de ánimo, berrea una consigna que despierta del letargo a los jinetes.

—¡Cargad!

Se lanzan hacia delante, bañados de fragor, de rabia. Buscan los pasillos que han dejado entre las alas, los que les permitirán alcanzar al enemigo,

atacarle desde una posición cómoda. E Indíbil bulle como el que más mientras azuza al caballo. En su cabeza, en su corazón, una sola idea.

Derrotar al futuro.

El destino teje planes en contra de la voluntad de los hombres que se le oponen.

Porque antes de que la carga íbera cobre impulso, los ojos de Indíbil le traen una visión descorazonadora. La caballería romana también se ha lanzado al ataque, aprovechando sus propios espacios. Son más rápidos, están más cerca y han reaccionado con mayor celeridad. De ese modo, alcanzan las líneas de infantería mucho antes que los jinetes íberos.

El resultado es una masacre. Los guerreros de a pie caen uno tras otro, la formación se desordena y se impone la locura. Y más aún. Los *equites* bloquean los espacios por donde había de cargar Indíbil. Un doble golpe que jamás imaginó posible.

¿Qué hacer? Solo una cosa.

Y no es rendirse.

10

—¡Nuestro es el triunfo, amigo Lucio! —exclama Manlio a su compañero procónsul.

Léntulo asiente. Sí, así parece. Los hispanos pierden garra a cada suspiro. Las *turmae* de caballería están causando terribles estragos en sus líneas de infantes. Y los jinetes íberos, que con tanta vanagloria se han tenido siempre por superiores, se ven obstaculizados, sin posibilidad de cargar hacia la contienda. Entiende el buen ánimo de Manlio, que había pasado toda la batalla en la delantera, codo con codo junto a los legionarios, arengando a los hombres, reorganizando la situación cuando así era requerido. Ahora respira más calmado. Todos lo hacen.

La victoria está cerca.

O tal vez no. Contra todo pronóstico, arrancando asombro en el gesto de Léntulo, los hispanos vuelven a plantar con fuerza sus pies y a combatir con ahínco. Obligan a los *hastati* a recular, a ceder su posición a los *principes*, lo cual es toda una hazaña teniendo en cuenta la situación. ¿Qué ocurre? ¿Por

qué ese nuevo estallido de voluntad cuando ya debían de sentirse perdidos, derrotados?

Sus ojos, repletos de pasmo, lo ven. La caballería hispana aún tiene algo que decir. Han descabalgado, convirtiéndose en infantería, arremetiendo desde atrás y colocándose delante de la castigada línea de vanguardia. Ahora ellos han tomado el relevo, y están frescos, arden con el ímpetu del recién llegado a la batalla.

Un crudo pulso de poder. En eso se ha tornado el combate. Las estrategias ya no sirven.

Las armas, la carne y la voluntad decidirán el resultado final.

11

Durante un tiempo indefinido, pues así transcurren los instantes en plena batalla, Indíbil se permite que la vaga esperanza tome consistencia y sea algo más que un sueño.

En un primer suspiro, tras unirse a la refriega, la caballería desmontada hace dudar a los legionarios, tan firmes hasta entonces. El muro de escudos se parte ante la decisiva carga a pie de Indíbil y las tropas de refuerzo. Barren a sus enemigos agotados. Los abaten mediante la lanza y la espada, los abruman. La sangre de Iberia bulle, se desborda, se convierte en torrente y arrasa con todo cual riada imparable.

Cruel es el destino, y más agrio se habría de mostrar con Indíbil, pues nada dura para siempre. La solidez de los romanos les permite hacer frente a la impetuosidad de los ilergetes, mantener la posición, salvar el mal trago inicial… y responder.

La lucha se encarniza. No quedan órdenes que dar o estrategias que plantear. Hombre contra hombre, así se lucha. Indíbil clava su lanza contra uno de los *principes* que le planta cara. La fuerza del impacto le hace temblar el brazo. Le atraviesa la cota de malla, pero al tratar de recuperar el arma se le queda trabada en las anillas de la armadura rival. En su desplome, el legionario consigue una pequeña victoria al privarle de su principal medio de combate.

La espada sale de la vaina. Recta y bien afilada. Ancha. Robusta. Forjada especialmente para él, compañera inseparable desde que recibiera la hombría, tantos años atrás. Ha vivido las mismas victorias y derrotas que su dueño. Es,

de algún modo, parte de su alma. Y así, blandiéndola con orgullo, taja hacia el costado del siguiente legionario. Logra tomarlo por sorpresa; oscila el hierro, arriba y a un lado, y le corta el cuello mientras el soldado se entretiene con otro de los guerreros ilergetes. La sangre le salpica la cara.

Se defiende con el escudo. Responde con astucia y contundencia. No existe más que el siguiente espadazo, la próxima defensa. Un instante más de vida.

Pero ya no es un muchacho. Acaba con varios enemigos, muchos, los suficientes para salvar el orgullo. Se muestra como la amenaza que es, y logra con ello arredrar a más de un contrincante. Hasta que el brazo se resiente, el aire le falla, las piernas le tiemblan. Renquea, vacila. Una mano le aferra el tobillo: un romano que está más muerto que vivo le hace trastabillar.

Apenas si siente el hierro abriéndole la carne del hombro izquierdo. Deja caer el escudo, no puede sujetarlo con el brazo herido. Sin embargo, alcanza a rehacerse lo bastante para cortar de cuajo la mano del legionario que todavía le toma el pie. Y, en una explosión de frenesí, lanzando al tiempo un grito para vencer a la debilidad, adelanta la espada y traspasa al individuo que le ha herido.

Hora de pagar los excesos. Cae de rodillas, pero ante tal deshonra trata de incorporarse. Logra apoyar una pierna, aunque sus fuerzas son tan escasas que le resulta imposible levantarse por completo. Y sin la *caetra*, indefenso, nada puede hacer para evitar lo inapelable.

El impacto lo lanza hacia atrás. Da con la espalda en el fango encharcado de sangre. Lo nota entonces, el *pilum* atravesándolo de parte a parte, a la altura de las tripas. El dolor brota, zarcillos de agonía extendiéndose por todo su cuerpo. Aprieta los dientes en un fútil intento de resistir semejante tortura.

«El rey ha caído», escucha que alguien grita. Sus hermanos ilergetes le rodean, protectores, como si con ello pudieran salvarle la vida, ya condenada por aquel venablo letal. Una jabalina que, empieza a comprenderlo, no ha partido de la mano de un romano en realidad, sino del destino.

—¡Aguanta, hermano! ¡Te sacaremos de aquí!

Apenas atiende a lo que dice Mandonio. De repente se siente libre de todo miedo. Incluso la ira que le llenaba ha perdido su significado. Piensa en Iltirta, se le dibuja la imagen de su amada esposa, y aparece el rostro de la sacerdotisa.

—Tenías razón, señora —balbucea, mientras la visión se le ofusca—. El mañana no puede ser derrotado.

—¡Hermano!

—Vete, Mandonio. Nada de esto… tiene ya sentido… Nunca lo tuvo. Ahora lo veo. Ahora… advierto que los romanos tenían razón… Solo… solo soy un régulo…

Inspira aire por última vez. Se deja ir, con un único deseo antes de caer en la oscuridad eterna. Una petición a los Antepasados, a la Gran Madre.

«Que el futuro guarde una canción para Indíbil, el ilergete».

Epílogo

Iltirta, un tiempo después

Han pasado semanas y todavía le carcome el alma. Dejar atrás a su propia sangre, permitir que los romanos humillen el cadáver de Indíbil… Tendría que haber sido incinerado con honores, y enterradas sus cenizas en lugar preferente en la necrópolis de IItirta, como corresponde a los grandes reyes.

Y, en lugar de eso, Mandonio huyó. Por su vida, la misma que ahora se le antoja tan amarga. Al menos su hermano murió con la dignidad del guerrero, por mucho que ahora tantos le insulten, le acusen de traer los males sobre las tierras de los ilergetes. ¡Malnacidos! ¡Con gusto los estrangularía a todos con sus propias manos! Pusilánimes, cobardes traicioneros…

Trece mil compatriotas murieron aquel día. Millares de hermanos caídos para nada, pues ahora ese maldito consejo íbero, acobardado, habla de rendición, de entregar las armas. Ya han enviado emisarios. ¿Y qué pedirán los romanos? Lo de siempre: rehenes, plata, grano y quién sabe qué más.

Y, por supuesto, culpables que ajusticiar. Ejemplos con los que atemorizar a cualquier rebelde. Cabezas que cortar. La suya será la más demandada. Sin embargo, no piensa huir. Ya no más. Que vengan. No será un ratón que acaba agonizando en una miserable trampa. Los recibirá con la cabeza alta y la espada desenvainada.

Un golpe en la puerta. Mandonio sonríe. Están aquí. Al menos, no debe preocuparse por su esposa y sus hijas. Las ha enviado lejos, no serán esclavas de algún noble romano, violadas o castigadas en modo alguno.

—Pasad. Está abierto —dice, mientras balancea el acero desnudo.

«Voy contigo, hermano».

El sótano del avaro judío

Manuel Sánchez-Sevilla

He de escribir sin parar, sin descanso, sin pensar en mañana, es la penitencia encomendada desde el más allá. El altísimo, en su infinita misericordia, me ha trazado el camino para purgar mis pecados y así ser recompensado con mi mayor anhelo: tu regreso. No tengo tiempo que perder.

Sé que todo lo que me rodea es diferente desde que no estás, desde el día que desapareciste, desde que oigo tu voz pero no te encuentro por ningún sitio. Sé que todo es un castigo de Yahvé por ser tan avaricioso, por no respetar el más mínimo código ético y practicar la usura despojando de bienes y techo a todos los que no pudieran pagarme, sin importar las consecuencias, sin el más mínimo atisbo de humanidad, sin una pizca de compasión. ¡Maldito sea mil veces por mis actos! Pero no puedo divagar tanto, he de relatar lo ocurrido, sin omisión alguna. Es el mandato.

He buscado bajo el último ladrillo, he derribado todos los muros, he vaciado hasta el último saco y levantado hasta la más ínfima loza del suelo, pero no he hallado rastro alguno de ti… Aun así, sigo escuchando tu voz preñada de lamento desde aquella aciaga jornada en la que todo ocurrió.

El día era gris, con el cielo plomizo y amenazante, como si todos los mares del paraíso fueran a descargar sobre la ciudad califal. El frío calaba hasta los huesos, pero eso no hacía que en mi interior el fuego ardiente de la avaricia se atemperara ni un ápice. El día había sido provechoso, y la saca enorme en la que almacenaba los pagos de los infelices que habían requerido mis servicios no paraba de engordar. Aquellos pobres desgraciados a los que la necesidad hacía obviar la fama de implacable y desalmado que me perseguía, incluso entre mis propios colegas prestamistas, no paraban de llegar a mi casa para pagar los tributos convenidos.

—Señor —gimoteó una mujer entrada en años y carnes antes de dar el plazo acordado—, tenga piedad. Si le entrego todo el dinero, mis hijos no

tendrán para comer, no podré encender lumbre para calentarlos, ni tan siquiera tendré ropas que ponerles.

La mujer se postraba ante mí, como si de un dios viviente me tratara, buscando mi clemencia, demandando mi indulgencia, pero al mismo tiempo en su rostro podía ver el desprecio que mi persona le producía.

—¡Está bien! ¡Está bien! Así no conseguiré el perdón divino, ya lo sé, ¡pero es la verdad! Borraré esto último, el señor de los judíos tiene que quedar complacido.

—¡No hay aplazamiento, dame todo el dinero y no me hagas perder más el tiempo! —Mi rostro, endurecido como las piedras del antiguo puente romano de Córdoba, no dejaba entrever la más mínima compasión—. Además, ya harás lo que tengas que hacer para llevar pan a tus hijos; y si queréis calentaros, dormid uno junto al otro, eso mitigará el frío. ¿Vestirlos? Ya apañarás algún harapo, no te apures.

—Mis hijos están muertos de hambre, quedé viuda hace mucho y no tenemos más sustento que el poco dinero que gano limpiando ropas en la ribera, pero no es suficiente para pagar y poder comer —se lamentó la pobre mujer, intentando levantar un mínimo de lo que yo parecía carecer: misericordia.

—Pues tú no pareces estar muy desnutrida. —Sonreí maliciosamente. Su rostro y todo su cuerpo rebosaban carnes que la ancha vestimenta no podían ocultarme.

—He tenido seis hijos, señor…

—¡No quiero excusas…! No me importan tus problemas, yo tengo los míos propios…

Choqué las palmas de mis manos para llamar a Ator, un forzudo negro que me servía de jefe de esbirros, muy útiles para cobrar a los que no querían pagar y perfectos para sacar a la calle a los que se resistían a abandonar sus casas.

—¡Echa a esta mentirosa de mi casa! Ah, y no vayas a fallar en el próximo plazo, ¡de lo contrario, atente a las consecuencias!

Las últimas horas de la tarde eran las más desagradables; en ellas, los que no podían cumplir los plazos aparecían lloriqueando y suspirando con mucha pena, pidiendo más tiempo o nuevas condiciones para realizar los pagos y no perder sus bienes. Aquel día iba a ser especialmente provechoso, los vecinos de la vivienda colindante no iban a satisfacer el préstamo por el cual habían puesto su casa como garantía, y yo lo sabía. No veía la hora en la que mi odiado vecino Fernando de Guzmán apareciera por el zaguán de mi casa sin

más pecunia que los sollozos y su buen nombre como garantía. Bien sabía aquel engreído que la Ley era igual para cristianos, musulmanes o judíos, y aquella misma tarde su casa pasaría a mi poder, por mucho que se arrastrara. Pero a fe que disfruté con aquel momento, como hacía mucho que no gozaba de mi trabajo. El cristiano se lo tenía merecido. ¡Ya lo sé…! Perdóneme, Señor, no volveré a pecar. Debo centrarme en el relato y no dejarme llevar por impulsos del pasado.

—¡Fernando de Guzmán! —gritó Ator el nombre del siguiente deudor, con una voz tan ronca que hasta el más valiente de los mortales se hubiera hecho sus necesidades encima. Un hombre, ataviado con un magnífico sombrero y abrigado con ropa de buen vellón de oveja, entró en el patio donde yo le aguardaba junto con mis libros de cuentas y la sonrisa maliciosa del que ya sabe el desarrollo y el final de aquella historia.

—Querido vecino, esperaba impaciente tu visita… —La hipocresía nunca había sido mi fuerte, pero quién sabía si aquel petulante había conseguido el dinero de alguna manera. La virtud del prestamista es no dar nada por supuesto y estar preparado para cualquier imprevisto.

—Déjate de falsas lisonjas, judío, y vamos al grano. —No me hacía falta oír nada más. Fernando no había conseguido el montante estipulado—. Necesito más tiempo para conseguir el dinero.

—Bien sabes que te lo daría si pudiera. —Aquella decisión me correspondía a mí, por supuesto, pero no veía nada malo en regodearme un poco en mi victoria y en su decadencia—. Pero el contrato me ata. ¿Qué dirían mis otros clientes cuando se enteraran de que te he prorrogado el plazo? —En mi rostro apareció una sonrisa triunfante—. ¿Crees acaso que no se agolparían frente a mi casa pidiendo ellos idéntico trato?

—¡Malditos seáis tú y tu casta…! Yo no soy un cualquiera, mi familia es tan antigua como la catedral. Más aún, los primeros Guzmán llegaron a estas tierras con el rey Santo para reconquistar esta tierra de infieles. —Aquel insolente pensaba que con un nombre ilustre se podían pagar las deudas, pero que el cristiano enarbolara el gallardete familiar era otra de las dulces venganzas que estaba degustando en aquel momento. Aún podía recordar las trabas que mi vecino había puesto a que un judío, por muy rico que fuera, instalara su residencia junto a su casa, fuera de la judería, que, aunque no estaba prohibido, sí era poco usual por la protección que los judíos buscamos entre los de nuestra religión. Yo tenía tantos deudores en los altos mandatarios que no temía a nada, y menos a nadie.

—Querido vecino —hice una pausa para que el silencio hiciera albergar alguna esperanza al musulmán y al mismo tiempo acallar tantas sandeces—, me temo que no va a ser posible aplazar nuestro trato, así que deberás abandonar la casa en menos de una semana. —Abrí mis manos en señal de que aquella conversación se había acabado, a lo que Fernando respondió con un gesto lleno de odio y un ruido semejante al gruñido de un perro rabioso a punto de atacar.

—¡Eres un puerco que se revuelca en la mierda de los demás con fruición! —El perro rabioso estaba atacando, pero aquel can ladraba en exceso sin acercarse a morder mi mano. No podía—. ¡Algún día el Todopoderoso, o alguien con menos escrúpulos que tú, acabará contigo!

—Fernando, deja de graznar y márchate. —La calma que transmitía enojaba más aún al seguidor de Cristo.

—¡Perro infiel…! —Fernando de Guzmán hizo ademán de atacarme, pero de la nada apareció Ator para atenazarlo—. ¡Dile a tu esbirro que me quite las manos de encima!

—Ator, acompaña a este hombre a la puerta. —Bajé la mirada, volviendo a concentrarme en mis documentos y, sin levantar la vista, reiteré el plazo de entrega de la casa—. Recuerda, en una semana quiero las llaves de tu morada, ni un solo día más. —Las amenazas de arder en el infierno y el origen de mi familia fueron mitigándose a medida que los gritos de mi vecino se iban alejando del patio. Tardé un buen rato en borrar la sonrisa socarrona de mi tez.

No atendí a muchos más clientes hasta que el ocaso anunció el final de la jornada. Todos los que habían llegado a mi morada tras el cristiano tenían los mismos problemas con el pago, pero ninguno de sus lamentos me había producido tanto placer como los gimoteos de mi vecino. Incluso comenzó a rondarme la cabeza tirar la tapia que servía de linde para nuestras casas, agrandar la vivienda y el enorme sótano en forma de laberinto que utilizaba para poner a buen recaudo las monedas de oro, joyas y diferentes bienes que había recibido como pago durante toda mi vida de prestamista.

Cuando todo estuvo tranquilo y los números en orden, te hice venir de tus aposentos. Tú, la rosa que colmaba mi existencia, el único recuerdo que me había dejado tu madre, la hija que tanto deseé y a la que amo más que a mi propia vida. Mi espalda ya cansada por el paso de los años se resentía con aquel clima poco apropiado para los huesos. Necesitaba la fuerza de tu juventud y la confianza plena en la única persona en quien la merece, sangre de mi propia sangre. Aún recuerdo tus profundos ojos negros, resaltados por

el maquillaje que siempre te gustaba usar. Tus ropas sencillas no podían ocultar un cuerpo esculpido por la mejor escultora, la naturaleza. ¿Acaso fue ella quien te reclamó por ser una de sus obras maestras?

¡Oh, Dios mío, voy a volverme completamente loco! Debo seguir relatando lo acontecido y no divagar en conjeturas que no me llevan a ningún lugar, salvo a uno sombrío y lúgubre donde solo conseguiría perder el poco de cordura que aún conservo. Tengo que seguir contando mi historia para con ello ser perdonado. No tengo tiempo que perder, todo quedará saldado y el asiento contable del Todopoderoso ajustado. Entonces te devolverá junto a mí. ¡Sigamos escribiendo! Aunque la luz de las velas se mitigue, garabatearé con la luz del corazón. Todo para sentirte de nuevo junto a mí.

—¡Padre! ¿Me ha hecho llamar? —Tu rostro angelical sonreía, servicial como siempre, presto a cualquier ayuda que pudieras proporcionar.

—Si de mí dependiera, estaría todo el día solicitando tu presencia, hija mía. —No lo decía por decir, siempre anhelaba tenerte conmigo.

—Padre, no diga tonterías, usted siempre está muy ocupado con sus negocios y recibiendo visitas.

—No son tonterías… ¿Está la cena lista?

—Sí, padre, Esther estaba esperando su orden para terminar el caldo caliente y servir la mesa.

¡Ah, la pobre Esther! Fiel sirvienta. Ha perdido toda razón y solo deambula por la casa llamando a su pequeña, como si de su propia hija se tratara y no hubiera sido una simple ama de cría.

—Bien, pues lleva este saco de dinero donde los otros y no te demores. Tengo hambre.

Aquella vez fue la última que te vi. Bajaste al sótano lleno de revueltas y pasillos, digno del mismísimo Minotauro, pero que tú, mi preciosa gacela, conocías tan bien como yo mismo. ¡Ay, qué equivocado estaba!

Me aseé con parsimonia y cambié mi ropa de diario por otra más cómoda. Cuando llegué hasta la sala que nos servía de comedor, Esther ya estaba apartando del caldero aquel humeante brebaje que podía reconfortar a un muerto solo con el olor que desprendía. Esperé un rato tu regreso, luego un poco más, hasta que mi enojo por la demora me hizo levantarme de la mesa e ir al sótano. Al entrar observé cómo los hachones que siempre encendíamos para iluminar el laberinto estaban apagados, aunque aún desprendían un delgado hilo de humo, como si una ráfaga de aire los hubiera extinguido no hacía tanto. Grité tu nombre, pero no obtuve contestación. Encendí una lamparilla de aceite y entré en el sótano. Volví a desgañitarme llamándote,

pero no obtuve contestación, hasta que por fin respondiste a mi llamada, aunque tu voz sonaba tenue, como mitigada por una distancia infinita, como si tus palabras vinieran del más allá, tanto que hasta se me erizó la piel y un nudo se apropió de mi garganta.

Recorrí cada estancia, cada pasillo y cada recodo de todo el laberinto, y no hallé más que el mismo vacío que ahora ocupa mi corazón. Pero oía tu voz llamándome con la palabra más bonita que jamás nadie me dijo: «¡Padre!».

Angustiado y desesperado, salí de aquel lugar gritando como un poseso. Ator y Esther acudieron de inmediato ante mis gemidos llenos de una tristeza y un miedo que aún hoy siguen saliendo de mi boca en las noches de pesadilla en las que vienes a visitarme para después volver a dejarme solo y desamparado. ¡No puedo demorarme más, he de concluir la historia para que regreses cuanto antes junto a mí!

Tras volver a recorrer palmo a palmo todo el sótano, acompañado de todos los sirvientes que pude reunir y también ellos oír tu voz lastimera, no tuve otra idea que ir a casa de nuestro vecino Fernando de Guzmán. El ser humano, en los momentos de desesperanza, es capaz de luchar contra un jabalí enfurecido, traicionar a un hermano o arrastrarse como una serpiente demandando ayuda al mismo que se la había negado unas horas antes. Por increíble que parezca, no se rio de mí, ni me miró con desprecio regodeándose de mi desgracia; solo asintió y con dos de sus hijos vino a la casa y ayudó a buscarte. Hasta la cucaracha más inmunda se sorprende del corazón de algunas personas en momentos de extremo dolor.

—Te ayudaremos a buscar a tu hija. —La voz de Fernando sonó queda, como si todo el odio que había sentido hacia mí, de repente, se hubiera convertido en lástima; como si supiera que ni con todo el dinero del mundo podía aplacar mi pena; como si en aquel momento solo fuera un padre compadeciendo a otro padre—. Esa pobre chica no tiene culpa del corazón tan negro que tiene su padre —sentenció mi vecino.

—¡Gracias…! Sabré recompensarte por tu ayuda. —Fernando ni se dignó mirarme. Se limitó a llamar a sus dos vástagos y a encaminarse hacia nuestra casa, provistos de lámparas de aceite para no perderse también ellos en la oscuridad del sótano.

Durante días usamos picos, palas, mazos y toda herramienta que pudimos poner en nuestras manos y que creíamos más eficaz para demoler ladrillos, echar abajo paredes o levantar suelos, pero todo fue inútil. Mi cabeza iba a estallar. Oía tus lamentos por todos los rincones del sótano maldito, impotente ante tus demandas de auxilio. Todos escuchaban tu voz, pero solo yo

empezaba a sentir tu ausencia. Angustiado, y sin saber dónde acudir, di parte de tu desaparición a las autoridades, pregoné a los cuatro vientos recompensas y dádivas para quien lograra encontrarte, pero todo ha sido inútil. He ido en contra de mi fe realizando ritos paganos en el laberinto. He blasfemado renegando del Dios de mis antepasados para después caer de rodillas implorando perdón a Yahvé, pero este ha hecho oídos sordos a mis plegarias, castigándome por mi maldad y volviendo la cara a una de sus ovejas negras.

He intentado redimirme realizando buenas obras, devolviendo parte de las riquezas que he ido amasando durante todos estos años, y aun así todo es en vano. La casa añora tu risa alegre y todos cuantos te conocían lloran tu desaparición. Pero yo sé que volverás cuando haya terminado de escribir esta historia, cuando todos sepan lo ruin y desalmado que he sido, cuando Dios todopoderoso vea que mi arrepentimiento es sincero y vuelva a aceptarme entre los suyos, como si nunca me hubiera descarriado.

He dejado morir de hambre a familias por quedarme con todo lo que tenían. He extorsionado, mandado asesinar, falseado testimonios y un sinfín de actos deleznables para que mi riqueza aumentara sin cesar. Confieso que tu madre no soportaba mi actitud y pese a ello continué sin prestar atención a sus súplicas, hasta que del sufrimiento y la pena de ver en qué tipo de hombre me había convertido su cuerpo decidió dejar de sufrir. Y ahora mi castigo mayor: tú. ¡Qué ciego y sordo he estado todo este tiempo!

Tal vez no sea suficiente escribir lo que ocurrió, quizás el Señor necesite más, una prueba más convincente de mi redención, si es posible. Podría volver a escribirlo todo pero usando mi propia sangre como tinta. ¡Sí, eso voy a hacer, será más representativo. Cortaré mis venas con una daga y mojaré el cálamo en mi propia sangre!

—¿Eres tú, amor mío? ¡No desesperes! ¡Pronto estaremos de nuevo juntos. Ya falta poco, solo debo empezar de nuevo y trazar lindas letras con tinta sangrienta! ¿Por dónde empiezo? ¡Ah, sí, ya recuerdo!

He buscado bajo el último ladrillo, he derribado todos los muros, he vaciado hasta el último saco y levantado hasta la más ínfima loza del suelo, pero no he hallado rastro alguno de ti…

La sombra de nadie

Mado Martínez

La noche de las bestias trajo una luna radiante. El brillo de su espada desafió a las estrellas. Limpió la sangre con ahínco. Había matado a un buen manojo de almas aquel día. A veces, los rostros retorcidos por el dolor le perseguían en alguna pesadilla, pero la mayor parte del tiempo disfrutaba ensartando a los enemigos. Era matar o morir, ¿y quién elegiría morir? La vida ya era bastante corta como para andar desperdiciándola antes de tiempo. Dos días más tarde, bajo el influjo de un sol poderoso, estaba en el puerto, embarcando sus anhelos en una travesía demasiado larga. A las pocas semanas, la tripulación al completo había muerto de disentería. Era la epidemia de los barcos y las guerras. Él mismo había visto en las contiendas bélicas caer a más gente a causa de aquella enfermedad que por la guerra en sí. Todo indicaba que aquello iba a ser el fin. Ni Nuevo Mundo, ni nueva vida, ni nueva nada. ¿Y él? ¿Por qué no había muerto como los otros? Tal vez Dios así lo había querido, pero, con la nave a la deriva, sus expectativas de sobrevivir no eran muchas. A veces manejaba el timón, como si supiera a dónde iba. Todavía quedaban provisiones en la bodega, así que siguió comiendo y bebiendo como si fuera a vivir para siempre, aunque de sobra sabía él que acabaría siendo carne para las ratas. A pesar de todo, albergaba la remota esperanza de arribar a tierra, aunque diera a parar con sus huesos en territorio de infieles mahometanos dispuestos a clavar su cabeza en estandarte. Por lo menos tendría la oportunidad de luchar contra ellos, blandir su espada, defenderse, ¡matarlos a todos! Él, que siempre había sido invencible. ¡Él, que siempre había sobrevivido, no podía matar las olas con su espada! ¡No podía luchar contra la soledad de aquel barco, ni asestarle estoques al viento! Estaba furioso.

Los días pasaban sin que ningún ave surcase el cielo. Solo Dios sabía lo que había en el fondo del mar, aunque estuvo tentado de tirarse y

comprobarlo por sí mismo por si era capaz de atrapar un pez que llevarse a la boca con sus propias manos. Se le ocurrieron más locuras que hubo de ir desechando, una tras otra, al tiempo que las provisiones iban mermando. Aprovechaba las tormentas para almacenar agua de lluvia, pero sabía que llegaría un día en el que las nubes desplegarían toda su cólera, las olas se crecerían como muros azotadas por el viento y el agua se tragaría el barco entre vaivenes de furia y estruendo. Mientras ese día llegaba, solo podía hacer una cosa: seguir viviendo. Uno no podía preocuparse por nada más, ni terna sentido perder la calma por cosas que la espada no podía resolver. Pronto dejó de contar las jornadas. ¿Cuánto tiempo llevaba navegando? No lo sabía. ¿En qué zona estaría? Imposible averiguarlo. Solo supo que, un buen día, la niebla borró el cielo y entró en un banco de brumas tan denso que apenas podía acertar a verse la propia mano si la alargaba. Si le hubieran dicho que el tiempo que le quedaba de vida lo iba pasar respirando aquellos grises de niebla se habría ahorcado en aquel preciso instante, pero aquella terrible mañana, la niebla trajo algo más: una voz que emergía de las cavidades del barco, una voz de mujer, que dijo:

—Tengo frío.

¿Quién había dicho eso? Le había parecido oírlo, pero tal vez estaba soñando. Miró alrededor. Apenas un par de metros más allá, una figura humana parecía emerger de entre las tinieblas. Se frotó los ojos concienzudamente y volvió a concentrar su mirada en aquella sombra de nadie. Por primera vez en su vida sintió miedo de algo muy extraño: sintió miedo de lo imposible.

—¿Quién anda ahí? —gritó al viento.

—De pequeña me llamaban Malinali. Luego me llamaron Marina. Después me apodaron «La Lengua». Muchos se referían a mí como la Malintzín, y Bernal Díaz del Castillo me decía «La Malinche» —respondió la voz, pausadamente.

Todavía no podía dar crédito a lo que estaba viendo, o a lo que no estaba viendo, imaginando, ¿delirando? Cogió una botella de ron que había a su lado y se incorporó más firmemente sobre los sacos contra los que se había apoyado buscando respaldo al sentarse sobre cubierto. Tenía una voz hermosa, una voz de mujer. Se acarició levemente la entrepierna. ¿Qué más daba si era una fantasía?

—¿Tú también me quieres violar? —preguntó ella, como si le hubiera leído el pensamiento—. De pequeña me violaron muchas veces. Llegué a pensar que no podría tener hijos, por los desgarros, pero sí los tuve. La

primera vez que un hombre me penetró me hizo tanto daño que perdí el conocimiento por unos instantes. A mi lado estaban forzando a otra, una niña de ocho años. El primero se sintió muy feliz al ver la sangre derramándose por los muslos de la pequeña. El muchacho le dio muchas bofetadas y puñetazos, hasta dejarla inconsciente. Después ella se despertó con una mueca de dolor, para volver a perder el conocimiento. Cuando le llegó el turno al segundo, sintió asco, por la mezcla de sangre y semen que había dejado el otro. El tercero no eran tan remilgado, así la limpió un poco con un trapo y aprovechó su turno. La niña ya estaba muerta cuando se derramó.

Él se puso de pie y trató de acercarse a ella.

—No lo intentes, español —le frenó.

—No me tengas miedo —trató de tranquilizarla. Era verdad, no pretendía hacerle daño, aunque no entendía muy bien por qué.

—No, yo no tengo miedo, porque estoy muerta. No me puedes hacer nada. El que tiene miedo eres tú. Al final, lo que os pasa a los hombres es que tenéis miedo de las mujeres. Por eso me mató Hernán Cortés.

—¿El conquistador? —preguntó él afilando las orejas.

—El canalla. Otro más. Me dieron como esclava al cacique de Tabasco, y aunque aprendí el maya, nunca olvidé mi lengua madre verdadera, el náhuatl. Más tarde me dieron junto a otras diecinueve muchachas, oro y mantas a ese enano extremeño al que llamas conquistador, pero como sabía más de un idioma, tuve algún privilegio y comí mejor de lo que comían las otras esclavas. Luego de meterme en su cama y utilizarme para sus propósitos de guerra, me quitó al hijo que le concebí y me obligó a casarme con el hidalgo Juan Jaramillo. No sé quién de los dos era más tonto, porque feos, los vi más feos, pero tontos, no conocí a más tontos que ellos.

Volvió a pegarle un trago a la botella de ron. Tal vez estuviera teniendo un sueño, o había comido algo descompuesto y le quedaban pocas horas de vida. Probablemente se había vuelto loco de soledad después de tantos días aislado de todo y de todos. Siempre había sido parco en palabras y, desde luego, jamás había sentido el menor interés por escuchar a nadie, y menos a una ramera, pero el cuento que le estaba contando era agradable, porque su voz era hermosa y fina, tan fina como delgados debía de tener los labios. Trató de imaginársela. Se acercó a ella, pero cada vez que daba un paso, la sombra se alejaba un poco más.

—No te vayas —se encontró suplicando.

No hubo respuesta, y su silencio le pareció más insoportable que la idea de morir. Necesitaba volver a escuchar aquella voz.

—Háblame. ¿Por qué te mató Cortés?

—Por el juicio que se levantó contra él. Tenía miedo de que declarase en su contra, aunque todos dirán que morí de viruela, claro. Ni si quiera le han puesto un nombre a mi tumba. Quieren borrarme de la memoria. Los hombres siempre tienen miedo de las mujeres. Eso es lo que pasa. El rey no lo sabía, porque él le escribía en las cartas lo que quería y se echaba todas las flores, pero yo fui quien lideró la revuelta indígena, más que nada, porque los de Moctezuma me habían sometido a toda suerte de vejaciones y trabajos en las condiciones más duras, y en verdad, debo confesarlo, se la tenía jurada. Al final van a tener razón los hombres en tenernos miedo a las mujeres, porque si yo hubiera querido, el que habría caído habría sido Cortés, que bastantes oportunidades se me presentaron. Al final… —Se detuvo.

Hubo una pausa larga.

—¿Al final qué? —preguntó él, ansioso por volver a oír aquella voz.

—Al final una tiene que sobrevivir como sea, incluso a la muerte. —Hubo otra pausa—. Me tengo que ir —reanudó.

—¡No, por favor! ¡No me dejes solo! —le rogó.

Podía enfrentarse a cualquier cosa, menos al silencio y la soledad, porque si existía alguna muerte, tenía que ser aquello, la nada más absoluta.

—No te preocupes, no te vas a morir todavía, aunque algún día lo harás, y créeme que el terror será el mismo que sientes ahora, porque todos nos morimos de la misma manera: solos, por mucho que te cojan de la mano. Adiós.

—¡No! —lloró él.

—No te inquietes, que al otro lado de la niebla está eso que tanto ansiáis los hombres, un paraíso lleno de mujeres, minas de oro y tesoros a rebosar de hervores de poder.

—¿Te vas para siempre? —inquirió, todavía incrédulo ante la expectativa de estar llegando a tierra, seguro de que estaba hablando con los fantasmas de su mente.

—Si llego a saber que la muerte era esto, me hubiera dejado morir la primera vez que un hombre entró en mí. Se está mejor aquí que en la vida siendo mujer. Sí, me voy para siempre, o tal vez no. No lo sé. Todavía soy nueva en la muerte.

La niebla se fue diluyendo sin prisa, lentamente, llevándose a rastras todo el velo del duelo, y la cola de lo que parecía ser el vestido de aquella figura hecha de nada con voz de mujer. El sol fue conquistando su sitio, y, poco a poco, el cielo recobró su alegría azulada. Caminó por cubierta sin apenas

poder creer lo que estaba viendo en el horizonte: tierra. Corrió en dirección al bote, tropezó con la botella de ron y dio de bruces contra el suelo, volvió a ponerse en pie, ¿era cierto que aquello era tierra, que estaba vivo y que no era objeto de espejismos y brujerías?

Ya en el bote, remando como si le fuera la vida en ello, ¡y es que le iba la vida en ello!, quiso olvidar la voz que le había llevado hasta allí, pero no pudo. Cuando llegó a tierra firme se sintió ajeno en su propio pie. Era extraño caminar así, sin el vaivén del océano. Las olas se le habían quedado clavadas en lo más profundo de su alma, y aunque iba por la vida sintiéndose más coral que otra cosa, pudo salir adelante. Sin embargo, jamás pudo desprenderse del aroma a sal marina. El Nuevo Mundo le acogió con brazos cálidos. Allí conoció a muchas mujeres, pero ninguna tenía el timbre de aquella voz que él buscaba. Las había más y menos guapas, algunas que incluso tenían el aspecto de una diosa, pero el templo de sus cuerpos se le aparecía demasiado humano, aunque a veces se sorprendía a sí mismo, totalmente ensimismado, mirando sus sombras en el suelo, o reflejadas en alguna pared. Con el tiempo logró averiguar dónde estaba enterrada doña Marina, la difunta esposa de Juan Jaramillo, y su aventura en el Nuevo Mundo fue durante muchos meses la hazaña de un hombre en busca de una fosa, que no se atrevió a destapar cuando la encontró a pesar de que soñaba con ver qué rostro habría tenido aquella mujer. Depositó un abanico de plumas blancas en su lugar, porque le habían dicho que Malinali significaba en la lengua de aquella india precisamente eso: abanico de plumas blancas. Después volvió a sus asuntos, pensó en cómo podría prosperar allí, y lo hizo, con más dificultades que otra cosa. Se casó con una india a la que habían bautizado como Isabel, a quien quiso lo justo y de la que nunca se llegó a fiar del todo, porque bien había aprendido él en la niebla que a las mujeres había que temerlas, y con razón. Y, un día de niebla cerrada y densa, sucedió algo que lo cambió todo. Su esposa dio a luz a una niña.

Era la primera vez que cogía en brazos a una criatura. Ella era alguien que le pertenecía de verdad, y no como un esclavo. Aquella niña era suya, solo suya y de nadie más. Pero ¿cómo la protegería del mundo?

—Malinali, bonita, eres una Malinali… —le decía acariciándole los mofletes tiernos al bebé—, pero nadie puede saber que eres una Malinali… Yo te protegeré.

Salió a la calle y les dijo a todos que había tenido un hijo. Su mujer atribuyó aquel gesto al hecho de no haber tenido un primogénito varón. Trató de sacarlo de su empeño, convencerle de que abandonara aquella idea de travestir a la niña. Tendrían otros hijos varones, y él al fin podría dejar nombre, apellido y heredero.

—Tú no lo entiendes, Isabel.

No, no lo entendía, y él tampoco tenía intención de darle ninguna explicación. Fue el padre de un apuesto hijo para todos los que le conocieron y hasta que la muerte fue a buscarle, aunque ese día no iba a morir solo, como le había dicho la sombra del barco. Llevaba enfermo varias semanas y sabía que las fiebres le estaban ganando la partida. No le importó, en realidad, había vivido unos buenos años de más, porque él fue el único que había sobrevivido en el mar. La vista se le nublaba por momentos, inundando la estancia de sombras.

—¿Sientes el helor?

Reconoció aquella voz al instante.

—Sí, lo siento —le respondió él—. Ahora entiendo por qué tenías tanto frío. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte. Bien habrías podido morir solo como un gusano, pero has protegido a la pequeña, y es como si hubieras protegido a la niña que fui. ¿Qué quieres que te diga? A veces algún español me cae bien y todo.

—¿Entonces es verdad que me estoy muriendo? —preguntó agonizando, mientras su hija le observaba, sentada en una silla junto a su cama, sin entender a dónde se dirigía aquella mirada perdida a los pies del lecho, ni con quién hablaba su padre.

—Sí, ya estás casi muerto.

—¿Qué le pasará a ella? —Señaló a su hija, el apuesto muchacho.

—Creo que saldrá adelante.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

—¿Para morir? —le preguntó la voz.

—Sí.

—Nada. Ya estás muerto.

—¿Ya? Pero si hace un instante todavía estaba vivo. —Se extrañó.

—Así de fácil es. ¿A que no te ha dolido?

—No —convino—. ¿Y ahora qué?

—Bueno, te voy a ser sincera, tal vez te encuentres con algunos de los que mataste. Yo me encuentro con Moctezuma casi todos los días. Es horrible,

aunque él también tiene aquí sus cargos y sus deudas; pero por lo demás, se está mucho mejor en este lugar que en la vida. Vamos. —Le tendió la mano.

La tomó de lo que parecía ser una mano, aunque más bien era como un haz de luz, y se fue con ella, mecido por su voz, guiado por aquella sombra de nadie.

La Tempestad

Carla Montero
(cortesía de Círculo de Lectores)

Me senté en el banco y me recosté contra una de las paredes de la Galería de la Academia de Venecia. Se acercaba la hora de cierre del museo y el silencio con ella. Pegué la lengua al paladar como queriendo saborear ese preciado momento de intimidad con los cuadros. Y cerré los ojos. Sobre la pantalla negra de mis párpados aún podía contemplarlo. *La Tempestad*, de Giorgione.

Era una pintura tan hermosa como inquietante. Al fondo, la tempestad: nebulosa oscura y amenazante, surcada de rayos. Después, una ciudad solitaria, casi devorada por la maleza, y unas ruinas intrigantes entre árboles sacudidos por el vendaval. Por último, en el plano más cercano al espectador, una escena casi bucólica, cuyos personajes parecen ajenos al drama que transcurre a sus espaldas: una mujer amamanta plácidamente a un bebé junto a un río mientras un hombre los contempla a cierta distancia.

Mucho se ha escrito y discutido para tratar de buscar un significado a aquel cuadro: ¿el mito de París y Enone? Tal vez el de Dionisos… Para algunos podría tratarse de Adán y Eva. Para otros, de la Virgen María. La realidad es que su significado sigue siendo un misterio. ¿Qué había querido pintar Giorgio da Castelfranco en aquel lienzo?

Abrí los ojos para encontrarme de nuevo cara a cara con *La Tempestad*, como si el cuadro fuera a susurrarme solo a mí su secreto ahora que la sala estaba vacía. Sin embargo, únicamente me devolvió una imagen estanca y silenciosa. Contemplándolo tenía la sensación de estar a punto de escuchar el rayo restallando entre las nubes, o el viento agitando las hojas, o el murmullo de las aguas del río al fluir…, pero ni un solo secreto. Tan solo la belleza de un instante.

Giorgio pensó que la primavera había llegado con demasiado ímpetu a Castelfranco. Tan solo estaban a finales de marzo y los bosques ya se mostraban frondosos, las flores brotaban entre las hierbas altas de las praderas y la brisa arrastraba copos blancos de polen como una ventisca fuera de tiempo. La luz era magnífica, como la luz casi mediterránea que recordaba de la campiña florentina, sin embargo, aquellas temperaturas inusualmente altas no eran nada buenas para sus frescos. El revoco, o la capa de cal y arena sobre la que habría de aplicar los pigmentos, secaría con demasiada rapidez, de modo que se vería obligado a pintar superficies más pequeñas y aumentarían las *giornatas*, las jornadas de trabajo que habría de dedicar al fresco de Agostino di Montebeluna.

El conde di Montebeluna era uno de los hombres más adinerados de la comarca. Había hecho fortuna comerciando con productos de la India: sedas, esencias y especias. Poseía un palacete a orillas del Gran Canal en Venecia y una villa en Castelfranco, la magnífica Villa Chiara. Agostino di Montebeluna era además un amante del arte. Cuando mandó llamar a Giorgio para encargarle la ejecución de los frescos de la galería porticada de la Villa Chiara, el maestro quedó entusiasmado. Si triunfaba con aquel trabajo, a buen seguro le surgirían otros muchos, incluso puede que tal vez el rico aristócrata se convirtiera en su mecenas.

La pintura al fresco sobre muro era una técnica compleja. Un reto al que no todos los artistas se atrevían a enfrentarse. Los pigmentos se aplicaban sin aglutinante, directamente sobre el revoco aún húmedo, de modo que era la cal viva la que fijaba los colores, pero una vez seco no había posibilidad de rectificar; cualquier error solo podía subsanarse empezando desde el principio, picando y enluciendo de nuevo la pared. No obstante, para Giorgio el fresco era una técnica vigorosa y duradera que aportaba unos colores vivos, ricos en tonos y en texturas. Por eso él aceptaba ese tipo de encargos.

Sus ayudantes ya habían concluido los trabajos preparatorios del muro. Habían aplicado todas las capas de enfoscado y habían alisado la superficie hasta dejarla suave como la seda. Mientras, él había preparado los pigmentos, usando sus recetas secretas, esas que daban una tonalidad iónica a los colores de sus obras. Por último, los días previos había dibujado la sinopia sobre la pared enlucida, calcando el boceto de la composición con polvos de tierra roja.

Giorgio había dormido mal aquella noche. Había llegado el momento de aplicar la pintura y no había podido dejar de pensar en el dibujo y los colores, en la forma en que llevaría la luz a las escenas tal y como él la veía en su

cabeza. Mucho antes de que el alba clareara el cielo, había abandonado el lecho, se había aseado, había rezado sus oraciones y, para no tener que interrumpir el trabajo con un almuerzo, había mordisqueado una torta de pan y dado un par de sorbos a un poco de leche con miel. Cuando salió de casa aún había estrellas en el firmamento y el relente de la noche le saludó con un abrazo frío, pero unas delgadas nubes rosáceas sobre el horizonte presagiaban un día de sol y calor.

Llegó caminando hasta Villa Chiara. Salvo por la presencia de algún criado que acarreaba leña o baldes de agua, la casa parecía aún dormida. Se dirigió a la galería pensando con satisfacción que no podía haber lugar mejor para sus frescos. Se trataba de un espacio suntuoso de techos abovedados y suelos de mármol, de paredes decoradas con frisos, ménsulas y hornacinas de gran riqueza ornamental, con amplios ventanales que miraban al jardín por los que la luz se colaba a chorros, si bien a aquellas horas de la madrugada se hallaba sumida en sombras. O casi… A Giorgio le había parecido ver una luz vacilante al fondo aunque se había desvanecido de repente, lo que le hizo pensar que solo se trataba de un reflejo caprichoso. Encendió una lámpara de aceite y la dejó sobre la mesa de mezclar pigmentos. Para cuando amaneciese quería tenerlo todo preparado y no demorar la tarea. Mientras se ajustaba el viejo sayo de trabajo manchado de pintura, escuchó un crujido alto y claro en aquella sala diáfana.

—¿Quién va? —Su voz enérgica retumbó en las paredes. Instintivamente agarró la vara de pintar.

Una sombra salió de entre los andamios. Giorgio ofreció la vara amenazante. Sin embargo, al percatarse en la media luz de su fragilidad a pesar del porte majestuoso con el que le observaba sin reparo, sus músculos se destensaron.

—¿Quién sois vos? —preguntó en un tono más pausado.

—La condesa di Montebeluna.

Aquella voz femenina con cierto aire de arrogancia dejó a Giorgio helado. ¡Había amenazado con una vara a la condesa! Aquel podría ser el fin de su trabajo para la casa de Montebeluna.

—Ruego me disculpéis, mi señora. —Se mostró azorado, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto—. Oí ruidos y pensé que podría tratarse de maleantes.

La mujer avanzó unos pasos hasta ponerse a la luz del candil. En su rostro se dibujó una sonrisa, una extraña sonrisa que desasosegó a Giorgio con su aire de melancolía. Entonces, a la mente del joven maestro acudieron todos

los rumores que había escuchado de la condesa di Montebeluna: rumores sobre su belleza legendaria y su existencia desdichada. Aquella visión tan próxima, tanto que podría tocarla con solo alargar el brazo, se le antojó como la encarnación de un mito.

Como la joven permanecía en silencio, Giorgio se dedicó a observarla. Daba la impresión de haber abandonado el lecho de forma precipitada. Vestía tan solo el camisón largo y una gruesa capa de damasco burdeos cuyos bordes se plegaban caprichosamente sobre el suelo de mármol, dejando apenas asomar la punta de sus pies desnudos. El cabello suelto le caía sobre los hombros y unos rizos dorados enmarcaban un rostro trazado con proporción áurea, en el que unos enormes ojos negros rodeados de largas pestañas se convirtieron inmediatamente en los más bellos que Giorgio había contemplado jamás. El tono y la textura de su piel eran perfectos salvo en la parte superior de su pómulo derecho, que aparecía hinchada y amoratada.

Pasado un tiempo indeterminado durante el que Giorgio tuvo la sensación de estar siendo también sometido al juicio de aquella dama, la condesa habló:

—En realidad, sois vos el que habréis de disculparme a mí por haberos alarmado. Lo cierto es que yo no debería estar aquí. Solo he pasado a admirar las pinturas… Ahora debo marcharme —anunció, cerrándose la capa sobre su generoso escote.

La joven se encaminó hacia la salida. De repente, Giorgio sintió el impulso de impedir que saliera, como si se tratase de un sueño del que no quisiera despertar.

—Son solo bocetos —soltó casi a voces sin meditar sus palabras.

Ella se detuvo y se volvió hacia él. Le miró con el ceño fruncido, intrigada tanto por su ímpetu como por el sentido de sus palabras.

—Quiero… quiero decir que… que aunque son solo bocetos, me gustaría saber qué os han parecido…

La condesa di Montebeluna se volvió hacia los murales blancos de cal trazados de líneas rojizas con dibujos.

—Son muy hermosos… —contestó sin vacilar—. El maestro es sin duda un artista de gran talento.

Giorgio sonrió. Era evidente que la condesa le había tomado por un aprendiz.

—Vuestras palabras me halagan, mi señora —se apresuró a enmendar el error.

Ella le miró sorprendida.

—¿Vos sois el maestro? Sois joven para serlo… —replicó con dignidad, como si el problema no estuviera en su propia confusión sino en la juventud de Giorgio.

—A vuestro servicio, mi señora. Y con vuestro permiso, me tomaré esa observación como un elogio.

—Debéis hacerlo. Lo es —afirmó con aire distraído sin quitar la vista del mural—. ¿Y qué representan vuestras pinturas, maestro Giorgio Barbarelli?

Aquella pregunta brotando de los labios de aquella mujer, su nombre en su voz, le hizo sentirse absurdamente dichoso.

—Son las grandes historias de amor de la mitología griega. —Mientras se desplazaba por la estancia, Giorgio le fue mostrando a la condesa los cinco paneles en los que había dividido la pared, en tanto enunciaba su tema con ademanes cercanos a la teatralidad—. Venus y Adonis. Apolo y Dafne. Cupido y Psique. Orfeo y Eurídice. Zeus y Dánae.

Ella se tomó su tiempo en observar con detenimiento los dibujos; panel tras panel, silueta tras silueta de aquellas escenas en blanco y tierra. Giorgio se tomó su tiempo en observarla a ella.

—¿Por qué Eurídice no tiene rostro? —fue su peculiar veredicto.

—Aún no he sido capaz de captar la esencia del rostro de Eurídice. Veréis… Esta escena es muy compleja. Ha de transmitir un fuerte dramatismo que se concentra esencialmente en la expresión de la ninfa, quien ante los ojos de su impotente esposo se ve de nuevo succionada por el Inframundo, arrastrada hacia la morada de los muertos. Como artista, plasmar el misterio, la gracia y la sensualidad del rostro femenino me causa tanto placer como desvelo.

Giorgio fue gratificado con la mirada de admiración de la condesa. En aquel momento, un rayo de sol de amanecer se coló por la ventana para bruñir las mejillas de la joven. El maestro hubiera deseado poder detener el tiempo en aquel instante de luz y belleza sublimes.

—Ahora sí debo marcharme —quebró ella la magia como si el sol la hubiera despertado de un encantamiento.

Con la premura de quien huye de algo, la condesa abandonó la galería y en su precipitada carrera casi choca con Tiziano Vecellio, que llegaba en ese momento.

—¿Quién era esa dama en atolondrada huida? —le interrogó su ayudante y amigo con un guiño de picardía.

—Contén tus audaces pensamientos, Tiziano. La dama era la señora di Montebeluna.

—¿Lo que dices es cierto? ¡Caray! Va a resultar que la misteriosa dama existe y no es solo un cuento de comadres. Pocos la han visto. Dicen que el conde es extremadamente celoso de su belleza y su juventud y la mantiene encerrada, lejos de las miradas ajenas. También dicen que ejerce con demasiada frecuencia su derecho a corregirla con el uso de la fuerza; parece ser que se siente frustrado porque ella no le da hijos.

Giorgio notó que su humor se agriaba por momentos y que una ira sorda y repentina se apoderaba de él.

—Ese vejestorio apenas puede mantenerse erguido, dudo que posea el vigor necesario para erguir lo que se precisa cuando uno desea procrear. Francamente, no creo que sea culpa de ella —argumentó con desprecio—. Ahora, pongámonos al trabajo. Por hoy ya he perdido más tiempo del que puedo permitirme.

La pintura ayudó a Giorgio a mantener la cabeza fría y despejada de ideas perturbadoras. Mientras aplicaba los pigmentos con la precisión de un cirujano, ningún otro pensamiento ocupaba su mente. Sin embargo, según se poma el sol y la falta de luz ponía fin forzoso a la jornada, comprobó que su pulso vacilaba y se sorprendió mirando con inusual frecuencia hacia la entrada de la galería.

Transcurrieron tres días con sus noches, tres albas y tres ocasos, sin que la condesa di Montebeluna volviera a aparecer por la galería. Giorgio empezó a pensar que tal vez fuera cierto que su existencia no era real, que quizá solo se trataba de un fantasma, de un sueño, de una leyenda. Entretanto, las escenas que antes fueron bocetos iban tomando vida con el color, con las luces y las sombras que brotaban de los pinceles del maestro. Y Eurídice seguía sin rostro.

Giorgio alargaba la jornada hasta quedarse solo y sin luz en aquel lugar húmedo y frío que olía a cal y a pintura. Con la mirada puesta en la puerta, recogía los aparejos ya recogidos, limpiaba los pinceles ya limpios, molía los pigmentos ya molidos. Con la mirada siempre puesta en la puerta… Y en el rostro ausente de Eurídice.

—¿Aún no habéis pintado el rostro de la ninfa, Giorgio Barbarelli?

Aquellas palabras le sobresaltaron. Pero la voz que las había pronunciado le acarició el corazón. No sabía por dónde había entrado ni cómo había aparecido junto a él, pero así son las criaturas de leyenda: llegan con la brisa o con un parpadeo, con conjuros musitados en voz baja.

—Aún no, mi señora. Llevo días invocando sin éxito la inspiración. —Giorgio bajó el tono para añadir—: Aunque intuyo que las musas han tenido a bien escucharme por fin.

Como si el maestro hablase en un lenguaje desconocido para ella, la condesa ignoró sus palabras. De nuevo se acercó a los murales, tanto que parecía desear penetrar en ellos, formar parte de sus escenas.

—Compruebo que lleváis muy avanzado el trabajo.

—¿Y os complace lo que veis?

Por fin la condesa le regaló una sonrisa y aquella sonrisa tensó cada una de las fibras de su espíritu como se tensan las cuerdas de un laúd bien afinado.

—Me complace… mucho.

Giorgio se colocó tímidamente junto a ella. Frente a la imagen de Dánae envuelta en lluvia de oro. Sin apartar la mirada del fresco, y con un susurro propio de grandes confesiones, le dijo:

—Me alegra oíros hablar así. Como no habíais vuelto por aquí temí haberos ofendido o disgustado con mi obra…

—No sois vos ni vuestra obra lo que me ofende —aseguró la condesa con tristeza en la voz y la mirada.

Al tenerla tan cerca, Giorgio se percató de las señales violentas en su rostro. Recordó las palabras de Tiziano y sintió que la cólera le hacía hervir la sangre. Al borde de reventar de la impotencia, apretó los puños para no perder la compostura. Sin embargo, de algún modo creyó que ella le mostraba sus heridas esperando algún tipo de reacción por su parte.

—Os ruego disculpéis mi atrevimiento, pero esas… marcas en vuestro rostro… ¿Os encontráis bien?

El semblante de la dama se ensombreció y Giorgio se maldijo por su imprudencia. Sin mediar palabra se separó de él, mas, para alivio del maestro, no desapareció, sino que se dirigió a la mesa donde se preparaban los pigmentos y pareció abstraerse en su contemplación. Los pigmentos recién molidos, dispuestos en montoncitos con extrema pulcritud, formaban una espectacular paleta de colores brillantes a la luz de la lámpara de aceite.

—¿Aquí es donde preparáis vuestras pinturas?

—Así es.

Giorgio se situó a la espalda de la condesa.

—Negro marfil —nombró mientras iba mostrando con la mano—. Se consigue a partir de marfil calcinado. Tierra verde, también llamado malaquita, pues proviene de ese mineral. Blanco de San Giovanni. Azul de Ultramar…

—Qué hermoso —murmuró ella.

El maestro le acercó el plato de cerámica que contenía el pigmento y la animó a rozar el polvo azul con la punta de los dedos.

Sobre su piel la luz pareció resucitar el color en cientos de matices brillantes, como un pequeño cosmos, un universo de estrellas centelleando en sus yemas. La condesa permaneció muda de la emoción, ondeando los dedos para jugar con los brillos y la luz.

—Es lapislázuli, una piedra semipreciosa procedente de Persia.

—Es maravilloso… Brilla cual polvo de oro.

—Algunos lo llaman oro azul…

La dama volvió a pasar la vista por la mesa.

—¿Y este de color rojo?

—Es ocre. Pero haréis mejor en no tocarlo, puede irritaros la piel.

Según pronunciaba aquella advertencia, a Giorgio se le ocurrió algo. Cogió un pequeño frasco de vidrio, lo destapó y dejó caer unas gotas de su contenido en la palma de la mano de la joven.

—¿Qué es este ungüento? —quiso saber ella palpando el líquido untuoso.

—Es el jugo de las hojas de una planta llamada Aloe. La suelo usar para practicar veladuras en el óleo. Lo aprendí del maestro da Vinci de Florencia. ¿Me permitís, mi señora?

Aunque confusa acerca de la naturaleza del permiso que le era solicitado, la condesa asintió con prevención.

Giorgio se mojó los dedos en el extracto de Aloe y lo aplicó cuidadosamente sobre los pómulos y los labios magullados y lacerados de la dama. Ella se mostró sobresaltada al principio, pero al notar el frescor del ungüento en la piel, cerró los ojos y se dejó hacer con alivio. Cuando cesó el masaje, volvió a abrirlos. El maestro la contemplaba en silencio, de un modo que no tardó en incomodarla. Sin pensarlo demasiado, se volvió hacia la mesa y cogió el mazo de moler entre las manos. Comenzó a frotarlo contra la losa de granito y la estancia se llenó con el roce de piedras.

Giorgio tampoco lo pensó demasiado, simplemente obedeció a un poderoso deseo que hubiera calificado de audaz en caso de racionalizarlo. Atrapó las manos de la condesa entre las suyas y el mazo e imprimió a la operación el movimiento circular correcto. Aunque parecía tensa, la dama no opuso la más mínima resistencia.

—Debéis proceder de este modo. Con breves movimientos circulares…

Giorgio hubiera prolongado aquella peculiar danza durante toda la noche mientras sentía las manos suaves de la condesa bajo las suyas, observaba la

blancura de su escote ascender y descender al ritmo de su respiración y aspiraba el dulce aroma de su piel.

—No os podéis imaginar cuánto me complacería pintaros —murmuró impulsivamente a su oído ante la silueta perfecta de su perfil.

La danza se detuvo. Ella le miró y Giorgio se sintió en la necesidad de explicarse.

—Si accedierais a prestarle vuestro rostro a Eurídice… Vuestra belleza engrandecería a la ninfa.

La condesa se deshizo del abrazo del maestro.

—Lo que pretendéis es del todo imposible. Mi esposo jamás lo consentiría.

—Yo podría hablar con él —se ofreció Giorgio con emoción mal contenida. Pero ella amainó su pasión interrumpiéndole con brusquedad.

—¡Por Dios os ruego que ni siquiera oséis insinuárselo!

—Pero…

—¡No! Os lo ruego con la esperanza de no tener que ordenároslo —concluyó con una mirada severa que devolvió a Giorgio a su sitio, tras una barrera que nunca debió haber traspasado.

Con una respetuosa inclinación de cabeza, mostró su sumisión.

—Como deseéis, mi señora.

La condesa esperó a que Giorgio levantara el rostro y la mirada. Cuando lo hizo le sonrió, regalándole su sonrisa de reconciliación durante unos segundos antes de marcharse.

Giorgio permaneció inmóvil, paladeando con un placer cercano al éxtasis la dulzura de aquella sonrisa, pensando en que hay barreras que se diluyen fácilmente al igual que sus pigmentos en el agua.

Encaramado al andamio, Giorgio mojó la punta del pincel en ocre rojo y se dispuso a aplicar una sombra al voluptuoso cuerpo de Dánae. Estaba tan concentrado que tardó en percatarse de que los sonidos del trajín a su alrededor se habían ido apagando: ya no se oía el roce del mortero, ni las paletas removiendo la cal con su borboteo viscoso; tampoco el chirriar metálico de las poleas o las tonadillas que silbaba Tiziano mientras laboraba. Poco a poco el silencio había tomado la galería de Villa Chiara y, en un momento dado, Giorgio interrumpió su trabajo.

—¡Os exijo una explicación a esto, maestro Barbarelli!

La condesa di Montebeluna le observaba desde el suelo con el rostro enrojecido y contraído en una mueca de furia. Junto al mural de Orfeo y Eurídice señalaba a la ninfa con mano temblorosa.

—Salid, por favor. Tomaos un descanso —solicitó Giorgio a sus ayudantes y aprendices.

—¡No! —le contradijo ella—. ¡Que sean testigos de vuestra afrenta y vuestra insolencia!

Haciendo caso omiso de la ira irracional de la condesa, el maestro confirmó su petición con un gesto y la galería se fue vaciando de gente hasta quedar solos Giorgio y la señora di Montebeluna.

Giorgio descendió del andamio y mientras se limpiaba las manos de pintura se acercó a la condesa. De cerca percibió las arrugas que fruncían su ceño y sus labios y la sombra que oscurecía sus ojos. Mas no sintió temor, ni siquiera arrepentimiento, tan solo placer por volver a contemplarla.

—¡Os rogué expresamente que no me usarais como modelo! ¡Y vos habéis ignorado mis ruegos deliberadamente! ¿Cómo osáis pintar mi rostro en contra de mi voluntad?

Con la misma calma con la que había procedido en todo momento, se dirigió en tono manso y suave a la condesa:

—Os pido disculpas, mi señora, no era mi intención contravenir vuestros deseos. Pero no he podido evitarlo: vuestro rostro es lo único que ocupa mis pensamientos día y noche. No habéis posado para mí y sin embargo de mis pinceles no podía salir otra cosa.

La joven quedó desarmada, sin palabras ante aquel alegato. Su ira se tornó en desesperación, y su furia, en llanto.

—No sois consciente de hasta qué punto me habéis condenado al infierno como a Eurídice…

—¡Haré lo que deseéis! —afirmó Giorgio con pasión ante la aflicción de la joven—. ¡Derribaré el muro de este fresco si es preciso!… Pero no me pidáis que os borre de mi mente, no podría hacerlo aunque quisiera.

Sintiendo la cercanía de la dama, palpable en el sonido de su respiración agitada, en el roce de la tela de su vestido y en el aroma de sus cabellos, Giorgio notó que su corazón empezaba a latir con fuerza y que el calor le subía hasta las sienes. Había llegado a un punto de no retorno, había empezado a caer por una pendiente y ya nada ni nadie podía detener el descenso.

Tomó las manos frías y delicadas de la condesa, y con la voz cargada de anhelo declaró:

—Dios me perdone y vos también, pero os amo desesperadamente, mi señora.

Ella le miró con la misma desesperación más que con sorpresa, con miedo incluso en sus ojos negros.

—No… No debéis… Mi esposo os matará…

Giorgio la tomó en sus brazos y, acercando su rostro al de ella, declaró:

—Prefiero la muerte a una vida sin vos…

La condesa se dejó desfallecer en brazos de aquel joven maestro, se abandonó al placer desconocido de sentirse amada. Notando que le faltaba el aliento, entreabrió los labios para tomar aire. Entonces Giorgio la besó, y ella se entregó a aquel beso que parecía insuflarle calor y vida.

—¿Cuál es vuestro nombre? —le preguntó después de haberla poseído tras las lonas que cubrían los andamios.

—Gianna —respondió ella entre sus brazos.

—Gianna… Gianna… Te amo, Gianna…

—Y yo te amo a ti, querido Giorgio.

Había un lugar en el bosque, un claro junto al arroyo, oculto tras una recia muralla de robles y pinos. Era un lugar remoto y recóndito, seguramente habitado por hadas y duendes que cada noche mullían un lecho de hierba fresca y flores para que Giorgio y Gianna yaciesen juntos al atardecer. No podían ser otros más que los duendes los que abrían la cúpula de ramas para que los últimos rayos de sol les acariciasen la piel. Y con toda seguridad eran las hadas las que soplaban sobre ellos blancos copos de polen que les envolvían como una nieve de primavera. Solo aquellas criaturas les observaban amarse, y cuchicheaban y se reían con picardía en un murmullo apenas perceptible que se confundía con el correr del agua del arroyo. A veces, incluso, les hacían cosquillas en las plantas desnudas de los pies o derramaban sobre sus cabezas una lluvia de pétalos de flores. Los duendes y las hadas, las criaturas mágicas del bosque, habían bendecido su amor, aseguraba Giorgio. Y Gianna se reía, aunque ella también sintiera que su amor estaba bendecido por los dioses.

Giorgio comenzó a alarmarse al tercer día que Gianna no acudió a su cita en el bosque. Tampoco la había visto por Villa Chiara. Decidió aguardar un día más, pero Gianna continuó sin aparecer. Angustiado, fue a preguntar a Francesca, la vieja y adusta dama de compañía de la condesa.

—La señora condesa guarda cama. Ha estado muy enferma.

¿Enferma? Aquella palabra atravesó a Giorgio como una afilada lanza en mitad del corazón. Lo dejó conmocionado y dolorido, tan gravemente herido que pensó que se moriría si no volvía a ver a Gianna. Perdió la cuenta de las tardes que se había retirado al bosque, triste y solo, mirando absorto las aguas del arroyo hasta que la noche caía sobre él. Ya no había hierba ni flores, ni nieve de primavera; ni lluvia de pétalos ni cosquillas en los pies; tampoco escuchaba el murmullo de risas y cuchicheos. Los duendes y las hadas parecían haberse volatilizado o quizá observaban su miseria, silenciosos y circunspectos, desde la copa de los árboles más altos. Qué importaba aquello si Gianna ya no estaba allí…, si Gianna estaba enferma y él no podía hacer otra cosa que lamentarse. Lamentarse un día tras otro, y otro, y otro…

—Giorgio…

Se volvió, aturdido, como recién despertado del sueño. Al verla, una oleada de dicha despabiló sus sentidos. ¡Gianna había vuelto! Y con ella, el sol y la brisa, los duendes y las hadas, ¡la vida entera había vuelto!

—¡Gianna…! ¡Gianna…! Mi dulce Gianna… Mi dulce amor… —repetía mientras la abrazaba y la cubría de besos, mientras se saciaba de ella como quien se sacia de alimento después del ayuno—. He estado tan preocupado. Creí que no volvería a verte. No podía soportarlo… Me dijeron que estabas enferma… Dime, amor mío, dime cómo te encuentras…

Gianna se separó para mirarlo con solemnidad. Giorgio contempló con alivio sus mejillas sonrosadas y el brillo de sus ojos. En absoluto parecía enferma, sino todo lo contrario: llena de vida. Mas entonces, ¿por qué le miraba así?

—Giorgio… Estoy encinta.

Ante el semblante absorto y demudado del maestro, la joven decidió explicar por qué no sonreía de felicidad.

—Mi esposo no es capaz de procrear y él lo sabe… Cuando lo descubra…

—¡No! —Pareció despertar Giorgio con el ímpetu de una sacudida—. ¡No consentiré que ese demonio te ponga una mano encima! Nos iremos, Gianna. Muy lejos de este lugar y de tu esposo, a España, a las Indias, donde sea. Te amo, Gianna, más que a nada en este mundo. Empezaremos una nueva vida

juntos. Tú, yo y… nuestro hijo —concluyó poniendo suavemente la mano sobre el vientre de la joven.

No fue fácil convencer a Gianna. No porque no quisiera a Giorgio; al contrario, la joven lo amaba como no había amado nunca a nadie. Sin embargo, tenía miedo. Miedo de las habladurías y del insoportable peso del apellido Montebeluna tras su nombre; miedo del pecado que había cometido y de las funestas consecuencias de la ira divina que sin duda caería sobre ella. Aunque Gianna temía por encima de todo a su esposo. El conde di Montebeluna la perseguiría hasta la muerte por su traición. Ella no tenía miedo a morir, pero sí a hacerlo en manos de aquel sádico inhumano que tantas otras veces la había torturado por faltas mucho menores.

Hasta el ocaso estuvo Giorgio argumentándole la necesidad de huir, explicándole una y otra vez que moriría de todos modos en cuanto su vientre abultado la delatase y la criatura fuese lo suficientemente grande como para sufrir ella también la agonía de su madre. Solo cuando la retuvo entre sus brazos, llenándola de caricias, y le aseguró que todo iba a salir bien porque a partir de entonces él la protegería para siempre, Gianna claudicó y regresó a Villa Chiara a prepararse para partir al día siguiente, antes del amanecer.

Se despidieron en el claro del bosque, en su rincón secreto, con las manos entrelazadas y un beso prolongado que duendes y hadas presenciaron con deleite.

Giorgio no pudo dormir en toda la noche. Mientras recogía meticulosamente todas sus cosas, cientos de dudas le asaltaban: dónde irían, cómo afrontarían las dificultades del viaje, cómo se instalarían, de qué vivirían… No era la primera vez que huía; otra vez se había visto obligado a ello, pero entonces era un joven sin responsabilidades. Ahora, él debía velar por una… no, dos personas. Solo pensar en Gianna y sentir ese cosquilleo en el estómago que su amor le causaba conseguía acallar su inquietud, pues de lo único que no dudaba era de estar completamente enamorado de la joven y de que no era capaz de imaginar la vida sin ella.

Había perdido la noción del tiempo cuando oyó las campanas de la iglesia de Santa María de la Asunción repiquetear con un brío inusual. ¿Acaso estaba ya amaneciendo y tocaban a maitines? Giorgio echó un ojo a la ventana y contempló la noche aún cerrada. No, aquel no era el toque de maitines. Era un toque insistente de la campana más grande del campanario. Bajó hasta la puerta y salió a la calle: los vecinos corrían hacia la plaza. Entonces, lo vio.

Un resplandor anaranjado tras la colina, como si el sol estuviese abrasando el horizonte al salir, y una niebla negra que cubría el cielo.

Justo cuando su estómago empezaba a encogerse de angustia, alguien gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Arde Villa Chiara!

Giorgio se lanzó al camino con la furia de un animal, anulados sus sentidos, incapaz de pensar, solo corría todo lo rápido que sus piernas le permitían. Tropezó y cayó, se volvió a levantar casi sin aliento. Comenzó a sentir un calor cada vez más intenso y a percibir el fulgor que todo lo iluminaba en tanto que un humo le nublaba la vista y el rugido de una bestia llegaba hasta sus oídos.

Creyó que perdería los nervios cuando contempló la villa devorada por el fuego, cuando vio las llamas mordiendo las ventanas, lamiendo los muros y masticando el tejado. Creyó que perdería el sentido, que se rompería en mil pedazos allí mismo. Sin embargo, siguió corriendo, corriendo desaforadamente con una sola idea perturbando su mente. Ignoraba el calor intenso y el humo asfixiante, la luz cegadora del fuego, los gritos a su alrededor, no sentía nada, tan solo angustia y desesperación a la altura del pecho mientras miraba a esas llamas que todo lo devoraban, dispuesto a atravesarlas.

Y lo hubiera hecho de no ser porque alguien lo detuvo. Lo agarró por la camisa y lo tiró al suelo. Giorgio se levantó, quiso correr de nuevo hacia la villa incendiada pero volvieron a sujetarle, a reducirle como a un animal salvaje, como lo que era. Se retorció y forcejeó inútilmente.

—¡Zorzi! ¡Detente! ¿Acaso has perdido el juicio?

Aún tardó en reconocer la voz y el rostro de Tiziano. Solo cuando se encontró con los ojos de su amigo pareció recobrar el sentido y se derrumbó. Cayó de rodillas al suelo, alzó la cabeza como un lobo herido y aulló:

—¡Giannaaaaaaaaaaaa!

Aulló una y otra vez su nombre al viento, pero el viento avivaba las llamas y las llamas se tragaban su nombre mientras Giorgio se dejaba la vida gritando de rabia y desesperación.

—¡Dejad de gritar! Mi niña, mi pobre niña… ¡Todo esto es por vuestra causa!

Aquellas acusaciones lograron silenciarle. Al volverse, se encontró cara a cara con la vieja Francesca. El rostro del ama, tiznado y surcado de lágrimas, brillaba al fragor del fuego, pero era el odio el que lo hacía arder.

—¡El señor conde lo sabía todo! ¡Lo supo desde el principio! Yo se lo advertí, pero ella no quiso hacerme caso. ¡Estaba ciega por vos! Él era un hombre temible, ¡nunca debió desafiarle! Cuando se enteró de que planeaba huir con vos la encerró en la galería y prendió fuego a toda la casa. «¡Arde, ramera! ¡Arde con la obra de Satanás!», le gritó fuera de sí, ajeno a las súplicas de ella. Mi niña, mi pobre niña… —El ama rompió en sollozos.

Giorgio bramó, apretó los dientes, loco de rabia y de dolor, y cargó contra Francesca agarrándola por el cuello.

—¡Vieja bruja traidora! ¡Tú se lo dijiste! ¡Tú!

De nuevo Tiziano tuvo que frenar a su amigo, de lo contrario habría ahogado a aquella mujer. Sin embargo, la vieja parecía indolente al ataque de Giorgio. Cuando Tiziano los separó, se frotó pausadamente el cuello agredido y declaró con ira contenida:

—Yo no fui, jamás hubiera traicionado a mi niña, mi ángel… Pero, ahora, ¿qué importa eso? Ella está muerta… ¡Vos la deshonrasteis y la llevasteis a la muerte!

El maestro Giorgio regresó a Venecia. Llegó a la ciudad deshecho, seco el cuerpo de tanto llanto y la conciencia de tanto remordimiento; consumido por la tristeza y el dolor, vacío como una cáscara de nuez.

Se encerró en su taller, entre los lienzos, los pinceles y las pinturas; sin otro alimento que el pan ni otra bebida que el agua. Y como poseído por el diablo, como privado de la razón, pintaba día y noche sin descanso mientras exudaba por cada uno de los poros de su piel toda la rabia y la frustración, toda la pena y la desesperación.

Pintó la ciudad de Castelfranco, con sus casas y su puente sobre el río. También pintó las ruinas de Villa Chiara, las columnas desnudas de la galería que una vez albergó sus frescos. Y, en el primer plano, destacando sobre todo lo demás, pintó un lugar en el bosque, un claro junto al arroyo, oculto tras una recia muralla de robles y pinos… Un rincón secreto en el que una joven, la más hermosa que el mundo conoció jamás, amamantaba plácidamente a su bebé, sano y feliz. Mientras, al otro lado del arroyo, Giorgio los contemplaba con una sonrisa en los labios, y con su vara los protegía de todo mal. Siempre junto a ellos, tan lejos pero tan cerca. Siempre a salvo de la tempestad que se cernía sobre la ciudad y sobre el resto del mundo. Siempre a salvo…

Giorgio dio en el rostro de la mujer las últimas pinceladas del cuadro, se tumbó en el jergón con los pinceles aún en la mano y cerró los ojos. Pensó en Gianna, sentada en el claro junto al arroyo, amamantando a su bebé bajo la

sonrisa benevolente de los duendes y las hadas. Eternamente bella. Eternamente feliz. Eternamente Gianna. Su amada Gianna… eternamente.

Giorgio no volvió a abrir los ojos por miedo a que la imagen se desvaneciera…

Cuando la peste llegó a Venecia en aquel año de 1510, encontró en Giorgio una víctima rendida, y en pocos días le procuró la visita de la muerte, por el joven tan ansiada. Los que acudieron a velar el cadáver hallaron junto a él la última obra del maestro, un lienzo que tiempo después llamaron *La Tempestad*.

Partida de caza

Olalla García

—¡No me gusta el cuento! ¡Quiero otro!

Tu hermano agarró la manga de vuestra abuela y tiró de ella con rudeza. Su impaciencia mostraba que estaba habituado a que se acatasen sus órdenes al instante. Era el único varón en los aposentos femeninos. Aún no había alcanzado la edad necesaria para trasladarse a las áreas en que residían vuestros hermanos mayores y el resto de los hombres de la familia. En aquel lugar, rodeado de hembras y eunucos, hacía valer, pese a sus pocos años, toda la autoridad que su condición masculina le confería.

La anciana hizo una seña a las cantantes para que se detuvieran. Por lo visto, la narración de los apasionados amores entre Vis y Ramín, que tanto emocionaba a las mujeres del gineceo, no suscitaba el menor interés en el chiquillo.

—Por supuesto. Diles, ¿qué quieres oír?

—Ellas no. Tú.

Vuestra abuela intentó apelar a la sensatez.

—No es buen momento, ¿ves? Deja que termine. Y entonces…

—¡No! ¡Ahora!

Para demostrar mejor su indignación, tu hermano volcó el contenido de una de las mesas auxiliares. Los cuencos de plata se estrellaron con gran estrépito; raciones de carne, verduras y frutas rodaron por el suelo, salpicando condimentos en todas direcciones.

No estaba dispuesto a conformarse con una actuación de las esclavas músicas. Debía ser vuestra abuela quien se pusiera a sus órdenes para satisfacer su deseo. Vuestra abuela, que gobernaba entre las paredes de los aposentos privados porque su hijo, vuestro padre, gobernaba sobre todo cuanto se extendía más allá de aquellos muros.

Tú, como las mujeres adultas, te habías detenido, a la espera de una reacción por parte de la interpelada. Era ella a quien las sirvientas presentaban los platos en primer lugar, quien decidía cuándo comenzaban y concluían las colaciones. Si interrumpía la comida para complacer a su nieto, todas deberíais hacer lo mismo.

—Sea; pero solo por esta vez.

El niño sonrió pagado de satisfacción y, sin prestar la menor atención a las miradas y los cuchicheos mal reprimidos del resto de las presentes, se aposentó sobre el regazo de la anciana.

De haber estado presente vuestra madre, tal vez las cosas habrían discurrido de distinto modo. Ella sí poseía las artes necesarias para hacer entrar en razón a su retoño, al menos en algunas ocasiones. Pero no estaba allí. Se encontraba recluida, como toda mujer de edad fértil debía estarlo una vez al mes, durante ese periodo en el que las secreciones de sangre la convertían en impura y la condenaban a encerrarse en una habitación apartada para no corromper con su influjo contaminante a ningún otro ser humano.

—Entonces, dinos, ¿qué historia te gustaría oír?

—Algo sobre el Gran Cazador.

Vuestra abuela buscó entre sus recuerdos antes de comenzar la narración.

—Mucho tiempo atrás, antes de que vinieran al mundo los abuelos de mis abuelos, el Rey de Reyes Vahram, que su alma sea inmortal, gobernó los territorios de Irán y de No-Irán. Era un soberano sabio y justo a quien todos llamaban el Gran Cazador. Su destreza con el arco no tenía igual, y entre sus aficiones favoritas figuraba la de abatir a los muchos onagros que poblaban sus tierras. Y, comoquiera que esos asnos silvestres eran denominados *gorán*, los cortesanos y súbditos lo conocían por el apelativo de Vahram Gor.

»En su época, el imperio florecía bajo la mirada complaciente de Ohrmazd, pues el rey gozaba de la benevolencia divina por sus muchas obras piadosas y su implacable persecución a los enemigos de la Buena Religión. Y así, los dioses le concedieron una destreza sin parangón en las artes de la guerra, y su arco y su lanza se convirtieron en azote de los demonios extranjeros que acechaban tras los confines del reino. Tanto el Oriente como el Poniente, tanto el Septentrión como el Meridión, fueron testigos de sus hazañas. Los bizantinos y los indios, los hunos blancos y los oscuros habitantes de las tierras allende el Mar de Persia, todos ellos fueron sometidos por la espada del joven monarca y el empuje de sus ejércitos, comparable al del mar embravecido, y el temor se instaló en sus corazones y los mantuvo alejados de las fronteras.

»Dicen las canciones que el rey era joven y hermoso, y que su rostro se asemejaba a la luna llena en un cielo despejado de todo velo. El *farr* fulguraba en él con todo su esplendor, y los territorios bajo su dominio reverdecieron a su imagen. La lozanía se extendió por las Siete Regiones, que brillaban como joyas, ricas en pastos y frutos, con abundantes cosechas y animales bien cebados. La corte real era espejo de la felicidad de sus tierras. Vahram Gor mantenía siete palacios, cada uno de un color diferente; y cada uno albergaba a una concubina real…

—¡Me aburroooo!

Por si sus palabras no bastaban para demostrarlo, tu hermano reforzó el mensaje propinando un tirón de pelo a vuestra hermana menor. Esta, que apenas superaba el año de edad y se entretenía acunando una muñeca en el regazo de su aya, rompió a llorar presa del desconsuelo.

—¡Así no! No me gusta esa historia. ¡Quiero otra!

La señora de los aposentos privados dejó que la nodriza se encargara de consolar a su nieta mientras ella apaciguaba al chiquillo.

—¿Otra? Pues dime cuál.

—¡La de los ciervos!

Vuestra abuela realizó un gesto cargado de resignación. No era, ni mucho menos, su relato preferido. Pero sabía que sería en vano intentar convencer al niño de que cambiara de opinión.

—De acuerdo. Escucha, pues. Una de las favoritas del monarca era una esclava llamada Azadeh, la más hermosa de todas cuantas moraban en sus palacios. Su rostro prodigaba luz y sonrisas, y los dioses la habían envuelto en música. Traía en su canto acentos de primavera temprana, y sus dedos eran susurros sobre las cuerdas del arpa. Vahram Gor mostraba gran inclinación por llevarla consigo en sus partidas de caza. La sentaba a la grupa de su montura, por tenerla siempre cerca de su corazón, y mientras él abatía con su arco los onagros que galopaban en los cotos reales, ella lo acompañaba con melodías dignas de ser interpretadas ante los Benéficos Inmortales y el trono de Ohrmazd.

«Cierto día, en una de esas salidas, la esclava se dirigió a su señor en estos términos:».

»—¡Oh, Rey de Reyes! Todos os llaman el Gran Cazador, pues no solo ganasteis vuestra corona arrebatándosela a los leones, sino que también habéis abatido a todo tipo de bestias pavorosas, incluido un terrible dragón. Las lenguas de los hombres sabios dicen que vuestra destreza con el arco no encuentra rival en todas las tierras conocidas. Y, siendo eso cierto, nada os

costaría ofrecer una demostración ante todos los presentes, pues así daríais muestra no solo de gran pericia, sino también de la extraordinaria generosidad que con justicia se os atribuye.

»No complacieron al rey estas palabras, pues sabía que, de errar en la prueba, quedaría comprometido su honor. Sin embargo, tampoco podía negarse a realizarla sin quedar en entredicho. Así pues, respondió:

»—Dime, bella entre las bellas, ¿a qué tipo de demostración te refieres?

»Con un signo de la mano, la arpista hizo que todos dirigieran la vista hacia una pareja de ciervos que pacía a cierta distancia.

»—Si convertís a la hembra en macho y al macho en hembra, y si además lográis cada una de esas dos transformaciones con un solo disparo, ¡oh, gran Rey de Reyes!, no habrá quien pueda dudar, ni en nuestros días ni en los tiempos por venir, de cuán bien merecidos son los elogios que se os dedican.

»Sin decir palabra, el monarca extrajo dos flechas de su carcaj y las colocó en su arco. Soltó la cuerda, y ambas volaron para clavarse en la cabeza de la hembra que así, con un par de nuevos cuernos sobre su testuz, quedó convertida en macho. De inmediato, tomó el rey una flecha de doble punta y la disparó sobre la segunda gacela, de manera que el proyectil le cercenara las dos astas, allí donde estas nacen en contacto con la frente. Así, desprovisto de su cornamenta, quedó el animal convertido en hembra.

»Cundió la admiración entre todos los asistentes. No podía ser de otro modo, pues incluso a ellos les costaba creer que aquella proeza inverosímil acabara de verse realizada ante sus ojos. Todos prorrumpieron en espontáneas aclamaciones. Todos excepto Azadeh, que se impuso a la algazara general en los siguientes términos:

»—¡Oh, Rey de Reyes! Con razón os llaman el Gran Cazador. Pues solo el incomparable Rostam, celebrado en las gestas como el mayor de los héroes, hubiera sido capaz de acometer una hazaña semejante. Sin embargo, vos merecéis más aún, mi señor. Justo es que os celebren como el Mejor Cazador, el más grande que jamás haya existido; no a la par de Rostam, que abatió al Demonio Blanco, sino superior incluso a él.

»De nuevo quedó el soberano contrariado ante aquella observación.

»—Bien dicen los sabios que los anhelos de la mujer son difíciles de complacer. Dime ahora, bella entre las bellas, ¿qué tipo de demostración estaría a la altura de cuanto acabas de decir?

»La esclava señaló a un tercer ciervo, que pastaba aún a mayor distancia que los anteriores.

»—Algo que solo está al alcance de un poder sin igual, ¡oh, gran Rey de Reyes! Cambiar el propio cuerpo del animal, de forma que la pezuña de su pata posterior quede en el lugar que ocupa su oreja. Si así lo hacéis, realizaréis tal proeza que no podrán sino cantarla con admiración todas las generaciones por venir, hasta el fin del Tiempo del Largo Dominio.

»Tampoco en esta ocasión respondió palabra el monarca. Se limitó a tomar una flecha y la lanzó contra la cabeza del animal, de forma que pasara rozando su oreja. Cuando la presa se rascó con la uña trasera para aliviar el súbito picor, una segunda saeta se la dejó clavada al oído. Y con tan portentoso resultado quedó superada también esta prueba, para regocijo incomparable de todos los presentes».

Así diciendo, vuestra abuela indicó a una de las sirvientas que tomara al niño de su regazo, de forma que todas vosotras pudierais seguir disfrutando de la comida. Pero él se revolvió con todas sus energías, al tiempo que gritaba:

—¡No! No ha terminado. ¡Falta el final!

—Ese es mi final. Y, por lo tanto, tendrá que ser el tuyo.

La anciana aguardó con paciencia hasta que una segunda criada acudió a auxiliar a la primera.

—Escúchame ahora. Un buen desenlace narra las cosas como ocurrieron; pero es mejor el que las narra tal y como debieron haber ocurrido.

—¡Nooo! ¡Quiero el final de verdad!

Continuó resistiéndose con la furia de una fiera herida, de forma que ni siquiera entre las dos sirvientas consiguieron apartarlo de la señora. A la postre, esta acabó por rendirse. Y tu hermano mantuvo la posición conquistada en actitud desafiante hasta que vuestra abuela concluyó el relato a su satisfacción.

Años después, sigues conservando en la memoria cada detalle de aquella jornada. No has olvidado cómo el hambre te consumía el estómago mientras tu hermano porfiaba en sus exigencias, ni cómo te torturaba el aroma de los manjares que se enfriaban sobre la mesa.

También recuerdas las palabras que tu abuela te dirigió al término de la escena.

—Borán, niña, quieran los dioses que un día tu hermano aprenda a comportarse con la dignidad que tú sí sabes mostrar.

—Quiéranlo los dioses —respondiste, tal y como requerían las reglas de la etiqueta.

Pero ambas sabíais que la voluntad divina ya se había manifestado al inicio de los tiempos. Poco importaban tu dignidad, tu inteligencia, tu destreza o cualquier otra de las cualidades con que se preciaban en adornarse tus parientes masculinos. De un modo u otro, tu destino sería el mismo: ser entregada en matrimonio a uno de tus hermanos o a otro familiar próximo, pues la sangre de tu sangre debe quedar en la estirpe de tus ancestros. Y, puesto que tu linaje te aseguraba la condición de esposa principal de tu futuro marido y dueño, te convertirías en la señora de los aposentos privados, de aquellos muros entre los que discurriría el resto de tu vida. Mientras tu hermano, con aptitudes o sin ellas, recibiría el gobierno de una provincia y regiría las vidas de sus muchos habitantes.

Habías sido educada para abrazar con serenidad el destino que Ohrmazd te deparaba. Pero ignorabas que el Señor de la Sabiduría puede revertir el orden que Él mismo instauró en el momento de la Creación.

Tu hermano se llamaba Vahram, como el protagonista de aquella historia que, de niño, tanto le complacía escuchar. Su suerte, sin embargo, resultaría muy distinta a la del legendario soberano al que tanto admiraba. No llegaría a realizar hazañas dignas de mención, ni a perdurar en los corazones y las lenguas de los hombres. Había nacido para ser olvidado.

Los dos os contabais entre los descendientes de aquel mítico Vahram Gor, el Gran Cazador. Pertenecíais a la estirpe sasánida, la única capaz de alumbrar al Rey de Reyes, el gobernante de Irán y de No-Irán. Pues solo vuestro linaje había sido bendecido con el *farr*, el Esplendor divino concedido por Ohrmazd que fulgura en los legítimos príncipes del imperio.

Pero, en los últimos tiempos, un infortunio sin tregua azotaba la casa de Sasán, como si el viento del norte soplara con saña para atraer sobre ellos el influjo de los espíritus malignos. Y todo se había gestado en el momento en que vuestro padre, el Rey de Reyes Cosroes Parviz, el Victorioso, extendiera las fronteras de sus dominios hasta límites jamás soñados por ninguno de sus antecesores.

Pues, si la desgracia de la dinastía imperial tenía por savia la sed de poder y por flores las espadas, sus raíces se alimentaban de lo que acontecía en el interior de los aposentos femeninos. En su juventud, obligado a exiliarse en Siria por la implacable ambición de un general advenedizo, tu padre, el de las incontables victorias, había desposado a María, hija del emperador bizantino Mauricio. Ella, en virtud de su alcurnia, era su esposa principal. Pero el corazón del monarca no atendía a las conveniencias políticas. Pertenecía a otra mujer, la princesa armenia Shirín, a la que había convertido en su

favorita. Y era bien sabido en la corte que sus preferencias lo inclinaban a nombrar como heredero a Mardanshah, el hijo habido con ella.

Sin embargo, la princesa María también había dado luz a un vástago, Kavad. Este se había convencido de que, en virtud de su linaje materno, el trono le pertenecía por derecho. Y no estaba dispuesto a permitir que un medio hermano se lo arrebatase.

Vuestro padre, tal vez intuyendo sus intenciones, lo mandó arrojar a una celda, de forma que no supusiese ninguna amenaza para la sucesión. Pero algunas de las grandes familias nobiliarias, descontentas con la gestión política del soberano, se alzaron en armas y liberaron a Kavad de su prisión. Poco después, este, al frente de los ejércitos sublevados, tomaba Ctesifonte, se abría paso hasta el palacio y encarcelaba a vuestro progenitor.

En cuanto tuvo la doble diadema sobre la cabeza y a los magnates del reino arrodillados ante sus pies, decretó sentencia de muerte para todos vuestros hermanos, medio hermanos y parientes masculinos, de forma que ninguno de ellos pudiera reclamarle el trono. El único varón superviviente de la estirpe sasánida fue tu sobrino, su hijo Ardashir, de siete años de edad.

En aquella funesta jornada, diecisiete varones del linaje imperial pagaron con su sangre el delirio de un hermano. Vahram, el que con tanto celo reclamaba los relatos del Gran Cazador, fue una de las víctimas. En el momento en que las hojas de sus ejecutores le arrancaban la vida, suplicó por que le concedieran otro final. Pero la conclusión de su historia estaba escrita de antemano. Y el destino fue despiadado con él, del mismo modo que, en otro tiempo, él se había mostrado implacable al exigir el desenlace de su narración.

Sin embargo, la furia de Kavad no se dio por satisfecha con aquella masacre. Tres días después ordenó que vuestro padre fuese a su vez ajusticiado, tras recibir noticia del aniquilamiento de sus descendientes. Mandó que lo asaetaran lentamente, para que la muerte tardase en darle reposo entre sus brazos.

Sin duda pensó que así se aseguraba la tranquilidad de su espíritu, ese sosiego que todo hombre anhela encontrar como respuesta cuando interroga a su propio corazón. Pero la paz se resiste a acudir ante quien la invoca con trompetas de batalla. Y las propias acciones de Kavad sirvieron para justificar a otros dispuestos a abrirse camino a golpe de espada.

El flamante monarca murió a consecuencia de una plaga antes de que el año concluyese. Y su jovencísimo heredero, cuya sucesión se había afianzado a tan alto precio, tampoco gozó de un largo reinado. Pocos meses más tarde,

tanto tu tío como su regente serían ajusticiados por Shahrbaraz, un general de origen noble y sólida reputación militar que usurparía el trono con la complicidad del emperador bizantino.

Con todo, tampoco él regiría durante largo tiempo. Tras tan solo cuarenta días de gobierno perdería la vida a manos de nuevos conspiradores, esta vez dispuestos a devolver el trono a la familia real. Pues solo el *farr*, la legitimación de Ohrmazd, podría devolver a Irán la paz y la prosperidad que deriva de la bendición de los dioses. Mas, ¿dónde encontrar el Esplendor divino si el linaje sasánida había quedado despojado de todos y cada uno de sus príncipes?

Conoces bien la historia de la arpista Azadeh. Sentiste un estremecimiento la primera vez que escuchaste el desenlace, y, aún hoy, el amargor se te aferra al pecho siempre que lo recuerdas. No te extraña que tu abuela se resistiera a contarlo. Pero de nada valieron sus reparos ante la porfía de tu hermano.

—En aquel momento el rey Vahram Gor miró a su alrededor y, más allá del júbilo de sus cortesanos, vio signos de sufrimiento en el ciervo que acababa de servirle de blanco. Apiadado, le disparó una certera flecha que puso fin a sus padecimientos.

»Entonces, al volverse hacia la esclava Azadeh, comprobó que también ella mostraba señales de gran congoja. Atónito, se dirigió a la joven con estas palabras:

»—Dime, bella entre las bellas, ¿a qué vienen esas lágrimas? ¿Acaso es costumbre entre las mujeres revelar su consternación cuando ven satisfechos sus deseos?

»A lo que ella respondió entre sollozos:

»—No, oh, gran Rey de Reyes. Pero sí es nuestra costumbre compadecernos de todos los seres de la Creación y mostrar piedad allí donde los varones no evidencian más que ferocidad. Pues es enorme crueldad la que habéis exhibido para con tan tierna criatura, y mucha la seña con que os habéis conducido ante ella.

»Antes estas declaraciones, la sorpresa del monarca se tornó en cólera. Miró a Azadeh, y sus ojos eran distantes y tempestuosos, como una tormenta gestada en la cima del monte Hara.

»—Bien dicen los sabios que ningún hombre sensato debiera prestar oídos al discurso de una mujer. Pues su corazón es cambiante como los vientos del invierno, y siempre presto al artificio y al engaño.

»Así diciendo, la arrojó de su camello. E hizo que su montura la pisoteara una y otra vez, hasta que su antigua favorita quedó exánime y desfigurada

sobre el suelo ensangrentado.

»Desde entonces, prohibió que las mujeres cabalgaran junto a los hombres en las partidas de caza. Y decretó que los siguieran acompañando a fin de entretenerlos con su música y su canto, pero manteniéndose siempre a distancia, pues su lugar es muy otro, como el Señor de la Sabiduría decretó al inicio de los tiempos, y no les corresponde tomar parte en las actividades que por su dignidad corresponden tan solo al varón.

—Majestad, ¿puedo contar con vuestra atención?

Vuelves la mirada hacia tu primer ministro. La doble diadema, el emblema de la realeza sasánida, pesa sobre tu cabeza con la seriedad de un compromiso forjado en oro, plata y piedras preciosas.

En el inmenso salón de audiencias, los dignatarios del imperio guardan silencio ante ti, con la frente inclinada hacia el suelo. A muchos de ellos les resulta todavía inconcebible que sobre el trono de Irán se encuentre sentada una mujer.

Tú, la Reina de Reinas, indicas a tu segundo que prosiga con su exposición. No rehúsas escuchar las palabras de tus consejeros, pero sabes mantener fírme tu corazón ante tus propias opiniones. Pues conoces los males que los tiempos recientes han traído sobre tu tierra, así como la forma de repararlos. Los varones son criaturas belicosas, pero a ti te corresponde restablecer la paz, que viene acompañada de la estabilidad; reconstruir sobre las ruinas dejadas por las guerras recientes, recuperar los campos y los ganados, disminuir los impuestos, fortalecer el ejercicio de la justicia.

Tuyo es el *farr*, la Gloria divina; pero ¿bastará su Resplandor para arrojar nueva luz sobre las aprensiones de sus dignatarios, que arrastran recelos curtidos durante incontables generaciones?

Tu primer ministro, Farrukh Hormizd, se mantiene a tu lado. Fue él quien depuso al usurpador Shahrbaraz para devolver la corona a la familia sasánida. Con todo, eres consciente de que tampoco puedes confiar sin reservas en él. Ya ha manifestado su deseo de desposarte «para fortalecer tu posición»; pero no eres tan ingenua como para no comprender que en realidad busca consolidar la suya propia.

Si los esponsales se celebrasen, pocas dudas te caben sobre qué ocurriría a continuación. Farrukh Hormizd se sentaría sobre el trono y ordenaría que fueses confinada de nuevo en los aposentos privados, como corresponde a tu condición femenina. Volverías a sentarte entre celosías, a escuchar cómo las esclavas cantoras recitan sus historias sobre tiempos ya pasados. A sentir

cómo la montura del Gran Cazador vuelve a pisotearte, impasible, una y otra vez.

Pero, bien saben los dioses, eso es algo que no estás dispuesta a consentir.

El hombre más fuerte del mundo

Ramón Muñoz

No, no te voy a contar otra vez la historia de cuando huimos de Gujrat. Además, esas historias las cuenta mejor tu madre, incluso si se deja llevar por la imaginación y cuenta las cosas de forma un poco diferente a como sucedieron en realidad. O quizás sea precisamente esa la causa de que sus historias sean mejores que las mías, porque ella las embellece para que se asemejen a las películas que ve en el cine y yo no, y es un defecto que tengo porque cuando recuerdas algo que es tan amargo como un purgante es bueno añadir un poco de azúcar o de miel para que el trago sea menos difícil. ¿Acaso no te parece bonita la historia de cómo tu madre rezó en la orilla del río Chenab mientras te llevaba en brazos hasta que las tortugas se apiadaron de ella y se pusieron en fila para que pudiese cruzar el río saltando de concha en concha? Mucho más bonita que la verdad: que nos quedamos atrapados en el puente porque un camión al que se le había roto el motor taponaba la salida y tuvimos que dejar allí el carro y la mitad de nuestras pertenencias y continuar a pie por miedo a que vinieran los musulmanes y nos matasen a palos; y el señor Nath, que vendía *paan* en el quiosco junto a la esquina de nuestra antigua casa, dijo que esperaría a que arreglasen el camión porque no estaba dispuesto a perder sus muebles, y ya nunca le volvimos a ver con vida. En todos estos años no he encontrado a nadie que prepare un *chutney* de mango igual de bueno que el que preparaba su esposa.

Así que no, no te voy a contar una historia como las que cuenta tu madre, porque ella lo hace mejor que yo. Te voy a contar una historia que sucedió antes de que ella naciese. Una historia que comenzó cuando yo ni siquiera estaba casado aún con tu abuela, aunque nuestras familias habían acordado la boda cuando todavía éramos unos niños.

Te voy a contar la historia de cómo conocí al hombre más fuerte del mundo.

Remontémonos al año 1910. Nehru era joven entonces, y yo también, y el mundo era tan distinto del actual que a veces creo que han pasado más de cincuenta años, muchos más. Tal vez cien, o mil, y no nos hemos dado ni cuenta. Mis padres eran terratenientes y ricos según los criterios indios de riqueza, aunque, por supuesto, cualquier *sahib* recién llegado de la metrópoli les trataba como si fueran unos humildes campesinos. Supongo que por ese motivo decidieron enviarme a estudiar a Inglaterra. Eran personas sencillas, después de todo, y creían que una educación inglesa conseguiría que yo fuese como aquellos *sahibs* a los que todo el mundo trataba con respeto. Era una época distinta, como te decía, y había puertas que un indio encontraba siempre cerradas, por muy rico e influyente que fuera.

Lo que mis padres no comprendieron entonces, y yo solo aprendí a fuerza de muchos sinsabores, fue que hacía falta algo más que estudiar en Inglaterra para que se abriesen esas puertas. Hacía falta ser blanco y haber nacido en Londres o en Manchester, o en Birmingham, y tener padres de piel blanca, y abuelos de piel blanca, y eso no lo puedes comprar por mucho dinero que tengas. Sí, ya he visto esos anuncios de productos para blanquear la piel, pero, créeme, son todo patrañas. Hay cosas que se pueden cambiar y cosas que no, y el color de tu piel es una de ellas. Incluso si esos productos funcionaran de verdad y te levantases un día de la cama con la piel tan blanca como la leche, los europeos te considerarían un farsante y los indios te acusarían de ser un traidor. Tendrías que marcharte lejos, donde nadie supiera quién eres, para que consiguieses engañar a alguien.

Sea como sea, mis padres me enviaron a Inglaterra creyendo que me convertiría en inglés, un inglés con la cara oscura que hablase con un ligero acento *babu*, pero perfectamente válido en todos los demás aspectos, y yo, que siempre había sido un muchacho brillante, fracasé por primera vez en mi vida. Sí, es verdad que terminé mis estudios de Derecho, y con calificaciones que, sin ser excelentes, al menos resultaban aceptables. Pero fracasé en lo fundamental, en la razón que hizo que mis padres me obligaran a realizar aquel viaje largo y costoso: convertirme en un indio tan inglés como los ingleses. No lo conseguí. No lo conseguí en absoluto. En Inglaterra pasé frío y me sentía triste, y odiaba la comida y los olores, y no tenía amigos ni hablaba prácticamente con nadie. Sobre todo, descubrí que en su tierra los ingleses se comportaban tan mal como los indios en la India, así que puede decirse que pasó exactamente lo contrario de lo que mis padres pretendían. En lugar de luchar por parecerme a los ingleses, llegué a la conclusión de que no eran mejores que nosotros y, por lo tanto, no tenían ningún derecho a

gobernar la India. Nos estaban engañando. No habían venido para salvarnos de nuestra ignorancia, de nuestra barbarie. Eran unos simples saqueadores, como los mongoles, y permanecerían aquí hasta que les obligáramos a irse.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Estábamos en el año 1910 y yo era un estudiante infeliz en Inglaterra, y los ingleses gobernaban la India y creíamos que nunca iban a dejar de hacerlo. Y entonces, cuando paseaba por Londres durante una tarde lluviosa, vi unos carteles en la pared. El Gran Gama desafiaba a los mejores luchadores del mundo a que pelearan con él. Yo no era aficionado a la lucha, sin embargo, me detuve bajo la lluvia para leer el cartel. Miraba una y otra vez el dibujo: Un hombre moreno, tan sólido como la torre de un fuerte y con un bigote tan negro y tan ancho como la noche.

¿Sabes por qué me fascinó el cartel? Porque El Gran Gama era indio. Punyabí, para ser exactos. Es imposible que pueda hacerte comprender lo que significó para mí, que soñaba todas las noches con los sonidos y los colores de la India, encontrar a un compatriota en una solitaria calle de Londres que desafiaba al mundo entero a que se enfrentase con él. Un punyabí, como yo. Como nosotros. Mirando a los ingleses a los ojos, sin acobardarse, sin pedir perdón por ser indio. Al contrario, retando a los europeos a que demostraran su supuesta superioridad. Y en ese preciso instante El Gran Gama se convirtió en mi héroe, aunque entonces yo solo tuviera unas vagas nociones sobre lo que era un *pehlwan*.

Hay algunas cosas que debo contarte primero sobre Gama, por supuesto. Para ti ese nombre no significa nada, ¿verdad? Naturalmente. Los oradores hablan sobre la gloria imperecedera, pero, seamos sinceros: ¿cuántas personas disfrutan de una fama que dure siglos y siglos? Apenas unos cuantos escogidos consiguen ser recordados una o dos generaciones después de su muerte. Sin embargo, El Gran Gama fue increíblemente popular en su tiempo. Yo no le conocía antes de ver aquellos carteles, es cierto, pero puedes echarles la culpa a mis padres, que despreciaban las diversiones populares y me mantuvieron tan alejado de ellas como les fue posible.

Su nombre completo era Ghulam Muhammad Gurjar, aunque pronto le pusieron el apodo de «Gama», y nació aquí mismo, en Amritsar. Musulmán, desde luego, aunque entonces no nos preocupábamos tanto por esas cuestiones. Sería más tarde, mucho más tarde, cuando trazamos una línea en el suelo separando a los hindúes y los musulmanes. ¡Y ay de quien estuviera en el lado equivocado de la línea! Pero de nuevo me adelanto a los acontecimientos. Volvamos al pasado, a cuando Gama era niño. Tenía

solamente diez años cuando realizó su primera proeza. Se había inscrito en una competición de resistencia a la que acudieron más de cuatrocientos luchadores y al cabo de varias horas de ejercicios él era uno de los quince competidores que aguantaban en pie. El maharajá de Jodhpur se quedó tan asombrado de que un niño pequeño pudiera medirse de igual a igual con hombres hechos y derechos que le declaró vencedor de la prueba. Después, el maharajá de Dada, que era muy aficionado a la lucha, le pidió que se uniera a los demás luchadores bajo su tutela. Y así se inició la carrera de Gama como *pehlwan*.

Dicen que sus entrenamientos eran más propios de un héroe del *Ramayana* que de un atleta. Había que verlo para creerlo. Todos los días realizaba cinco mil sentadillas y tres mil fondos, y se enfrentaba a cuarenta compañeros en un foso de tierra. Su dieta consistía en seis pollos, diez litros de leche, un cuarto de libra de mantequilla y libra y media de pasta de almendras. Y su fuerza crecía y crecía, hasta convertirse en el coloso que yo vi dibujado en el cartel, que parecía capaz de detener una bola de cañón con las manos. Cuando cumplió veintidós años levantó en vilo una piedra de mil doscientos kilos de peso y la desplazó una pequeña distancia. Yo he visto la piedra en Baroda y en su superficie está grabado que Gulaam Mohammed la levantó el 23 de Diciembre de 1902. La tienen guardada en un museo, así que podemos ir a verla durante tus vacaciones, si quieres.

En 1904 obtuvo sus primeras victorias importantes en un torneo organizado por el maharajá de Rewa. En 1906, después de ganar otro torneo, entró a formar parte de la corte del maharajá de Orcha. Era otra India, la India de los rajás, cada uno dueño de su pequeño estado y todos vasallos de los ingleses, y presumían de sus luchadores igual que de sus elefantes o de sus perros de caza. Gama derrotó a los campeones de muchos otros estados hasta que en 1909 peleó contra el que era considerado su máximo rival, Gulam Mohiuddin. Sin embargo, Gama le venció con facilidad y a raíz de esta victoria fue declarado campeón de toda la India.

Parece que no había nadie que pudiera hacer frente a Gama, ¿verdad? Por suerte sí que existía esa persona. Otra leyenda, de la que supongo que tampoco habrás oído hablar nunca: el famoso Rahim Sultaniwala. Era mayor que Gama en edad y en tamaño. He leído que casi un gigante, pero ya sabes que la gente tiende a exagerar. Y esto suponía un problema para Gama, porque no era un hombre excesivamente alto. Tenía tu altura, más o menos, pero antes de que protestes te diré que lo que es una altura respetable en un futuro abogado no lo es tanto en un hombre que depende de su fuerza física.

La primera pelea duró una hora sin que ninguno de los adversarios consiguiera una ventaja decisiva. Finalmente, el nabab de Junagarth declaró un empate. El segundo enfrentamiento se celebró un año antes de que yo descubriese la existencia de Gama. Duró dos horas y también acabó en empate.

Aquellos combates y otros muchos que El Gran Gama disputó en la India acabaron por llamar la atención de un promotor inglés. Le propuso que fuera con él a su país y un millonario bengalí se ofreció a costear el viaje. Supongo que el inglés simplemente buscaba un campeón que le hiciera ganar dinero. Gama, por su parte, debió de ver en aquella oferta la posibilidad de enfrentarse a rivales nuevos y desconocidos. En cuanto al millonario bengalí, era un nacionalista que deseaba demostrar en el mismísimo corazón del Imperio Británico la superioridad de los métodos de entrenamiento indios.

Gama y varios luchadores más llegaron a Inglaterra en abril de 1910. Tengo por ahí guardado un recorte de *Health and strenght* con el titular: «La invasión de los luchadores indios». La revista también incluía el desafío de Gama: El león del Punjab pagaría cinco libras a cualquier contrincante, sin importar su peso, al que no fuese capaz de tumbar en menos de cinco minutos.

Por desgracia, nadie contestó al desafío. Gama y sus compañeros procedían de un país en el que los luchadores aún peleaban al modo tradicional, mientras que en Inglaterra la lucha se había convertido en un espectáculo semejante al *music hall*. Había héroes y villanos, como en las películas, y el resultado de muchos combates estaba decidido de antemano. Se peleaba por dinero, no por la gloria, y ya fuera por miedo o por desinterés, los campeones británicos ignoraron el desafío lanzado por Gama.

En cambio recibió algunas ofertas para participar en peleas amañadas. No creo que Gama llegase a entender plenamente qué era lo que le proponían, y si lo hizo tuvo que sentirse escandalizado. No voy a pretender que nunca se haya amañado un combate en la India, quién sabe; pero, si ocurrió, se ha mantenido en secreto. En Inglaterra, sin embargo, era una práctica habitual entre los luchadores profesionales. En realidad, más que atletas podría decirse que eran actores interpretando un papel ante el público.

Gama era tan obstinado como fuerte, y comenzó a desafiar públicamente a luchadores famosos como Stanislaus Zbyszko y Frank Gotch al mismo tiempo que aumentaba el dinero que ofrecía a sus contrincantes. Por fin alguien aceptó sus condiciones: Benjamin Roller. Era un americano que había

sido entrenado por Frank Gotch. Quizás no se tratase del mejor luchador de su época, pero parecía un adversario bastante decente para El Gran Gama.

Para entonces ya era verano y yo llevaba un par de meses leyendo ávidamente todo lo que se publicaba sobre Gama. El hecho de que nadie respondiese a su desafío hacía que me enfureciese más y más. ¿Es que los occidentales tenían miedo de Gama? Discutí varias veces con compañeros de estudios que ponían todo tipo de excusas para justificar la cobardía de sus contemporáneos. Para mí era una vergüenza. Un héroe llamaba a las puertas del Imperio pidiendo que saliera un campeón para enfrentarse con él y solo encontraba indiferencia.

Por eso el anuncio del combate con Roller hizo que me volviera loco de excitación. Era lo que llevaba meses esperando. Y tan ansioso estaba que no pude esperar a la fecha del combate y me fui en tren a Surbiton, donde los luchadores indios vivían y se entrenaban.

Me costó mucho trabajo conseguir que me dejasen presenciar su entrenamiento. Yo no era periodista ni una persona importante; solo un estudiante de Derecho paisano del León del Punjab. Pero al fin me permitieron pasar con la condición de que estuviera callado. Y callado estuve. Como una estatua. Supongo que me paralizó el asombro. Había leído tanto sobre Gama y sus compañeros… sin embargo no estaba preparado para el espectáculo de aquellos hombres, desnudos salvo por un taparrabos de algodón, peleando entre sí, realizando ejercicios agotadores, sin dar muestras de cansancio, hora tras hora. Se detuvieron para almorzar y luego continuaron entrenándose por la tarde. Todos eran luchadores vigorosos, pero ninguno resultaba tan impresionante como Gama. Cada uno de sus movimientos transmitía poder. Igual que una máquina diseñada para un único propósito, perfeccionada a lo largo de los años hasta alcanzar una eficiencia absoluta. Cuando volví esa noche a mi mísera habitación de alquiler no hacía más que repetirme a mí mismo que Gama vencería con facilidad a Ben Roller. Después de lo que había visto resultaba inimaginable que ocurriese lo contrario.

El combate se celebró en el Teatro Alhambra de Londres, el 8 de Agosto de 1910. Yo había estado ahorrando desde que se anunció la pelea, pero los precios eran tan altos que tuve que conformarme con una de las peores localidades. Y en realidad tuve suerte, porque varios cientos de personas se quedaron fuera. Más de uno se ofreció a comprarme mi entrada y yo rechacé todas las ofertas. Por nada del mundo me habría perdido el acontecimiento.

El teatro estaba abarrotado, como te decía. Y había tanta gente fumando que una neblina gris de humo de tabaco empañaba la visión del cuadrilátero. Cuando los dos contrincantes salieron para ser presentados, los gritos fueron ensordecedores y a mí me entraron ganas de esconderme debajo del asiento. Imagina a tu pobre abuelo rodeado de ingleses vociferando y agitando los brazos, empujándome a cada momento en su afán por ver bien la pelea. Pero me mantuve firme, lo suficiente para darme cuenta de que Roller era más alto que Gama y más pesado. Luego el árbitro dio la señal para que comenzase la pelea. Era un combate al mejor de tres caídas y Gama tumbó al americano por primera vez en menos de dos minutos. Roller se mostró más cauto a partir de entonces, defendiéndose como podía; sin embargo, Gama tenía los reflejos de un gato y siempre encontraba la forma de superar la defensa de su adversario. No se detenía ni un segundo; continuamente intentaba nuevas llaves, tan deprisa que parecía estar haciendo dos o tres cosas al mismo tiempo. Tan poderoso como el trueno, tan rápido como el relámpago. Así era El Gran Gama. El americano resistió diez minutos antes de que le volviesen a tumbar. El teatro enloqueció, aunque algunos expresaron su enfado porque un «sucio indio» hubiese vencido a un blanco. Daba igual, yo estaba loco de contento. Más tarde supe que Ben Roller sufrió la rotura de dos costillas en la primera caída, sin embargo, siguió luchando durante diez minutos más, y esto también es digno de admiración.

El combate tuvo otra consecuencia inesperada. Poco después de que Gama fuese declarado vencedor, el famoso luchador polaco Stanislaus Zbyszko subió al *ring* para estrechar su mano y anunciar que los dos hombres se enfrentarían pasado un mes. Y el mánager de Frank Gotch, que había presenciado la pelea, se les unió para anunciar que Gotch estaría encantado de enfrentarse a Gama si se decidía a viajar a América.

¿Qué puedo decirte? Aquella noche yo era el hombre más feliz de la tierra. Caminaba por las calles de Londres tan ufano como un rey, y si algún inglés me miraba con desdén pensaba para mis adentros: «Ten cuidado, porque soy punyabí como Gama y él podría partirte en dos sin ni siquiera esforzarse».

Resulta llamativa la forma en la que nos identificamos con personas a las que no conocemos. De repente alguien a quien hemos visto en fotografías o cuyos discursos hemos leído en el periódico se convierte en una persona tan importante para nosotros que le daríamos cualquier cosa que nos pidiera, incluso la vida. A mí me ocurrió entonces. Los éxitos de Gama eran los míos. Me sentía tan cercano a él como un hermano pequeño o un amigo íntimo.

Zbyszko, el siguiente adversario del León del Punjab, también era un hombre de otra época. Un campeón de lucha grecorromana que se había visto obligado a adaptarse a esos nuevos tiempos en los que los atletas eran reemplazados por *showmen*. Sin embargo, se adaptó bien. Demasiado bien, tal vez. En 1908 luchó con un falso turco, en realidad un búlgaro que trabajaba para él, y entre los dos engañaron completamente a los ingleses. Artimañas de este tipo eran bastante habituales. Los espectadores de los combates de *catch-as-catch-can* solían ser personas ignorantes, ingenuas, y los organizadores de eventos ideaban continuamente estratagemas para llamarles la atención.

El escenario escogido para la pelea no podía ser más diferente del Teatro Alhambra. Se trataba del estadio construido para los Juegos Olímpicos de 1908, tan grande que los doce mil espectadores ocupábamos solamente una fracción de las gradas. Gama iba vestido de negro y llevaba un turbante. Zbyszko era más o menos de la misma estatura. Había perdido buena parte de su cabello y lucía un bigote recortado a la francesa que contrastaba con el feroz bigote de Gama.

Allí no tuve que soportar empujones ni que me picasen los ojos a causa del humo del tabaco. En realidad el estadio parecía casi vacío, pero cuando los dos hombres se agarraron por primera vez el público comenzó a gritar tan fuerte como en la velada del Teatro Alhambra y sentí el mismo calor y la misma excitación que había notado entonces. Gama consiguió derribar enseguida a Zbyszko, pero el polaco sabía defenderse mejor que Benjamín Roller, y pese a sus esfuerzos no consiguió darle la vuelta. Zbyszko tenía las manos y las rodillas firmemente apoyadas en el tapete, tan tieso como un elefante atenazado por el pánico. Tras largos intervalos en esa posición, de repente se poma en pie para forcejear con Gama unos minutos y a la menor señal de peligro volvía a pegarse al tapete, dejando que su oponente hiciera todo el esfuerzo.

Pasaron dos horas. Zbyszko se levantó de un salto y consiguió sorprender a Gama, sujetándolo por la cintura. Pudo elevarlo unos centímetros del suelo y los dos luchadores cayeron sobre el tapete. Sin resultado. Zbyszko perdió la escasa ventaja que había adquirido y todo siguió igual, como si el polaco fuese una piedra pesadísima que Gama no conseguía despegar del suelo. Transcurrió media hora más de esfuerzos inútiles por ambas partes y al ver que aquello podía durar eternamente el árbitro decidió parar el combate. Como no existía la posibilidad de declarar un empate, se anunció que Zbyszko y El Gran Gama volverían a luchar el sábado siguiente y los espectadores abandonamos cabizbajos el estadio, inseguros acerca de si lo que

habíamos presenciado era un duelo entre dos colosos o un lamentable fiasco. «El próximo sábado Gama vencerá —pensaba yo—. Después de lo que hoy ha pasado, el árbitro no permitirá que Zbyszko vuelva a mostrarse tan pasivo como un árbol».

Qué equivocado estaba. Porque aquella pelea prevista para el sábado siguiente no tuvo lugar. El Gran Gama subió al cuadrilátero con su séquito y allí esperó a que Zbyszko apareciese. Sin embargo, el polaco se había marchado de Inglaterra con el pretexto de que su madre se encontraba enferma. Gama fue proclamado vencedor, recibió el dinero del desafío y un cinturón con cien guineas más de parte de la revista John Bull. De cualquier manera, fue una victoria triste, como tristes fueron los insultos que la prensa británica dedicó a Zbyszko y las cartas que este envió para defenderse desde el extranjero.

Y de pronto todo terminó. Sin previo aviso, El Gran Gama y sus compañeros hicieron las maletas y regresaron a la India, y yo me quedé sin la ilusión que me había sostenido durante unos meses. Para colmo de males, se fueron a principios del otoño, y la lluvia y los cielos grises contribuyeron a oprimir mi alma después de un verano demasiado breve. Estuve a punto de abandonar los estudios. Los domingos hacía el interminable trayecto hasta el puerto de Southampton para contemplar los barcos de pasajeros que partían en dirección al Canal de Suez y la India con la esperanza de colarme algún día en uno de ellos como polizón.

Lo que me detuvo fue imaginar la decepción de mi padre cuando supiera que había tirado a la basura el futuro que tenía planeado para mí. Yo era el único hijo varón, el depositario de sus esperanzas y sus sueños, y me faltó valor para llenar de amargura sus últimos años. De modo que me quedé en Inglaterra. Acabé mis estudios. Volví a la India con un título en Derecho y unas semanas después tu pobre abuela y yo nos casamos.

Es curioso. El país al que volví parecía tan inconmovible como Stanislaus Zbyszko cuando se puso a gatas sobre el ring. Y, no obstante, enseguida comenzó a sufrir cambios profundos, radicales. Estalló la Primera Guerra Mundial y muchos indios se preguntaban por qué debían luchar por un Imperio que les trataba como a ciudadanos de segunda clase. Para entonces Gama había disputado su ansiada revancha con Rahim Sultaniwala en Allahabad. Yo no estuve allí. A decir verdad, no supe de aquel combate hasta mucho después. Por lo tanto solo puedo repetir los comentarios de otros: Rahim Sultaniwala llegó a la arena cubierto de polvo rojo, imitando a un *raksha*, mientras lanzaba su grito de guerra «*Deen, Deen Elahi*». Pero al final

Gama se impuso y Rahim Sultaniwala tuvo que huir para evitar una humillante derrota.

Pasó el tiempo. Brahma nos bendijo con el nacimiento de tu madre y tus tíos. En 1922, el príncipe de Gales entregó a Gama una maza de plata maciza durante su visita a la India, y con ella apoyada en el hombro parecía Bhim reencarnado. Puedo enseñarte una fotografía, si quieres, y tú me dirás si estoy exagerando o no. Aquella maza supuso el reconocimiento a una superioridad incontestable; Gama se había quedado sin contrincantes en la India. Había vencido a todos sus rivales, nadie era capaz de resistir su empuje. Y durante doce años estuvo esperando a ser desafiado, quizás por un luchador principiante deseoso de demostrar que podía destronar a Gama.

Sin embargo el desafío llegó del pasado. Tras marcharse precipitadamente de Londres, Stanislaus Zbyszko había prometido enfrentarse a Gama en el Punjab. Lo que nunca pude imaginar es que esa pelea se haría realidad dieciocho años después. El maharajá de Patalia había organizado una feria comercial y, aprovechando el evento, Gama y Zbyszko volvieron a encontrarse en un estadio especialmente construido en la ocasión. ¿Que si estuve? ¡Por supuesto que estuve! Me embargaba la curiosidad por ver cómo se resolvía un duelo que había tardado dieciocho años en alcanzar su conclusión. Pero tengo que reconocer que, además de por la curiosidad, fui a Patalia empujado por la nostalgia. A medida que nos hacemos mayores añoramos más y más los años de juventud, incluso cuando nuestra juventud ha sido triste, y para mí el combate entre Gama y Zbyszko suponía regresar al verano de 1910 y a aquella soledad londinense que empezaba a recordar como una época de libertad tras convertirme en un abogado cargado de obligaciones familiares y profesionales.

Puedo contarte muchas cosas sobre los preliminares de la pelea. Que se había preparado una superficie de tierra apisonada para que luchasen al modo indio. Que había gente muy importante en el público: varios *nababs* y maharajás, *sir* Harcourt Buder, el cual se convertiría posteriormente en el gobernador de Birmania. Sobre la pelea en sí no puedo contarte tanto porque duró cuarenta segundos. De veras. Después de dieciocho años de espera, cuarenta segundos de acción. Gama consiguió agarrar el tobillo izquierdo de Zbyszko, haciendo que perdiera el equilibrio. Cuando cayó al suelo se le echó encima y, tras un corto forcejeo, los dos hombros de Zbyszko estaban en contacto con la tierra. La multitud se puso a rugir: «¡Ha ganado la India! ¡Ha ganado la India!», mientras yo aún estaba acomodándome en mi asiento.

Dicen que Zbyszko se dejó vencer. Es posible. Dicen que el maharajá de Patalia entregó a Zbyszko una gran suma de dinero para asegurar la victoria de Gama. No lo sé. Y tampoco me importa. Me sentía tan desilusionado como un niño al que le quitan el caramelo de la boca justo cuando comienza a saborearlo, aunque con el paso de las semanas me di cuenta de que esa tarde había aprendido una valiosa lección: no puedes recuperar el pasado por mucho que lo intentes. Y si por algún medio milagroso lo consiguieras, te darías cuenta de que es muy distinto a como lo recordabas.

Hay poco que añadir a la leyenda de Gama. Había cumplido cincuenta años y solo disputaría otra pelea, contra una vieja gloria de la lucha grecorromana a la que derrotó en menos de minuto y medio. Y se acabó. Había vuelto a quedarse sin adversarios y esta vez fue para siempre.

Queda por contar la última parte de la historia. Mi parte. Oh, sí, sé que ya te he hablado de los combates que presencié y el efecto que tuvieron en mí, pero me refiero a otra cosa. Me refiero a mi encuentro cara a cara con Gama.

Permíteme que dé un salto en el tiempo. Abandonemos el año 1928 para irnos a 1945, el año en el que terminó la Segunda Guerra Mundial. El año en el que los achaques del Imperio Británico se convirtieron en agonía. Aún iba a durar algo más, es cierto, pero se parecía a los pacientes que experimentan una ligera recuperación justo antes de morir. Que la victoria en la guerra no te ciegue; en 1945 el Imperio estaba enfermo, muy enfermo. Y nosotros lo sabíamos. La India lo sabía.

En junio, el virrey voló a Delhi desde Londres y allí anunció una conferencia de dirigentes indios en Simia para discutir propuestas que sirvieran para calmar la situación política. La conferencia resultó un rotundo fracaso. Los puntos de vista del Congreso y de la Liga musulmana eran irreconciliables y ese desacuerdo hizo inevitable la división de la India. Pero nosotros creíamos ingenuamente que todo se solucionaría, que los ingleses no saldrían de la India hasta que se produjera un entendimiento entre las partes. Y por lo tanto estábamos ocupados preparándonos para algo muy diferente de lo que realmente sucedió.

¿Quiénes éramos «nosotros»? Oh, un grupo de idiotas. Idealistas, si lo prefieres. Personas de clase alta que habían leído demasiado, que habían discutido demasiado, sentadas en un *charpoy* o en un sillón de bejuco, hasta llegar a conclusiones completamente equivocadas. Nos hubiera ido mejor si hubiésemos visitado los bazares para descubrir qué opinaba la gente que trabajaba o hacía sus compras sorteando los escupitajos de jugo de betel. Pero no lo hicimos. En cambio creamos comités, organizamos reuniones, dábamos

discursos en los pueblos para que los campesinos estuvieran listos para los cambios venideros. También los adultos pueden ilusionarse. Y también los adultos pueden cometer terribles errores de juicio.

Fue durante una de aquellas estúpidas giras por el Punjab, aleccionando a campesinos que solo fingían escucharnos por las rupias que les repartíamos al final, cuando el doctor Srinivasan me preguntó si yo era aficionado a la lucha india. No sé cómo lo habría averiguado. En cualquiera caso contesté que sí lo era y Srinivasan me dijo: «Pues en este pueblo vive un luchador famoso. El Gran Gama, el León del Punjab. ¿Has oído hablar de él?».

Me quedé boquiabierto. Mis compañeros se preocuparon por mí, supusieron que me había dado un ataque al corazón. Bebí un vaso de agua y se me pasó el susto. Entonces insistí en verle. Los campesinos se mostraron reticentes, pero sus excusas no me resultaron creíbles y ofrecí cincuenta rupias al que me llevase a la casa de Gama. De repente ya no miraban al suelo mascullando entre dientes; se peleaban por guiarme. Escogí a uno de ellos y me llevó a una propiedad en las afueras del pueblo. No era una casa muy grande. Bonita, bien construida, con un jardín bastante descuidado y un cobertizo en el que mugía una vaca.

El campesino entró a llamar a Gama. Yo estaba temblando de emoción. ¿Qué harías tú si tu actor favorito se presentase en la escuela para saludar a los alumnos? Aguardé. Gama no se daba prisa en salir, a pesar de que le había insistido al campesino para que le dijera que yo era uno de sus más grandes admiradores. Cuando salió lo hizo despacio, arrastrando los pies. Había renunciado al título de campeón de la India a principios de la década, tenía ya sesenta y cinco años, pero su aspecto era aún formidable. Algunos objetos repartidos por el jardín, unas mazas muy sobadas, un collar de piedra que parecía esculpido para el tesoro de un monarca legendario, indicaban que continuaba entrenándose a diario.

Se detuvo frente a mí y tuve la impresión de ser como una mosca, menos que una mosca, que se hubiese acercado a un búfalo. Llevaba un turbante blanco y las puntas de su enorme bigote estaban caídas. Había engordado, pero su pecho y sus brazos seguían siendo hercúleos. Me miró. Me miró como si se preguntase quién me creía que era para importunarle y me sentí pequeño, ridículo. Sentí que todos mis años como abogado no tenían valor, que no había hecho nada que me concediera el derecho a dirigirle la palabra. Sin embargo, extendí la mano, preparándome para recordarle los combates en Londres, los desafíos publicados por el *Health and strenght*, la pelea con Zbyszko en el Estadio Olímpico. Pero él no me estrechó la mano. Escupió al

suelo, se dio la vuelta, entró en su casa. El campesino, avergonzado, me contó que Jalaluddin, el último hijo vivo de Gama, había muerto recientemente y que la pena había provocado que el antiguo campeón perdiera la voz. Y además, añadió en un murmullo, yo era hindú.

Abandoné las giras por el campo. Olvidé la política. Pasó mucho tiempo hasta que recuperé la autoestima, y de todas formas nunca he vuelto a ser el hombre que era antes de que El Gran Gama rechazase mi saludo. Más tarde supe que perdió sus ahorros durante la Partición, que emprendió varios negocios sin ningún éxito, que murió en la miseria, habiendo empeñado las mazas de plata que ganó en sus años gloriosos.

Pero para mí murió mucho antes, aquel cinco de agosto de 1945, y con él murieron los sueños de juventud que todavía atesoraba mi corazón. Al día siguiente de nuestro fallido encuentro, una luz cegadora envolvió la ciudad de Hiroshima, en Japón. Y dos años después fue la India la que sufrió una conmoción igual de devastadora, mientras tu madre, de rodillas en la orilla del río Chenab, rezaba para que los dioses se apiadaran de ella y de todos nosotros y nos permitieran huir a la seguridad de un nuevo país que se separaba sangrientamente de otro nuevo país.

Los muros de la reforma

Concepción Perea

«*¡Vencidos van los frailes, vencidos van! Corridos van los lobos, corridos van*».

Villancico que, según leyenda popular, cantaba Julianillo Hernández camino de la hoguera.

La iglesia está enlutada, vestida para oficio de tinieblas, iluminada solo por las velas amarillas del tenebrario que se agitan movidas por el susurro de las oraciones. Las voces suenan como el arrastrar de hojas secas sobre un suelo de sal: rotas, quebradizas. Los pesados lienzos negros cubren el altar y las paredes, convirtiendo la nave en el escenario de un duelo teatral, solemne y recargado. Las naves gemelas de San Isidoro del Campo están desiertas, el coro desocupado se adivina entre sombras. Los rezos bien podrían salir del Claustro de los Muertos o de las tumbas de la familia Guzmán, pero el monje nunca ha sido supersticioso, su fe no tiene espacio para fantasmas y, aun así, tiembla al caminar hacia el altar. No le gusta la capilla, tan cargada de santos dolientes que le recuerdan las supercherías de una doctrina que ha rechazado. Él se acerca a Dios sin artificios; esta iglesia tapada debería ser más de su agrado. ¿Cuántas veces ha soñado con librar de imágenes macabras los lugares de culto? Y, sin embargo, tiembla con la lucerna en la mano, trata de descifrar los susurros que lo envuelven, avanza entre los asientos. Junto a los sepulcros le parece adivinar dos figuras que le dan la espalda, arrodilladas en actitud piadosa. Es noche cerrada, no pueden ser gentes de fuera del monasterio y se pregunta si no son tal vez un par de hermanos que, desvelados por las dudas y la culpa, han ido a rezar en secreto. Al acercarse se da cuenta de que no visten el hábito de los Jerónimos, ni tienen hechura de varón. Son dos mujeres humildemente postradas ante el altar tapado. Visten

terciopelos y bordados de otra época, ocultos los cabellos bajo sendas toquillas blancas. Pese a que no puede ver sus rostros, le evocan una extraña devoción. Como si hubiesen sentido los pasos del monje, ambas se levantan al unísono y se giran para mirarlo con ojos suplicantes, las bocas abiertas en un grito mudo. Una de ellas, con porte de dama principal, lleva las manos atadas y una expresión serena en el rostro que le otorga aura de mártir. Sus ropas empiezan a arder, se agitan faldas y enaguas movidas por las llamas que le escalan el cuerpo, desprenden la piel de la carne y lamen sus ojos. La otra se abraza a las piernas de la mujer y ambas se convierten juntas en ceniza con aroma a rosas frescas.

Casiodoro se incorpora del lecho, tembloroso y con el cuerpo cubierto de un sudor frío que ha empapado sus modestas mantas. Por un momento le parece que el interior de la celda despide un ligero a olor a quemado y siente el impulso primario de santiguarse; lo reprime apretando las manos contra el pecho mientras recuerda las palabras de San Isidoro: «La oración es propiedad del corazón, no de los labios, que Dios no atiende las palabras del que ruega, sino que mira su corazón». La pesadilla se va disipando. No hay nada que temer, los sueños son solo caprichos de la mente desatada. Últimamente no descansa bien. Quiere achacarlo a sus horas de trabajo y estudio; muchas, seguramente demasiadas, pero en el fondo sabe demasiado bien que la causa es otra, una más siniestra.

Se levanta de la cama. Aunque hace tiempo que el monasterio no toca a Laudes, en su cuerpo permanece la costumbre. Lo mejor para espantar el temor que lo acecha es buscar compañía. Algunos de sus hermanos estarán ya en la biblioteca, tal vez Cipriano de Valera ni se haya acostado, últimamente tampoco duerme mucho. La comunidad entera está inquieta, todos buscan la charla y el estudio. Todos contienen sus miedos, algunos incluso han vuelto a orar ante los altares, que cuando el miedo aprieta es difícil no refugiarse en supersticiones y mitos.

Casiodoro sale de su celda, un rincón angosto de muros desnudos en el que siempre se ha sentido en paz, y mira el cielo teñido con el añil limpio que anuncia los amaneceres. Pronto saldrá el sol y el cielo se estofará de dorado y rosa. Ya se escucha el trino madrugador de algunos pájaros, el arrullo adormecido de las palomas; el día promete ser radiante, pese a que el aire arrastra el olor empantanado del Guadalquivir, que tras la última crecida ha dejado el monasterio aislado y rodeado de lodos. El espectáculo le hace

olvidar en parte sus temores. Dios, en su infinita misericordia, sabe reconfortar a los que ven en la naturaleza un reflejo de Su gloria, de Su piedad. Este pensamiento le hace sonreír: el mundo es obra divina y, por tanto, está impregnado de bondad. Es una idea para debatir en la biblioteca junto a los hermanos, que ya andarán preparando los útiles de escribir y repasando las obras de los filósofos griegos que tanto gustan en el monasterio. Y no solo ellos; varios ejemplares del *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam, prohibidos por la iglesia, descansan junto a las obras de Luis Vives, Savonarola, Pérez de Pineda…, todas traídas desde Ginebra, bien ocultas entre pliegues de tela por Julianillo Hernández, huérfano criado entre aquellos mismos muros para ganarse luego la vida con el honrado trabajo de arriero, quien no saca nada de aquella tarea de contrabando, salvo los muchos riesgos y la felicidad de los monjes.

Encuentra a Cipriano afilando un cálamo, con el semblante serio. Es un hombre ancho de espaldas, con el pelo muy oscuro y la nariz afilada. Suele ser de sonrisa pronta y risa fácil. De hecho, sonríe al verlo acercarse y sus ojos, negros, inquisitivos, parecen leer su rostro con la misma facilidad que los libros que tanto ama.

—¿Mala noche, hermano Casiodoro?

—Mala noche. Temores sin importancia, sueños revueltos; quizás me los traen las aguas del río, que apestan tras la crecida.

—Pues serán los mismos olores que alteran a nuestro prior. Debo de tener mal olfato, porque no los siento en la manera de ustedes.

—Afortunado. ¿Qué le ocurre al prior?

—Que se castiga el cuerpo a latigazos y el alma con preguntas. Hace mucho que no sabe nada de Julianillo y, con el agua tan alta, el monasterio está aislado; no puede viajar a Sevilla. Se lo comen los nervios: ve hogueras por todas partes.

Casiodoro suspira, todos los hermanos conocen los temores que el prior García Blanco, al que algunos llaman El Maestro Blanco por su piel casi sin color y su cuerpo delicado, falto de carnes y tal vez de fuerzas, que todas las tiene reservada para su mente. Pocas hay tan claras en Sevilla; tan claras y tan atormentadas. Desde que el prior ordenase a la comunidad de monjes ignorar las normas de su regla y desatender misas de difuntos, el culto a las imágenes, los ayunos y los castigos corporales para que pudiesen consagrarse con más fervor al estudio, sufre en silencio tremendas dudas de fe, que, según se sabe, lo llevan a azotarse en la soledad de su habitación y a aplicarse cilicios, castigos que no permite dentro de aquellos muros salvo a sí mismo. «No seáis

presuntuosos, ningún castigo de la carne limpia el pecado si no hay voluntad sincera de arrepentimiento. Vuestros cuerpos son templos de Dios; que los castiguéis ni le agrada ni le sirve de nada», suele decir. Quiere evitar a otros las terribles torturas con las que intenta reconciliar su nueva fe y las viejas costumbres. Nadie mejor que él sabe que tanto dolor no sirve para nada. La suya es una penitencia personal, de sangre y lágrimas.

—Imagino que le preocupa la ausencia de Julianillo. ¿Cuánto tiempo hace que se fue a Ginebra?

—Tres meses. —Al hacer el cálculo, a Cipriano se le vuelve el rostro del color de la cera. ¿Tanto hace ya?

—Y estamos sin noticias. Si lo ha prendido la Inquisición… —Casiodoro no puede acabar la frase; un miedo atroz le cierra la boca. Las imágenes de su sueño le regresan a la memoria con una claridad pavorosa y siente que su cuerpo está destinado a las mismas llamas que devoraron a las dos mujeres.

—Algo sabríamos; si lo hubiesen prendido, alguna noticia tendríamos. ¿No es inquisidor nuestro prior? Antes de que empezasen a interrogarle, estaríamos avisados. No deberías temer, Casiodoro. Y si toca morir, moriremos como mártires.

El monje se cruza de brazos, por sujetarse el cuerpo y disimular los temblores que le vienen. No tiene ánimo de mártir, él es un estudioso. No entiende cómo puede ofenderse un cristiano de algo tan provechoso como ofrecer la palabra de Dios a todo el que quiera entenderla. Casiodoro lleva años trabajando en una traducción de la Biblia al castellano y sabe que por penas menos graves se pudre en las entrañas del castillo de San Jorge el docto Juan Gil.

—Anoche soñé con dos mujeres que ardían aquí mismo, en la capilla del monasterio. Se abrazaban en medio de las llamas y el fuego las consumía sin que ninguna dejase escapar un grito.

Cipriano sonríe al escuchar a su hermano, le ha vuelto el color al rostro y la alegría a los ojos.

—¿Ahora crees en los presagios? Tal vez deberías creer más en los recuerdos. Acompáñame, te voy a mostrar a tus damas.

Los monjes caminan hasta la iglesia en silencio, meditando cada cual sus trabajos y afanes. Casiodoro serio y sombrío; Cipriano, con el paso vivo, lo lleva hasta la segunda nave gemela, donde reposan los restos de Juan Alonso Pérez de Guzmán. Ambos monjes están familiarizados con el sobrio sepulcro del caballero, adornado con una estatua que lo representa en su descanso eterno, vestido con armadura, las manos sobre el pecho y los ojos cerrados.

La estatua lleva allí desde mucho antes de que ellos llegaran al cenobio, y seguirá allí mucho después de que dejen este mundo. Frente a esa tumba, en un sepulcro algo más alto, está el de su esposa, acompañado por una inscripción:

«AQUÍ REPOSAN LAS ZENIZAS DE DOÑA VRRACA OSSORIO DE LARA MVJER DE DON JVAN ALONSO PEREZ DE GVZMAN ILLMO SEÑOR DE SAN LVCAR. MVRIO QVEMADA EN LA ALAMEDA DE SEVILLA POR ORDEN DEL REY DON PEDRO EL CRVEL POR LE QVITAR LOS TESOROS E RIQVEZAS. TAMBIEN SE QVEMO CON ELLA PORQVE NO PELIGRASE SU HONESTIDAD LEONOR DAVALOS LEAL CRIADA SVIA. AÑO 1367».

Casiodoro piensa en cuántas veces habrá pasado ante esa lápida sin reparar en ella, con la cabeza tan llena de sus asuntos que nunca se preguntó por la historia de la desdichada dueña de aquellos restos. No puede evitar pensar que tal vez es un mal presagio. Cipriano parece adivinar sus pensamientos.

—Estás pensando en augurios y supercherías, ¿verdad? Estos días andamos todos con el ánimo inquieto; el miedo enreda la mente y nos hace ver fantasmas…

—A veces Dios habla a través de los sueños. La Biblia está llena de ejemplos.

—¿Y por qué crees que eres merecedor de un mensaje divino, Casiodoro?

La pregunta le enciende la cara. Cipriano de Valera es un hombre directo, sus razonamientos son certeros, aunque a veces los expresa de un modo brusco que a menudo lo llevan a enfrentarse a otros monjes. Con él no tiene ese problema: se conocen desde hace años, comparten trabajo, pasión por sus estudios, y está habituado a ese modo descarnado de exponer sus pensamientos. Casiodoro no se siente ofendido, sino abochornado. Sin duda, tanta inquietud le nubla el entendimiento y lleva su mente por caminos equivocados. ¿De veras ha llegado a pensar que merece algún tipo de señal de la Voluntad Divina?

—Estoy tan cansado de tener miedo… —le confiesa mientras se sienta en uno de los bancos—. Me pregunto cuándo acabará tanta incertidumbre.

El jerónimo le palmotea la espalda.

—En cuanto regrese Julianillo, como siempre. Ahora estamos rodeados de lodos y no puede subir el carro. Quizás esté ya en Sevilla, esperando que la tierra seque para traernos sus preciados libros. Textos y tratados de Alemania, de Inglaterra, ¡de Ginebra! La Nueva Jerusalén del pensamiento cristiano. Si fuese menos cobarde, me iría ahora mismo.

—¿De veras crees que Ginebra es un paraíso de la fe? También allí prenden hogueras como las nuestras, y en Alemania, y en Inglaterra… En todas partes mueren cristianos, enfrentados por la palabra de Dios. ¿No será más bien el principio del fin de los tiempos?

—Salgamos a tomar el aire —propone el hermano de Valera—. Es mejor hablar de ciertas cosas en sitios más tranquilos.

Casiodoro se da cuenta de que algunos jerónimos los observan de reojo desde el fondo de la nave. Sin duda lo han escuchado, y no es el mejor discurso para sus maltrechos ánimos. El desasosiego se pinta en sus caras, en sus ojos desencajados. Le gustaría disculparse por sus palabras, explicarles que son fruto de los mismos temores que sufren ellos, pero De Valera le tira del brazo y lo saca al Claustro de los Muertos, sembrados de sepulcros que el hermano Cipriano siempre evita pisar. Sin dejarlo parar, lo lleva hasta las balconadas de la galería superior.

Con el día recién empezado, el horizonte se recorta contra un cielo claro. Las tierras anegadas de agua parecen estar salpicadas de plata, el mismo Guadalquivir parece una larga vena plateada, como si Sevilla hubiese cubierto el agua con las riquezas que llegan desde Las Indias. A lo lejos se ven las hermosas espadañas, las torres de la ciudad que quiere ser capital del mundo.

—Sevilla, la ciudad de las imprentas, la de los altares cubiertos de oro y de esculturas vestidas con encajes de Flandes y joyas, como rameras ricas… La que se dice piadosa y oculta el olor de la carne quemada de sus herejes con incienso y azahar. Aquí preocupa más el boato que la fe. Una ciudad de vanidades poblada por la ignorancia y la mediocridad, donde no prosperan más que los aduladores de demonios bautizados, vestidos de rojo y púrpura. Sapos gordos y venenosos que no cesan de matar a sus mejores vecinos, o de ahogarlos en desprecio. Tal vez tengáis razón y no sea Ginebra una Jerusalén, pero sí estoy seguro de que contemplamos una nueva Babilonia…

—Habláis con dureza…

—Porque la amo, igual que ama un padre a una hija díscola que viste sin recato. Aunque sé que solo desea halagos y regalos. La amo pese a que se entrega a cualquiera que le traiga oro y música de guitarras. ¡Cuánto bueno se podría hacer con sus muchas virtudes! ¡Cómo reluciría si apreciara el talento tanto como aprecia sus procesiones y sus farsas!

Casiodoro contempla a Cipriano; no está acostumbrado a escucharlo hablar con tanto pesar, aunque le es familiar su vehemencia. El monje no está asustado como él, sino carcomido de hastío. No sabe muy bien qué decirle, así que se limita a asentir, pensando que tal vez lo único que les ocurre es la

carga de tantas horas de estudios sintiendo siempre los ojos de la Inquisición tras sus nucas; una carga demasiado pesada para cualquier hombre. Y los hermanos de San Isidoro, imbuidos por el mismo amor al conocimiento que su santo patrón, la llevan sobre las espaldas desde hace mucho tiempo. Aislados de todos por el temor a que su labor de reforma fuera descubierta, sabiéndose cercados y obligados al silencio. ¿Qué habría sido del autor de las Etimologías de haber nacido en aquellos años malditos?

—Por eso es importante nuestro trabajo, la traducción de las Santas Escrituras al castellano, como ya se hace en otras lenguas de Europa, para que sean entendidas por el hombre. Eso podría terminar con esta era de infiernos en la tierra y traer una nueva fraternidad, una unión entre cristianos… —dice Casiodoro sin darse cuenta de que le brota la sonrisa al pensar en la labor en la que llevan ocupados tantos años.

—Así será si Dios lo quiere. Queremos dar luz a una época de tinieblas heréticas. No hay empresa más peligrosa que arrancar al hombre de las garras de la ignorancia. Pero ninguna otra merece más la pena. Y si hay que pagar con la vida, es poco precio. —También sonríe Cipriano, reconfortado por sus propias palabras.

Bajo la brisa de la mañana, bañados por la alegre luz del día, los dos hombres se tranquilizan. Durante unos instantes ninguno de los dos dice nada, disfrutan del sol y cavilan cada cual a su forma sobre el tiempo de locos en que les ha tocado vivir en una Europa desgarrada por el cisma religioso. Están allí durante largo rato, serenando sus almas y preparándolas para su jornada de estudio en la biblioteca. Tal vez si estuvieran más pendientes de las cosas terrenas verían a la figura que se acerca con gran dificultad a través del lodazal hasta los altos muros del monasterio.

La paz dura casi hasta la hora Nona, cuando el hermano Antonio de Utrera entra en la biblioteca pisándose los hábitos y trastabillando contra los pupitres. Los monjes que están trabajando en aquel momento se alarman más por el rostro desencajado del monje que por el ruido de sus carreras y tropiezos. Necesita un momento para recuperar algo de aire y comunicarle que García Blanco desea verlo lo antes posible. Casiodoro finge calma, asiente, porque teme vacilar en la respuesta y asustar aún más a sus hermanos; deja sus útiles de escritura cuidadosamente colocados para retomar su trabajo. Intenta no darse prisa y escucha lo que el hermano Antonio les cuenta al resto de los monjes: alguien ha llegado al monasterio y ha solicitado ver al prior, al parecer los dos han hablado con gran secreto. Al oír esto, tiene la certeza de que se cierne sobre ellos algo funesto. ¿Quién se tomaría la molestia de llegar

hasta allí, atravesando pozos de légamo y lodazales, arriesgándose a dar un paso en falso en un lugar donde difícilmente se le podría prestar ayuda, si no es para dar malas nuevas?

Atraviesa el claustro. Casi toda la congregación ha dejado sus trabajos. Entre los monjes reina el desconcierto. Casiodoro se dirige a la Sala Capitular, donde el prior aún está acompañado por Cipriano de Valera y un hombre con la ropa embarrada, que reza arrodillado balanceando el cuerpo en una catarsis de agotamiento y terror. García Blanco, derrumbado sobre su silla, tarda unos instantes en darse cuenta de la entrada de Casiodoro en la sala. Es Cipriano quien toma la palabra.

—Han detenido a Julianillo. Ayer mismo entró en el Castillo de San Jorge.

—¿Cómo podemos saberlo? —pregunta espantado.

—Este hombre es de nuestra fe, trabaja en el castillo. Vio cómo entraba un hombre pequeño y jorobado al que registraron con el nombre de Julián Hernández, arriero de profesión.

Tanto tiempo ha vivido temiendo aquel momento que al escuchar la noticia se queda libre de miedos; observa al prior, con la cara empapada de lágrimas silenciosas, y a Cipriano, que parece haber encogido dentro de su hábito.

—Esta detención traerá otras —solloza García Blanco—. Y antes o después tendremos la cruz verde de la Inquisición ante nuestra puerta.

—Dios no lo permitirá… —musita Casiodoro, aunque no cree sus palabras. Dios ha permitido cosas peores.

—Debemos comunicarles esto a nuestros hermanos. —Cipriano de Valera ha recuperado su aire resuelto—. Y dejar que cada uno de nosotros decida qué hacer con su existencia. Yo no esperaré a que vengan a prenderme. Intentaré llegar a Ginebra.

—¡Pero huir será como declararnos culpables! ¡Te detendrán por los caminos!

—Para la Inquisición ya somos culpables. No dejaré que me lleven al matadero, trataré de alcanzar otras tierras donde pueda continuar con mis trabajos sin necesidad de esconderme.

—¿Qué harás tú, hermano de Reina? —le pregunta el prior.

Casiodoro no sabe qué contestar. A la cabeza le viene la imagen de las mujeres en llamas que ocupasen sus sueños la noche antes.

—Doña Urraca Osorio… —murmura como un demente.

El prior y Cipriano lo miran preguntándose si no habrá perdido el seso.

—¿Conoces su historia, Casiodoro? —le pregunta el abad, quizás tratando de atraer de nuevo su atención hasta este mundo—. El hijo de Doña Urraca era Juan Alonso Pérez de Guzmán, que se levantó en rebeldía contra Pedro I de Castilla. Cuando el rey entró en la ciudad tuvo que huir a matacaballo, y su madre se dejó prender para que su hijo tuviese la oportunidad de ponerse a salvo. La crónica dice que el rey la torturó cruelmente, pero ella era mujer de gran voluntad y no se doblegó ante él porque no lo consideraba su señor. La mandaron quemar, a la vista de todos, como escarmiento para otros nobles. Dicen que fue una madre valerosa que murió por proteger el honor y la vida de su hijo.

Casiodoro de Reina no conocía ese relato, pero le hace pensar que la historia de su ciudad está plagada de malas obras, de hogueras, de gobernantes crueles. Esa certeza disipa sus dudas.

—Debemos avisar a nuestros hermanos. Muchos de ellos son inocentes, no han de temer nada. —Estas palabras son las primeras en mucho tiempo que son fruto de una absoluta certeza.

—Yo ya he decidido —dice García Blanco. Se ha secado las lágrimas y su voz tiene de nuevo ese tono sereno con el que suele leer en los oficios—. Vosotros sois mis hijos y a vosotros me debo. Me quedaré, no esconderé mi fe si la Inquisición llama a esta puerta, y trataré de salvar a cuantos pueda.

Los monjes miran emocionados al prior, le besan las manos y lo abrazan como si realmente fuese su padre. Los tres rezan juntos, quizás por última vez. Cada uno ha decidido su destino. Incluido Casiodoro.

El monje regresa a la biblioteca mientras Cipriano pide a todos los hermanos que se dirijan al refectorio. Contempla sus notas, sus cuadernos… Tendrá que llevar sobre la espalda un bulto pesado para un camino que deberá hacer a pie. Pesado y peligroso; si lo detienen con esos documentos encima quedará condenado de inmediato. Pero toda gran tarea requiere sacrificio y esfuerzo, es poco si lo compara con los días que esperan a García Blanco. A solas, sobre sus hojas manuscritas, Casiodoro de Reina llora hasta que deja de ver las letras sobre las páginas.

Escribirá una biblia en castellano, una obra buena, lo hará en Ginebra, en Alemania o en las puertas del infierno. La escribirá y la palabra de Dios llegará a todas las tierras del imperio para salvar de las cenizas del olvido la memoria del monasterio de San Isidoro del Campo y recordarle a todos que Sevilla, la más católica de las ciudades, fue también corazón de la reforma.

Dos nombres de mujer

Sebastián Roa

«El valor y la cobardía no se pueden estudiar en tiempos de paz».

Yamamoto Tsunetomo
Hagakure, el camino del samurai

祖国

Caminaban hacia la muerte con una sonrisa en los labios.

Satsuke los observaba mientras desfilaban envarados, con las bandas blancas alrededor de la cabeza. De cerca, el gesto risueño parecía más una mueca de terror. Cargaban con las muñecas de trapo que las niñas de Narimasu les habían cosido. Y con fotos que sus admiradoras les enviaban desde sus pueblos. Con cartas de sus padres y de sus hermanos. Cruzaban el aeródromo hacia la pista con su cancelado futuro a cuestas. Acarreando los años que ya no vivirían. Con los besos que nadie les daría. Con los hijos que jamás tendrían. Temblaban, pero era 3 de diciembre y hacía frío, así que resultaba fácil engañarse y pensar que el miedo no era la causa.

La idea era que no regresaran, así sus fotos se publicarían en los periódicos del día siguiente. Sus nombres se difundirían en circulares del ejército, se rezaría por ellos en los santuarios y se convertirían en dioses oficiales.

Eso tenía gracia. Aquellos chavales, simples mortales sobrecogidos hoy, gozarían de rango divino en unas horas.

—Me dan envidia —dijo Masao.

Era teniente, igual que Satsuke. Masao Okuda. Aunque nadie lo llamaba por su nombre, sino por su apodo: *Sobrino*. Se lo habían puesto porque su tío, el mayor Okuda, era el jefe de su *sentai*.

—Yo no los envidio. Van a morir.

Satsuke lo había dicho en voz baja, claro. No era honorable deslucir la misión especial de aquellos chicos. «Misión especial». El eufemismo con el que se llamaba a los ataques suicidas. Hasta el nombre de su escuadrón era una burla. «*Shinten Sekutai*». «Sombra Celestial». Las cabezas pensantes del ejército eran así: tan cabrones como poéticos.

El *Shinten Sekutai* estaba formado por voluntarios. La unidad se había estrenado el mes anterior como penúltimo recurso para derribar a los enormes bombarderos yanquis, y un montón de muchachos de la escuela secundaria de aviación se habían apuntado a toda prisa, acuciados por su propio entusiasmo ciego y por el deseo de honrar a sus familias. El mayor de ellos no superaba en mucho los dieciocho años, y eso lo hacía más triste. Aunque peor era pensar que, en realidad, casi ninguno deseaba morir.

Sí, por todo Japón triunfaba la versión oficial, esa que hablaba del enorme valor de los kamikazes. La gente los suponía impacientes en espera de su única misión. Contentos al brindar con sake la noche anterior, reunidos en torno a su jefe de escuadrón, cada uno de ellos alardeando de que sería el primero en lanzarse contra el enemigo. Firmes, seguros mientras se ataban la banda blanca en la frente. Templados cuando escribían su última carta a la familia, sonrientes al despedirse de los compañeros antes de trepar a la carlinga.

Mentira. Toda una burda y cruel mentira para ocultar una verdad tan pavorosa como poco patriótica. Satsuke había leído esa verdad en las miradas de los chicos del *Shinten Sekutai* que ya habían cumplido con su destino. Igual que leía ahora en la siguiente hornada de proyectiles humanos. En los ojos húmedos, en los músculos marcados bajo la barbilla. En el leve temblor de las manos que sostenían las muñecas de trapo. En las cabezas que, de continuo, se volvían para mirar por última vez atrás. Como si así pudieran anclarse a la vida. O como si esperaran que un oficial llegara corriendo y agitara una contraorden del Estado Mayor. Y les ordenara a gritos abortar la misión, y les dijera que aquello era absurdo. Que podían vivir.

Satsuke se fijó en Sobrino y vio que él no advertía la verdad. Tal vez fuera mejor, porque la ignorancia te protege del horror ajeno casi tan bien como del propio. Sí, Sobrino realmente admiraba a esos chiquillos. Y aún admiraba más al hombre que había encendido la mecha de las misiones especiales.

Se trataba de un piloto naval llamado Sakamoto. Sakamoto volaba en un *Zero*. Un buen caza, pero no tanto como para evitar que los bombarderos B-29 se internaran una y otra vez sobre la Madre Patria y escupieran sus bombas. Un día, en pleno combate, Sakamoto dejó de disparar sus armas. Frustrado, con la munición agotada o tal vez loco de impotencia, metió gases y su *Zero* voló directo hacia uno de los grandes aparatos yanquis. Ambos cayeron envueltos en llamas.

El concepto no era nuevo, desde luego: Japón enviaba pilotos suicidas a diario hacia los buques enemigos. Pero embestir en vuelo a otro avión consistía en una innovación que había puesto a funcionar los cerebros del Estado Mayor.

Aquella aberración no entraba en los planes de Satsuke. Ni siquiera se había alistado por propia voluntad en el ejército. Lo habían llamado a filas en el cuarenta y tres, cuando la Madre Patria ya no podía permitirse que los jóvenes más brillantes del país malgastaran su tiempo en la universidad. Lo arrancaron de su clase de física y lo convirtieron en oficial. Como demostró una pericia fuera de serie, lo asignaron al *sentai* 47 y le dieron un caza de altas prestaciones, capaz de elevarse a la altura a la que volaban los B-29. Un Nakajima KI-84. Nombre clave: *Hayate*. Vendaval. Lo único que los japoneses podían oponer a las terribles superfortalezas volantes de los yanquis.

Pero lo peor no era que Japón hubiera arrebatado a Satsuke sus estudios y su tranquilidad. Ni que lo pusiera en primera línea de un combate del que muy pocos regresaban. Lo peor era que había tenido que dejar atrás a Kumiko.

Kumiko. Ojos inocentes, cabellera interminable, labios audaces, largos silencios.

Kumiko trabajaba en una enorme factoría de su ciudad, muy lejos del aeródromo de Narimasu. Fabricaba bujías de encendido para los cazas de la Madre Patria. Tal vez alguna pieza del KI-84 de Satsuke hubiera pasado por las manos de Kumiko. Por sus dedos largos y delicados. ¿Una broma del destino?

—¿En qué piensas? —le preguntó Sobrino.

El teniente Satsuke volvió a la realidad. Los muchachos del *Shinten Sekutai* saludaban desde sus carlingas y se disponían a despegar. Había que interceptar otra de aquellas oleadas interminables de B-29 que venían a arrasar la cercana Tokio. Había que pilotar los cazas hacia los bombarderos antes de que vomitaran su lluvia de fuego. Había que estrellarse contra ellos. Había que morir.

—Pienso en mi patria.

愛

Fue glorioso. Eso dijeron los diarios, los comunicados oficiales y Sobrino.

Los chicos del *Shinten Sekutai* interceptaron a ochenta B-29 justo cuando estos se disponían a abrir sus panzas para soltar su carga incendiaria. También acudieron cazas de otros *sentai*, pilotos normales que jugaban al gato y al ratón con los bombarderos. Solo que los aviadores yanquis no debían de tener claro que eran ratones, porque se comportaban como gatos muy, muy grandes, con uñas muy, muy afiladas. Las ametralladoras de sus torretas escupían fuego y derribaban los pocos aviones japoneses que lograban trepar hasta la altura de diez mil metros a la que volaban las superfortalezas.

Tres B-29 fueron abatidos por ataques kamikazes, aunque todos los chicos de la Sombra Celestial cumplieron su misión y murieron por la Madre Patria. En el aeródromo de Narimasu, la siguiente promoción de entusiastas suicidas pasó a ocupar los barracones de los nuevos dioses nacionales. Y en cada lejano hogar, los padres, novias, hermanos y amigos de aquellos muchachos muertos pudieron sentirse orgullosos de ellos. Enmarcaron sus fotografías para colocarlas en un lugar de honor, acudieron a los rezos colectivos, recibieron la admiración de vecinos y autoridades. Y reprimieron las lágrimas porque no se concebía un privilegio más alto que inmolarse por la patria.

Cuando terminó la celebración del heroísmo en la base, Sobrino invitó a Satsuke a acompañarlo en un corto viaje. Su tío, el mayor Okuda, le había conseguido un transporte para ver uno de los B-29 derribados por el *Shinten Sekutai*. El piloto yanqui, con el timón destrozado por el impacto suicida, se había visto obligado a hacer un aterrizaje forzoso a veinte kilómetros de Tokio. Media tripulación había muerto y la otra media estaba ya encerrada, y ahora la superfortaleza humeaba en un campo de arroz.

Satsuke observó de cerca el bombardero, impresionado por su tamaño descomunal. Las cuatro enormes góndolas para los motores, las torretas con las ametralladoras del 12,70 repartidas por todo el fuselaje y los cañones de veinte milímetros en la cola… Algo llamó su atención por encima de toda la monstruosidad metálica dedicada a la destrucción y a la muerte. En la proa, junto a la cabina, alguien había pintado una hermosa mujer casi desnuda. El dibujo estaba ennegrecido, pero aún podía verse su sonrisa pícara mientras

cabalgaba sobre una bomba. Había una leyenda bajo las piernas largas y rematadas en zapatos de tacón. Satsuke se esforzó por descifrar la caligrafía occidental. *Kate la insaciable*. Eso ponía.

—Los yanquis son frívolos como putas. —Sobrino señaló a la descarada Kate—. Y esa es otra ramera occidental, seguro.

—Tal vez sea una actriz americana. —Satsuke deslizó la mano por el fuselaje—. O la novia del piloto. A mí no me parece tan mal.

—Eres raro, amigo. ¿Dejarías que todos pudiéramos ver a tu novia desnuda, pintada en tu caza?

No contestó. Se quedó allí, contemplando las formas amplias de Kate y fantaseando con decorar su KI-84. Las normas lo impedían, pero de todos modos tampoco quería lucir a Kumiko así, sin ropa. Ni siquiera vestida. Solamente escribir su nombre. Con trazos largos que pudieran verse desde lejos. Soñó despierto. Se vio pilotando su caza en un día soleado, sobrevolando su ciudad. Pasaría sobre la fábrica de Kumiko y ella, como todos los demás trabajadores, saldría a agitar la mano para saludarle. Y leería en el fuselaje verde del vendaval. Sobrino lo sacó de su visión:

—Mira el timón partido por la mitad. Hacen falta valor y mucha práctica para acertar en pleno vuelo así.

Lo de la práctica no era cierto. Los críos del *Shinten Sekutai* apenas tenían instrucción militar, y mucho menos experiencia en combate. Al principio de la locura, la Madre Patria había cometido el error de enviar a sus mejores pilotos en ataques kamikazes, pero pronto se dio cuenta de que aquello no era una inversión rentable. La política de las misiones especiales cambió y eso, con toda probabilidad, salvó la vida de Satsuke.

¿O habría desobedecido él la orden de estrellarse a conciencia contra un B-29 o un portaaviones enemigo? ¿Habría podido asumir que el sacrificio era su deber? ¿Que no importaba que la guerra fuera ya imposible de ganar? ¿Que jamás volvería a ver a Kumiko?

En algo tenía razón Sobrino, y era en el valor que hacía falta para inmolarse por la Madre Patria. Así pues, ¿era Satsuke un cobarde?

友情

1944 terminó y los bombardeos se recrudecieron. Los B-29 venían en oleadas cada vez mayores, y Japón se quedaba sin cazas para combatirlos. Todos

sabían que la invasión por tierra llegaría. Que la guerra se metería en los hogares, y que sus padres, hermanos, esposas e hijos serían humillados y exterminados, Pero nadie asumía la derrota. Eso era traición.

Los yanquis se volvieron más confiados. La mayor parte de las incursiones no encontraban oposición, así que despojaron a sus bombarderos de torretas para reducir peso. Salvo por los cañones de popa, los B-29 se paseaban desarmados por el cielo japonés. El Estado Mayor, en un intento por racionalizar sus recursos, recomendó que no se interceptara a las superfortalezas solitarias que llegaban en misiones de reconocimiento. Un solo avión enemigo no merecía el esfuerzo y, además, los yanquis soban enviar inofensivos señuelos en gran cantidad para distraer a las fuerzas de defensa. El combustible, la munición y los sacrificios debían dirigirse a las oleadas de ataque, que reunían siempre a grupos enormes de bombarderos. Se cumplió, pero ni de esa forma se conseguía dar abasto. En un último intento por atajar el coladero en el que se había convertido la Madre Patria, muchos escuadrones abandonaron sus bases en China, Filipinas, Sumatra o Malasia, y fueron destinados a la defensa nacional. Así que hubo movimiento y, en julio, el *sentai* 47 se trasladó desde Narimasu hasta Ozuki. Supuso una tremenda alegría para Satsuke, pues ahora se hallaba a poco más de cien kilómetros de su ciudad natal, donde vivía y trabajaba Kumiko. Incluso pudo ir a visitarla durante un par de permisos. Y en cierta ocasión, tras una salida de intercepción frustrada, su escuadrilla sobrevoló la fábrica. Satsuke la vio desde arriba, con las chimeneas humeantes. Los operarios, puntos oscuros allá abajo, salieron en tropel para vitorear a los pilotos. ¿Estaría también Kumiko? Alabeó su KI-84 para devolver el saludo. Se maldijo por no haberse atrevido a escribir en el fuselaje, así que tomó la decisión.

Al día siguiente, mientras dibujaba líneas furtivas con pintura amarilla, Sobrino salió de patrulla aérea. Una misión rutinaria que se topó con una sorpresa. Su escuadrilla divisó una nube metálica a gran altura y ascendió para interceptarla. El combate se libró en los cielos de Kure. Los B-29 disparaban sus cañones de popa mientras mil toneladas de bombas incendiarias se desparramaban sobre la pequeña ciudad. Sobrino agotó la munición y, rabioso por la catástrofe ardiente de abajo, enfiló su caza contra la superfortaleza más cercana.

Fue Satsuke quien, por petición del mayor Okura, escribió a los padres de Sobrino para comunicarles su heroica muerte. Su amigo no pertenecía al *Shinten Sekutai*, así que no se había despedido. Satsuke les contó que

derrochaba valor. Que ansiaba defender la patria. Que ahora su hijo era un dios nacional y que no existía mayor honor que dar la vida por Japón.

Satsuke lloró con cada mentira. Valor, patria, honor. No podía decirles la verdad. Que aquel sacrificio había sido inútil porque la guerra estaba perdida. Que, de hecho, lo mejor sería acabar cuanto antes. Rendirse y renunciar al orgullo. Regresar a casa. Abrazar a Kumiko. Besarla. Vivir.

Aquella noche se emborrachó en la cantina junto con los críos de la Sombra Celestial. Volvió a llorar, pero esta vez de remordimiento. Porque traicionaba a su país y traicionaba a su amigo.

—¡Por la Patria! —balbuceó un piloto suicida antes de apurar el enésimo sake.

—¡Sí! —respondió otro, un chaval de no más de diecisiete años con los ojos tan rojos como el Hinomaru, el sagrado disco solar que engalanaba todos los cazas japoneses—. ¡Y por el emperador! ¡Mañana, nuestros aviones trazarán estelas de muerte en el cielo! ¡Por Japón! ¡Por la patria!

Satsuke apretaba los dientes. Las estelas que él trazaba formaban un nombre de mujer. Y un nombre de mujer era también lo que adornaba aquel bombardero enemigo derribado sobre Tokio. De pronto se sentía más cercano a los yanquis que a esos crios borrachos que disimulaban su miedo a desintegrarse entre fuego y hierro. Pero tuvo que responder al brindis:

—¡Por la Patria!

Y bebió por Kumiko.

死

Aquella mañana sonaron las alarmas, como tantas otras veces. Los pilotos del *sentai* 47 corrieron a sus aviones y se dispusieron a interceptar al enemigo. Uno tras otro, los KI-84 carretearon por la pista y se lanzaron al cielo japonés. Pero cuando llegó el turno de Satsuke, falló una bujía de encendido. Los mecánicos pudieron arreglar el problema, aunque salió del aeródromo con media hora de retraso. Se dirigió al norte, rumbo a la posición que había indicado la alerta temprana, pero sus compañeros no aparecieron.

Satsuke voló en solitario. Y por primera vez en mucho tiempo se deleitó en ello. En el sol mañanero, en el cielo limpio de nubes, en las manchas verdes de abajo, en las cintas azules de los ríos. En el futuro que, después de tanto miedo y tanto sufrimiento, se había ganado el derecho a disfrutar con

Kumiko. Tenía gracia. La pieza que había fallado en su caza era precisamente de las que ella fabricaba. Satsuke sonrió. Ahora terna que regresar a su base. Miró ante él. Lejanas columnas de humo se elevaban perezosas desde las chimeneas. Consultó su reloj: era la hora en la que Kumiko entraba a trabajar.

—¿Por qué no? —se dijo.

Sobrevolaría la fábrica a ras de los tejados, y esta vez se aseguraría de que el nombre de su amor se viera bien desde abajo. Su sonrisa se ensanchó. Metió gases y se dispuso a perder altura.

Satsuke entrevió el destello, plateado. Arriba, lejos, muy alto. Apenas había sido un instante. Quizás el destino había cambiado de idea y se tratara de su escuadrilla. Tiró de la palanca para ascender. Aquello, lo que fuese, brilló de nuevo. Un par de puntos más destacaron contra el azul, muy separados entre sí. Se hicieron más grandes. Y más. Mucho más. Tres aviones que volaban al límite de altura. Sin escolta.

Se estremeció. Eran bombarderos norteamericanos, aunque estaban demasiado alejados entre sí para darse protección. ¿Por qué? No podía ser una oleada de ataque. De haberlo sido, los B-29 entrarían en grupos de cincuenta, setenta, cien aparatos. Todos muy próximos para resguardarse mutuamente. ¿Qué era, pues, aquello? ¿Pilotos perdidos? ¿Una misión de reconocimiento? ¿Señuelos en maniobra de distracción?

Satsuke se estabilizó a casi diez kilómetros de altura y movió la palanca con suavidad. Escogió el B-29 que volaba en cabeza. Lo fijó en su colimador y alabeó para evitar al artillero de cola. Acarició el disparador, entornó los ojos. El armazón plateado de la superfortaleza pasó ante su carlinga y, maldita suerte, distinguió la mirada aterrada del piloto yanqui.

Satsuke no disparó. Sus ojos se habían clavado por un instante en las palabras que adornaban el fuselaje metálico del bombardero. Se deslizó bajo el vientre del B-29 y picó para cobrar velocidad antes de enfilar otra vez al enemigo. ¿Qué ponía allí? ¿El nombre de la madre del piloto? ¿Su esposa? Sí. Seguro que se trataba de una mujer. Imaginó a una Kumiko americana aguardando a su Satsuke en alguna distante ciudad yanqui. Completó su medio tonel y encaró de nuevo a la superfortaleza. Se obligó a pensar en Sobrino, que ahora era cenizas y recuerdo. ¿Qué importaba el nombre de una desconocida? Sabía que debía derribar al bombardero. Era su obligación, con esposa o sin ella. La figura plateada volvió a agrandarse ante la carlinga. Allí estaban otra vez las dichosas palabras. Esta vez, Satsuke pudo leerlas. ¿Lloraría la Kumiko yanqui cuando le contaran que su marido había muerto sobre tierra enemiga? El índice de Satsuke se apartó del disparador. Ni

siquiera había centrado a su objetivo en el colimador. Aquello no iba a cambiar el curso de la guerra después de todo, ¿verdad? Nadie tenía por qué saberlo jamás. Satsuke voló en paralelo con el B-29 durante unos segundos. Tan cerca que volvió a ver el rostro pálido del piloto. En un gesto instintivo, señaló el nombre de Kumiko pintado bajo la carlinga.

«Me espera abajo —pensó Satsuke—, igual que a ti te espera ella».

Tiró de la palanca y el caza viró para regresar.

Dejó atrás los aviones solitarios y la ciudad. No. No lo contaría a nadie. Este secreto quedaría para él y para el yanqui. Y no lo olvidaría jamás. Ah, el destino. Tal vez un día, cuando la guerra terminara y el americano volviera a casa, se lo confesaría a su esposa. Le diría que un aviador japonés no quiso derribarlo, y recordaría cuál era la palabra escrita en su caza:

Kumiko.

Satsuke sonrió. El destino unía dos nombres de mujer. Cambió de opinión y pensó que le contaría lo ocurrido a su amor. Sí, en el siguiente permiso viajaría a Hiroshima para decirle qué nombre lucía el fuselaje de ese bombardero. Enola Gay.

El acantilado de la luz

Magdalena Lasala

Ven, también ahora, y de amargas penas líbrame,
otorga lo que mi alma ver cumplido ansia,
y en esta guerra, sé mi aliada.

«Himnos a Afrodita», Safo.
Lesbos, Grecia, siglo VI a. C.

Rechacé la carta.

El sol furioso del mediodía competía ante mis ojos con el azul soberbio que Poseidón exhibía sobre aquel mar. Pero pude distinguir la sonrisa que estiraba sutilmente la boca de Safo, mi maestra y señora, la más sabia entre las sabias y elegida de Dionisios, el mago y oculto hacedor de los regresos.

Ella decidió mi nombre para siempre: Aedea, «voz». Así se llamaba una de las tres Musas inspiradoras del saber humano a las que Safo rendía veneración en el templo de Mitilene de Lesbos como sacerdotisa de sus misterios, y al nacer me otorgó su nombre como muestra de su amor por mí.

Safo guardó la tabla de cera recubierta de barniz en el cofre de plata, protegiéndola de la ardiente luz.

—Sea como tú quieras —dijo dulcemente, acariciando el maravilloso repujado del metal con sus dedos—. Vendrás a pedírmelo y yo estaré esperando tu sacrificio por mí.

Me arrodillé ante ella, sin poder contener mis lágrimas.

—Tú, la más grande de las diosas mortales, tú, mi señora Safo, la elegida por la luz del conocimiento de Dionisios, tú, a la que envidia la propia Cibeles

y Afrodita llama hermana, me pides que custodie la confesión de tu dolor, el reconocimiento de tu debilidad… ¡Apiádate de mí, te lo ruego!

Pero Safo no dijo más y se retiró a su aposento para guardar su legado, esa carta con la que yo no me quería enfrentar. Regresó para ver atardecer sobre la línea del horizonte y cubrió mis hombros con un manto de la lana ligera tejida en nuestro santuario, al que no volveríamos. Sollocé todavía refugiada en su abrazo, pero su mano rodeando el óvalo de mi cara me obligó a que mirara el sol de fuego que se entregaba lentamente al silencio azul del horizonte, inundándonos con su luz.

—El sol rojo… —murmuró Safo—, el único al que Poseidón, con toda su furia, envidia sin poderlo remediar.

En mi desesperación por ella, no me importaban ya los dioses ni sus emociones humanas. Safo había emprendido aquel viaje hacia Léucade, en el mar de los jonios al otro lado de Grecia, buscando un imposible, y yo me había impuesto la tarea de conseguir que renunciara a su empeño. También un deseo imposible…

—¿Por qué has preferido hacer toda la travesía por mar? —pregunté, aunque presentía que era por Poseidón, ese al que no había podido vencer.

—Sigo el rastro de los dioses que inspiran mi conocimiento.

Ella misma había dibujado la ruta desde Lesbos bordeando la costa del sur de Grecia y había indicado al capitán de la nave los puertos elegidos para hacer las escalas, lugares que albergaban los templos en los que Safo rendiría ofrenda para su propósito:

Sunion, el primero, para ofrendar a Poseidón en honor del mar al que Safo amaba desde su infancia, pero también porque el mar era la morada de ese hombre deseado y doloroso cuyo nombre le ahogaba la garganta; Citera, cuna y hogar de Afrodita, su maestra y cómplice en la ciencia del amor, de la que Safo con su extraordinaria inteligencia había hecho su camino y su existencia; y Keri, en la isla de Zazintho, donde Dionisios regía la mayor y más bella escuela de ménades iniciadas en sus misterios, y a quien Safo invocaba desde su desesperación. En su templo bajo tierra haría los votos para su aprendizaje del más allá.

Intenté preguntarle otras cosas que ya sabía, solo por extraviarla de sus propios pensamientos de los que yo sentía tantos celos como temor, pero Safo posó dos dedos en mis labios y me obligó a mirar de nuevo hacia el sol inconmensurable. Suspiré y quedé en silencio. El mar estaba calmado y extendido como un amante sobre el lecho después de la pasión. También el semblante de Safo parecía en paz. La belleza de ese atardecer sobre la línea

del horizonte quemando mis ojos, con mi cabeza reposando en el pecho de Safo, mi señora, mi madre, sería ya para siempre un recuerdo imborrable en mi corazón.

No me rendiré.

Cada verso es por ti. Como fue siempre aunque neguemos ahora que hubo otra vida. Afrodita está junto a mí, ella me alienta en la batalla de amor que tú me exiges. Quizá pierda otra vez. Pero mi diosa guía mi carro, oye mi voz y toma mi ruego encendido como suyo. Ella me mostrará el secreto para conseguir el tuyo, cumplirá su promesa: querrás besar mi boca. Y entonces seré yo la esquiva, la orilla conquistada, la ganada en la batalla.

Los versos de Safo venían a mi mente con vida propia, con voz propia.

Sí, yo había nacido para poner canto y voz a la maravilla de Safo, la gran poeta que Dionisios eligió para ser inmortal, y desde los cuatro años mi garganta era cauce para esos poemas de amor que brotaban del cálamo de ella. Me otorgó un nombre que me distinguía de las otras y que me ponía a su derecha, Aedea, la destinada al canto, su voz, me decía siendo tan niña que no sabía leer ni escribir todavía y solo podía memorizar sus versos tal como ella me los transmitía, con su ritmo puro, sosteniendo la sílaba inicial con el aliento y cabalgando con el hálito final sobre la siguiente, una sílaba corta que servía de impulso para el verso completo. Esa sílaba como una adivinanza de su alma entregada a amar.

Juré servirla con mi voz y con mi vida, me enseñó a comprender los mensajes ocultos que escribía en sus poemas y aprendí a amarla en mi canto. Era mi privilegio. Por eso conocí antes que nadie su secreto y me hizo jurar que no lo revelaría a nadie.

Tendré que convocarte a mi deseo.

Tendré que pedirte lo que no puedes darme. Sé que lo sabes. Que no podrás evitarlo. Igual quejo no podré evitar tu silencio blando y sereno. Tendré que llamar en tu cristal irrompible y abracar su extensa superficie transparente dejando en ella mis lágrimas, mientras tú las miras. Y volveré a levantarme intentando seguir sobreviviendo sin ti. Necesito tu boca y tus celos. No me dejes ir. No otra vez.

Era todavía una niña cuando acompañé a mi amada Safo en su exilio en Siracusa. Ella era una mujer hermosa que se había negado al matrimonio pero

ejercía de maestra de las niñas y jóvenes destinadas a ser esposas. Su imagen enhiesta junto al palo mayor en el puente de mando de la nave, dejando atrás su amada Lesbos, nos impresionó a todos los que habíamos emprendido aquel viaje con ella, sus hermanos imberbes todavía, sus tías ancianas, la madre de su madre muerta en las revueltas de Mitilene, su ciudad, cuando se declaró la guerra civil entre los clanes aristocráticos que se disputaban los favores de los persas conquistadores. Su padre había aceptado el exilio de su familia a cambio de mantener la propiedad de su palacio y el derecho a seguir perteneciendo al consejo de la ciudad, aunque fuera un cargo mínimo en relación con el poder que había ostentado hasta entonces por el favor del rey Creso de Lidia, ya derrotado. Pero si él no demostraba lealtad al nuevo gobierno designado por los persas, su familia no podría volver nunca a Lesbos.

Safo fue obligada a abandonar el templo de las sacerdotisas *thiasos*, y me eligió a mí para que la acompañara. Las demás muchachas, sus hijas y hermanas en las ciencias del saber, como ella nos había enseñado a considerarnos, lloraban amargamente por la desgracia de la suma maestra al ser exiliada; en mi interior sabía que lloraban por no ser ellas las elegidas para estar a su lado en ese viaje hasta Siracusa. Un tortuoso viaje de más de cuarenta días en pleno invierno sin poder pisar tierra, ni siquiera cuando el barco atracó en Creta, la única estación para reponer víveres que estaba permitida en aquella travesía, durante la que Safo no podía reprimir la rabia contra su padre y la tristeza de saber muerta a su madre.

Dos años después regresaríamos a nuestra amada Lesbos. Su padre había conseguido ganarse el respeto de los nuevos gobernantes de la capital, pero Safo renegó de él y reclamó su independencia, como sacerdotisa de Afrodita y maestra en los misterios de Dionisios, y con su herencia personal instituyó la Casa de las Servidoras de las Musas, cuyas tres efigies presidían los tres arcos de acceso al templo: Meletea, la inspiración, Mnemea, la mente, y Aedea, la voz, las tres gracias que asisten en su sacerdocio al poeta, el vate, el que ve más allá.

—Sé que estás pensando en aquella travesía hacia Siracusa. —Safo la poeta, capaz de ver más allá del alma y de las cosas, Safo la elegida…

Había roto el silencio cuando el fuego solar ya se había sumergido en la lejanía desapareciendo en sus entrañas azules.

—Pero este mar no es aquel mar —añadió con voz de otro mundo.

—Han pasado veinte años, maestra… —dije trémulamente—, tampoco nosotras somos las mismas. Sin embargo, gustosamente volvería atrás si con ello pudiese evitarte…

—¿Lo inevitable…? —me interrumpió, con una sonrisa.

—¿Por qué ha de ser inevitable? Afrodita no te lo ha ordenado, mi señora; aunque sea ella tu inspiración, pero no te lo ha ordenado.

Ella no ordena nada, es cierto, y esa es su grandeza. Ella me indica el camino y solo es decisión mía seguirlo.

—¿Y qué piensas encontrar, Safo? —pregunté dolorida—. ¿Esperas encontrar la calma?, ¿o más amor todavía?, ¿quizá esperas encontrarle a él?

—A él ya le encontré, Aedea.

¿Qué voz pondrá nombre a esta nada de aguardarte?

¿Qué habrá detrás de todo el tiempo sobrevivido a tu espera? ¿Cómo sabré que ha acabado, cómo sabré que has llegado, cómo te veré? ¿Cómo sabré comentar la vida que me aguarda, ella me reconocerá a mí? ¿Me guardará rencor?

Safo proclamaba a Faón en sus versos y sus cantos, en él se habían reunido su vida y su muerte. Sí, había encontrado la razón de su existencia y su destino, el camino al supremo conocimiento que trae el total amor, la consciencia más completa detrás de la que ya solo hay luz y el único deseo es la muerte a los sentidos de esta vida. Para ella esa luz era Faón, y toda la intensidad de ese amor que sentía era el destino que Afrodita le había elegido para alcanzar el sumo saber.

Veinte años después, Faón seguía siendo tan bello como el primer día que apareció en nuestra Casa de las Servidoras de las Musas acompañando los regalos enviados para Safo desde el templo más antiguo de los consagrados en el Egeo al poder natural del mar, que se alzaba en el extremo de la isla de Lesbos. Faón era un joven novicio en los misterios de Poseidón y un hábil batelero que comunicaba entre sí a los templos de la costa sur de Lesbos transportando correos, mercancías o viajeros; había llegado a ser muy querido para Poseidón, uno de los dioses supremos de las fuerzas de la naturaleza, pues todos decían que cuando Faón salía con su barco al mar, el dios se complacía en su belleza y se calmaba, alejando tormentas y haciéndole amable la travesía. Faón estaba comprometido con una de las nereidas

dedicadas a las procesiones marinas en el templo del dios, pero se enamoró perdidamente de Safo en el mismo instante en que la vio ofrendando a Afrodita, apenas cubierta con un velo plateado que dejaba traslucir su maravilloso cuerpo, y quiso recibir sus enseñanzas sabiéndola heredera de ella, Afrodita, la otra diosa madre de las fuerzas naturales de la tierra, la señora por quien las flores brotan, los corazones se buscan y la vida se yergue para cumplir con su destino: nacer, vivir, morir y renacer.

Safo lo veía cada día, devotamente pendiente de sus palabras, de sus movimientos, de ella; devota y humildemente entregado a un deseo imposible como era Safo para él, porque Faón había ya firmado su compromiso para pertenecer a una servidora de Poseidón, y tendría que cumplirlo.

Pero fue ese silencio pertinaz de su boca lo que sacudió a Safo como una llamada fatal de su destino a la que ella despertó. Sus miradas se cruzaron y él no apartó sus ojos, haciéndola temblar a ella. Sus almas se reconocieron ensambladas la una con la otra más allá del tiempo y de la vida, y se amaron en secreto a pesar de los compromisos y los imposibles, y no lo pudieron evitar, porque Afrodita así lo había ordenado.

Descansa mi alma en ti.

Descanso en tu distancia. Amo anhelarte. Partir para buscarte cada uno de los días del resto de mi vida. Esperarte en este vilo de mi carne viva. Amo esta cara de la moneda. Me llama como si la eternidad fuera posible.

Los matices rosados derivando hacia el violáceo del final de la luz del cielo formaban un espectáculo embriagador. Una servidora trajo una bandeja con frutos secos y vino ya servido en copas y la dejó junto a la maestra. Safo tomó uno de los pétalos de rosa que acompañaban a las pasas y los higos azucarados, lo besó y me lo puso en la mano. Le recordaba a su hija, delicada y vulnerable como ese pétalo.

—Cuando regreses a Lesbos ofrecerás a Afrodita las rosas de mi jardín privado y allí pondrás una efigie de jaspe con mi nombre.

—¿Qué debo decirle a tu hija, mi señora? ¿Ella comprenderá tu sacrificio, este que la obliga a ella a su propio sacrificio?

—Ella ha de vivir su vida, solo eso debo enseñarle. Y cuando algún día ella te llame, tú simplemente has de responder a sus preguntas con la verdad.

—¡No me pidas que te obedezca sin luchar, te lo ruego, Safo! —me rebelé.

—Lucha entonces, Aedea.

Mis ojos no pudieron contener el llanto.

—Convénceme de tu convencimiento —dije con rabia—, hazme comprender tu obsesión, quizá descubras en tus palabras, mientras me hablas, que has de darte la vuelta en tu empeño y que él no vale la pena… Háblame de él, de ese hombre por el que tus versos serán inmortales, de ese a quien le hablabas cuando nos hablabas a nosotras, tus amigas y tus hijas en Afrodita, de ese al que besabas cuando nos besabas a tus hermanas y alumnas. Quiero saber cómo es ese amor total para el que no te basta la vida y buscas lo imposible arrojándote desde el acantilado de Léucade. ¡Convence a mi corazón de que es justo ese pago a cambio de la dicha de haberle conocido, y convénceme de que es justicia que le sigas amando ciegamente aun cuando ya has renunciado a él! Quizá si tus oídos escuchan a tu boca halles la forma de poder olvidarle y salvarte…

—Solo puedo hablar de amor entonces, mi querida Aedea. Mi boca solo le nombra a él porque solo le desea a él, y mis versos tienen su nombre porque solo brotan con su nombre en mí. El amor es el poder que Afrodita me mostró en él, y su secreto me fue revelado cuando le besé por primera vez. Toda mi vida ha sido aspirar a sentir de nuevo aquella revelación.

—Pero también has sufrido por su causa, maestra Safo; te rompías en pedazos al separarte, llorabas amargamente su ausencia, gritabas de celos cuando regresaba a su casa, sin ti…

Mi garganta se quebró. Me rebelaba contra ese amor que ella sentía por Faón, ella, la diosa humana, la poeta inmortal, la más grande y más bella de entre todos los que comprendían la sabiduría legada por Dionisios, ella, mi diosa, mi señora y maestra, amaba a un ser mortal, a un hombre que solo quería medirse en las batallas con el mar y había renunciado a la pasión que le ofrecía ella.

Pero ¿cómo ese hombre que durante varios años la había amado como un loco, buscándola y entregándose a su deseo, podía negarse ahora a ella? ¿Cómo podía Safo seguir aferrada a una pasión que él rechazaba, y serle fiel hasta la renuncia de su propio deseo?

—He recorrido por él todos los caminos del saber hasta alcanzar la sabiduría máxima en mi vida, tal como Afrodita me instruyó, y gracias a la presencia de él en mi existencia. He conocido todas mis existencias en esta, a través de él y de todo lo que he sentido y vivido por amarle, la gloria, la exaltación, la plenitud, la luz completa. Sí, y he sufrido también su abandono, y he aceptado las pruebas que la diosa me trajo a través de él y de su rechazo,

y por ello y porque he de contarlo en mis poemas, tuve que vivir los estadios de la pena y la rabia y la desesperación, para conocer el otro lado de esa luz.

—No es digno de ti si rehúsa tu pasión, Safo —le dije dolorida—, no es un hombre que pueda merecerte si no comprende el regalo de tu amor.

—Faón es una fuerza de la naturaleza —respondió Safo—. Su sino es rebelarse y manifestarse, como no pueden hacer otra cosa el mar o la tormenta, o el vendaval; como ellos es indomable y libre, y yo quiero conocer el misterio que guarda esa libertad, para amar también su negativa a mí.

Sentí una punzada de odio contra ese hombre.

—Vivió contigo un tiempo anterior de amor puro, de locura y desenfreno en los placeres a tu lado —insistí, buscando la rabia de Safo—. Faón era feliz viviendo vuestro secreto, y sacrificó después su amor por ti arrepentido de los abrazos y los besos que tú precisas tanto. ¿Por qué Afrodita te condena además a verlo y escucharlo cada día en el templo, sin que puedas despedirte de su amor, de su recuerdo?

—Ya he dejado de hacerme preguntas, Aedea, son ellas las que hacen sufrir. Y solo tengo una respuesta: él es mi destino, amarle es el sentido de mi vida; en lo que vivo y siento a través de él están los secretos que Afrodita me envía para alcanzar mi lucidez y que nazca mi poesía.

—Pero tú le deseas todavía…

—Todavía y siempre. Así ha de ser, porque le amo.

—Es un deseo imposible para ti…

—No quiero dejar de amarle y desearle; mi deseo es el impulso de mi vida, es mi aliento, son mis versos. Sin mi deseo, moriría yo y no nacerían mis poemas.

—Entonces, ¿por qué vas a Léucade?

—Voy a recibir la nueva enseñanza de Afrodita, la que me guarda detrás de este deseo.

Me rendí a su fuerza. La fuerza de Safo, ella, el verdadero reflejo de la naturaleza salvaje de las emociones y los instintos, el reflejo de Afrodita.

Una vez Afrodita había sentido también un amor desesperado por Adonis, un hombre que a los ojos de la diosa irradiaba esa belleza que es irresistible al entendimiento. Adonis ya no estaba junto a ella y Afrodita lo añoraba hasta lo indecible, y pidió ayuda al sabio Apolo. El dios de la luz le aconsejó que viajase a la isla de Léucade, donde los acantilados blancos sobre el mar ofrecían el espectáculo continuo de la potencia natural de las olas y la furia

inevitable de su deseo de alcanzar las rocas, solo comparable a la furia del deseo de los amantes enamorados que no pueden verlo satisfecho en sus amados. Apolo le aconsejó que saltase desde las rocas hacia el mar, prometiéndole que renacería de las aguas renovada y limpia de la memoria anterior de su amor por Adonis, libre de su deseo y recuperadas la calma y la felicidad. Afrodita obedeció y saltó, al tiempo que cientos de palomas blancas, las favoritas de la diosa, volaban libres hacia el cielo. Su séquito de Carités y Horas acompañantes la vio sumergirse entre las olas atronadoras, como si la engulleran, y todos lloraban creyéndola muerta. Pero al cabo de un momento emergió de entre la blancura de su espuma como si naciera otra vez, luminosa y sonriente, con el alma confortada y su espíritu en paz, libre de su angustia de amor. Afrodita dijo que se había visto a sí misma en el espejo inmenso de aquellas aguas blancas, y que había recibido la luz para comprenderlo todo; desde entonces aquel lugar se llamó «El acantilado de la luz».

Safo quería alcanzar esa misma iluminación. Todo lo vivido por su amor a ese hombre era una vía para el supremo conocimiento que ella ansiaba. Sus poemas expresaban la alegría y la decepción del amor, la esperanza y la inocencia del sentimiento amoroso, los celos y la negrura del miedo a perder lo amado, la intensidad, la entrega total a amar como ciencia del supremo conocimiento. Todos los sentimientos, las emociones, las angustias, las renovadas esperanzas y los desencantos de nuevo, los cantos de la gloria y el tormento del abandono, todo lo había vivido, como su maestra Afrodita. Y quería, como ella, alcanzar esa luz que no era el olvido de Faón, sino la paz de trascenderlo, el hallazgo del supremo amor que es el todo en la nada, alcanzar ese saber amar con el amor que no pide nada, que no necesita nada, y poder mirar a Faón con su deseo sofocado y sin expectación de nada más. Para eso iba a Léucade, para arrojarse al mar desde la roca donde Afrodita lo había hecho para su liberación.

Amarte.

Solo y sin más. Amarte. Olvidando el desastre de la vida. Olvidando esa nada que el futuro adivina con la edad y con los otros. Pero amarte. Solo hasta que los cielos descarguen su destino. Sin brújula y sin mapa. En guerra. Amarte sin querer otra cosa. Como quien subsiste en el campo de batalla y ve cómo mueren los suyos. Y sobrevive. Aunque no sepa qué será de su vida.

Los acantilados de la isla de Léucade eran sobrecogedores. Se alzaban ante nuestros ojos mientras el barco alcanzaba su puerto, abierto como una herida entre dos peñascos inexpugnables, inmensos como dos titanes que hubieran extraviado su regreso a la eternidad, quedándose en aquel mar. Percibí claramente la emoción de Safo, su mirada extraviada en su vértigo y su belleza, susurrando una oración a Afrodita entre sus labios.

Me arrodillé ante ella.

—Safo —le dije—, temo que mueras si saltas desde la roca.

—Sé que no voy a morir —respondió—. Resurgiré libre y conoceré el secreto de amar sin deseo.

—¿Necesitas intentar que Faón llame de nuevo a tu puerta?

—Es mi alma la que está llamando a las puertas de mi vida, Faón solo es un espejo donde ver reflejado el poder de mi destino. Soy yo quien decide dar el siguiente paso hacia mi paz.

Tendí mis manos hacia ella.

—Te guardaré tu cofre de plata, mi señora. Dame esa carta, te lo ruego, quedará bajo mi custodia como tú quieres.

Aquella noche, ya en tierra firme, lloré amargamente abrazando el cofre y rogando a Afrodita por el destino de mi amada Safo.

Los habitantes de Léucade habían acudido en masa al lugar donde Safo realizaría su último sacrificio de amor; la noticia se conocía desde varias semanas atrás. La expectación sobre la gran maestra de Lesbos era inmensa, ella podría ser la nueva Afrodita resurgida de entre las olas rugientes de aquel mar que parecía llamarla, y ellos serían testigos del prodigio. Los sacerdotes del templo encendieron hogueras y altares junto al acantilado y habían dispuesto barcas en la orilla para ir a buscarla cuando Safo emergiera victoriosa de las olas; seguidos por una muchedumbre de fieles y curiosos que coreaban sus cánticos, la acompañaron al templo de Apolo, alzado en la misma roca desde la que Afrodita había saltado. La estatua de Apolo bañada en oro, de más de cuarenta metros de altura, refulgía con los rayos del sol que penetraban por los arcos de la cúpula que lo cubría.

Safo quiso entregar al dios amigo su más querida lira, la de más dulce sonido, la única con que recitaba los versos dirigidos a Faón. La lira llevaba incrustaciones de concha y perlas y engarces de oro, y lucía su nombre grabado en la curva que reposaba bajo su pecho cuando cantaba con los ojos cerrados entregada al delirio por ese hombre que ignoraba que Safo

renunciaba a su vida en este mundo por el afán de comprenderle a él más allá del tiempo y del deseo. Avanzó hacia el altar y los murmullos de sus testigos cesaron. Envuelta por el eco de aquel silencio sepulcral depositó su lira a los pies de la hermosa efigie. Esa era su ofrenda a cambio del renacimiento prometido por el dios.

—Te presento mi lira, gran Apolo, en prueba de la pureza de mi intención. Afrodita me trajo hasta aquí, y a ti prometo consagrar mi búsqueda del saber si me ayudas en mi empresa de volver de las aguas. Tu luz aguarda en su interior y a ella me entrego, dulce Apolo, para traerla conmigo cuando tú me alces desde el fondo de las olas hasta ver de nuevo la tierra y el cielo.

Diré adiós.

Mi última voz no causará más miedo. Ni tristeza. Sé que no volverás a pronunciar mi nombre. Guardaré mis manos para siempre. Veré tu vida ajena a la mía. Me seguirás doliendo. Te veré desde mi silencio para siempre, tu vida y la mía alejándose. Me dolerás y dormiré tu dolor y tu nombre, dormiré tu promesa y tu olvido para siempre.

Era el último día de la primavera, el mar se agitaba como si reclamara a Safo, empujando la espuma blanca de las olas rotas contra los peñascos que alcanzaba el promontorio desde el que se divisaba su inmensidad, y donde cientos de personas esperaban ver a Safo y escuchar su voz por última vez antes de regresar convertida en inmortal. El sol del mediodía irradiaba su luz haciendo más blanca todavía aquella roca majestuosa. Noventa sacerdotisas llegadas desde los templos consagrados a Afrodita en la isla entonaban los himnos compuestos por Safo a la diosa. La proclamaban gran señora de la Poesía y la llamaban madre y maestra en los misterios del Amor, la más irresistible de las fuerzas de la naturaleza; los altares llameaban con sacrificios y ofrendas por ella, mi amada Safo.

Le ayudé a prepararse con la túnica más hermosa de cuantas se habían visto entre las maestras iniciadas de Afrodita. Su cuerpo perfumado parecía el de una doncella que acabase de entregar sus votos como novicia. Safo había renunciado a ser de ningún otro hombre que no fuera Faón, y a lo largo de los años su renuncia la había premiado con un cuerpo cada día más puro y firme, cada día más embellecido por la contención de su deseo imposible. Me regaló su prendedor de plata y perlas, prefería llevar el cabello suelto, cayéndole por la espalda; sus hebras se mezclaban con los tonos dorados y plúmbeos de las gasas, solo ceñidas con un leve cinturón de oro bajo su busto. Tomó una de

las rosas blancas que yo le tendía y la dejó entre sus pechos. Me miró dulcemente y me sonrió para que yo le sonriera también, pero no quiso más palabras, ni más lágrimas. Había llegado el momento.

Varios efebos consagrados a Apolo regaron el camino hasta el borde del acantilado con pétalos de rosas blancas y rojas. Safo caminaba sobre ellos hacia la última roca. El sol la inundaba y una leve brisa hacía que los velos de su túnica se agitaran al ritmo de sus cabellos, creando una imagen de belleza subyugante; toda la gente agolpada se detuvo en ese punto, Safo caminaría en soledad los pocos metros restantes hasta el peñasco donde acababa la tierra y solo se extendía la inmensidad azul del mar, sonreía mirando hacia el cielo y su rostro parecía transfigurado.

Mis ojos la siguieron en sus últimos pasos. Ya estaba en el filo del precipicio; con un estruendo de zureos y murmullos cincuenta palomas blancas emprendieron el vuelo, una por cada uno de los años de su vida hasta ese momento, envolviéndola por un instante como si una brisa de nácar quisiera levantarla del suelo y pudiera transportarla lejos de allí. Se detuvo, ya nada la separaba de la inmensidad, apenas sus dedos descalzos tocando los mínimos guijarros que ya se desprendían de la roca. Extendió los brazos hacia el horizonte, como si pudiera abarcar la magnitud del vacío que la esperaba, ya no escuchó los llantos ni las plegarias, ni los susurros ni los gemidos de las gentes que la observaban estremecidos, todos ellos ya habían quedado atrás, atrás de ese día, de su decisión, de su vida, de todo.

Las lágrimas también caían por mi rostro, pero contuve el grito que pugnaba por salir de mi garganta desgarrada. Safo no se merecía mi angustia ni una sola queja más.

Sin esfuerzo y sin dejar de sonreír, Safo inclinó suavemente su torso ofreciéndose al inmenso azul; una brisa repentina le respondió con un eco de olas hermanas agitando su pelo y le recorrió los brazos atrayéndola hacia su destino, abrazando su pecho y su cintura mientras se entregaba al vacío, y la sostuvo en el aire por un instante suspendida sobre el vacío final. El abismo la acogió como si siempre la hubiera estado esperando. Se dejó caer mecida mansamente envuelta por las gasas de su vestido confundidas con los reflejos de la luz. Ni un suspiro, ni un estremecimiento, ni una palabra salió de la boca de Safo mientras caía por el acantilado como una gaviota sin alas, hasta que la espuma y las olas tragaron su cuerpo y su huella. Quedé exhausta arrodillada en el mismo peñasco donde su mano me había indicado que no la siguiera ya. El vacío también me había tragado a mí.

Volvieron a mi oído los gritos y las plegarias de la gente, que se arremolinó en el borde del precipicio intentando ver su figura entre el agua, esperando que un impulso de la corriente quizá la ayudaría a alcanzar las rocas de la orilla. Los sacerdotes y sus efebos bajaron corriendo por el sendero escarpado que llevaba a la playa, preparando las barcas para salir en su busca apenas la vieran emerger entre el oleaje. Esperaron muchos de ellos hasta el atardecer, y otros muchos esperaron hasta el alba del día siguiente, seguros de que el despertar del nuevo sol la traería victoriosa caminando sobre el reflujo de las olas. Esperaron en vano.

Transcurridos tres días, los sacerdotes y alcaides de Léucade decidieron que Safo se había sumergido en sus aguas para siempre y la dieron por muerta. Quisieron llevarme de allí, pero me rebelé como una fiera malherida gritando y llorando por fin, en el mismo sitio donde Safo me había dado su adiós.

Grité y lloré maldiciéndome a mí y maldiciéndola a ella, mi madre en esta vida, mi amada maestra, la más lúcida poeta que no quiso amarme como yo la amaba a ella, mi adorada testigo de los otros mundos que existen en este; no comí ni bebí, y rogaba a su recuerdo que me llevara con ella, que muriera a esta vida horrible sin ella para ir en su busca, desposeída de cualquier instinto de supervivencia que pudiera sujetarme a desear un día más. Los días y las noches cayeron sobre Léucade, la ciudad maldecida por el destino que le había otorgado Afrodita, ser la muerte de los locos de amor, y ser el lugar de donde nunca volvió la gran maestra Safo, su heredera.

Sentía tanto rencor que comprendí que era una señal, porque debía permanecer viva. Viva para cumplir el mandato de mi señora Safo. Había gritado en mi desesperación pidiendo la muerte y ninguno de los dioses a los que ella sirvió me había escuchado; sobreviví aferrada a su prendedor de plata y perlas y con su cofre de plata a mi lado. Ese cofre que terna una carta que yo debía entregar.

Partiría al alba del día siguiente, pero antes le haría una visita a Apolo, ese traidor.

En el templo del dios de la luz solar reinaba la oscuridad de la noche más triste del mundo. Todos los ventanales de alabastro se hallaban cubiertos por crespones ahumados que indicaban el luto por ella, Safo, la que él, ni aun como dios, había merecido. Caminé hacia el arco central del templo, donde su

efigie soberana de más de cuarenta metros de mármol purísimo y blanco se alzaba imponente y fría iluminando con un resplandor opaco la nave central del templo, tomando todavía los últimos destellos de las velas que quedaban de los sacrificios del día. Al alba, los sacerdotes sustituirían estos restos por velas y llamas nuevas. En el altar a sus pies, nadie había retirado la lira de Safo y me encaminé hacia ella, la furia ardiéndome en las entrañas, despechada contra Apolo y contra la vida.

Pero me detuve al escuchar los sollozos que provenían de las sombras bajo las arcadas como bocas detrás del dios, alzadas para alojar la efigie de su hijo Asclepios, representado como un adolescente que miraba al padre desde el suelo esperando ser respondido por él.

—Me engañaste, hierofante de las luces y las sombras… —gimió la voz de un hombre—, creí tu promesa y te entregué mi amor confiado…, este que me devuelves hecho añicos, hecho dolor para siempre. Dejé a mi familia y dejé a los que dependían de mí en el templo de Poseidón, le dejé a él y te creí a ti, Apolo. Pero no has cumplido tu promesa…

Caminé unos pasos sigilosamente, protegida por la penumbra en la que estaba sumido el corredor lateral del templo, intentando ver el rostro de ese hombre que lloraba.

—Sabes que la amaba, que siempre la amé aunque mis votos me lo prohibieran, que siempre la amé aunque me negase a ella porque tenía que cumplir mis compromisos… ¡Tú me prometiste una vida nueva junto a ella, me prometiste que nadie saldría dañado, que nadie sufriría por mí y yo podría amarla libremente a la luz de una existencia nueva, pero no era verdad, maldito Apolo! Los que dejé en la isla de Lesbos lloran amargamente mi abandono, y ella, mi único amor, mi amor oculto, mi secreto de amor y mi única esperanza, está ahora muerta bajo las olas de tu playa, creyendo que no la amé como ella me amaba a mí…

Anegado en llanto, el hombre salió de debajo de las columnas de Asclepio y caminó hacia el altar de Apolo, con una daga en la mano.

Un suspiro me atravesó la garganta: era Faón.

El gesto demacrado, su manto hecho jirones, su belleza marchitada de pronto, Faón junto a la lira de Safo a los pies de Apolo, levantando sus manos, dispuesto a clavarse el puñal a sí mismo.

—¡Espera! —grité, llegando a él.

Faón me reconoció pero no detuvo su intención. Se giró de nuevo hacia Apolo, arrodillándose agotado, y estiró los brazos para empuñar la daga hacia su vientre.

Me abalancé sobre su espalda haciéndole caer sobre el mármol del suelo. Pude sentir debajo de mi cuerpo el temblor derrumbado de Faón, exhausto, llorando de nuevo. Faón no me daba lástima. Él había causado la desdicha de Safo y mi propia desdicha, ¿cómo apiadarme ahora de su dolor? Le deseaba el mayor de los sufrimientos. Pero tenía que cumplir el encargo de Safo y no podía permitir que él pusiera fin a su vida sin recibir su carta.

Me incorporé arrebatándole el puñal.

—Esto es para ti —le dije, mostrándole el cofre de plata.

Faón negó con la cabeza.

—Déjame, Aedea, déjame, nada es mío y nada puede ser para mí.

—Esto sí, maldito barquero de Poseidón —insistí sin ocultar mi rabia—. Safo me lo entregó para ti, fue su único requerimiento, su última voluntad, y yo le prometí cumplirla, darte esa carta que guarda el cofre.

Faón no dijo nada más. Irguió su espalda y se mantuvo arrodillado, pero ahora doblado ante la caja de Safo, acariciándola con sus dedos mientras las lágrimas caían en silencio desde sus ojos.

Algo parecido a la compasión, o la clemencia, se apoderó por sorpresa de mi corazón endurecido. El reflejo de Apolo bañaba la figura de ese hombre que Safo había amado por encima de la vida y de la muerte, iluminando a un ser que había sido distinguido por el destino, un hombre señalado por los dioses y por ella. Faón no era joven, pero poseía un halo de juventud íntima, de inocencia bella y de esperanza que solo conocí en Safo. Sentí su presencia en mí guiándome para que viera más allá de mis emociones en contra de Faón, y pude ver a esa alma a la que Safo se había entregado, esa alma de la que Safo se había enamorado, espejo de la suya, que también la amaba a ella y conocía los mismos secretos que ella. Pude ver a un hombre que estaba amando por encima de su vida y de su desesperación, y me rendí a la evidencia de un amor entre ellos que quizá no entendería nunca, pero que me llenaba de humildad y respeto por Faón.

Le acerqué un rescoldo de vela que todavía tenía llama, mientras Faón abría el cofre de plata como quien reza una plegaria o va a conocer el día señalado para su muerte y extrajo la tabla barnizada esculpida con la letra excelsa de Safo, esas palabras dirigidas a él.

La leyó devotamente.

Las lágrimas cesaron. Una sonrisa pequeña y queda estiró los labios de Faón, que volvió a leer una y otra vez la carta. De pronto, alzó los ojos y miró a Apolo:

—Así pues, no eran vanas tus promesas, gran Apolo… Así pues, todo era cierto, ella me espera…

Su sonrisa, amplia y confiada ahora, le iluminaba el rostro. Faón se puso en pie frente a la efigie del dios. Estaba transformado, su mentón otra vez firme, sus ojos transparentes y tranquilos como aquella vez que lo sorprendí, muchos años atrás, mirándola y sonriéndole a ella. Abrazó la carta sobre su pecho y caminó hacia la puerta de salida del templo.

Era plena noche, nadie había en los alrededores del templo. Le seguí por el camino hasta el borde del acantilado, hasta la última roca que también Safo había pisado, y me detuve en la misma piedra donde ella me había ordenado que me detuviera. Faón caminó en la misma soledad que ella los pocos metros restantes hasta el peñasco donde acababa la tierra y solo se extendía una inmensidad negra plagada de estrellas. Mis ojos lo siguieron también a él en sus últimos pasos, y, como el de ella, pude ver que su rostro transfigurado ya vivía más allá de sus sentidos y de este mundo.

No hubo palomas, ni sollozos, ni más testigos que yo; solo la brisa, esa misma brisa que había abrazado a Safo, le envolvió también a él atrayéndolo hacia el precipicio rugiente y negro, al que Faón se entregó sin una duda ni una mirada atrás, con la impaciencia enamorada de un amante que hubiera deseado este momento durante mucho tiempo. Su cuerpo desapareció en el vacío negro y rugiente de las olas que serían su casa para siempre, junto a ella.

Los húmedos infiernos de Bicètre

José de Cora

Tres antiguos conmilitones, ahora a sueldo en Bicètre, descargan al tipo como un fardo de pitias sobre los restos del camastro más arrinconado, el de menos luz y el más húmedo de ese muladar. Aunque el infortunio los ha reunido allí, los tres carceleros que lo portan son viejos soldados de mil batallas en los regimientos de *La grande muette*, de donde vuelven a París con llagas nunca curadas y mutilaciones permanentes. Entre ellos reúnen tantos delitos como los cometidos por los siete centenares largos de desgraciados que consumen la prosperidad de su vicio en aquel caserón levantado sobre el magnífico predio del obispo de Winchester, el muy honorable Francisé Vincestre, llamado después Bicètre por ahorro de pronunciaciones. Muchos de los internos son fruto de la pobreza, o solo tuvieron la mala suerte de encontrarse en el lugar menos indicado a la hora más inoportuna. La justicia no debe perderse en el detalle de la inocencia, sean realistas o *sans-culottes* quienes la administren. Un sospechoso con apariencia de culpable es más barato en calabozos que varios meses entre jueces, como son los que ya lleva el trasladado.

También hay sifilíticos y enfermos de las dolencias más odiadas fuera de aquellos muros; deformes y escrofulosos que se mueren con regularidad ante la falta de mínimos auxilios. Prostitutas, niños expósitos, locos, espías italianos, alemanes y españoles, que abundan en la corte; desheredados, muertos de hambre, desertores y delincuentes forman un conglomerado harapiento, pero uniformado por el saco de arpillera obligatorio una vez que su nombre figura en el *Registre d'Inscription*, al lado del motivo de su encarcelamiento: *Ordre du Roy*, de la Asamblea, o de la Revolución, que en el oficio de procurar desgracias nunca hubo diferencias. Todos llevan ya la arpillera sobre sus cuerpos claveteados por las pulgas. Todos, menos el recién llegado.

El nuevo habitante de Bicètre pierde el conocimiento cuando Jean Jerdinache ordena meterle la cabeza en un bacín rebosante de vómitos y orines. Lo habría aguantado como logró sobrevivir a las inmersiones anteriores si a Jerdinache no le hubiese dado por escupir el bocado de la sardina que devora cuando se le clava una espina en la encía, pero con el pescado a medio masticar y las babas del comisario dentro del cubo, la náusea fue insoportable. Eso, y que Jerdinache se entretiene demasiado sacándose la raspa con sus dedos ennegrecidos, sin acordarse de que tiene a un sospechoso buceando entre las heces.

—¡Sacadlo, que ya no se menea! —les grita finalmente a los exconmilitones de la infantería real, devenidos ahora en verdugos.

Y claro, el tipo no tiene aire en los pulmones, ni sentido en la cabeza, ni sangre corriéndole por las venas porque se ha juramentado para no tragar ni una gota de aquel infecto potingue que se mete en sus narices como pedo del diablo.

Lo agarran entre los tres y lo bajan al patio de Chevers dando trompicones con las rodillas en cada escalón, o con la cabeza contra las paredes, convencidos de que si no era ya cadáver lo sería en breve gracias a la mano asesina de los otros presos, incómodos ante la peste que les regalan.

Y es verdad. Aquella piltrafa desmadejada, pálido hasta la muerte, huele a retorta de pécora porque los líquidos del bacín le han impregnado las ropas y su hedor se expande tan poderoso que con él apaga las miasmas de Chevers, la peor estancia de Bicètre, ya de por sí tan nauseabundas que ni las ratas parecen cómodas en sus corredores.

—¿Le ponemos el saco? —pregunta uno de los verdugos nada más desprenderse del bulto.

—No perdamos el tiempo. Se lo pondremos mañana, pero el de madera —contesta el segundo patán, que se ha librado de cargar con su peso, pues le falta un brazo y solo ayudó asiéndolo con el otro por la chaqueta.

El camastro sobre el que cae el miserable apenas se distingue del suelo, salvo por unas briznas de paja que deja allí el último recluso ocupado en rellenar su colchón con ellas. De modo que su cuerpo golpea sobre la misma piedra, aunque ni por esas aquel despojo muestra señales de dolor.

Cuando los tres carceleros se marchan, el aire de Chevers, la antigua caballeriza del obispo de Winchester en los bajos de Bicètre, se impregna de los efluvios que desprende el condenado y, tras cruzarse una mirada, dos de los auténticos asesinos que allí moran desde hace años se levantan con

inequívoca intención de rematar la faena iniciada por Jerdinache, apretándole el gaznate para que se lo vuelvan a llevar, ahora sí, convertido en cadáver.

Cuando llegan frente al cuerpo, los dos tarugos vuelven a mirarse para decidir quién de ellos le parte la garganta, se la pisa hasta los estertores o le voltea la nuca de un golpe seco y certero para que todo se acabe. Dudan y el más decidido de ambos, que también es el más fornido, dispone su pierna para estrangular al infeliz. Y entonces una voz se alza a sus espaldas.

—¡Alto! ¡Dejad al muchacho! ¡Vuestra peste espanta de lejos y sin embargo nadie os ha tocado! A este hombre todavía no le ha llegado la hora.

Nada permite suponer que aquella voz de un hombre culto y refinado hará mella en la voluntad de los dos brutos, pero tras gruñir una blasfemia entrecortada el uno y salivar el otro contra el fardo, reculan y regresan a su pared, donde matan las horas excitándose por turnos hasta salirse.

Por cinco veces se reparte la bazofia entre los reclusos sin que su nuevo compañero dé señales de vida, a no ser una respiración casi imperceptible que asegura a su salvador que la mantiene. Por fin, cuando cumple sin saberlo su segunda noche en Bicètre, trata de acomodarse, mueve los dedos de la mano que aprisiona bajo el propio cuerpo y abre los ojos.

—Bienvenido al infierno —le dice quien durante todo ese tiempo se ha preocupado de certificar sus hálitos.

—¿Son… las zahúrdas de Plutón? —habla por fin el desahuciado.

—Sí, pero las han trasladado a este mundo y ahora son visitables. Bebe. Es un invento nuevo que nos salva de otras carencias. Lo llaman la *soupe à la Rumford* y se toma sin asco. Es muy nutritiva, verás. Bebe. Tienes que estar seco.

Apenas dos, tres sorbos. El hombre está más intrigado en saber dónde se halla que en calmar su sed, que, siendo grande, apenas le causa más molestias que las de sus golpes y moratones.

—Si no es el infierno, es Bicètre —dice el herido tras limpiarse el labio con la manga avellanada por los vómitos secos y engastados a su urdimbre.

—Acertó, caballero. El lugar que haría cambiar de opinión a todos los enamorados de París. Y sé lo que digo, porque no hay otro francés que conozca más reclusiones que yo, ni haya padecido más formas de castigo. Vincennes, Saumur, la Bastile, Charenton, las letrinas de las Madelonnettes, Picpus… A todas gana en maldad luciferina esta de Bicètre, tu nuevo hogar.

El magullado reacciona a la amabilidad de su compañero. Hace semanas que solo ha recibido desprecios y crueldad, de modo que aquellas frases de cariño y respeto son bálsamo para su sufrimiento. Con su ayuda consigue

incorporarse y apoyar la espalda sobre la piedra. Ahora ve con claridad a quien le auxilia. Es un hombre entrado en años, de rasgos dulces y noble aspecto a pesar de la suciedad y la arpillera. Presenta una gordura próxima a la morbidez que parece sobrevenida en poco tiempo con desmesura. Unas carnes desparramadas que en nada coinciden con una dieta carcelaria, por mucho que haya mejorado con la *soupe à la Rumford*. Cree reconocerlo, pero ni tiene la mente dispuesta para ejercicios ni la penumbra de aquella cochiquera facilita la identificación. Nada hay en su actitud que denuncie a un bandolero de caminos ni a un rufián de los bajos fondos. ¿Será un espía? Un espía gordo y abotargado. Louis Marais, que tal es el nombre del nuevo ocupante de la cárcel, conoce bien cómo se las gasta Francia con los traidores, o con los agentes extranjeros que trafican con secretos. Teme entonces que a sus males se añada ahora el trato con gente soplona y calla hasta que su ángel cuidador revele si lo es.

Su compañero le imita en el asiento, y mal que bien, aposenta sus carnes fofas contra la pared que hace esquina, a pesar de que es allí donde más verdín ha crecido, al amparo de un desagüe desbordado.

La operación le sofoca. Jadea y se calma antes de hablar.

—He visto entrar en Bicètre todo tipo de prisioneros; niños y mujeres; hombres sanos y fuertes que enseguida pasan a la sección de trabajadores; tullidos, moribundos y ancianos que formamos parte de los *non-travailleurs*, pero jamás a alguien en tus condiciones, destrozado, como imagino, por sesiones de tortura. No digo que no las practiquen, que bien sé que es así, sino que nadie las sobrevive. No interesan los testigos de las atrocidades porque se van de la lengua, sea el rey quien las ordene o los compañeros revolucionarios. Deduzco, por tanto, que el tuyo ha de ser un caso muy especial, un caso digno de ser contado.

Louis Marais intuye que su protector le pide confesión y aunque sus precauciones iniciales le sugieren que no la deponga, piensa también que nada podrá empeorar los males que le afligen, y quién sabe si este panzudo le presta a partir de entonces ayudas tan eficaces como las obtenidas hasta el presente.

—Mi historia es una sucesión de desgracias…

—Me interesan, la mía también lo es —le interrumpe el recluso veterano, como si en esa primera frase encontrase ya una respuesta adecuada.

—Ahorraré contarle los días que recuerdo con agrado, una infancia pasada con mis padres en la que llego a creer que el futuro me sonreiría como

entonces, que siempre los tendría a mi lado y que nada malo podría sucederme.

—¿Creciste en la virtud y los mandamientos?

A Louis le extraña el detalle, pero toma fuerzas y lo resuelve.

—Sí, así fue. Ambos eran personas bondadosas, fieles creyentes y temerosos de Dios. Yo también lo fui en esos años, pero creo que nada de aquello queda en mí.

—Lo comprendo.

—Me presentaré. Mi nombre es Louis Marais. ¿Cómo he de llamarle?

—Me dicen Donatien.

Se llena los pulmones de una profunda bocanada hasta que el dolor de una costilla le impide admitir más aire.

—Estudié para constructor y lo hice con aprovechamiento. Al Capeto todavía no lo habían troceado, aunque reinaba con inquietud sus últimos años. Una tarde de infortunio tuve la desgracia de arrollar con mi caballo a una niña que allí mismo murió machacada por los cascos del bruto. Al verla destripada sobre el empedrado que conduce al Forêt de Rouvray, una imagen que me atormenta cada noche, supe con nítida claridad que mis días felices habían terminado.

—¡Qué revelador! —Se extasía Donatien—. ¡Una niña despanzurrada! ¿Y qué pasó? ¿Intervinieron los agentes?

—No. Mucho peor. Al instante, un hombre me toma por el brazo y sin mediar palabra me arrastra a una casa que se alza a pocos metros. Me obliga a descender una escalera y al final de ella se abre una bodega. Allí me deja tras una gruesa puerta, sin regresar al bajo en muchas horas. No sé, pudo pasar una semana. Por fortuna había carne salada y el vino no faltaba. Llegué a emborracharme varias veces y olvidar así qué me pasaba.

—¡Un descenso a los infiernos!

—El principio de mis males.

—Prosigue, por favor, que me tienes en ascuas.

A medida que avanza en su relato, Louis Marais parece olvidar las lesiones que le afligen y el timbre de su voz cobra fuerza favorecido por un íntimo impulso.

—Por fin, mi captor decide visitarme. Ahora compruebo que es un hombre atildado, alto como una estaca y de proporciones hercúleas, de tal manera que bien pudo conducirme hasta allí con un solo brazo sin que yo le opusiese la más mínima resistencia. Me extrañan sus ropajes, más propios de un cortesano que de un sirlero, más adecuados para tratar con ministros que

con secuestrados. «Me llamo Paul Ronquin y tengo tanto poder que, si de mí dependiese, a estas horas el verdugo ya te habría cortado la cabeza por la muerte de la niña. Pero tu caballo está a salvo y tú también». Le explico que fue un accidente, pero Ronquin no atiende a mis razones. «Espoleaste tu montura para llevártela por delante. Eres un asesino». Lloro y apelo a mi inocencia, pero el secuestrador no se conmueve y deja que me agote en súplicas. «Solo hay una solución a tus problemas», me dice al cabo de un buen rato de silencio. Nada digo para no interrumpirle. «Necesito un hombre que me obedezca sin titubeos. La niña está enterrada y la policía busca a un jinete que se dio a la fuga sobre un alazán canela. No sospechan de tu caballo pinto. Ya me encargué de todos los detalles y debes agradecérmelo. Yo nunca recordaré el episodio y tú negarás haberme conocido». Estaba confuso. No sabía con exactitud qué me estaba proponiendo, de modo que le pregunto lo primero que me preocupaba: «¿Veré a mi familia?». «La verás y vivirás con ella como si nada hubiera pasado. Sé todo de ti, así que no trates de engañarme, porque ninguno de ellos se salvará de mi venganza. Disculparás la ausencia de estos días porque te sedujo una mujer y te mantuvo encamado haciéndole favores». «Mis padres nunca lo creerán». «Tus padres ya lo saben y están tranquilos. Has despertado de golpe a los placeres de la carne, amigo Louis. En el fondo, tu padre está orgulloso y te recibirá con una sonrisa. Ya lo verás».

—¡Fabuloso, genial, extraordinario! —El preso de Bicètre da rienda suelta a su entusiasmo—. Es la historia más intrigante que jamás haya conocido, y por lo que anuncias, no ha hecho más que empezar.

—Sí, pero también la más desdichada que pueda contarse.

—¡No importa! Cuenta lo que quieras y calla el resto. Presiento que bastará para saciar mis soledades.

Louis aprovecha el inciso para acabar la sopa en rápidas cucharadas porque el hambre le acucia ahora con toda su fuerza.

—¡Come, Louis, come, que te lo estás ganando!

Pero cuando termina el condumio, otras necesidades le apremian antes que la charla.

—Quisiera dormir.

Aquella masa de carne desparramada accede de mala gana al requerimiento y con gran torpeza logra ponerse en pie para alejarse mientras Louis se acurruca y cae en el sueño.

Al despertar comprueba que su compañero Donatien ya está de nuevo sentado donde antes lo hacía, aunque ahora sobre su propio camastro, que cambió de lugar para asegurarse la cercanía al relato.

—Temí por ti. No cesabas de moverte y de pronunciar frases incomprensibles.

—No recuerdo nada.

—Espero que sí conserves la memoria de tu vida. Tus sueños no me interesan.

—Mi vida no la olvido. Por desgracia es imposible desprenderme de ella —contesta Marais incorporándose—. Aunque habría preferido borrarla por completo.

—Cuando yo la conozca podrás hacerlo. Háblame de Ronquin.

—El caballero Ronquin resultó ser un agente del rey Capeto, aquel que recibe sus encargos más secretos y estrafalarios a espaldas de ministros y consejeros. Ni María Antonieta conoce su existencia. Durante los primeros tiempos se las valió para cumplir con eficacia los mandatos del monarca, pero poco a poco se fueron limitando sus posibilidades de movimiento, y el miedo a ser reconocido, o a no poder servirle con los mismos resultados, hace que conciba un plan para disponer de un ayudante que actuara bajo extorsión. Al ver el accidente de la niña delante de su casa, intuyó la oportunidad de convertirme en su rehén.

—Y así fue realmente.

—Sí. No pude negarme, y desde aquel día le obedecí sin rechistar. Al principio fueron trabajos de poca monta. Algún robo para incriminar a enemigos de la corona, espionajes, amenazas… pero a los pocos meses, cuando yo ya estaba implicado en mil faenas, me ordenó apalear a varios nobles, sorprendiéndolos en lupanares o en compañías inadecuadas. Tuve que rajarles el rostro a dos hermanas de Saint-Denys, desfigurarlas por completo sin riesgo para sus vidas; los labios, las orejas…, no sé cuánto destrozo llegué a hacerles. Cerré los ojos y corté…

—¡Oh! ¡Qué chiquillo tan travieso! —exclama Donatien sin poder reprimirlo.

—Fue el principio. Pronto hube de matar a tres hombres y dejar sin manos a un cuarto. Nada dejó de cumplirse con diligencia, sabiendo, como ya sabía, que eran órdenes del rey, o por lo menos de quien podría proporcionarme ayudas superiores para salir bien parado en cualquier circunstancia. Ronquin me pagaba lo suficiente como para aparentar ante mis padres que mi trabajo de perito en obras era mi medio de vida, una dedicación que me obligaba a

permanecer fuera de París las más de las veces. Pero en una de las misiones, cuando tuve que hacerme con un perfume comprometedor, fallé. Su dueño advirtió mi presencia en la casa y salí de allí sin el botín. Mis padres aparecieron asesinados al día siguiente. Les habían cortado el cuello. ¡Un horror!

—¡Fue Ronquin, claro!

—Nunca lo supe con certeza, pero otra explicación no cabe. París estaba revuelto y en pocos días se proclamó la Asamblea Nacional. Decidí marchar. Escapaba de Ronquin, del rey, de los revolucionarios, de mis víctimas. Sabía cómo hacerlo, cómo cambiar de personalidad. Me refugié en Auxerre, una población ni demasiado pequeña que notase mi llegada, ni demasiado grande donde Ronquin tuviese tentáculos. Pero los acontecimientos hicieron inútiles todos los planes. Con el triunfo de la revolución, Ronquin fue detenido y ajusticiado. Fue uno de los primeros en probar la eficacia de la *Louissette*. ¡Que compensación! La máquina de *monsieur* Guillotin y Antoine Louis fue bautizada por Marat como la *Louissette* y yo vi en ello la firma de mi venganza.

—Y te consideraste libre de verdugo.

—Eso creí cuando confirmé que la cabeza de Ronquin ya no estaba pegada a su cuello. Regresé a París, a mi casa, y a los dos días rompieron las puertas y cuatro *sans-culottes* entraron para detenerme, destrozando todo lo que había.

—¿Quién te denuncia? —se asombra Donatien.

—Quien mejor podría hacerlo. Ronquin se había molestado en redactar cada una de mis acciones, identificándome sin lugar a dudas. Antes de subir al cadalso, se encargó de aportar toda la documentación, supongo que con la intención de que me detuvieran como agente del Rey. Es lo que más se aviene a su crueldad. De esa forma, mi venganza con la *Louissette* se convirtió en realidad en la venganza de Ronquin. Más terrible si cabe que la suya, porque desde entonces he pasado procesos y torturas que no encuentran fin. No sé por qué no deciden mi muerte de una vez. Quizás yo haya hecho merecimientos para que se prolonguen todos los suplicios.

—Son los perjuicios de la virtud.

—Ya no recuerdo el significado de la palabra. ¡Son tan lejanos los tiempos en los que la practicaba…!

—Compruebo que tu historia supera todo cuanto supuse al conocerte, pero aun así has dejado sin relatar muchos episodios que a buen seguro interesan a

un inventor de cuentos como yo. ¿No hubo ninguna misión en la que encontrases placer y la realizases con agrado?

—¡Oh, sí! Una muy especial y muy prolongada. Fue cuando el Capeto le solicitó a Ronquin un detallado informe sobre las andanzas del marqués de Sade. Yo me encargué de seguirlo día y noche, de narrar una por una todas sus perversiones, de incriminarle en lo que pudimos hasta dar con sus huesos en la cárcel, donde se pudrió, eso espero, en medio de terribles padecimientos, de acuerdo con su mente depravada y su degeneración sin límites.

Entonces Donatien Alphonse Frangís de Sade, marqués de Sade, se incorpora lentamente de su lecho, recoge los guiñapos de la cama en un hatillo que arrastra pesaroso y regresa al lugar donde dormía.

Louis lo observa pensativo y ahora sí, bajo aquellas lorzas de carne amondongada, descubre al noble que durante años espía desde la sombra; el hombre en cuya persecución revive rescoldos de la virtud que sus padres le inculcaron.

El legajo

Francisco Narla

Para su estudio y consideración por el director del departamento, Sr. Don Rodolfo Bonilla Schiwell.

Extractos de la tesis doctoral (pendiente de calificación) presentada por Hernando Vallejo Mago, para su evaluación por el tribunal competente, designado ad hoc *por el departamento de Filología Española de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid.*

… el objetivo era encontrar algo realmente original con respecto a la obra en la que se fundamentaba la presente tesis…

… siguiendo así con el hilo de mis investigaciones en los archivos de la Biblioteca Nacional. Trabajos, estos, que me permitieron tener acceso a interesantes documentos y legajos, algunos de ellos datados en las postrimerías del Siglo de Oro. Escritos que, a su vez, me sirvieron para profundizar en ciertos aspectos que, aun siendo conocidos, no estaban, bajo mi criterio, lo suficientemente investigados; como las rencillas entre sus autores más destacados, así como de las rivalidades implícitas. Cuestiones en muchos casos expuestas en sus obras, comentarios e, incluso, prólogos, pero que siguen sin estar completamente definidos y referenciados…

… El principal escollo fue que, gran parte de estos novedosos detalles, en algunos casos de muy curiosa factura, no aportaban, en realidad, nada a lo ya ampliamente descubierto y reflejado por otros expertos e investigadores. De tal modo que mi labor parecía no llevar a destino original alguno, lo que era propósito intrínseco de un trabajo como el presente.

Sin embargo, dejando atrás muchos pasos de la investigación que no sirvieron para aportar nada excepcional por lo poco insólito de los datos descubiertos, pude llegar hasta unos pliegos firmados por un tal Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara del rey Felipe iii y tasador de la obra objeto de esta tesis. Entre ellos, bastante mal conservado y adherido al reverso de otro de menor importancia, hallé un documento atribuido al propio autor de dicha novela que sí aportaba algo excepcional a esta investigación y tesis…

… como precedentes, por los datos y referencias que he podido reunir, tal y como se relaciona en el tercer anexo de la tesis (pág. 432), el susodicho escribano quedó encandilado de la primera parte de la obra; de la que supo al certificar y dar fe en Valladolid, dando presente de la tasa a aplicar («a veinte días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años» como figura en las primeras páginas de la edición original)…

… De su admiración por el autor y sus páginas, este escribano desarrolló un importante trabajo de seguimiento del ilustre dramaturgo, a lo que se unió una malsana curiosidad por la azarosa vida de aquel.

Así, gracias a los pliegos que dejó el escribano Juan Gallo de Andrada y, por pura casualidad, como ya he mencionado, llegó a mi poder este legajo perdido que el escribano atribuye al propio escritor (como así figura en la firma del documento)…

… A continuación se adjunta una transcripción de dicho manuscrito en la versión que llegó a mis manos, siguiendo una adaptación gramatical y ortográfica acorde con las últimas revisiones asimilables a la propia novela. Además, y pretendiendo preservar la integridad del texto, en el quinto anexo de la tesis (pág. 457) se acompaña un facsímil del legajo, obtenido a través de un procedimiento digital de reconocimiento de documentos. Permitiendo así una lectura directa del original.

«Desocupado lector: mirando el querer de la parca tengo, lo sé, pocos días ante mí por avenir. Y siento la necesidad de formular agora lo que no hube de formular cuando escribí la primera parte de las historias de mi tan noble caballero, confesando mi pecado antes que los saberes della me arrastren el alma.

Probablemente el de Vega, entre sus berenjenas de Toletum y gritándome invidioso, habría de decir que la falta de lucimiento e ingenio ha de ser culpa solo de quien se suscribe. Pero no es así, pues tengo ahora yo la prez de confesar la

verdad del éxito que, poco o mucho, ha venido a verme; pese a que con las penurias, la prisión y las desgracias parezca desmentirse. Aunque, precisamente bien podrían ser tantas desgracias razón misma de tal triunfo, ya que habría de ser pago lo uno por lo otro. Mas eso lo dejo yo en estas líneas a ti, lector, para juzgarelo a prima facie en tu buen entendimiento y facer.

Siempre hube de soñar yo con las letras, fuera por gracia o por defeto, mas lo cierto es que no tuve yo la bondad de servir de honra al genio. Mas habrá de empezarse por el comienzo aquello a lo que doy final ahora.

Como bien sabrá el lector, fuimos presos mi hermano Rodrigo y yo a la venida de la gran batalla de la Liga Santa en Lepante, y cinco años páselos en las celdas de Argel, librándome, eso sí, de galeote u otros trabajos de romper el espinazo, más por manco que por piedad mora. De aquellas datas la cárcel no fue lo excepcional, bien lo sé, pues hasta dos veces más anduve yo en prisión para desgracia mía. Aun siendo verdad, fe doyla, que aquellos últimos meses en el burgo de Argel fueron penuriosos y terribles, los más, habiendo fallecido el gran Don Juan de Austria y habiéndose visto mi hermano ya de vuelta en España, pago el escaso rescate dél, y quedando yo así en solitaria pena.

Mas es otro el interés de estas letras y no mis desgracias o condenas. Fue otro el disparate, uno propio de los locos de Sevilla y Córdoba que mencionara el prólogo de la segunda parte de la obra del hidalgo, que por ventura de aquel extraordinario encuentro hubo de ser del mismo artífice y del mesmo paño que la primera. Tamaño disparate que no contélo yo antes por miedo me llevasen a sanatorio como hizo el que firmó Avellaneda con mi buen hidalgo. Resultóse de aquel encierro entre mugrientas paredes que, estando yo desesperanzado en aquella celda de la costa mora, una noche cualquiera de la que quisiera no acordarme, sentí en los pechos un tremor que hízome abrir los ojos. Y abriéndolos aparecióseme un demonio desos que los berberiscos llaman djinn o similar, nunca tuve yo certeza del nombre o la herencia del engendro. Lo parió una grieta entre dos piedras mohosas y al través de humo arrevoltijado se formó su cuerpo buboso. Era tal que enano de feria o trastulo, como hecho de alenha y tan amojamado que parecía sino hecho de carne de momia. Con cuernos entre los que sostenía un bonete colorado con cascabelillos rustidos y con cascos de jumento que no llevaban más calzado que roña y miasmas. Hasta piafaba como rucio y parecíase reír de mí mientras me señalaba con un dedo engarbado y corrupto de uñas como de jara socarrada.

Asombrado estaba yo cuando por fin hube de reunir los redaños de preguntarle si venía a llevarme al infierno el muy hideperro, queriéndole echar de

allí con insultos a boca de jarro y jurándole que a hombre de armada como yo era no había quebrantos que lo asustaran.

Mas aquel engendro no respondió a mis improperios, y quedóse allí parado diciéndome que sabía de mis penurias y conocía las cuentas de la solución que deseaba. Lo que parecióme cháchara de goliardo invertido pretendiendo engañifar a infante descuidado.

Y, aun sabiéndolo yo como lo sabía, su labia me convenció de que podría tener el oro del moro si para mí lo quisiera. Pues, díjome el malhadado que, si andaba yo con la atención pendiente, llegaría el día en que tendría en mis manos la novela que siempre quiso escribir hombre de letras cualquiera y que tendríala en su día si asinaba el trato que me ofrecía el bellaco.

Confiésolo, púdome entonces la avaricia y, sin saber si era verdad o mentira, firmé el título que me tendía con la sangre fresca, que aun la tenía, de una herida mía en el calcañal, propia del roce de un corval de las abarcas que calzaba en aquel encierro. Y, cuando quise poner punto en la rúbrica, tal como vino marchó el malhadado, sin darme oportunidad de arrepentimiento o pena.

Los años pasaron sin nuevas del demonio aquel y, con la divina intervención del trinitario Juan Gil y su rescate de seiscientos ducados, hube de regresar a España. Nada más sucedió. E incluso queriendo ser lo que todavía no era, pensando yo que fuera el saitán de Argel pesadilla y no verdad, escribí de Calatea como ahora escribo de Persiles y Sigismunda, mas no hubo más triunfo que penar por Sevilla y terminar de nuevo en la cárcel por asuntos de cuentas y desmentidos.

Y cuando ya casi olvidara lo que dejara dicho aquel bafomé de ojos pretos encontré en la Alcaná de Toledo a un muchacho que quiso venderle unos cartapacios y papeles viejos a un especiero. Destos yo reconocí las letras arábigas por parecer cagarrutas de paloma y, no sabiéndolos leer, busqué algún morisco aljamiado que me los tradujese, resultando ser *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*.

Así, con ellos escribí lo que hube de escribir, y bien siendo cierto que, por miedo al trato con el engendro, incluso reconocí no ser yo el autor sino el morisco, como dejé dicho en las primeras páginas. La verdad es que la condición que había esperado se cumplió y la fortuna pasóme por el lado, vendiendo los pliegos a tanto como doscientos y noventa maravedíes y medio. Cumpliéndose así el maldito trato y cobrándose así mi rúbrica, tal y como dijere el desgraciado bellaco.

Y ahora, que siento que muero, quiero quede en estas letras la verdad de lo acontecido. Que lo conseguido en el arte no significó mi dicha ni aumento de mis

dineros, y que el diablo me estafó y engañó con artimañas y mentiras. Tanto es así que supongo recibirame entre risas, cumplidas sus burlas y mofas, habiéndome hecho de fama aun siendo pobre y habiéndome hecho escritor aun siendo manco. Siendo yo presa suya de escarnio, bufa y desengaño. Dicho queda.

Y con esto Dios te dé salud, y a mí no olvide. Sea, especialmente que a mí no olvide y perdóneseme la traición y el pecado. Vale.

Firmado: Miguel de Cervantes y Saavedra».

Autores

Javier Negrete (Plasencia). Licenciado en Filología Clásica y profesor. Cultiva tanto el género fantástico, en el que ha obtenido varios galardones y es especialmente conocido por ser el creador de Tramorrea, como el histórico, en el que cuenta con grandes éxitos como *Alejandro Magno y las águilas de Roma, Salamina* y *La hija del Nilo*.

Teo Palacios (Sevilla). Escritor, corrector y asesor editorial. Forma parte del comité organizador de las Jornadas de Literatura Fantástica de Dos Hermanas y Biblioforum. Colabora como entrevistador y articulista con varias revistas: Cambioló, La Aventura de la Historia, Clío y en distintos programas de radio. En 2010 publica su primera novela, *Hijos de Heracles*. Su última novela es *La Predicción del Astrólogo*, www.teopalacios.com.

Carlos Aurensanz (Tudela) es licenciado en Veterinaria por la Universidad de Zaragoza y desarrolla su actividad profesional en el campo de la salud pública. Con la saga de los Banu Qasi (*Banu Qasi, La guerra de Al Ándalus* y *La hora del Califa*) obtiene un rotundo éxito de ventas. Su última obra es *La Puerta Pintada*, http://banuqasi.blogspot.com.es /

Miguel Aceytuno Comas (Barcelona, 1965) es informático de profesión y apasionado de la mar y la historia. Además de traductor de novela histórica es autor de *Submarino B-7* y *Babor y Estribor*, de la serie «Buena gente en una mala guerra», y finaliza actualmente el tercer volumen, *Mi única patria la mar*. En sus ratos libres sueña que entrena para correr, otra vez más, una maratón.

Nerea Riesco (Sevilla) es licenciada en periodismo. Con su primera novela, *El país de las mariposas*, obtiene en 2004 el Premio Ateneo Joven de Sevilla. Su siguiente obra, *Ars Mágica*, fue finalista del Premio Espartaco 2008. Su siguiente novela fue El Elefante de Marfil. Con Tempus dio un giro hacia el thriller histórico. Está traducida a quince idiomas y sus libros han sido Best Sellers en

varios países. Su próxima novela, *Las Puertas del Paraíso*, se publicará en mayo de 2015, www.nerearíesco.com.

Carolina Molina (Madrid) es periodista y autora de novela histórica. Ha publicado, entre otras novelas, *La luna sobre La Sabika* (2003), *Sueños del Albayzín* (2006), *Guardianes de la Alhambra* (2010) y *Noches en Bib-Rambla* (2012), estas tres últimas con Rocaeditorial. En la actualidad coordina las Jornadas de Novela Histórica de Granada. Blog: http:// carolinamolina.blogspot.com.es/

Ricard Ibáñez Ortí (Barcelona, 2 de julio de 1964) es historiador, escritor de novela histórica y fantástica, traductor y diseñador de juegos de rol. Sus novelas históricas más conocidas son *La monja alférez* (2004), *Mesnada* (2007) y *La última galera del rey* (2008).

María Pilar Queralt del Hierro (Barcelona). Licenciada en Filosofía y Letras, especialidad en Historia Moderna y Contemporánea. Autora de una treintena de libros que van desde la biografía de personajes históricos a los infantiles. Su obra *Inés de Castro* la alzó en 2003 como una de las voces consagradas de la novela histórica. Su último trabajo es *Reinas en la sombra.*

Javier Pellicer (Benigánim, Valencia). Su primera novela, *El espíritu del lince*. Iberia contra Cartago, tuvo una grata acogida por los lectores y fue finalista en los IV Premios de Literatura Histórica Hislibris. Con su segunda novela, *Legados*, homenajea las aventuras clásicas del género fantástico. En la actualidad, ultima los detalles de su próxima novela, www.javierpellicerescritor.com/

Manuel Sánchez-Sevilla (Córdoba) es el pseudónimo de José Manuel Sánchez Rodríguez. Su primera novela fue *Gaia Augusta*, una novela que ha recibido grandes críticas tanto en España como en Sudamérica. Su segunda novela es *El Enigma de las Seis Copas*, http: // www.manuelsanchez-sevilla.com/

Mado Martínez (Alicante) escritora, traductora e investigadora, es una de las autoras jóvenes más polifacéticas del panorama literario español. Ha sido galardonada en varios premios literarios y de investigación. Sus últimos trabajos: *La Santa* (XIX Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla), *Neurociencia de la Felicidad*, *La Cocina de la Biblia* y *CIENCIA Y MAS ALLÁ; Espiritismo y su repercusión en el mundo científico* (I Premio Incógnitas Oblicuas), www.madomartinez.com.

Carla Montero (Madrid) es Licenciada en Dirección de Empresas. Fue la ganadora del II Premio Círculo de Lectores por su novela *Mi amada Kali*, publicada bajo el título de *Una dama en juego*. Con *La Tabla Esmeralda* logra un gran éxito y es traducida a varios idiomas. Su última obra es *La Piel Dorada*, www.carlamontero.com.

Olalla García (Madrid). Historiadora especializada en Historia Antigua de Persia. Su primera novela es *Ardashir, Rey de Persia*. Regresa a Persia con su siguiente novela, *Las Puertas de Seda*. Con *El Jardín de Hipatia* novela la vida de la gran figura de la filósofa de Alejandría. Su última obra es *Rito de Paso*, www.olallagarcia.com.

Ramón Muñoz (Madrid). Ingeniero Técnico de Obras Públicas. Ha obtenido numerosos premios por sus relatos. Su primera novela es *La Tierra Dividida*, con la que obtuvo numerosos elogios por parte de crítica y público. Su última novela es *El Brillo de las Lanzas*. En la actualidad culmina su último trabajo.

Concepción Perea (Sevilla). Licenciada en Humanidades y máster en Creación Literaria. *La Corte de los Espejos* es su primera novela, tras cuyo éxito se encuentra creando una segunda parte. Preside la asociación cultural Biblioforum y forma parte de la organización del Festival de Literatura Fantástica de Dos Hermanas. También imparte conferencias y talleres de narrativa con Factoría de Autores, www.conchaperea.com.

Sebastián Roa (Teruel, 1968) posee varios galardones en relato y novela histórica medieval. Colaborador en talleres, concursos y demás tipos de eventos literarios. Autor de las novelas *Casus belli, El caballero del alba, Venganza de sangre, La loba de al-Ándalus* y *El ejército de Dios*. Página web: www.sebastianroa.es.

Magdalena Lasala (Zaragoza). Estudió arte dramático, canto, derecho, ciencias de la información y psicología humanística. Es autora de una amplia obra que abarca distintos géneros y ha sido traducida a varios idiomas. Su primera obra fue *Moras y Cristianas* (1998). Su último trabajo se titula *La Casa de los Dioses de Alabastro*.

José de Cora (Lugo). Escritor y periodista. En gallego publica *Pecados manuais* y *Barreiro contra Barreiro*. Su obra en castellano incluye narrativa: *La verdadera historia*

del último inquisidor, historia: *Guía de Lugo*, teatro: *El bicéfalo*, y guiones para televisión: *Hitler, Garbo… y Araceli*, así como ensayos humorísticos: *Manual del Perfecto Político*, faceta por la que recibe La Codorniz de Plata. Como novelista, su más reciente éxito es *La Navaja Inglesa*, http://bitacoradecora.galiciae.com.

Francisco Narla (Lugo), escritor y comandante de línea aérea. En 2009 publica su primera novela, *Los lobos del centeno*. *Caja negra* es su segunda obra de ficción. En 2012 se publica su gran éxito de ventas: Assur; una apasionante epopeya en la que se narran los ataques vikingos a la Península Ibérica. A finales de 2013, una nueva novela histórica, *Rönin* nos acerca al convulso Japón medieval. En mayo de 2015, de la mano de la editorial Planeta, llegará a las librerías su nueva aventura, www.francisconarla.com.

Notas

[1] Es decir, llevaba, sin hacer preguntas, cualquier cosa que se pagara lo bastante bien. El término —y la práctica— siguen hoy en día plenamente vigentes. <<

[2] Maestro calafate. Oficio ya regulado en el Consulat del Mar. <<

[3] Aquí me pongo a llorar, me pongo triste. Soy solo un cantor. Ved, amigos míos, acaso con nuestras flores: ¿he de vestirme allá donde están los que no tienen cuerpo? Me pongo triste. <<